



HONORABLE SENADO DE LA NACION

**REVOLUCION
Y CONTRARREVOLUCION
EN LA ARGENTINA**

La Factoría Pampeana

**REVOLUCION
Y CONTRARREVOLUCION
EN LA ARGENTINA**

Jorge Abelardo Ramos

La Factoría Pampeana

1922-1943

HONORABLE SENADO DE LA NACION

Presidente

Daniel Osvaldo Scioli

Presidente Provisional

José Juan Bautista Pampuro

Vicepresidente

Marcelo Eduardo López Arias

Vicepresidente primero

Mirian Belén Curletti

Vicepresidente segundo

Ricardo Gómez Díez

Secretario Parlamentario

Juan Héctor Estrada

Secretario Administrativo

Carlos Alberto Machiaroli

Prosecretario Parlamentario

Juan José Canals

Secretario Administrativo

Néstor Horacio Righetti

Prosecretario de Coordinación Operativa

Ricardo Nicanor Gutiérrez

Ramos, Jorge Abelardo
Revolución y Contrarevolución en la Argentina - 2ª ed. -Buenos Aires: Senado
de la Nación, 2006-
v. 4, 910 p.; 24x17 cm.

ISBN 950-9660-31-0

1. Historia Política Argentina. 1. Título
CDD 320.982

Fecha de catalogación 14/08/2006

ISBN -10:950-9660-31-0

ISBN -13:978-950-9660-31-1

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

H. Senado de la Nación
Secretaría Parlamentaria
Dirección de Publicaciones

Ejemplares de distribución gratuita. Prohibida su venta. (Resolución 7/05)

La Factoría Pampeana

1922-1943

CAPÍTULO I

1922: LOS AÑOS LOCOS

El «magno magnánimo», según el apodo de una hoja hostil, el «legislador del Universo», en las palabras de un exaltado adicto, dejaba en 1922 la Presidencia.

De modo indirecto, mediante elipsis y cadencias en las que era un consumado maestro, Yrigoyen dejó escapar de sus labios el nombre del elegido. Así conocieron los prohombres del radicalismo qué espléndido destino aguardaba a Marcelo.

En el radicalismo había un solo Marcelo: era Marcelo Torcuato de Alvear. El nombre corrió de boca en boca. Nadie se sentía autorizado para rechazar el candidato del patriarca.

Pero saltaban a la vista los contrastes del sucesor con el jefe que lo designaba. De un lado Yrigoyen, de austeridad espontánea y sencillez notoria, cuyo único lujo, según Gálvez, era ordenar como almuerzo una presa de pollo regada con champagne «Pommery» en el Hotel Español de la Avenida de Mayo. Nieto de un ahorcado federal, hijo de un inmigrante y una criolla, el antiguo Comisario de Balvanera se había trocado sutilmente en profeta de un nuevo credo laico.

Era un inveterado soltero, aunque con hijos reconocidos y arrastraba una justificada fama de galanteador discreto, de un jamás decaído interés por las mujeres. De probidad y generosidad sin límites, fue donante perpetuo de sus sueldos de Profesor y Presidente. Había enajenado estancia tras estancia, para saldar las deudas de las revoluciones que encabezaba y auxiliar a sus amigos en desgracia, civiles y militares.

Marcelo, en cambio, lucía un gran nombre. Era nieto de Carlos María de Alvear, aquel juvenil Director Supremo de las Provincias Unidas, el soldado de Ituzaingó, el compañero inicial de San Martín, el Embajador de Rosas, y fuera de toda duda, uno de esos próceres de poca cabeza e infatigable vocación de intrigante. El padre de Marcelo había sido camarada del Presidente Roca, y transformador de la Buenos Aires aldeana en metrópoli moderna como Intendente de la Capital en 1880. El más notable de la familia fue Emilio de Alvear, federal

nacionalista, hombre del Paraná, de aguda inteligencia y notable defensor de la industria argentina contra la mentalidad librecambista de los porteños¹.

Pero después de Diego de Alvear, la familia federal se transformó, como el patriciado, en oligarquía y llegó a simbolizar la quintaesencia de la «élite». La valorización de la tierra y casamientos afortunados operaron el milagro de mudar a la familia pobre, federal y roquista en pilar de una aristocracia distante.

Con la juventud «dorada» de Buenos Aires, Marcelo había participado en la revolución del 90. Conoció a Yrigoyen y el caudillo naciente lo sedujo con su poder magnético. Pero Marcelo no cambió su vida muelle por la política. Esta última era una distracción marginal. Persiguió por toda Europa a Regina Paccini, una bella cantante portuguesa que lo hechizó. Terminó casándose con ella ante el escándalo de toda la sociedad porteña.

Presidente del Jockey Club, largos años residente en Francia, se encontraba más cómodo en París que en su casa de Buenos Aires. Era un «perfecto dandy».

Yrigoyen lo había hecho Diputado Nacional. Alvear pasó por el Congreso sin pena ni gloria. En cuanto comenzaba el receso parlamentario huía a París con su mujer. Dice un cronista:

En París no faltaban argentinos. Era llamativo el tren de vida que llevaban y los valiosos encargos que hacían a las principales casas de muebles y de obras de arte. Sus 'studs', como los de Unzué, Atucha, Madariaga y Zubiaurre disputaban los clásicos más importantes de París y competían en Ranelagh y Hurlingham en Inglaterra. Poco o nada se sabía de su alejado país, prácticamente ignorado como todos los de la América del Sud. De ellos tampoco. Sin embargo tenían bastante fama de pedantes. 'Son tan ricos e insoportables', dirá Enrique Gómez Carrillo. Se los conocía no solamente por el tango, que comenzaba a insinuarse en los salones de la aristocracia parisiense, sino también por las broncas y camorras que armaban por cualquier motivo en los restaurantes y cabarets en los que frecuentemente causaban destrozos².

Luego, en su primera presidencia, Yrigoyen nombró a Marcelo ministro en París. En la «bella época» semejante cargo calzaba a Marcelo como un guante. Era un afrancesado confeso y Don Hipólito lo conocía bien. Ciertamente la gran guerra enfrentó a los dos hombres. Como era obvio, Alvear se opuso a la política de neutralidad que inquebrantablemente sostuvo el caudillo desde 1916 a 1918.

Pero Yrigoyen toleró siempre los arrestos europeizantes y la conducta díscola de su protegido.

Diplomático de un país neutral, nada hubo menos de neutral que la acción de Alvear en Francia. Al frente de la «colonia argentina», se ocupaba de regalar hospitales de sangre y ambulancias a la República Francesa. Vivía en París abrumado de condecoraciones, saraos, fiestas hípicas, térs, copetines y compromisos sociales múltiples. En su castillo de Marly recibía sin descanso a toda suerte de personalidades y figurones del gran mundo europeo: Amelia, la ex reina de Portugal y el mariscal Joffre, hombre del Marne, entre otros, eran asiduos del castillo.

Pues bien, fue precisamente a este hombre trivial a quien Yrigoyen eligió para sucederlo. Quizás pensaba que un caballero como Alvear, que por sí mismo no podría arrebatarse a nadie un solo voto, respondería al caudillo 6 años más tarde presidiendo rectamente, sin trampas, aquellos futuros comicios que consagrarían el retorno de Yrigoyen al poder. Don Hipólito era un hombre de mirada poderosa y de largas esperas. Y, por lo demás, si designaba a un correligionario verdadero ¿no querría alzarse con el partido, de resultar bueno? Y si resultaba malo ¿no podría traicionarlo en favor de la oligarquía dificultando una nueva presidencia del caudillo?

La historia sin embargo se funda en lo que efectivamente ocurrió. Y Marcelo, al concluir esa providencial misión de Presidente graciosamente brindada por su antiguo amigo, procedería exactamente como lo había previsto Yrigoyen.

Ahora, todo esto es cosa del porvenir. Hoy, en 1922, toda la campaña electoral ha sido lanzada en su beneficio. Pero Marcelo está ausente. Vive en París. Sólo vuelve para recoger las flores triunfales. Este hecho retrata tanto a Alvear como indica el inmenso ascendiente de Yrigoyen sobre su partido y del radicalismo en las masas populares.

Au revoir, París

Cuando Marcelo de Alvear se embarca en Burdeos a bordo del lujoso paquebote «Massilia» para atravesar el Atlántico y ceñirse la banda simbólica, los vencedores de Europa se disponían alegremente a disfrutar de la victoria. Daba comienzo una era frívola, aquellos años locos que el capitalismo europeo se ofreció a sí mismo en el goce ciego que precedió al abismo de 1929. Francia, Ingla-

terra, Estados Unidos, Holanda, Bélgica, Japón, devoraban despreocupadamente el botín de guerra.

La conclusión de la guerra, la prosperidad, engendraron una impresión de alivio, de liberación, de delirio y disipación, una embriaguez moral, intelectual, artística... Recuerdo esta década como un perpetuo 14 de julio,

dirá de ese período el escritor Maurice Sachs³.

La burguesía desea olvidar la tensión bélica. Una ola irreprimible de enfermedad alegría va a dominar esa década. Las costumbres sufrirán un sobresalto y un reacomodamiento: los cabellos cortos hacen su aparición. Las mujeres recortan también sus polleras. La guerra había dejado poco sitio para la conservación en buen estado de las viejas normas morales impuestas por la burguesía en épocas apacibles, *The New York Times* se inquietaba de que

la mujer norteamericana ha levantado sus faldas mucho más allá de toda limitación de la modestia⁴.

El saxofón irrumpía como un huracán bárbaro en Estados Unidos y saltaba hacia Europa. Comenzaba la época del charleston. El victorianismo moría refunfuñando. Las proezas aeronáuticas, las carreras automovilísticas, el cine mudo, la velocidad y el ritmo, dominan el período. Al fin y al cabo los millones de soldados que regresaban de las trincheras y de los piojos se habían aprendido bien su fórmula: «Comamos, bebamos y alegrémonos, porque mañana moriremos».

La Europa vencedora y los Estados Unidos acreedores, surgían al día siguiente de la guerra como la porción privilegiada de Occidente. El resto del planeta era una sombría estepa, blanca, amarilla o mestiza, sometida a la ley de la derrota, a la abyección de las colonias o al misterio eslavo del bolchevismo. Para la feliz Europa ese mundo era inexistente. Los europeos querían recobrar a toda costa aquella dulzura de vivir que habían perdido en 1914. En ese goce se percibía, sin embargo, una mortal partícula de inquietud.

Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales,

decía a un auditorio de sonrosados rentistas suizos Paul Valery en 1919.

Mientras Alvear atendía la embajada y su agotadora vida mundana, la guerra había terminado. Las grandes potencias coloniales vencedoras imponían sus condiciones a Alemania.

En el famoso Tratado de Versalles, firmado al concluir la guerra, pueden encontrarse las causas de la segunda guerra 20 años más tarde. Dichos conflictos, que devastaron Europa, tuvieron una importancia notable en la historia argentina contemporánea. Conviene trazar un breve cuadro del Tratado de Versalles para comprender sus consecuencias.

Un breve discurso en el Salón de los Espejos

Señores delegados de Alemania: ni la hora ni el lugar nos autorizan a usar palabras superfluas. Tienen ustedes por delante a los plenipotenciarios acreditados de las pequeñas y grandes potencias unidas en la guerra que tan cruelmente se les impuso. Ha llegado la hora de ajustar cuentas. Ustedes han pedido la paz. Nosotros estamos dispuestos a dársela. Ahora les entregaremos un libro con nuestras condiciones⁵.

Tal fue el discurso que dirigió George Clemenceau el 7 de mayo de 1919 al entregar el tratado de paz en el majestuoso Salón de los Espejos de Versalles a la delegación alemana. A su lado se sentaban Wilson y Lloyd George. El conde de Briekdorff, jefe de la delegación alemana, contestó brevemente:

En los últimos 50 años el imperialismo de todos los Estados europeos ha venido envenenando pertinazmente la atmósfera internacional⁶.

Rechazaba la culpabilidad del pueblo alemán como causante único de los males de la guerra.

El drama de la guerra había concluido. Comenzaba el drama de la paz, que para Alemania tendría tan graves consecuencias como el anterior. La sola lectura de las estipulaciones del Tratado de Versalles resulta suficiente para penetrar la rapacidad y la perfidia que habían distinguido la guerra por ambos bandos, así

como la verdadera naturaleza de la lucha por la «democracia». El criterio dominante de los vencedores residía en aniquilar a Alemania como potencia. Se le entregaron a Bélgica los distritos alemanes fronterizos de Eupen y Malmédy. Francia se apoderó de las minas del Sarre alemán; el distrito mismo del Sarre debía regir política y económicamente esa región durante el término de 15 años, al cabo de los cuales se realizaría un plebiscito. Naturalmente, Francia recuperó Alsacia y Lorena, con 2 millones de habitantes y el 75% del mineral de hierro que producía toda Alemania. Polonia recibió la parte meridional de la Silesia alemana, con sus industrias y sus minas. Asimismo la nación polaca resultó agraciada con un corredor con salida al mar.

Dinamarca recibió el Schleswig septentrional. En total, Alemania perdió 6 millones de habitantes y un territorio muy rico en materias primas e industrias. Las colonias africanas en poder de Alemania se distribuyeron así: el Camerún, entre Francia e Inglaterra; Togoland, Inglaterra; el África Oriental fue dividida amigablemente entre Inglaterra y Bélgica. Como el Japón reclamaba su parte, se le entregaron las islas Marshall y la península de Shantung en China. Por su parte, la isla de Samoa pasó a poder de Nueva Zelanda; Nueva Guinea a Australia. Las potencias vencedoras, por lo demás, se apoderaron de 5.000 cañones, 30.000 ametralladoras, 3.000 lanzaminas, 2.000 aeroplanos, 100 submarinos y 8 cruceros de Alemania, con lo que esta nación quedó totalmente desarmada. A los efectos de evitar que los gobiernos alemanes sucesivos pudieran carecer de los instrumentos represivos necesarios en caso de sublevaciones obreras, se autorizó un ejército voluntario de 100.000 hombres.

El importante capítulo de las reparaciones era una de las partes más sustanciales del Tratado de Versalles. Los aliados exigieron a Alemania la entrega inmediata de 20.000 millones de marcos oro. Posteriormente se fijaría la suma total. Para facilitar el pago de las reparaciones, se autorizó a Alemania a entregar parte en especies. Así, por ejemplo, Inglaterra, en compensación por el tonelaje hundido de su marina mercante, recibió naves equivalentes. Bélgica prefirió cobrar su parte en ganado. Francia obtuvo de Alemania 5.000 locomotoras, 150.000 vagones de ferrocarril, 10.000 camiones y 140.000 vacas. Mediante esta ingeniosa operación económica y financiera, Alemania fue desarticulada y reducida a la indigencia más espantosa. El genio político de los aliados pudo así engendrar de ese vientre reseco un vástago monstruoso que se convirtió quince años más tarde en la Némesis del capitalismo europeo. Adolfo Hitler será la encarnación misma del Tratado de Versalles, desde el punto de vista del capitalismo alemán.

Europa en su conjunto había sufrido la pérdida de 13 millones de muertos. La disminución de hombres de 20 a 40 años como fruto de la guerra puede

estimarse en un 16% de su población para Francia y Alemania y en un 7% para Gran Bretaña. El costo de la guerra representará el 30% de la riqueza nacional francesa, el 22% de la de Alemania, el 32% de la de Inglaterra, el 26% de la de Italia y el 9% de la de los Estados Unidos. Europa sale de la gran catástrofe como deudora del nuevo centro financiero mundial: Estados Unidos⁸. Las reparaciones impuestas por las potencias vencedoras a Alemania poseían tal carácter de saqueo, que amenazaban con matar la gallina de los huevos de oro: así lo señaló el economista inglés Keynes. Al juzgar el Tratado de Versalles observó que la economía alemana no podría resistir el peso de las reparaciones; se corría el peligro de no poder cobrar nada por la quiebra general de la nación⁹. Esto inquietó a los ingleses, que tampoco deseaban ver a la Francia de Clemenceau acumular demasiado poder en la Europa continental. Clemenceau se había apropiado de los frutos de la guerra, había inspirado el Tratado de Versalles y pretendía quedarse con la parte del león.

Lloyd George, por su parte, sin negarse a participar de la rapiña general, cuidaba de mantener la estructura colonial de Gran Bretaña. Veía preocupado la pérdida del equilibrio continental por la hegemonía creciente de Francia. Genio y figura del sórdido propietario rural francés, con la avaricia brillando en los ojos, Clemenceau tranquilizaba las inquietudes del presidente Wilson diciendo que de todos modos cualquier error deslizado en el Tratado podría corregirse en la Sociedad de las Naciones.

Como no existía una política europea de los Estados Unidos, como a pesar de su condición de acreedor máximo aun no había roto del todo su aislacionismo tradicional, y como por lo demás el Senado norteamericano, como se iría a demostrar más tarde, ni siquiera aprobaría la adhesión a la Sociedad de las Naciones, Wilson se veía arrollado por Clemenceau. Según un escritor norteamericano, Wilson parecía en Versalles

*un predicador puritano extraviado en un garito*¹¹

Con un aire angelical, Lloyd George dirá más tarde, evocando las sesiones del consejo de los 4 en Versalles, que

*cada día nos percatábamos de que el viejo tigre tenía un año menos y de que le había salido en las zarpas una uña más*¹².

A las «zarpas» de Clemenceau

*habían pasado durante los meses invernales y primaverales de 1919, los destinos de casi todo el mundo, a excepción de Rusia y de algunos países de América del Sur*¹³.

Esta observación de Tarlé es muy sugerente. Esto significa que el jefe de los delincuentes capitalistas que decidían los asuntos mundiales en 1919, carecía de poder, como es lógico, en la Rusia Soviética y en «algunos países de América del Sur». ¿Qué países podían ser éstos? Sin duda, en la América del Sur había un solo país que había mantenido firmemente su neutralidad y que había rechazado a la Liga de las Naciones. Ese país era la Argentina, presidida por Hipólito Yrigoyen.

Caos en la Sociedad Alemana

En la Alemania vencida, la vieja sociedad se descomponía.

Respirábase el aire de un mundo agonizante. Todo allí se mantenía correctamente, las gentes eran modestas, benévolas, activas, decaídas, míseras, libertinas, exasperadas. Se construía una gran estación en pleno centro de la ciudad, por encima del Spree negro y de la Friedrichstrasse; los inválidos, condecorados de la Gran Guerra, vendían fósforos a las puertas de los cafés nocturnos, donde las muchachas, en venta como todo lo demás, danzaban desnudas entre las mesas floridas de los comensales.

*Un capitalismo delirante, del cual Hugo Stinnes parecía el alma, acumulaba inmensas fortunas de las quiebras. ¡Se vendían las hijas de la burguesía en los bares, las hijas del pueblo, en las calles! ¡Se vendían los funcionarios, los permisos de exportación y de importación, los papeles de estado! ¡Se vendían las empresas en cuyo porvenir nadie creía ya ...! Oswald Spengler anunciaba en términos filosóficos la decadencia del Occidente: ‘ve el Egipto muerto, el fin de Roma...’ Los poetas revolucionarios publicaban ‘El crepúsculo de los Hombres’... En esa Alemania desangrada nadie creía verdaderamente en el porvenir, pocas personas pensaban en el bien público. La mediana burguesía empobrecida veía desvanecerse las viejas costumbres y las esperanzas de la víspera*¹⁴.

Pero ni el demócrata republicano Clemenceau ni el monárquico reaccionario Maurras, estaban saciados. El admirado maestro del nacionalismo oligárquico argentino escribía:

Hemos arrancado al tigre unos pedazos de piel, como para irritarlo, pero le hemos dejado las garras y los colmillos al tiempo que lo rodeamos de pequeños Estados que destruirá como a perritos, de un zarpazo¹⁵.

El artículo 231 del Tratado de Versalles consideraba a Alemania como única responsable de la guerra, del mismo modo que en 1945 se juzgará al nazismo como el responsable de la segunda carnicería capitalista. Así, todos los bandidos capitalistas se lavaban sus propias manchas de sangre y despojaban al imperialismo mundial de su responsabilidad histórica común. Desde 1918 hasta 1924 el pueblo alemán es doblegado y expoliado; cae en la abyección más completa. Nacen los primeros grupos nacional-socialistas. Se desarrolla el Partido Comunista alemán, después del asesinato de Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht a manos de oficiales prusianos y de los ministros social demócratas.

La sociedad alemana es irreconocible:

Los billetes de tranvía se pagaban a razón de millones de marcos; camiones transportaban el papel moneda del Banco del Reich a los demás bancos y quince días después se encontraban billetes de cien mil marcos flotando en el albañal, un mendigo los había arrojado despectivamente. Unos cordones de zapatos costaban más que antes un par de zapatos, no, que toda una zapatería de lujo con dos mil pares de zapatos. Reponer un vidrio roto cuesta más que antes la construcción de toda una casa; un libro más que antes toda la imprenta con su centenar de máquinas.

Al precio de 100 dólares podían comprarse series enteras de edificios de 6 pisos en el Kurfürstendam... Unos muchachos que habían encontrado un cajón de jabón olvidado en el puerto, se pasearon meses enteros en automóvil y vivían como príncipes, vendiendo cada día uno de aquellos jabones, en tanto que sus padres, gente adinerada en otro tiempo, se arrastraban como mendigos. Se daba el caso de ordenanzas que fundaban casas bancarias y especulaban con moneda extranjera...

Los desocupados vagaban por millares y mostraban los puños cerrados a los especuladores y a los extranjeros con automóviles de lujo que compraban manzanas enteras de casas como si se tratara de una caja de fósforos... Berlín se convirtió en la Babel del mundo. Surgían bares, lugares de recreo y despachos de aguardientes como hongos... Por todo el Kurfurstendam se paseaban muchachos pintados, junto a los profesionales del vicio. Cada alumno de los colegios secundarios quería ganar algo, y en los bares oscurecidos veíanse a secretarios de Estado y hombres de alta finanza hacer la corte melosamente y sin la menor vergüenza a marineros beodos.

Ni aun la Roma de Suetonio había conocido orgías comparables a los bailes de invertidos de Berlín, donde centenares de hombres vestidos de mujeres y de mujeres en indumentaria masculina bailaban ante las miradas complacientes de la policía. Una especie de demencia se apoderó con el derrumbe de todos los valores, principalmente en los círculos burgueses, hasta entonces inconvencionales en su orden. Las niñas se envanecían de su perversión... Pero lo más repugnante de todo ese erotismo patético fue su espantosa falsedad. La orgía alemana, que irrumpió con la inflación, no era en el fondo más que un remedio febril⁶.

El demencial Occidente era capaz de destruirse recíprocamente de la manera que acaba de describir un calificado testigo. Este mismo Occidente sería mostrado en el siglo XX por la clase ilustrada de la Argentina como paradigma de los «derechos del hombre», de la «democracia y sus instituciones» y magnífico ejemplo de «civilización».

Surcando un mar de aceite

El presidente electo abandonaba Europa con una profunda nostalgia en su corazón de «bon viveur». Poco antes de partir para hacerse cargo del gobierno de su lejana patria, el cronista del «boulevard», Gómez Carrillo, le había solicitado una página de despedida «para su amado París». El presidente electo de la Argentina escribió:

Au revoir... París... Yo daré mi corazón y mi cuerpo a la Presidencia. Pero confieso que muchas veces me sorprenderé

contando inconscientemente los días que me separan de mi regreso. Pues usted piensa bien cuando dice que yo no digo adiós a nuestro París. Yo le digo simplemente 'Hasta la vista'. Y lo digo con tristeza porque yo sé que a mi regreso yo tendré seis años más... regresaré viejo...¹⁷

Para Alvear resultaba obvio que su lugar natural de residencia era París.

Tal era, en una instantánea realizada por él mismo, el singular personaje que Yrigoyen había elegido para sucederlo en el gobierno. Electo presidente en una campaña de la que no había participado ni con un discurso, puesto que no residía en el país, sus amigos «galeritas», que formarán luego la corriente «antipersonalista» contra Yrigoyen, le escribían asiduamente. «Aquí todos han recibido como una solución altamente satisfactoria tu candidatura», le decía Leopoldo Melo en una carta. Todavía en París, el displicente mandatario había empezado a formar su gabinete. Su amigo de juventud, Tomás Le Breton, que había viajado especialmente a Francia a ese efecto, fue su asesor en la elección de los ministros. Alvear se proponía crear

un mecanismo administrativo a la europea: el presidente dirigiendo apenas un gobierno conducido en la práctica por sus ministros,

dice su biógrafo Félix Luna¹⁸.

A los oscuros correligionarios de provincias, que habían sido los ministros de Yrigoyen, iba a oponer Alvear una constelación brillante de nombres tradicionales y «representativos». Para el Ministerio del Interior, el ministerio político por excelencia, no podía haber otro candidato que un sabio constitucionalista, el doctor José Nicolás Matienzo. El doctor Tomás Le Breton fue designado en la cartera de Agricultura; en la de Relaciones Exteriores, el doctor Angel Gallardo, en la de Marina, el almirante Manuel Domecq García, en la de Justicia, Celestino J. Marcó y en Hacienda, Rafael Herrera Vegas. El Ministerio de Obras Públicas quedó a cargo de don Eufrasio Loza, único ministro que respondía a las orientaciones de don Hipólito.

En cuanto a la cartera de Guerra, Alvear tenía el propósito de ofrecérsela a su amigo de juventud y correligionario del 90, el general José Félix Uriburu. La circunstancia de que el general Uriburu hubiera desempeñado una banca de diputado por el Partido Conservador en 1914, no preocupaba al nuevo presidente.

Pero un obstáculo inesperado se interpuso entre Uriburu y el cargo.

El nombre de Uriburu fue observado por el Mariscal Joffre. En una conversación sostenida con Alvear, el vencedor del Marne le hizo notar que el futuro ministro de Guerra era un notorio germanófilo, lo que no sería visto con agrado en las naciones vencedoras de la contienda mundial¹⁹.

Este incidente demostraba la escasa independencia de criterio de Alvear respecto de Europa y confirmaba la opinión general de que las cosas habían cambiado. Le Breton le sugirió el nombre de un coronel «con mentalidad civil» llamado Agustín P. Justo. Alvear no lo conocía: bastó esa sugerencia para que designara a dicho oficial como ministro de Guerra de su gabinete.

El 4 de septiembre de 1922, encantado y remozado con todos los agasajos que había recibido en su parsimonioso viaje de retorno, Alvear llegaba al puerto de Buenos Aires. Lo esperaba Yrigoyen y la multitud. Ese encuentro, después de tantos años, era al mismo tiempo una despedida. Una semana después recibe una carta desde Jujuy que le envía su amigo Teófilo S. de Bustamante:

Viene usted después de una larga ausencia, a gobernar al país, aclamado por la opinión unánime de nuestro partido, como un alivio para unos, como una fundada esperanza para otros, prestigiado por su tradición partidaria caballeresca y elevada y por los sólidos méritos adquiridos, que han destacado su personalidad... Nuestro partido, doctor Alvear, está minado por una división latente, que usted seguramente conoce a fondo en sus causas generales, conjurado este mal por un fuerte espíritu de disciplina y profunda fe en sus destinos...

De este modo y antes de abrir sus valijas, el nuevo presidente se enteraba qué esperaban de él sus verdaderos amigos, que eran, casualmente, los enemigos de Yrigoyen. La corriente antipersonalista de los cogotudos esperaba una señal del nuevo presidente para el alzamiento contra el viejo caudillo.

El juicio que merecía Yrigoyen a la oligarquía puede examinarse en las palabras de Matías Sánchez Sorondo en la Cámara de Diputados:

«El sociólogo que estudie esta época de nuestra historia no se explicará cómo un pueblo grande, noble, culto y digno, en un momento dado, renegó de su tradición, olvidó su pasado, traicionó su cultura y, convertido no sé si en aduar o toldería, se entregó a la férula de un cacique. Habrá que creer que el destino ciega a las naciones como a los hombres.

Porque el presidente de la República no se destacó; jamás en ninguna de las actividades que ennoblecen la vida, nunca estudió, nunca aprendió, nunca enseñó, nunca habló, algunas veces y para su propio ridículo escribió, y cosa extraña en un factor de revoluciones, nunca peleó.

Figura sombría, aparecida de vez en cuando en la penumbra rojiza de un motín de cuartel, cuyos sangrientos resplandores apenas le alcanzaban a iluminar las espaldas. Engendro de una noche de pesadilla, cuyo tétrico silencio turba a ratos la voz del alienado, profiriendo palabras sin sentido: patéticas miserabilidades, piqueta de los empujes, cincel de los holocaustos, pedestales nacionales, prevalencias, culminaciones, concretividades, reparación!

En cambio, el mismo orador evaluaría así a Alvear:

Hoy las cosas han cambiado. Ocupan las posiciones ejecutivas hombres que, si bien no han hecho fundamentalmente nada bueno, tampoco han hecho fundamentalmente nada malo. Ocupa la Presidencia de la República un ciudadano cuyos antecedentes personales son una garantía de honestidad. Podrán acertar o equivocarse en su gestión política, podrán acertar o errar en su gestión administrativa, pero no nos sentiremos con ellos fuera del terreno del Código Penal²⁰.

Alvear, como hijo predilecto de la fortuna, gozó de las ventajas envidiables que le ofrecía el período de «estabilización relativa del capitalismo» que transcurre entre la posguerra y la crisis mundial. Los altos índices de exportación de nuestros productos agropecuarios llenaron de oro a la Tesorería. La presidencia de Alvear gozó de un intervalo pacífico. El tempestuoso mar se había transformado en un lago suizo. El mundo entraba en calma. Europa se divertía.

En la Argentina el ganado engordaba; el trigo brillaba bajo el sol. La clase obrera se beneficiaba de las oportunas medidas legislativas heredadas del gobier-

no de Yrigoyen. Si parte de la industria nacida a la sombra de la guerra era destruida por la competencia europea posterior, gracias a la imprevisión de Yrigoyen y el librecambismo de Alvear, una corriente de capitales norteamericanos se invierten en esa década, parcialmente en la industria y contribuyen a mantener índices aceptables de ocupación.

Los conservadores contaban con un diario: *La Fronda*. Cada día, *La Vanguardia* exponía el punto de vista del socialismo tradicional. Los comunistas publicaban *La Internacional* y los anarquistas *La Protesta* y *La Antorcha*. Los seis años tormentosos de Yrigoyen, vividos entre la guerra y la posguerra, con las perturbaciones económicas consiguientes, sus intervenciones a casi todas las provincias, la ruptura de costumbres políticas y la furia desencadenada de la prensa oligárquica, todo eso quedaba atrás.

La placidez del nuevo Presidente, todavía en pleno esplendor físico y mundano, seductor infatigable, amigo de fiestas y de inaugurar mástiles y monumentos innumerables, parece simbolizar la inocuidad del período. El acariciado ideal de «laissez faire, laissez passer», es realizado plenamente por Marcelo de Alvear con la extasiada aprobación de la oligarquía. Toda su personalidad se expresa en esa reposada filosofía de la vida. El gobierno parece un símbolo del poder, no el poder mismo. Alvear se baña tres veces por día. Sus vacaciones anuales se prolongan durante los tres meses de la temporada veraniega en Mar del Plata. Allí firma el expedienteo administrativo. Los gringos y las vacas trabajan en el campo, los obreros sudan en la ciudad, la aristocracia vacuna va y viene de Europa como en los buenos y viejos tiempos.

Al parecer, Alvear había tenido el propósito inicial de residir en los departamentos de la Casa de Gobierno, siguiendo el ejemplo palaciego de Roque Sáenz Peña. Pero según un refinado autor esto no fue posible:

Estaban, sin embargo, inhabitables, como toda la Casa Rosada. La suciedad se acumulaba en las dependencias, donde se arracimaron a lo largo de 6 años en las 'amansadoras' tan caras al yrigoyenismo, postulantes, desocupados y menesterosos²¹.

Ante tal contratiempo, los Alvear se instalaron en un mansión de la Avenida Alvear, con elegantes salones de recepción. La parsimonia con que Alvear asumía sus responsabilidades, su concurrencia diaria a las funciones teatrales, su pasión por los deportes y la época afortunada que le tocó vivir, daban ocasión al lápiz de

los humoristas y las tiras periodísticas. En *Caras y Caretas*, se describía así los días de Marcelo:

*Qué calma se disfruta
la marcelización es absoluta
El marcelismo impera
los otros en su cueva o en su gruta
Ven llegado el final de la carrera
y por miedo de oxidarse
tratan de marcelarse²².*

Alvear alternaba las funciones propias de su cargo

con abundantes veladas, aventurillas, paseos y veraneos. Algunos lo acusaban de haragán: la verdad era que su empleo no lo mataba. A veces los ministros tenían que meterle el despacho en las narices para que firmara... Nunca se inauguraron tantos monumentos en el país como bajo su presidencia. Nunca hubo tantas ceremonias oficiales prestigiadas por el primer mandatario. Placía a Alvear lucir su elegante estampa, con su clásico chambergo, sobresaliente en estatura a todos los presentes. La fotografía del Presidente con los brazos cruzados, en actitud de supuesta meditación en palcos, estrados y proscenios, era casi diaria en la prensa de esos años²³.

Los días de don Marcelo

Si la cosecha de trigo era abundante no había motivo para preocuparse de nada en la Argentina. Y afuera, en el mundo, se ocupaba de que todo estuviera en orden la flota de Su Majestad británica. Yrigoyen reagrupaba a su partido, virtualmente en la oposición. La prensa oligárquica exudaba gratitud. Halagaba al primer magistrado por su parasitismo gubernamental. Por lo demás,

éste no había abandonado sus viejos hábitos donjuanescos; poco después de asumir el poder, había alquilado junto con uno de sus ministros –antiguo compañero de correrías trasnochadas– cierto

petit hotel en la calle Rodríguez Peña que administraba una célebre cortesana, propietaria de uno de los más lujosos cabarets de Buenos Aires. Allí solían reunirse Alvear y algunos íntimos para celebrar juergas más o menos discretas. Ocasionalmente invitaban a Justo y solían hacerlo víctima de bromazos, divirtiéndose con la ‘gaucherie’ de este militar que desde luego no tenía la larga experiencia galante del Presidente y su círculo²⁴.

Años después el general Justo haría pagar duramente a Alvear estas «cachadas» de «muchacho bien». Las recepciones a personajes ilustres constituía una de las debilidades mayores de Alvear y una de las más agobiadoras tareas de su gobierno. Al llegar al país el Príncipe de Gales, Carlos Gardel, aquel muchacho del Abasto, brindará al heredero del Imperio Británico, en una estancia próxima a Buenos Aires, los versos de «La Cumparsita», acompañado por el príncipe en «ukelele». Carlitos Gardel ascendía en línea recta hacia su olimpo: poco después cantaba en Madrid y triunfaba en París. Ya era el «roi du tango²⁵.

Un implacable adversario del yrigoyenismo, Federico Pinedo, juzgará luego la Presidencia de Alvear afirmando que en 1922

tanto como los buenos modales quedaría restablecida, por lo menos en las formas externas, la más perfecta vida republicana²⁶.

Esta opinión tiene su valor. El mismo personaje señala que la presidencia de Alvear careció de un carácter muy dinámico y emprendedor:

lo que pudo hacerse como obra legislativa durante toda la presidencia fue insignificante²⁷.

Como Pinedo será protagonista de la década infame y de los artificios financieros que ahondaron la dependencia argentina al Imperio Británico, su estimación de la presidencia de Alvear tiene un carácter profundamente revelador. En efecto, en 6 años de acción gubernamental se votaron varias leyes de jubilaciones de algunos gremios, una de las cuales, por lo demás, la 11.289, fue derogada por ley a pedido del propio gobierno. En el período de 1924 y 1925

no se hizo prácticamente nada²⁸.

En efecto, hubo 2 leyes de intervención en las provincias, algunas pensiones, se autorizó la construcción de dos monumentos y se aprobó otra ley facultando gastos. Además, se decidió que el cierre de los comercios se hiciera a las 20 horas. En 1926 fueron numerosas las leyes aprobadas, sólo por la cantidad de pensiones votadas. Luego, hubo una ley sobre cooperativas agrícolas y dos leyes sobre enrolamiento y registro electoral. En 1927 la obra

consistió en convertir las legaciones en embajadas, autorizar unos ramales ferroviarios, cambiar el nombre de algunas estaciones y autorizar un par de monumentos; y por fin en el año 28, fuera de pensiones y venias y subsidios, se prorrogó el presupuesto que venía prorrogándose y se autorizó la creación de la sucursal del Banco de la Nación en el Paraguay²⁹.

Pero es falso que Alvear no «hiciese nada». Su vacuo «decoro» encubría una política reaccionaria en todos los órdenes.

Literatura preciosista y literatura proletaria: entre Boedo y Florida

Mientras corrían esos días idílicos, hacía su aparición una nueva generación literaria. Escindida en dos alas, en dos barrios, en dos perspectivas aunque algunos de sus miembros se cruzaron eventualmente de bando la revolución, así a secas, inspiraba a todos sus miembros. En una pequeña imprenta de la calle Boedo se creaba una editorial, la Editorial Claridad, con la revista del mismo nombre, dirigida por el socialista español, don Antonio Zamora. ¡Abajo la torre de marfil! ¡Viva el realismo proletario! La Revolución Rusa era su nueva Roma.

Un proletariado escuálido y resuelto reemplazaba en el estro de los escritores jóvenes a las envejecidas marquesas de Rubén. Hijos de aquella inmigración europea radicada en el campo o de los artesanos que llegaron cuando las chacras estaban ya repartidas, los escritores de Boedo anclaron en la ciudad y exigieron vigorosamente su ciudadanía literaria. Muchos de ellos eran o habían sido obreros y en sus obras introdujeron por primera vez, desde Martín Fierro y Fray Mocho, a los desposeídos, a los explotados, a los humillados, a los seres grises

de los conventillos. Un mundo de enérgica fealdad, de horrorosa miseria y de monstruosidades infinitas ingresó a las páginas de aquellos artistas.

Surgidos en los barrios pobres, estos escritores proclamaban su condición social con un orgullo de estirpe. Los hombres de Boedo eran la réplica literaria del proletariado naciente o de la pequeña burguesía urbana sometida a un status miserable y sin porvenir. Esta literatura pertenecía a la ciudad porteña y carecía de condescendencia. Introducía obscenidades o imprecaciones en su prosa, buscaba su filiación en la literatura y la Revolución Rusa y se desentendía del resto del país. La fusión entre Buenos Aires y las provincias, entre el proletariado y las masas rurales indiferenciadas del interior se realizaría más tarde a través de la industrialización y los escritores no podían narrarla todavía.

Elías Castelnuovo, el «Gorky de América», como lo llamará Manuel Gálvez, era un obrero gráfico. El mismo compuso en la linotipo las páginas tenebrosas de su primer libro. Sus títulos lo decían todo: «Larvas», «Malditos», «Entre los muertos», «En nombre de Cristo», «Calvario», «Tinieblas». Manuel Rojas, luego célebre escritor en Chile, también era linotipista. Leónidas Barletta trabajaba en el puerto, Roberto Mariani era oficinista, José Portogalo, pintor de paredes, lo mismo que el pintor Abraham Vigo y el poeta Antonio Gil. El escultor Riganelli vendía ajos y cebollas por las calles. Allí hace su aparición Enrique Santos Discépolo, peluquero de oficio. Nicolás Olivari era peón de almacén y Roberto Arlt, obrero de gomería. La Editorial Claridad y sus libros baratos elevaron estos nombres a la notoriedad continental. Todos ellos describían la sociedad argentina desde abajo.

Muchos de nosotros, escribirá luego Castelnuovo, trabajadores manuales, nos habíamos formado en los sindicatos. De suerte que les llevábamos una gran ventaja a nuestros contrincantes que procedían todos de la burguesía y se habían formado en los cafés y confiterías del centro. Nosotros sosteníamos que el arte tenía una función social, revolucionaria. Ellos defendían a la oligarquía³⁰.

El ala refinada de la generación de 1920 se reunía en otra calle, la calle Florida. Su pontífice era un hombre de la generación anterior, Ricardo Güiraldes, estanciero y afrancesado. Borges y Oliverio Girondo, este último también estanciero, eran sus más brillantes discípulos y vivían hechizados por las corrientes literarias procedentes de Francia. Al intervenir en la disputa que se entabla entre ambos grupos, Enrique Méndez Calzada designa burlonamente a los de Boedo como los de «Boedoskaia».

En uno de los frecuentes traslados de campo, Roberto Arlt emigrará de la gomería al puesto de secretario privado de Güiraldes. Pero no se volverá, según se sabe, un exquisito. Los escritores de Florida, por lo demás, en sus investigaciones de la realidad, llegaban, como lo hará Borges, sólo hasta las lúgubres fronteras de la Chacarita en busca de los últimos compadritos y payadores radicales; el poético barrio de Belgrano o la ruidosa Florida serán sus escenarios.

Las chinitas de Güiraldes

El autor de «Don Segundo Sombra», a la que Ramón Doll señalara como la novela del campo argentino visto con los ojos del patrón de la estancia, reunía en su persona las virtudes clásicas del estanciero afrancesado. El criollismo de Güiraldes era bastante curioso. Su actitud de propietario hacia los criollos puede juzgarse a través de una carta que Güiraldes envía a Valery Larbaud desde su estancia «La Porteña»:

Qué trabajo resulta al fin esto de tener que adaptarse a ambientes nuevos, sin más intervalo que dos o tres meses; cuando estoy hecho a París, me vengo a la Argentina; cuando me estaba aclimatando en Salta vuelvo a la estancia... Mi pobre cabeza resulta un aparato fotográfico que nunca está enfocado... Le escribo desde la cama acompañado por Levet y la última publicación que de Jules Laforgue hace 'La Connaissance'...

La ciudad de Salta es de una tranquilidad indecible. En ninguna otra parte del mundo he vivido más al margen del tiempo. ¡Qué maravilla el reñidero de gallos, al que iba todos los domingos! Usted tiene que venir, Larbaud, para que hagamos un viaje juntos. Dormiremos al claro de luna en un lugar que se llama El Socondo, nos bañaremos en el Arroyo de las Doncellas, viajaremos por el valle de Humahuaca, cruzando pueblos que se llaman Tilcara o Purmamarca, iremos por las punas a San Antonio de los Cobres o Abra Blanca.

Cruzaremos caravanas de burros cargados de sal, compraremos algún cuerito de chinchilla o negociaremos un lote de vicuñas, y si usted lo quiere, se hará regalar alguna preciosa

*chinita de catorce abriles, tímida como una corzuela, de quien tendrá los huesos menudos y dócil como los gatos de San Juan de quienes tendrá los ojos sesgados. ¡ Y qué bien pondría usted su grande alma de poeta a los pies de esa carne simple!*³¹

Sería difícil medir las dosis respectivas de los valores vertidos explícitamente en la asombrosa carta:

- 1) adulonería servil ante el indiferente escritor europeo;
- 2) desprecio étnico y bravuconada de supermacho;
- 3) obvia seguridad íntima para disponer «carne simple», típica del propietario de tierras, caballos y mujeres.

Con total naturalidad la publicó en su revista la feminista Victoria Ocampo. ¿Consideraba, acaso, que las indefensas criollitas del Norte no eran mujeres dignas de ser defendidas? Se comprende que Victoria y sus amigas detestaran a Eva Perón y otras «carnes simples».

Tal era el nacionalismo literario del personaje: un tributo colonial de las hijas del país a la decrepita y probablemente impotente inteligencia europea. Con todo respeto.

Y si los escritores de la calle Florida también hablaban de revolución, el atónito Borges aclararía de inmediato que lo que ellos se proponían hacer era «una revolución en las imágenes».

No era para menos.

En su manifiesto inaugural, la revista de impropio nombre («Martín Fierro») declaraba que marchaba hacia la búsqueda de una «nueva sensibilidad», para hacer un arte contemporáneo frente al «modernismo» ya anacrónico de un Lugones.

Decían que su revista

se encuentra más a gusto en un transatlántico moderno que en un palacio renacentista y sostiene que un buen Hispano Suizo es una obra de arte muchísimo más perfecta que una silla de manos de la época de Luis XV. sin que esto le impida poseer –como las mejores familias– un álbum de retratos, que hojea, de vez en cuando, para descubrirse al través de un antepasado... o reírse de su cuello y su corbata... El movimiento de independencia iniciado, en el idioma, por Rubén Darío, no significa, empero, que habremos de renunciar

ni mucho menos, finjamos desconocer que todas las mañanas nos servimos de un dentífrico sueco, de unas toallas de Francia y de un jabón inglés.

He aquí su credo estético: cosmopolitas, pero con álbumes de familia, y si era posible también con campo, de familia. No venía mal, por supuesto, además del dentífrico sueco, un buen coche Hispano Suizo. ¿Quién pondría en duda que se trataba de una verdadera obra de arte? Este arte, para qué omitirlo, era un arte de clase.

La sección de Epitafios de la revista consagrada a los escritores de la generación anterior, hacía las delicias del mundo literario del café «Aue's Keller». Al escritor y diplomático Jorge Max Rhode le forjaron el siguiente:

*Yace aquí Jorge Max
Rhode
dejadlo dormir en pax
Que de ese modo no xode
Max³².*

Conrado Nalé Roxlo publicaba un sorprendente «Canto a Rusia»:

*El de la tiara de oro
tiene un gesto de espanto.
Ahora se sonríen los mendigos
y hacen un puño, de la mano³³.*

Estas descargas de pólvora verbal eran perfectamente inocentes. La política no existía sino para burlarse de ella. Muy festejada será la «Balada del intendente de Buenos Aires», que el periódico dedica a la persona del doctor Carlos Noel, amigo de Alvear y gran industrial.

*Ciudad de las torres de confitería
que surge del río puro chocolate
con el idiotismo de tu simetría
de tus pobladores franco disparate:*

*tienes quien te gane sino quien te empate.
Y es tu prototipo y es toda su esencia
Y es de tus faroles el mejor remate
El chocolatero que está en la intendencia³⁴.*

En una sociedad agraria, nada era más natural que los escritores procedentes, en muchos casos, de familias estancieras, se burlaran del dueño de una fábrica.

El mundo estaba en calma. La capital del Universo crepitaba en París. Entre viaje y viaje, los jóvenes de «Martín Fierro» mataban su hastío en la aldea portuaria.

Al final del período, y como contraste creador de los argentinos nuevos, un joven radical confesará: «Tuve que optar entre ser un hombre de letras o hacer letras para los hombres». Se llamaba Homero Manzi. Era un poeta de los barrios lejanos y de la música que el pueblo hacía suya. Al contemplar la monstruosa catedral donde funcionaba la vieja Facultad de Derecho y se formaban en serie los abogados del Régimen o el proletariado profesional sin pleitos de los tiempos de la República, escribió:

*La Facultad de Derecho es una casa vieja.
La trajeron –pretendo– de Lovaina o de Lieja
En una tarde fría y otoñal,
Y en la ciudad ruidosa.
Fue un asombro ojival.
En su torre, doliente como un sueño inconcluso,
Dialogaron las noches porteñas y los vientos
Con silbidos de jarcias y con lamentos
De gatos lunáticos y confusos.
Una luna porteña, que remonto en la esquina,
Barrilete nocturno del arrabal,
Caloteó dos palomas en Puente Alsina,
Y las tiró en su ventanal.
Palomas proletarias hicieron nidos con sus ladrillos,
Igual que en los tejados de las aldeas,
Igual que en las techumbres del conventillo.*

*Y la extranjera consistorial
Ensayó un paso en la cuerda floja de la emoción,
Cuando la plateada galleta marinera
Con corazón de pan
Le tiró las monedas de su amor,
Y en la resurrección sensiblera le brotó un corazón
Que el sístole de huelgas
Y el diástole de gritas
Efectúa la cardíaca revolución.
Corazón que practica
La leyenda hipocrática de dormir a la izquierda,
Hecho con las estrías de cien muchachos locos
Que sueñan con la paz
Y que hacen la simbiosis –pampeanamente rara–
De Yrigoyen y Marx³⁵.*

De la crisis al Nirvana

La economía como ciencia no existía en esa Arcadia. Los ganados y las mieses, la parición y la cosecha se encargaban de todo. Para las finanzas estaba el ministro de Hacienda. Y aunque los tiempos eran serenos, no estaban exentos de inquietudes. Las convulsiones de la post-guerra, que conmovieron la última etapa del gobierno de Yrigoyen, naturalmente apenas rozaron a Alvear. La lucha interimperialista entre los frigoríficos angloargentinos y los frigoríficos norteamericanos en el país se agudizó con la caída de los precios del ganado. El gobierno británico, al liquidar sus existencias de carne acumuladas durante la guerra, hizo bajar los precios a un nivel inferior a su costo de producción. Al cundir la alarma entre los ganaderos argentinos, se advirtió que el grupo de invernadores ligados a los frigoríficos norteamericanos rechazaba toda intervención estatal en el manejo del problema.

Por el contrario, los ganaderos tributarios de los frigoríficos angloargentinos reclamaban la intervención del Estado (en lo que se unían conservadores y socialistas). Hasta campeones del liberalismo, como Sánchez Sorondo, proponían la formación de una Compañía Nacional de Frigoríficos. Se probaba una vez más

que la oligarquía ganadera sería librecambista o dirigista, no como fruto de una política «nacional», sino como resultado directo de una crisis de coyuntura en el mercado internacional de carnes. El asesor de la Sociedad Rural Argentina era el contador Raul Prebisch, joven prodigio que hacía su aparición ya en la política económica argentina en 1921. En ese momento, Prebisch era un furioso intervencionista. Al hablar en el salón Príncipe George, el presidente de la Sociedad Rural Argentina, Ingeniero Pagés, decía:

Quiere decir entonces, que la disminución del volumen económico del mercado inglés no guarda proporción con la disminución de precios que sufre el productor argentino y que es obra exclusiva de la trustificación de frigoríficos³⁶.

A su vez el dúctil Prebisch escribía en 1923:

La irrupción de los capitales norteamericanos en nuestro comercio de carnes, en el año 1907, comenzó a turbar la calma en que estos negocios se desarrollaban. Antes de esa fecha, intereses ingleses y criollos dominaban la exportación de carnes argentinas³⁷.

Añorando los felices tiempos de la guerra que acababa de concluir, Prebisch decía que

los frigoríficos hicieron grandes ganancias... y si bien la hacienda en nuestro país se valorizó con menos intensidad que la carne en los Estados Unidos, los beneficios de nuestros ganaderos también fueron considerables, hasta el punto que hacendado hubo que llegó a duplicar su capital en el espacio de un año³⁸.

En 1921 las circunstancias cambiaron. A pesar de las necesidades del Viejo Mundo en materia de alimentos y materias primas, la reducción de capacidad de compra en virtud de las deudas de guerra contraídas, afectó las adquisiciones en la Argentina. En el mismo año, último del gobierno de Yrigoyen, la sequía castigó gravemente al campo argentino dedicado a la ganadería. Al mismo tiempo, la agricultura avanzó bajo el estímulo de los altos precios de los cereales. La conclusión de Prebisch era muy simple:

La verdad es que las circunstancias imponen sin demora la intervención del Estado. El pool de los frigoríficos limita la competencia en el mercado interno y los poderes públicos no pueden sustraerse al conocimiento preciso de sus efectos, para resguardar la producción³⁹.

Conservadores como Sánchez Sorondo y socialistas como Justo coincidirán en la Cámara con la tesis expuesta por este asesor de la Sociedad Rural vinculada a Gran Bretaña. El Estado debía servir en este caso para enfrentar a los competidores norteamericanos de la alianza angloargentina.

Los derechos de intervención del Estado son evidentes, Inglaterra los ha ejercitado siempre: Australia los ha ejercido hace pocos años⁴⁰.

decía en la Cámara Sánchez Sorondo, y agregaba:

Este agente extraño es la industria frigorífica, presiona simultáneamente ambos mercados: el mercado de compra para estrangularlo y hacerlo ofrecer a los precios más bajos, y el mercado de consumo, tratando, después de anular el control inglés, de hacerlo ascender a los precios altos, lo que no ha podido conseguir. Llegamos, pues, a la hipótesis circunstancial, estamos debatiéndonos en plena maniobra de los frigoríficos⁴¹.

«Debemos ser colonia inglesa»

Para iluminar hasta el fondo sus puntos de vista, el diputado Sánchez Sorondo dirá en una sesión interna de la Comisión Especial de Asuntos Ganaderos de la Cámara de Diputados, realizada el 15 de enero de 1923, de acuerdo con la versión taquigráfica, las siguientes palabras reveladoras:

Aunque eso moleste nuestro orgullo nacional, si queremos defender la vida del país, tenemos que colocarnos en la situación de

*colonia inglesa en materia de carnes. Eso no se puede decir en la Cámara, pero es la verdad. Digamos a Inglaterra: Nosotros los proveemos a ustedes de carne, pero ustedes serán los únicos que nos proveerán de todo lo que necesitamos; si precisamos maquinarias americanas, vendrán de Inglaterra*⁴².

Juan B. Justo no podía compartir hasta esos extremos el colonialismo de Sánchez Sorondo. Justo y los socialistas representaban el criterio del consumidor de las ciudades, y se resistían a una dictadura inglesa sobre los precios que podía afectar el consumo:

*El señor diputado Sánchez Sorondo proponía que nos colocáramos en una situación inferior a la de las colonias inglesas, que comercian libremente con el mundo, con tal que Inglaterra consumiera el mayor número de nuestros novillos... Pretendía que se hiciera un tratado de pleito homenaje con aquel Imperio, para que comparándonos a un precio un poquito mejor, nos declaráramos tributarios de ese país en todo el resto de nuestro comercio, aun para la importación de artículos que necesitábamos de otros países*⁴³.

La avaricia ganadera, siempre despierta, estaba dispuesta a hundir el país y a sus aliados, el artesano y la pequeña burguesía, con tal de conservar su cliente inglés.

Pero el alboroto se disipó rápidamente en la embriaguez de una nueva ola de prosperidad. La Argentina de Alvear es una de las grandes exportadoras de materias primas y alimentos del mundo. De 1925 a 1927 entre carne de vaca enfriada y congelada se exportaron unas 650.000 toneladas por año. Basta indicar que en la edad de oro del Centenario se habían exportado unas 250.000 toneladas. En 1922 había 37 millones de vacunos.

El oro se acumulaba en la Caja de Conversión en cantidad increíble, sobrepasando todo lo que tenían casi todos los países, aun los poderosos. ¿Era posible con todo eso dudar de que el país era rico y prospero?

escribe, nostálgico, Pinedo⁴⁴.

La política financiera y aduanera del ministro de hacienda de Alvear, doctor Víctor M. Molina, se declaraba abiertamente librecambista:

Yo no soy de los que quisieran restringir la importación: muy lejos de eso. Yo creo que para entrar a la conversión, es necesario que los consumos se satisfagan completamente. No es con medidas restrictivas de este género, sino, al contrario, dándole al trabajador la capacidad necesaria para proveer ampliamente a todas sus necesidades e intensificando la producción agrícola ganadera y la de alguna que otra industria, aunque éstas no tienen todavía la importancia necesaria. Felizmente el país está entrando en una necesaria convalecencia; no obstante los altos derechos de aduana, la importación ha aumentado y de lo que hay que felicitarse es de que esa importación radica principalmente en los artículos de general consumo del pueblo⁴⁵.

El doctor Molina había inaugurado su gestión pidiendo al Congreso una rebaja de los derechos aduaneros sobre el azúcar, la leña y el papel de obra.

Los intereses creados alrededor de la primer decisión del Congreso, repercutieron en la prensa, que señaló el cambio operado en las ideas financieras del gobierno que, de discreto proteccionismo para las industrias genuinas, el cambio de titular de la cartera revelaba ahora una visible tendencia librecambista que el Congreso había aceptado, modificando pronunciamientos anteriores⁴⁶.

escribe un historiador.

Al intervenir en el debate parlamentario, el ministro Molina establecía como norma primera la necesidad de defender el consumo y también

de ayudar al capital nacional, pero sin emplear para ello los derechos de aduana, tal como el propio Mitre lo había propuesto en 1874, declarando que la Ley de Aduana era solamente una fuente de renta y no otra cosa. Esa política dirigida dentro de los principios del librecambismo transaccional o del proteccionismo racional era la que sostenía el gobierno del doctor Alvear⁴⁷.

El 30 de agosto de 1925 el diario La Vanguardia, órgano del Partido Socialista, calificaba la obra del gobierno de Alvear

*como excelente gestión financiera*⁴⁸.

La coincidencia entre el ministro Molina y el diputado Justo era perfecta. La apertura de la Caja de Conversión (sostenida con el apoyo financiero ilimitado de la Casa Morgan) fue un símbolo de esa época, lo mismo que el nivel del peso argentino en relación con las divisas fuertes. La Vanguardia titulaba su editorial: «Ha caído la Bastilla o Caja de Conversión» y el senador Juan B. Justo declaraba su absoluta solidaridad con la medida.

Justo añadía que la medida era

*por lo demás, muy favorable para los diarios, porque ahora están seguros del precio en oro que reciben por cada ejemplar, y saber que su materia prima, el papel de diario, no puede verse encarecido de un momento a otro por el envilecimiento del peso argentino*⁴⁹.

El director de la Baring Brothers rendía su homenaje a la medida, lo mismo que mister Simons, director general del Banco de Londres y América del Sur y mister Hose, presidente del directorio del Banco Angloamericano. La economía agropecuaria y sus aliados de la exportación y de la importación estaban en el éxtasis. «La Caja de Conversión amenaza reventar», decía un periódico. El país conservaba la estructura de 30 años antes y su condición de semicolonía próspera lo enorgullecía.

El país deudor

Un francés avizor, sobre todo en un país bajo influencia inglesa, el profesor Gastón Géze, introduce algunas manchas en el espléndido paisaje. En una conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas afirma:

El balance de cuentas de la Argentina se presenta de un modo muy particular. En lo que se refiere a los créditos de la Argentina

sobre el extranjero, no existe sino uno, muy variable de un año para otro, a saber, las exportaciones de productos argentinos: trigo, carne, cueros, lanas, etc. La Argentina no dispone de esa multitud de créditos importantes que existen en provecho de otros países (Inglaterra, Francia, etc.), tales como fletes de navíos, intereses de capitales colocados en el extranjero, gastos de turistas. Por el contrario, en lo que se refiere a las deudas de la Argentina para con el extranjero, su número es muy considerable: unas son variables y otras casi fijas. Son ante todo las importaciones, elemento pasivo variable. En segundo lugar viene la remuneración de todos los capitales invertidos en diversas formas en la Argentina; servicio de la deuda pública, que está casi toda en manos de extranjeros; dividendos e intereses a los tenedores extranjeros de títulos de ferrocarriles, a los tenedores de acciones y obligaciones de sociedades extranjeras, intereses de las cédulas hipotecarias en poder de tenedores extranjeros.

En tercer lugar, vienen los fletes de todas clases (mercancías y viajeros) pagados a las compañías de navegación extranjeras, así como las primas abonadas a las compañías de seguros extranjeras. En cuarto lugar, vienen los envíos de dinero hechos, sobre sus ahorros, por los inmigrantes a sus familias radicadas en el país de origen. En quinto lugar no hay que olvidar las sumas considerables gastadas en el extranjero por turistas argentinos. He ahí una lista que no está completa y de la cual resulta que la Argentina es un país deudor⁵¹.

Este panorama es muy sugestivo. Después de seis años de gobierno yrigoyenista, la estructura económica fundamental del país, reflejada en su estado de cuentas, no había sufrido modificación alguna. La sociedad de la posguerra dilapidaba la renta agraria con una libertad análoga a los tiempos del Centenario. Alejandro Bunge, que inicia una campaña sistemática de nacionalismo económico, describe la regla de consumo de la clase dirigente:

Los cosmopolitas son aquellos que piensan, comen y se visten como en Francia, como en Inglaterra, como en España. En su mesa apenas si se conserva el asado argentino; ellos necesitan jamón de York, salame de Milán, vino de Burdeos y del Rin, petit pois de

Francia, garbanzos de España, salchichas de Frankfort, dulces y galletitas de Inglaterra, fruta de California, té de la China, arroz del Brasil, queso de Francia y de Italia, etc., etc., la lista es interminable.

No hay país del mundo en el cual se consuman con relación a sus habitantes, en tanta diversidad y abundancia, los alimentos extranjeros como en la Argentina. Es una paradoja, en un país fértil con extensas zonas semitropicales y nueve millones de habitantes. Pero los cosmopolitas tienen prácticamente el más profundo desprecio por el nacionalismo y también por los alimentos del territorio que habitan⁵².

Bunge reaccionaba con energía contra esta política suicida. Desde 1923 a 1926 el mercado interior argentino es inundado de productos de consumo diversos, que compiten ruinosamente con sus similares argentinos, producidos durante la guerra. Industrias enteras eran conducidas al cierre; la importación es protegida por el propio gobierno argentino y estimulada con primas a la exportación por los gobiernos de su país de origen. Si la situación proseguía, según anunciaba Bunge, en los próximos años

no sólo habríamos de renunciar a la inmigración, sino que habremos de contar con la emigración y la decadencia⁵³.

El lector actual podrá reflexionar sobre esta profecía.

Formado en la escuela liberal clásica, Bunge evoluciona hacia un nacionalismo económico: formula sus grandes lineamientos, admitiendo el papel progresivo que el capital extranjero habría jugado, a su juicio, en la primera etapa del crecimiento agrario. En este sentido, Bunge es complaciente con Inglaterra. Pero sus estudios específicos sobre la dependencia argentina son excelentes. En 1925 señala que si se traza un arco de círculo con un radio de 780 kilómetros y con centro en la ciudad de Buenos Aires, puede advertirse un profundo desequilibrio: la inmensa mayoría de la población, los más altos niveles de vida, el mayor porcentaje de población extranjera, de líneas ferroviarias, de educación, comunicaciones, teléfonos, etc., se encontraban incluidos dentro de dicho radio. Antes de la inmigración y de los ferrocarriles, esta desigualdad no existía en la Argentina. Los productos del Norte, de capital nacional, son ahogados por las tarifas prohibitivas de los ferrocarriles. El poder de importación de la Argentina es tan considerable,

que en esa época 10 millones de argentinos importan el triple que Estados Unidos, o sea que el poder de compra per cápita de 30 millones de norteamericanos. Bunge llama la atención hacia esa hemorragia:

La Argentina se está desangrando y empobreciendo, en provecho de países con más hábil y más diligente política económica y financiera⁵⁴.

El primer ministro de Hacienda de Alvear, doctor Rafael Herrera Vegas, hizo aprobar por el Congreso un aumento de aforos aduaneros del 60%, por necesidades fiscales del gobierno. Esta medida solucionó apremios financieros de la Administración. Más importante aun es que favoreció a muchas industrias argentinas amenazadas de extinción por la competencia europea de la posguerra. Sin embargo, Herrera Vegas renunció al cabo de un año. El doctor Víctor Molina, que lo reemplazó en dicha cartera, imprimió a la gestión financiera del gobierno un radical viraje librecambista.

Por una resolución de Molina, el gobierno de Alvear autorizaba el 29 de agosto de 1925 la salida del país de 160 millones de kilos de acero, imprescindibles para el desarrollo de la industria nacional. Al mismo tiempo, proponía la supresión de los derechos de importación a todos los artículos de la industria de la construcción y de los derechos aduaneros adicionales, la rebaja de derechos a los tejidos, la yerba y otros productos. Al retomar la prosperidad, la oligarquía reabría la aduana y los años locos avanzaban rápidamente hacia la catástrofe.

La hora de la espada

La marcha sobre Roma en 1922 de Mussolini y sus «fascio di combattimento» no altera apenas el pulso de la opinión pública mundial: al fin y al cabo, el ex campeón Ches Williams desafía nada menos que al campeón mundial de todos los pesos, Jack Dempsey. El “charleston” gobierna Europa. Pero en la península clásica se habían producido choques y disturbios obreros al día siguiente de una guerra en la que Italia había resultado irónicamente victoriosa. La reacción terrorista de los grandes terratenientes del sur y de los industriales del norte instrumenta a un personaje curioso, socialista renegado y antiguo obrero, un «vagabundo desclasado», que resumía en su persona la exasperación irracional de millones de

pequeños burgueses arruinados. Benito Mussolini llega a un acuerdo con la Corona y la gran burguesía para instaurar en la Italia convulsionada una ley de hierro. Una vez tomado el poder, se ocupa de la «doctrina». Gorgolini, un pendolista del Duce, escribe:

El fascismo es la religión de la patria.

El propio inventor añade:

Nuestro mito es la Nación. Nuestro mito es la grandeza de la Nación... El fascismo es una concepción religiosa. ¿Si el fascismo no fuera una fe, cómo daría estoicismo y coraje a sus adeptos? Nada se puede cumplir de grande sino en un estado de amorosa pasión, de misticismo religioso⁵⁵.

En Milán se inaugura una escuela de mística fascista. Un periódico escribe a este propósito:

El fascismo es una reacción de lo divino⁵⁶.

En el credo del Balilla puede leerse:

Yo creo en nuestro Santo Padre el Fascismo⁵⁷

Con la ayuda de la cachiporra y la pistola, el gran capital lanza a la pequeña burguesía en putrefacción al asalto de los sindicatos obreros. Una inmensa policía se erige en el cuerpo místico del fascismo. Los trenes marchan a horario. El aceite de ricino deja de ser un producto farmacéutico. Todos los detritus semi-ideológicos de la furia capitalista y las miasmas feudales convergen hacia Roma.

En la Argentina, la gesta de los aventureros fascistas despierta admiradores. Como todo lo hacía esperar, el doctor Matías Sánchez Sorondo es uno de ellos. El 25 de noviembre de 1922 difunde una conferencia por radio en la que dice lo siguiente:

Italia nos presenta un ejemplo... allí el fascismo, apoyado en el pueblo, ha hecho la revolución pacífica, imponiendo el

*orden por la fuerza, no de arriba para abajo, como en los viejos tiempos dictatoriales, sino de abajo para arriba, como en los nuevos tiempos de las democracias inteligentes*⁵⁸.

Pero la ola de reacción que nacía en Europa encontró otros cultores en suelo argentino. El voluble Leopoldo Lugones, que hacía muy poco tiempo cantaba

*A los pueblos campeones de la justicia y especialmente a los Estados Unidos*⁵⁹.

ahora se decidía a proclamar

*la necesidad de una enérgica adhesión a las instituciones militares*⁶⁰.

Pronunció algunas conferencias en el teatro Coliseo en las que ya brotaba, para no perderla jamás hasta su muerte, su portentosa teoría del pronunciamiento a la española, expuesta con una saña hiriente hacia la «plebe» y una dulzura seráfica hacia todos los poderosos de la tierra.

*El pueblo, como entidad electoral, no interesa lo más mínimo. Nunca le he pedido nada, nunca se lo he de pedir y soy un incrédulo de la soberanía mayoritaria*⁶¹.

Acto seguido se ponía en guardia contra toda sospecha:

*Soy, entretanto, francófilo conocido. Es de público y notorio conocimiento mi afección a la noble Inglaterra*⁶².

Pero advertía con su habitual patetismo que no estaba dispuesto a tolerar las conmociones o agitaciones de extranjeros en esta bendita tierra argentina.

La guerra que nos traen los extranjeros rebeldes, conforme al programa de un gobierno extraño, es un ataque exterior, mucho

*más peligroso que la guerra militar porque maniobra a traición desde adentro. No hay guerra civil con extranjeros. Por el contrario: toda guerra con extranjeros es una guerra nacional*⁶³.

Quedaba bien claro que Lugones nada tenía que objetar contra los ingleses residentes entre nosotros, en Belgrano o en Hurlingham, dueños de la banca o agentes de ingleses más poderosos residentes en el extranjero. Sólo hacía cuestión contra los extranjeros pobres, procedentes de naciones empobrecidas, que ponían en peligro el nivel del salario. Añadía que ante estos extranjeros perturbadores

*nosotros ejerceremos el gobierno y el mando. Somos los dueños de la Constitución. Del propio modo que la dimos, podemos modificarla o suprimirla por el acto exclusivo de nuestra voluntad... Somos los dueños del país*⁶⁴.

Los propietarios de La Nación y los dueños de los ferrocarriles ingleses debían sonreír irónicamente al leer los ardientes párrafos del amigo de Inglaterra. Añadía Lugones:

*Italia acaba de enseñarnos cómo se restaura el sentimiento nacional bajo la heroica reacción fascista encabezada por el admirable Mussolini*⁶⁵.

Y haciendo entresonar toda su quincallería patriótica concluía su oración rindiendo homenaje a Buenos Aires

*la más ilustre... la que nos dio en vez de una, dos grandezas: Rivadavia y Mitre*⁶⁵.

Aquel joven cordobés de 1897 se había rendido nada menos que a los pies de los dos enemigos mayores de las martirizadas provincias del interior.

La celebración del centenario de la batalla de Ayacucho dio ocasión a un importante festejo organizado en Lima. Alvear, que no se perdía ninguna conmemoración, envió esta vez a su Ministro de Guerra, el general Justo, para presidir la

delegación militar argentina que concurría. a los actos. Bien es cierto que en 1824, mientras el bravo Sucre cargaba en los campos de Ayacucho y ponía fin al dominio absolutista español en América, se verificaba en las provincias argentinas el primer empréstito británico, a cargo de la firma Baring Brothers y por iniciativa del alabado Rivadavia. Si Sucre exterminaba al poder español en América, Rivadavia introducía el poder inglés. Cien años después se festejaría con justicia la hazaña del mariscal y Leopoldo Lugones, rendido admirador de Rivadavia, podría agradecer en nombre de Mitre la hazaña de Sucre. Fue allí, en Lima, donde descargó, sobre un público inerme y desfavorido, un cañonazo de rípios. El antiguo anarquista no había cambiado, como observó Castellani; el individualista tan sólo se había transformado en un autócrata.

Y después de rendir tributo de homenaje en una prosa hinchada a la belleza de las damas presentes, enumeró ritualmente al ritmo, a los volcanes, a los vientos de la selva, a la rumorosa voz del agua, al borbollón de la catarata, al fuego de las cumbres y naturalmente al sol de los Andes. Declaró al fin misteriosamente que tenía «el horror de las palabras vanas» y saludó a la delegación militar argentina:

Fueron los militares que llegaban, luciendo el uniforme de los granaderos de San Martín, y encabezados –permiso mi general– por la más competente, limpia y joven espada del comando argentino... para traer en homenaje la montaña de los cóndores y la pampa de los jinetes⁶⁷.

Entró en materia enseguida:

Señores: dejadme procurar que esta hora de emoción no sea inútil. Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada, bien que audaz ideología. Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada... Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad.

El pacifismo no es más que el culto del miedo, una añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso de verdadero varón yergue su oreja de león dormido. La

vida completa se define por cuatro verbos de acción: amar, combatir, mandar, enseñar.. La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad... El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. Sólo la vida militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza⁶⁸.

Nacionalismo argentino y marquesas italianas

El general Justo permaneció impasible. Ya en 1924 Lugones ejercitaba su pluma para escribir la proclama del 6 de setiembre de 1930. En cuanto a Alvear, ignoró la arenga. Como el discurso de Lugones se publicaba en la Argentina en los días más caliginosos del mes de enero, la temporada estival estaba en su apogeo. El Presidente vivía en Mar del Plata, abanicándose al sol. Por lo demás, esta prosa rocambolesca de Lugones y el entrechocar de espadas en sus esdrújulas no constituía una eczema nativa. En los mismos días, escritores semejantes, que Lugones conocía muy bien, puesto que la literatura francesa era para él literatura de cabecera, disparaban contra la República andanadas semejantes en París.

León Daudet y Charles Maurras, que serían, mucho más que Lugones, los maestros del inminente «nacionalismo argentino», decretaban su admiración por Mussolini, aunque ni ellos ni Lugones fueran realmente fascistas.

Si Lugones se adscribía más bien a un César militar al estilo de Primo de Rivera, rodeado del aparato de la vieja tradición monárquica u oligárquica, los franceses, por su parte, con una antorcha en la mano, buscaban con impaciencia un nuevo general Boulanger que sentase en el trono vacío de Francia al primer idiota coronado:

La dictadura no es eficaz, en efecto, inofensiva y fecunda, más que si ella es la puerta de entrada de la Restauración, el prelude del retorno a la monarquía hereditaria, fundada en la razón y en la permanencia. Toda la historia está allí para testimoniarlo. El éxito del señor presidente Mussolini se apoya en el duque de Aosta y en el rey⁶⁹

escribía Daudet.

El triunfo de Mussolini, los libros de Maurras, la política de la Action Francaise y, por supuesto, los discursos y artículos de Lugones (algunos de éstos patrocinados por la Liga Patriótica Argentina, que demostrara su «nacionalismo» en la Semana Trágica) suscitan el interés de algunos reaccionarios. El doctor Juan E. Carulla, que procedía del anarquismo, era uno de ellos. Sus «Memorias» son muy ilustrativas para indicar los orígenes del nacionalismo oligárquico en el país. En 1925 aparecía un semanario titulado *La Voz Nacional* que reiteró su prédica a lo largo de diez meses. El doctor Roberto Acosta, su amigo, iniciador del proyecto, convocó a una reunión de simpatizantes nacionalistas para llevar a la práctica la edición del semanario.

La sorpresa del doctor Carulla al llegar a la reunión es digna de evocar:

Me encontré con un heterogéneo grupo de personas, la mayoría de avanzada edad. Lo componían la marquesa de Wagner, dama sesentona, anquilosada por una afección reumática, aunque muy culta y de profunda versación en materia de política y literatura francesas, dos condes italianos, los señores Boldini y Puppo, también senectos; un capitán del ejército italiano, gran mutilado de guerra, que se acompañaba de un señor Stappa, especialista, según él, en «corporativismo» un periodista de la 'Fronda', a quien oí designar por 'el gordo'. Sólo Roberto Acosta, Domingo de Muro y yo éramos hijos del país⁷⁰.

Sin embargo, muy pronto la marquesa de Wagner, alborozada, informó a Carrulla que habían concurrido a su domicilio para suscribirse dos personas significativas: el general Uriburu y el ex presidente Figueroa Alcorta. Fue así como Carulla trabó relación con el valiente general. Los futuros setembrinos comenzaban a encontrarse, gracias al entusiasmo patriótico de un puñado de condes y marqueses italianos. Curioso punto de arranque del nacionalismo oligárquico. Por lo demás, en esos días la oligarquía estaba satisfecha con el liberalismo alvearista. El triunfo de Yrigoyen en 1928 y la crisis siniestra de 1930 empujarían a primera fila a los vástagos nacionalistas de la clase terrateniente. Los nuevos maurrasianos del nacionalismo, esta vez argentinos, publicaban el 1° de diciembre de 1927 otro semanario titulado *La Nueva República*. Los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio, Tomás Casares, César Pico, Alfonso de Laferrere, componían su redacción, que proclamaba abiertamente su dogma antiliberal. Rodolfo Irazusta demostraría irrefutablemente que la palabra democracia no figuraba en el texto de la Constitu-

ción, en la que sólo aparecía la palabra república. La artillería verbal del nacionalismo oligárquico comenzaba a montarse contra Yrigoyen antes que el caudillo subiera por segunda vez al poder.

Juan B. Justo y «La carga del hombre blanco»

En el Partido Socialista todo transcurría en el mejor de los mundos. Juan B. Justo era senador desde 1924. Con él habían ingresado al Congreso 13 diputados en el mismo año. La actividad socialista se desarrollaba en el campo de las cooperativas de consumo, en la lucha de la Sociedad Luz contra el consumo del alcohol y en las conferencias sobre las ventajas de la higiene que en los distintos centros socialistas pronunciaban los jefes más reputados del partido.

De cómo se educaba a los pequeños burgueses y artesanos socialistas en esas conferencias, no hay nada mejor que leer las obras de Juan B. Justo. Esta práctica ha caído en desuso hace algunos años. Pero es muy instructiva. Refiriéndose a los Estados Unidos, Juan B. Justo decía en una conferencia que se trataba de un

país que ha sido por siglo y medio escuela de libertad y de democracia para el mundo, el país del mundo donde la clase trabajadora goza del más alto nivel de vida y en ciertos conceptos, de la mejor situación social, ese pueblo que nos ha dado ejemplo de muchas de nuestras mejores cosas y para buena parte de nuestra propaganda en nuestro país...⁷¹

Confesaba asimismo su admiración por el Partido Obrero en el gobierno de Australia puesto que

se ha opuesto resueltamente a la inmigración de otras razas. Ha dado leyes sobre el trabajo, ha limitado el trabajo de las mujeres y de los niños, ha establecido condiciones de salario mínimo⁷².

Este lema de las razas no calificadas lo preocupaba mucho al doctor Justo. Insiste en él hasta llegar a decir que

*entre nosotros, en esta asamblea de hombres blancos, no podemos desconocer la importancia histórica del trabajo militar contra los indios que ha contribuido al desarrollo de la sociedad argentina*⁷³.

Este curioso elogio a la Campaña del Desierto subrayaba su condición de hombre blanco y la importancia de la desaparición de los indios.

*El Congreso de Stuttgart en 1907 trató una resolución sobre la cuestión colonial, llena de fórmulas convencionales, pero reconociendo implícitamente la necesidad y conveniencia del imperialismo colonial ...*⁷⁴

Elogia el carácter internacional del pueblo argentino:

*El comercio, la industria, se hace por esa población inmigrada y su primera descendencia; la poca ciencia y la literatura la cultivan más hijos de inmigrantes que descendientes de las familias de abolenos... en esta parte del continente el problema está casi resuelto, nosotros no lo tenemos, y el Brasil se está blanqueando por la sola acción de la inmigración, San Pablo es ya una ciudad blanca y Río de Janeiro no lo es tan sólo en una tercera parte*⁷⁵.

Un inesperado oponente se cruza en el camino de Justo en 1926. En un discurso pronunciado en Rosario, el jefe socialista acusa a Lisandro de la Torre de «contradictorio», pues De la Torre habríase opuesto a la exoneración de derechos a la importación de molinos de viento. ¡El pertinaz librecambista! Si se trataba de hundir alguna industria nacional, hasta era capaz de afrontar el peligro de un debate con el célebre orador de Santa Fe. De la Torre, retirado de la vida política en ese momento, conservaba, como siempre, su destreza de temible polemista. Respondió a Justo:

Es otra falsedad. Puede verse el proyecto en el Diario de Sesiones de 1912. Se propone la liberación de derechos a 200 ó 300 artículos, y mezclados entre ellos se encuentran los molinos de

viento. Hay numerosos artículos de fácil producción nacional en esta lista, que sólo puede incluirlos un malvado deseo de dañar sistemáticamente la industria argentina. Le dije al doctor Justo que aceptaba suscribir su proyecto, previa eliminación de las exoneraciones inconvenientes, y no aceptó...

El doctor Justo ha perdido el derecho de imponer sus postulados a los que no sean meros sacristanes socialistas, porque no renueva sus ideas desde hace 20 años. Profesa conceptos arcaicos con rigidez sectaria, que harían sonrojar a los jefes socialistas europeos. No sacó provecho alguno de su viaje a Berna, ni logró destacarse allá exponiendo lo que a él le parece el summum de la ciencia..

De la Torre señala sin piedad el «contubernio» de Justo con el gobierno de Alvear en materia de política económica. Pues el doctor Justo

elogió la política aduanera seguida por el ministro Molina en aquella emergencia, que puede sintetizarse así: librar el mercado yerbatero argentino al producto brasileño, matando la industria nacional similar. En poco tiempo las consecuencias de esa política genial se han convertido en hechos; el kilo de yerba mate ha subido más de 30 centavos desde que el doctor Alvear es presidente de la República, el doctor Molina, ministro de Hacienda, Y el doctor Justo, senador librecambista⁷⁶.

El balance del gobierno de Alvear es deplorable. He aquí su resumen. Suprimió el salario mínimo de \$ 6 a los trabajadores del Estado; rebajó los sueldos y jubilaciones a los ferroviarios; vetó la ley que obliga el pago de salarios en moneda nacional; abrió la Caja de Conversión; no aplicó la ley del precio máximo para las carnes de consumo interno; paralizó las obras del ferrocarril a Huaitiquina; ingresó a la Liga de las Naciones; hizo derogar por el Congreso la Ley 11.289, que creaba una Caja de Previsión para obreros y empleados –ferroviarios, bancarios, tranviarios, telefonistas ya contaban con sistema de previsión– tendiente a abarcar a trabajadores de múltiples actividades. Cuando Nicaragua es invadida por los yanquis, y Sandino resiste la agresión, el canciller de Alvear declara a un diario que «Nicaragua está muy lejos y ningún argentino se interesa especialmente

por ella». En ese momento Alvear veraneaba en Mar del Plata, alma y cuerpo en perfecta armonía.

Diputados de «arriba» y diputados de «abajo»

Pero sin duda, el lugar más importante de la actuación socialista era el Parlamento, su caldo nativo, su fruición suprema.

Y al mismo tiempo, el campo más fértil para las intrigas socialistas y conservadoras contra el yrigoyenismo. El antiguo diputado socialista, de origen obrero, Joaquín Coca, ha descrito en sus memorias parlamentarias el mejor cuadro interior de las propensiones contubernistas del Partido Socialista⁷⁷.

Se había insinuado en el seno del partido de Justo una tendencia encabezada por el diputado Antonio De Tomaso, Federico Pinedo, Héctor González Iramain y otros, que no ocultaban su deseo de realizar una vasta «unión democrática» con los conservadores y radicales disidentes en las Cámaras para enfrentar al partido yrigoyenista. En 1924, los radicales de Yrigoyen se abstuvieron de concurrir a las elecciones nacionales realizadas en Córdoba, lo que permitió a los conservadores obtener la mayoría de diputados por dicha provincia y a los socialistas la minoría. Sobre 190.617 electores, los conservadores obtuvieron 27.634 votos y los socialistas 1.809 votos⁷⁸.

La situación institucional de Córdoba era altamente irregular y la discusión de los diplomas dio lugar a un reagrupamiento que permitió comprobar cómo el puritano doctor Justo se unía a los conservadores para obtener la aprobación de los diplomas y el ingreso de sus diputados al hemiciclo. Enrique Dickmann hizo uso de la palabra en la Cámara para defender el ingreso de los 3 diputados socialistas ganados por la abstención radical y con el apoyo conservador. Formuló en esta oportunidad un caluroso elogio del doctor Julio A. Roca, gobernador conservador de Córdoba. Entre el diputado Molinari y el diputado Dickmann se suscitó el siguiente diálogo:

–Dickmann (E): Empezaré por definir el escenario político en que hemos luchado para traer los diputados socialistas por Córdoba a estas bancas.

–Molinari: Son bancas de arriba.

–Dickmann (E): Nunca las bancas son de abajo (risas).

Al escuchar esta última y desdichada frase, escribe Coca, me expliqué lo de la alta política de los conservadores, a la que también

se aludía a veces en nuestro grupo: era la 'alta política' de las 'bancas de arriba'. Y yo que siempre había creído que los socialistas luchábamos por obtener bancas auténticas 'de abajo'⁷⁹.

Pero ni siquiera el contubernismo del doctor Justo satisfacía a los más pertinaces contubernistas del Partido Socialista. Así se incubó una escisión que llevó a la formación del Partido Socialista Independiente. Dickmann los llamó «libertinos», por proclamar su sed de «libertad» y llamarse su diario, asimismo, *Libertad*. Los libertinos habían llegado a controlar gran parte del aparato del viejo partido; Repetto llegó a acusarlos de haber fraguado cómputos electorales internos y realizado fraudes en las lecciones partidarias. Esta práctica dolosa continuaría muchos años después en el partido puritano, aunque ya no estuviesen los socialistas independientes. Los contubernistas fracasaron en la tentativa de llevar al socialismo a una alianza electoral con antipersonalistas y conservadores. El objetivo era oponerse a la reelección del doctor Yrigoyen en las elecciones de 1928. La resistencia de la mayoría del partido de Justo condujo a la formación del Partido Socialista Independiente. Pocos años más tarde, los contubernistas fueron a parar a donde era previsible: Antonio De Tomaso sería ministro de Agricultura en el primer gabinete del general Justo en 1932; Federico Pinedo se destacaría como representante del imperialismo inglés en los asuntos gubernamentales durante la década infame, y Roberto Noble escalaría al cargo de ministro de Gobierno del gobernador Fresco en la provincia de Buenos Aires, organizador del fraude electoral.

La F.O.R.A. y el Movimiento Obrero

En el movimiento obrero ocurrían hechos sugestivos. Los sindicalistas apolíticos organizaron la Unión Sindical Argentina como central obrera. La FORA permanecía en manos de los anarquistas. Comienza en el período de Alvear la lenta e irresistible declinación del anarcosindicalismo como núcleo dirigente del movimiento obrero argentino.

A nuestro juicio, es el período que va de 1920 a 1930 de la historia de la FORA, el menos interesante y en parte también el más negativo. No sólo por la actitud y la intensidad que tuvieron las

*polémicas internas, primero en torno a la dictadura del proletariado, después en torno a la fusión obrera, posteriormente frente a otros grupos anarquistas, sino porque en ese período no se hizo obra creadora, de elaboración de ideas, de renovación y de enriquecimiento del caudal ideológico*⁸⁰.

Los legendarios cuadros de combate del anarquismo tendían a desaparecer. La FORA se convierte en un obstáculo para las conquistas del movimiento obrero: se opone a las jubilaciones y pensiones⁸¹.

Un hecho conmueve a la clase trabajadora en esos años. Un obrero alemán, Kurt Wilkens, decide convertirse en el vengador de los masacrados del sur por el teniente coronel Varela en la célebre matanza de la «Patagonia trágica». El 23 de enero de 1923 lanza una bomba contra este militar y luego lo ultima a tiros de revólver. Detenido y procesado, mientras permanece en la Penitenciaría Nacional es despertado por un soldado de la guardia e inmediatamente ejecutado a tiros de máuser. La tragedia de la Patagonia, sin embargo, no concluía con el asesinato de Kurt Wilkens. El guardia penitenciario, movido seguramente por jefes militares para cometer ese acto, a fin de salvarlo de un proceso judicial es hecho pasar por demente y encerrado en el Hospicio de las Mercedes.

Ante esta situación, que apareció clara ante los ojos del movimiento obrero, pasados algunos meses ingresa un nuevo enfermo al Hospicio. Se trataba en realidad de un militante anarquista. Una noche, el supuesto demente asesino de Wilkens, es ejecutado por el supuesto demente anarquista. Pero el acontecimiento que domina la vida del movimiento obrero y sindical de la Argentina en los últimos años del gobierno de Alvear es sin duda la campaña por la libertad de Sacco y Vanzetti. Rara vez un caso de crueldad capitalista había suscitado en el mundo un movimiento tan notable. Quizá la ausencia de grandes luchas interiores en ese período contribuyó a que la causa de los dos anarquistas italianos despertase la gran pasión colectiva que no conoció el infame asesinato en una cárcel norteamericana de Ricardo Flores Magón o la inacabable agonía de Albizu Campos, el mártir de la independencia de Puerto Rico, que pasó 20 años en la prisión de Atlanta.

En abril de 1920, en Massachussetts, el contador de una fábrica, acompañado de sus guardias, mientras conducían fondos para pagar el salario de los obreros, fueron muertos a tiros por dos hombres. Dos anarquistas italianos, llamados Sacco y Vanzetti, fueron detenidos y procesados bajo la sospecha de ser los asaltantes y asesinos. Vanzetti, particularmente, era un anarquista de tipo intelectual. En el proceso se

reveló el carácter absurdo de la acusación. A medida que se desenvolvía el juicio fue creciendo una inquietud mundial con respecto al caso. Así transcurrieron 7 años.

La sentencia de muerte en la silla eléctrica, reiteradamente postergada por las argucias legales de la defensa, llevaron la tensión del movimiento obrero internacional hasta su más extremo límite. En la Argentina se levantaron tribunas clamorosas por Sacco y Vanzetti. El movimiento anarquista gastó sus últimas energías, antes de su ocaso definitivo después de 1930, en esa grandiosa campaña. Pero el 22 de agosto de 1927 Sacco y Vanzetti eran electrocutados.

Cuando concluía el gobierno de Alvear, un puñado de anarquistas españoles encabezados por Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso, figuras legendarias del movimiento anarquista español, asaltaban espectacularmente algunos bancos de Buenos Aires y enviaban sus fondos para ayudar a la prédica anarquista y a la liberación de los presos en Europa. Durruti adquiriría luego una celebridad internacional con el estallido de la guerra civil española en 1936 al comandar la columna que marchó hacia Madrid a defenderla.

El radicalismo antipersonalista

Todas las fuerzas antiyrigoyenistas y antipopulares levantaron la cabeza a partir del momento en que Alvear se hizo cargo del gobierno. Su gabinete era una clara demostración de que don Marcelo afirmaba su «independencia» con respecto al caudillo. Las intrigas comenzaron en todos los órdenes. Si el ministro de Hacienda Víctor Molina proclamaba orgullosamente su doctrina librecambista, la actitud de Alvear hacia la reforma universitaria, el gran movimiento cultural que había apoyado Yrigoyen en 1918, se volvía abiertamente hostil.

Después de cuatro años de aplicación del estatuto universitario, se había revelado el desorden, la indisciplina y la efervescencia estudiantil que eran trasunto del electoralismo que aquel estatuto implicaba. La intervención del alumnado en la elección de las autoridades había producido el apoderamiento de la dirección de los altos estudios en manos suyas,

escribe un apologista de Alvear⁸³.

En efecto, Alvear interviene la Universidad Nacional del Litoral y la Universidad Nacional de Córdoba, modificándose los estatutos aprobados en el año de 1922 y que reflejaban las conquistas de la Reforma Universitaria del 18. Es el comienzo de lo que Del Mazo llama la contrarreforma⁸⁴. Al mismo tiempo que en el orden de la legislación obrera, la política económica y la política universitaria de Alvear inicia un retroceso con respecto al gobierno de Yrigoyen, la conspiración oligárquica se pone en marcha para impedir la segunda presidencia del caudillo. Las primeras medidas del gobierno de Alvear son juzgadas por el diario *La Época*, órgano de Yrigoyen, con manifiesta hostilidad. Las intervenciones a las provincias de Jujuy y de Santiago del Estero, llevadas a cabo por el ministro del Interior, Dr. Vicente Gallo, notorio «Galerita» o adherente a la tendencia «azul», enfrenta abiertamente en las Cámaras a los radicales tibios próximos a Alvear, con los «personalistas», fieles de Yrigoyen. Las tensiones internas entre los «antipersonalistas y los yrigoyenistas» se pusieron ampliamente de manifiesto el 20 de junio de 1926 al inaugurar el presidente Alvear el período legislativo.

El comienzo de la ruptura fue espectacular. La numerosa bancada radical yrigoyenista de ambas cámaras rehusó concurrir a la Asamblea Legislativa para escuchar el mensaje de Alvear. El Vicepresidente de la Nación, don Elpidio González, se excusó también de hacerlo, solidarizándose con sus amigos políticos⁸⁵. No se lograba quórum. La inquietud crecía por momentos. El presidente Alvear esperaba en la Casa de Gobierno el número de legisladores suficiente para concurrir al Congreso. Los únicos que asisten son los diputados y senadores «contubernistas», esto es, socialistas, conservadores y radicales antipersonalistas. Ya dos años antes, en 1924, Mario Guido había organizado en la provincia de Buenos Aires un comité provisional de radicales disidentes contra la «exclusividad personalista»⁸⁶. En conclusión, el 23 de agosto se realiza en el teatro Coliseo de la Capital una asamblea que funda la Unión Cívica Radical Antipersonalista y consagra formalmente la escisión del radicalismo, bajo la mirada benevolente del presidente Alvear. Figuran en el estrado los prohombres del radicalismo oligárquico: Leopoldo Melo, Martín M. Torino, Teófilo Sánchez de Bustamante, Aldo Cantoni (Representante de la familia de caudillos regionales de San Juan), José P. Tamborini, Mario Guido, Diógenes Taboada, José Nicolás Matienzo y otros muchos. Se adhirieron por telegrama los doctores Miguel Laurencena de Entre Ríos y Enrique M. Mosca de Santa Fe.

Al mismo tiempo, una maniobra interna permite a los antipersonalistas ganar las elecciones del comité de la Capital Federal. La escisión se profundiza a lo

largo de toda la República. La distinción entre antipersonalistas y personalistas es nítida. Ya en 1925 no podía distinguirse un antipersonalista de un conservador liberal. En ese mismo año, al discutirse en el Senado el monumento nacional a Roque Sáenz Peña el senador antipersonalista Torino se preguntó si la obra de Sáenz Peña al facilitar la ejecución del voto universal no había sido:

*un grave error que quebró los resortes conservadores de la sociedad, para dejar ésta a merced de las corrientes impetuosas de los elementos sin preparación suficiente para decidir sobre los complejos problemas de la vida pública y orgánica*⁸⁷.

En esa actitud se resumía toda la política del antipersonalismo. Una incesante y acre polémica entre antipersonalistas e yrigoyenistas se desenvuelve a lo largo de seis años, matizada con duelos frustrados, rituales lances de honor, cartas abiertas y denuncias recíprocas. La violencia periodística llega hasta la Casa de Gobierno. Todas las miradas del contubernio se dirigen hacia Alvear, exigiéndole, cada día con más intensidad, la intervención de la Provincia de Buenos Aires, baluarte electoral del radicalismo y pieza clave para la futura elección nacional.

Un nuevo factor político se suma a la confusa situación. En 1920 había muerto el caudillo Lencinas, amigo y enemigo simultáneamente de Yrigoyen. Su hijo, Carlos Washington Lencinas, heredero de las dotes políticas de su padre, asume la dirección del lencinismo, movimiento político análogo, en ciertos aspectos, al cantonismo sanjuanino. Carlos Washington Lencinas gana el sillón de gobernador en las elecciones de Mendoza realizadas en enero de 1925. Muy pronto, junto con el cantonismo, Lencinas volcará su caudal político en favor del antipersonalismo.

Los caudillos de los «oasis ricos»

Dos grandes caudillos regionales van a conmovier en su espectacular apogeo la pacífica crónica de la Presidencia de Alvear.

El «gaucho Lencinas» en Mendoza y su aventajado discípulo Federico Cantoni en San Juan revisten un particular interés: representan «la chusma en alpargatas» o sea las clases populares excluidas del «banquete social». Más tarde se enfrentan a Hipólito

Yrigoyen. El «bloquismo» fundado por Cantoni concluirá como aliado de la rosca oligárquica porteña en los últimos 60 años de vida política.

Ambos caudillos serían inexplicables sin indagar sus orígenes en la región de Cuyo. Desde la colonia española, Mendoza como San Juan fundaron su vida económica en la distribución racional de sus aguas. La cultura de la vid que hizo célebre a las dos provincias dependió del riego artificial. En otras palabras, y a diferencia de la riqueza pródiga proveniente de la fertilidad pampeana en su edad clásica, donde ni el capital ni el trabajo eran indispensables para prosperar, el pueblo cuyano debió sobrevivir mediante un esfuerzo sistemático vinculado a la administración cuidadosa de sus ríos.

Trabajo esforzado y capital productivo, estarán en la base del carácter de sus hombres y mujeres y en el vigor del capitalismo agrario que fue su resultado. Pero la política del agua fue manipulada por las clases privilegiadas para reservarse a sí mismas la parte del león en la distribución del ingreso. Criollos de la vieja ganadería vinculada con Chile o ricos bodegueros de origen europeo, contratistas, viñateros peones sin derecho alguno, o la nueva clase media urbana de los abogados, comerciantes y maestros posteriores al 80, van a rodear, cada uno en lo suyo, a las tres figuras centrales de la política cuyana en las primeras décadas del siglo: el Dr. Emilio Civit, el «abogado de los pobres», José Néstor Lencinas y el médico sanjuanino Federico Cantoni.

Civit fue el político de la camarilla oligárquica y burguesa que dominó la vida social de Mendoza hasta la aparición del radicalismo. Encarnaba la alta clase criolla, que de algún modo sería desplazada por los emprendedores «gringos» de la inmigración volcados a la industria vitivinícola. Ministro de Obras Públicas del general Roca, dos veces Gobernador de Mendoza, Emilio Civit conocía todas las mañas y tretas de la política criolla. Fue arquetipo de los «gobiernos de opinión» de tiempos de Roca (de la opinión de la gente importante). Pero la evolución económica de Mendoza, en la cual Civit fue actor principal (además de empresario) protegió el crecimiento y formación de una nueva clase media que, de algún modo, pondría fin a su dilatado reinado político. El inevitable sucesor fue el «gaucho Lencinas», caudillo de esas clases y de sus aliados los pobres, los marginados absolutos.

Lencinas había sido hombre de Leandro Alem y luego de Yrigoyen desde 1890. Se alzó en armas en 1905 en la revolución contra el Presidente Quintana. Acusado por los hombres del Club Social de seducir sólo a la gentuza de alpargatas, dio su famosa respuesta:

las montañas se suben en alpargatas.

Su estilo campechano de gobierno, imagen viva del patriotismo político y su batalla con la oligarquía judicial del poder conservador, lo enfrentaron a Hipólito Yrigoyen, quien le intervino la provincia en 1919.

Al morir en 1920, dejó un cachorro digno del padre, Carlos Washington Lencinas, que prosiguió la herencia del lencinismo y al que tocó en su suerte combatir al caudillo nacional del radicalismo en la década del 20. Nació el «yrigoyenismo sin Yrigoyen». El gaucho Lencinas dejaba también un turbulento discípulo en San Juan, que atravesó sin inmutarse cuarenta años de vida política entre el silbido de las balas. Era Federico Cantoni. Como en el caso del lencinismo, el «bloquismo» fundado por los hermanos Cantoni se volverá con el tiempo un feroz adversario del yrigoyenismo y aliado de los conservadores en el orden nacional.

Pero en el orden provincial, Federico Cantoni iniciará una revolución política, fiscal, económica y social que sacudirá profundamente a San Juan. Entabló una lucha con los bodegueros y los sectores privilegiados de una dureza sin precedentes. No sólo estableció el voto femenino en defensa de las mujeres, sino que impuso contra la formidable repulsa de los bodegueros el salario mínimo, poniendo término a toda una época en que el peón sanjuanino ganaba un peso por día de trabajo. Un corresponsal de La Prensa en San Juan escribía:

Los chinos saben tres cosas para ellos trascendentales: que les han aumentado los salarios y rebajado las horas de trabajo, que el jefe del partido los atiende en su consultorio gratuitamente, y que llegado el caso, le dan gratis los medicamentos.

El lenguaje directo, frecuentemente brutal y soez de Cantoni asombraría al Parlamento argentino. Más que las palabras, quedarían heridos los intereses lugareños, que reaccionaron con violencia. A la indiferencia de médicos, cegados por su lucro privado, el Gobernador Cantoni responderá con una patente de \$ 5.000 anuales a cada médico, salvo que atiendan gratis dos horas diarias en la Asistencia Pública. A la jornada máxima de 8 horas y la pensión a la vejez, añadirá Cantoni el uso casi cotidiano de las armas de fuego cruzado con sus enemigos políticos y el asesinato del gobernador Jones. No cabe omitir los frecuentes atentados contra su propia vida. El odio entre el «cantonismo» y el radicalismo yrigoyenista ingresa en la sangrienta leyenda de Cuyo. En 1929 es asesinado Carlos Washington Lencinas, el heredero del «gaucho» Lencinas. A su vez, Cantoni se atrinchera en la Casa de Gobierno de San Juan para resistir la intervención federal. Antes, el

Senado de la Nación había rechazado su diploma de Senador Nacional por su provincia. La prensa radical y conservadora califica de varios modos el régimen de los Cantoni:

torpe resurrección del circo de la vieja Roma»; «despotismo en delirio», mafia siniestra que tiraniza San Juan; «banda de asesinos», «gobierno semidemente, con locura criminal», «pigmeo moral», «personaje de manicomio o de presidio.

Cantoni, por su parte, tampoco ahorra la dinamita verbal. Su oratoria adquirió gran popularidad en su época, hasta el punto de, que cuando defendió sin éxito sus diplomas de Senador electo en el Senado contra la mayoría hostil, la Cámara de Diputados de la Nación no pudo sesionar por falta de «quórum», ya que la mayoría de los diputados habían sido atraídos a la formidable disputa en la Cámara alta. He aquí dos ejemplos representativos en un discurso pronunciado ante el Senado de la Nación:

Resulta que mientras más voy conociendo a los hombres más capaces de mi patria, más voy queriendo a los chinos de mi tierra, por que son hombres de más alma, que tienen un sentimiento más profundo y más grande de la nacionalidad argentina y porque estoy convencido que sus sentimientos son superiores y más nobles que los de los hombres que se sientan en este recinto.

Los contemporáneos recuerdan que el ardoroso caudillo sanjuanino acostumbra a vestir con desaliño y que eran famosas sus camisas sucias. Hasta un amigo observó en broma que Cantoni compraba sus trajes con las manchas puestas. En la defensa de su diploma, ocupó cinco sesiones de debates, en el Senado, que abarcaron centenares de páginas en el Diario de Sesiones de 1929. Otro ejemplo:

El Señor Presidente del Senado habrá oído hablar de esos chinos roñosos y yo digo señores senadores: la roña del trabajo es una roña superior y tiene más mérito y más prestigio por su virtud y menos mal olor que esta roña inteligente y cerebral que cree que se puede servir al país solamente con discursos.

En dramáticos frescos verbales Cantoni describió la tragedia de los peones de San Juan, su vida dolorosa y miserable, el abandono a que era sometida la clase trabajadora y la codicia de la «oligarquía de bordalesa».

Al correr el tiempo, el bloquismo sanjuanino perdería poco a poco su empuje popular y consolidaría sus vínculos con la oligarquía del gran Puerto de Buenos Aires.

Maniobras contra Yrigoyen

El ministro del Interior, doctor Vicente Gallo, era la punta de lanza del antipersonalismo en el seno del gabinete de Alvear y el denodado campeón de la intervención a la Provincia. La inmoralidad política de consumir ese acto era de tal magnitud que la mayor parte de los ministros de Alvear se resistían a sostener la intervención. Alvear vaciló durante varios años. Luchaban en él su aversión a una segunda presidencia de Yrigoyen y el inmenso descrédito que lo amenazaba en caso de firmar la intervención a la provincia. Las reuniones de Alvear con sus ministros y con los dirigentes políticos antipersonalistas eran incesantes.

Angel Gallardo, ministro de Relaciones Exteriores, recuerda en sus memorias inéditas que la preocupación mayor del gobierno eran:

los planes del doctor Gallo, de enviar una intervención política a la provincia de Buenos Aires, gobernada por Cantilo⁸⁸.

Casi todos los días los periódicos anunciaban que ya estaba firmado el decreto de intervención y hasta daban el nombre de interventores⁸⁹.

La presión llega a ser tan intensa que Alvear envía un mensaje al Congreso buscando una fórmula intermedia:

El Poder Ejecutivo considera institucionalmente anormal la situación de Buenos Aires y, en consecuencia, procedente la intervención federal; pero por no mediar en el momento los motivos de urgencia que, según reiteradas declaraciones y normas aplicadas

en casos semejantes... resuelve someter el asunto a la decisión del Congreso⁹⁰.

Se funda una logia militar antiyrigoyenista

La situación del gobernador de la provincia de Buenos Aires se volvía difícil, puesto que

los banqueros no querían acordarle empréstitos temiendo la intervención. Parece que Gallo les decía a los banqueros que sería un acto poco grato al gobierno nacional facilitarle dinero a la provincia de Buenos Aires⁹¹.

Mientras la lucha por la sucesión de Alvear se desenvolvía en el plano público, en el seno del Ejército se producían silenciosos acontecimientos. Ya en 1921 se había fundado la Logia General San Martín. Esta logia tenía, a pesar de sus declaraciones de «apoliticismo», un marcado carácter político antiyrigoyenista y antipopular.

Durante la presidencia de Yrigoyen, diferentes actos del caudillo habían inquietado e irritado a los altos círculos del Ejército. Yrigoyen había hecho aprobar una ley que declaraba «servicios prestados a la Patria» la participación de los militares en las revoluciones de 1890, 1893 y 1905. Por lo demás, 20 intervenciones federales habían alejado a muchas unidades del Ejército de su función profesional y determinaron como consecuencia una instrucción insuficiente de seis clases llamadas bajo bandera. La escasez de material técnico y de armamento era notoria.

«El Ejército no disponía de un gramo de pólvora; los esfuerzos del director general de Arsenales de Guerra, que nos había hecho enviar a Europa para el estudio en el país de nuestra manufactura de guerra, nunca pudieron salir del campo teórico y las reclamaciones francas, sinceras y enérgicas del jefe del Estado Mayor, el lamentado coronel Señorans, caían en el vacío más absoluto. De sus labios oí el relato de la respuesta que le

dio el presidente Yrigoyen cuando fue a exponerle la situación de desarme total en que se hallaba el Ejército. 'No se aflija coronel, le dijo, soy muy amigo de mis colegas de los países vecinos y mientras viva no habrá peligros de conflictos con ellos'⁹².

Los militares antiyrigoyenistas fundaron su acción logista en este «absolutismo pacifista» de Yrigoyen y comenzaron a trabajar en el seno del Ejército poco antes de terminar su mandato el caudillo.

La logia se fijó como primer objetivo, asumir la dirección del Círculo Militar'⁹³.

Este objetivo fue logrado. El nuevo presidente del Círculo fue el general Eduardo Broquen. Reviste cierto interés señalar que algunos de los miembros de la primera comisión directiva del Círculo controlado por la Logia, jugarían luego un papel político de importancia en la vida del país: mayor Pedro P. Ramírez; teniente coronel Manuel A. Rodríguez; mayor Juan Pistarini; capitán Carlos von Der Becke; mayor Benjamín Menéndez; mayor Francisco Bosch; capitán Arturo Rawson; mayor Rodolfo Márquez. Según puede observarse, entre los logistas figuraban un futuro presidente provisional, el jefe infausto de media docena de conspiraciones y rebeliones militares, otro efímero presidente provisional y dos futuros ministros.

La Logia tomó contacto con el nuevo presidente, doctor Alvear, y le formuló tres pedidos: que no designara ministro de Guerra al general Dellepiane; que no delegara en ningún momento el mando en el vicepresidente Elpidio González; que después de asumir el mando visitara el Círculo Militar como desagravio a esta entidad por haber quedado sin respuesta las notas que enviara al ministro de Guerra de Yrigoyen objetando la actividad política yrigoyenista de algunos oficiales⁹⁴.

Los tres pedidos fueron satisfechos por Alvear. Aunque el coronel Justo no fue nunca miembro de la Logia, ésta propició su candidatura al cargo de ministro de Guerra. Los altos oficiales que rodearon al general Justo fueron todos «logistas». Con la ayuda de Justo, la Logia designó en puestos clave del aparato militar a la mayor parte de sus miembros. A los efectos de combatir a aquellos oficiales yrigoyenistas que no ocultaban sus simpatías por el radicalismo, la logia confeccionó una «lista negra»: los jefes y oficiales que figuraban en ella, eran aislados por

los logistas y se les retiraba todo apoyo y amistad. Según el historiador militar Orona, esta medida creaba en el ejército

*una atmósfera angustiosa e inaguantable*⁹⁵.

De acuerdo a la documentación, la Logia desapareció en enero de 1926 aunque logró crear

*un vínculo casi indisoluble entre sus miembros, una especie de mística de indiscutible contenido sanmartiniano que le ha sobrevivido*⁹⁶.

Además de la dudosa sustancia sanmartiniana a que se refiere el historiador militar aludido, la Logia General San Martín creó algo mucho más verificable: un «apoliticismo» ferozmente antiyrigoyenista que permitió a los miembros de la logia ser los más resueltos militares setembrinos de 1930, según se verá más adelante.

El contubernio quiere intervenir la provincia de Buenos Aires

La inesperada derivación al Congreso de la intervención a Buenos Aires decidida por Alvear, conducía a un callejón sin salida el proyecto elaborado por el antipersonalismo y el ministro del Interior Gallo. Fracasada su gestión, ante la manifiesta resistencia de Alvear, Gallo renunció a su cartera. La exigencia era demasiado grave para que Alvear pudiese rubricarla. Según confesiones de su antiguo ministro de Hacienda, doctor Molina, Alvear habría dicho

*que era preferible soportar la crítica de los amigos y aun caer del gobierno, con las manos limpias y la conciencia tranquila, antes que adoptar una medida que iba a destruir su política institucional*⁹⁷.

En realidad, intervenir la provincia de Buenos Aires para facilitar la presidencia de Gallo o de Melo, constituía para Alvear la ruina de su carrera política y la perspectiva de quedar prisionero de los conservadores. Este cálculo estaba

lejos de ser ilusorio. Al contrario, demostraba en Alvear un agudo sentido realista de la situación. Los acontecimientos posteriores a 1930 indicaron que, pese a sus divergencias con Marcelo, el caudillo aconsejó en la última etapa de su vida que Alvear asumiera la jefatura del partido.

Por lo demás, nada hacía prever que en las futuras elecciones de 1928 la victoria de Yrigoyen estuviese asegurada. Los conservadores controlaban las provincias de Córdoba, Corrientes, Salta y San Luis. En Entre Ríos y Santa Fe gobernaban los antipersonalistas. San Juan y Mendoza estaban intervenidas y los partidos apoyaban al Poder Ejecutivo nacional. En tales circunstancias, le parecían a Alvear exageradas las argumentaciones tendientes a que él destruyese prematuramente su reputación interviniendo la provincia de Buenos Aires.

En reemplazo de Gallo asumió el Ministerio del Interior el doctor José P. Tamborini. La designación de Tamborini, un abogado de la 16a. sección electoral del barrio de Belgrano, según refiere Angel Gallardo, le había sido explicada a este ministro por Alvear diciendo:

*que estaba harto de personajes como Matienzo y Gallo que pretendían imponerle su política propia en el Ministerio del Interior, y que prefería designar a un ministro más modesto que se limitara a ejecutar la política que le indicaba el Presidente*⁹⁸.

Un nuevo incidente político se produjo con motivo de terminar su período gubernativo en la provincia de Buenos Aires el doctor José Luis Cantilo. El candidato oficial de Yrigoyen para reemplazar en la gobernación de la provincia al gobernador saliente era el senador Delfor del Valle, director de *La Época*, órgano de Yrigoyen, quien se había distinguido por sus feroces ataques a la administración alvearista. Enfurecido por lo que consideraba una agresión del «peludo», como lo llamaba en la intimidad, Alvear informó al gobernador Cantilo que si ese candidato era sostenido por Yrigoyen, la intervención a la provincia no demoraría un solo momento.

Yrigoyen cedió en esta emergencia. Por intermediarios sugirió a Alvear que designara un nombre de su agrado. El Presidente indicó el nombre del doctor Valentín Vergara, conocido «personalista», candidato que Yrigoyen aceptó e hizo votar bajo su poderosa influencia en la Convención del partido. Naturalmente, el radicalismo ganó la provincia. Pero los antipersonalistas triunfaban en Entre Ríos, Santa Fe, Mendoza, San Juan y Santiago del Estero y ganaban las minorías de Corrientes, Jujuy y Tucumán. A su vez, los conservadores y partidos afines obte-

nían la mayoría en Corrientes, Córdoba, Tucumán y Salta y las minorías de Buenos Aires, Catamarca, Entre Ríos, Jujuy, Mendoza y San Juan. La lucha parlamentaria por la aprobación de los diplomas adquirió rápidamente:

*un lenguaje soez e injurioso que se conserva desde entonces*⁹⁹

Al aproximarse el término del mandato de Alvear, el antipersonalismo, después de los choques de las candidaturas de Melo y Gallo para el primer término de la fórmula, lanzó a la lucha sus candidatos: para presidente, Leopoldo Melo, para vicepresidente, Vicente Gallo. Los partidos conservadores de todo el país, bajo la presidencia del doctor Julio A. Roca, en Córdoba, realizaron una reunión con el objeto de prepararse para la campaña electoral y prestar su apoyo a la fórmula del antipersonalismo. La fórmula Melo Gallo fue denominada «la fórmula de la victoria».

*Los personalistas o 'peludistas' como se empezaban a llamar, desarrollaron una campaña de injurias y calumnias contra Melo, a quien acusaban de haber robado a la sucesión Barolo*¹⁰⁰.

En el desarrollo de la campaña electoral Melo incurrirá en graves errores políticos. En un discurso aludirá a:

*la encrucijada alevosa del cuarto oscuro*¹⁰¹.

La inminencia de la lucha por el poder había elevado la temperatura pública. Fue entonces que se produjo un acontecimiento que la agravaba. Ante la sorpresa de todo el mundo, la bancada socialista presentó un proyecto de intervención a la Provincia de Buenos Aires. La iniciativa estaba firmada por Enrique Dickmann y fue apoyada en el acto por los conservadores y radicales antipersonalistas.

La historia secreta, en realidad, era un secreto a voces. El ministro del Interior, Dr. Gallo, había intentado inútilmente persuadir a Alvear sobre la necesidad de intervenir Buenos Aires, facilitar un triunfo conservador en esa provincia decisiva y, a cambio, mediante el apoyo conservador, hacer presidente a Leopoldo Melo. Alvear se había negado hasta ese momento. Sólo aceptaba que la intervención viniese bajo la forma de una ley del Congreso, para lavarse las manos.

Pero hacían falta los votos socialistas que a causa del precario equilibrio en la Cámara de Diputados podían inclinar el fiel de la balanza. ¿Cómo obtenerlos? Mediante el empleo de la «oralidad socialista», que además de rechazar el consumo de vino (aunque no el de la cerveza) abominaba de los juegos de azar.

En síntesis, la vigencia de una ley provincial que autorizaba el funcionamiento de la ruleta en Mar del Plata, fue el pretexto para el proyecto socialista del 1º de mayo.

Estalló un escándalo formidable. Intervenir Buenos Aires suponía un golpe contra la voluntad popular, enmascarada en un acto de virtud. Pero nadie se engañó: los socialistas se habían volcado al «contubernio» conservador antipersonalista. El radicalismo de Yrigoyen realizó una gigantesca manifestación de protesta con la asistencia del caudillo, que la presenció desde un balcón de la Avenida de Mayo, entre Piedras y Chacabuco. Se acusó a Enrique Dickmann de haber tomado aquella medida

*en consulta con el doctor Melo y los conservadores*¹⁰².

Pero si esto era cierto en lo que concernía a los socialistas de Antonio de Tomaso y Pinedo, que muy pronto romperían con el Partido Socialista a propósito de esta cuestión, no lo era en lo que se refería a Justo, Repetto, Dickmann y colegas. La lucha interna entre «libertinos» y «justistas», la ambigua frontera que los separaba en su común «antiyrigoyenismo», confirmaba una vez más que aquel «socialismo criollo» del exiliado Manuel Ugarte no tenía lugar en el Partido Socialista.

La virtuosa proposición del senador Justo atacaba

*el funcionamiento de establecimientos públicos de juego en dicha provincia, lo que constituye una gravísima amenaza a la moralidad y a las buenas costumbres de la masa popular*¹⁰³.

Con el auxilio de su moral victoriana, el Partido Socialista justificaba el asalto a la provincia de Buenos Aires y el acceso al poder en ese estado argentino de la reacción conservadora.

«La resolución del grupo parlamentario socialista cayó como una bomba en los numerosos centros que nuestro partido tiene en la

*provincia de Buenos Aires. Los diputados socialistas a la Legislatura y la Junta Ejecutiva de la Federación Socialista bonaerense presentaron sus renunciaciones ante los afiliados*¹⁰⁴.

Por su parte, el Comité Ejecutivo del Partido Socialista lanzó un manifiesto apoyando la iniciativa de intervenir la provincia de Buenos Aires. Los radicales yrigoyenistas iniciaron gestiones ante el doctor Justo y le prometieron formalmente derogar la ley de casinos. La indignación de miles de afiliados socialistas contra sus dirigentes no reconoció límites. Llovieron las renunciaciones.

El propio Yrigoyen, según referirá más tarde Luis Rodríguez Yrigoyen, testigo de la escena, busca una entrevista reservada con el doctor Justo. En un auto conducido por Rodríguez Yrigoyen, el caudillo pasa a buscar a su casa particular al dirigente socialista. Conversan sobre la situación en la Costanera, junto al río. Justo pide a Yrigoyen la supresión de las casas de juego y pregunta cuándo podría adoptarse esa resolución.

—Mañana mismo— es la respuesta de Yrigoyen.

—En ese caso, le garantizo, doctor Yrigoyen, que el socialismo no se prestará para apoyar una actitud de aparcería política.

*—No esperaba otra cosa de su señoría— contesta Yrigoyen, con una voz quebrada que denotaba alteración nerviosa*¹⁰⁵.

El acuerdo se llevó a la práctica de inmediato. El gobernador radical Valentín Vergara derogó la ley de casinos. En junio, el grupo parlamentario socialista retiró su proyecto de intervención a la provincia. Otra maniobra oligárquica quedaba desbaratada. Aunque quedaba vigente la prohibición de instalar casinos marítimos en la provincia de Buenos Aires, seguían funcionando los hipódromos, cosa al parecer omitida en el proyecto de ley del pudoroso doctor Justo. Los socialistas «contubernistas» del grupo de Antonio de Tomaso, en la discusión sostenida en el Comité Ejecutivo de ese partido, por boca del diputado González Iramain declaraban que tenían:

*otros motivos igualmente decorosos que el de reprimir el juego, para sostener que no debía retirarse el proyecto de intervención a la provincia de Buenos Aires, años después de las leyes sancionadas por la Legislatura*¹⁰⁶.

Se advertía a esta altura de los acontecimientos que si la oligarquía con su inmenso poder había logrado engendrar una corriente favorable a ella dentro del radicalismo yrigoyenista con la formación del antipersonalismo, había obtenido igualmente en el seno del Partido Socialista la consolidación de la corriente «socialista independiente» o «libertinos».

Para el grupo de socialistas oligárquicos o «contubernistas» la crisis había llegado a su culminación. Rompieron con el Partido Socialista y fundaron el Partido Socialista Independiente.

A su vez, el 27 de julio, desengañado de Alvear, su ministro del Interior, con todo el gabinete «antipersonalista», renunció a su cargo. Alvear les aceptó las renuncias a todos los ministros, que eran sus amigos, menos a Le Breton, ministro de Relaciones Exteriores, que sabía inglés. En agosto llegaba a la Argentina el príncipe de Gales y Alvear necesitaba con urgencia al canciller bilingüe. ¡Qué Presidente!

No se crea que fuera una excepción. Salvo casos de notable competencia y conducta nacional, por la Cancillería eurófila han desfilado personajes extravagantes, designados sólo por sus trajes, sus cursillos en la Sorbona, sus amistades en París o algún casamiento afortunado. Esto ocurría cada vez que la Argentina carecía de política exterior y, en consecuencia, el canciller resultaba una figura decorativa. También hubo luego cancilleres «no figurativos», aunque del todo inútiles, como los otros.

El «Plebiscito» de los 800.000 votos

El período de Alvear ingresaba a la tormentosa zona de renovación electoral. «La fórmula de la victoria», en la persona de Melo y de Gallo, concurrió a saludar al doctor Alvear a la Casa de Gobierno, en cuya oportunidad plantearon una vez más la necesidad de intervenir Buenos Aires. El doctor Alvear se rehusó categóricamente¹⁰⁷.

Un autor refiere que Alvear,

*rojo de ira por la continua presión de sus amigos, contestó a Le Breton: 'A mí no me vengan a... ¡Arréglense solos y ganen si son más!'*¹⁰⁸

El 24 de marzo de 1928 el radicalismo reúne su Convención en el teatro de la Opera y proclama unánimemente el nombre de Yrigoyen para el primer término de la fórmula. Contra lo que podía suponerse, Yrigoyen acepta en el acto. Las elecciones, presididas por Alvear, fueron perfectas, según opinan todos los testigos de la época. El 1° de abril Yrigoyen obtenía 838.583 votos. La fuerza coaligada de todos sus adversarios conservadores y antipersonalistas logró 414.026 votos. La fórmula socialista Mario Bravo Nicolás Repetto conquistó 64.985 votos. Había sido un verdadero «plebiscito», palabra yrigoyeniana que se introduce en el vocabulario político del momento. La coalición antipersonalista conservadora quedaba, electoralmente, aniquilada.

Alvear ordenó la venta en lotes de sus tierras de Don Torcuato, de cuyos frutos viviría los próximos años y preparó calmamente sus valijas para regresar a Europa. París lo esperaba: los años locos y despreocupados habían sido suyos. El porvenir era inescrutable. Al ceñirse la banda presidencial por segunda vez, don Hipólito rayaba cerca de los 80 años. Su mirada era más lúcida que nunca. Vivía la hora de su victoria y corría hacia su pérdida.

CAPÍTULO II

1928: EL REGRESO DEL CAUDILLO

Yrigoyen tiene 76 años al comenzar su segundo gobierno. Poco después, manifestaciones seniles aparecen ya en este hombre duro, que siempre ha guardado para sí sus más secretas emociones. Le brotan las lágrimas con frecuencia, se complace cada vez más en evocar otros tiempos. Su memoria de viejo es más diáfana al recordar las luchas antiguas que su imaginación para concebir luchas futuras. Pero los años no han empañado su agudeza habitual. La orientación de su segundo gobierno continúa y en cierto sentido supera a la política ya iniciada en su mandato anterior.

Algo ha cambiado: los métodos políticos otrora concebidos por el caudillo –soledad, hermetismo, coloquio– se transforman en 1928 en una verdadera manía que afecta gravemente el mecanismo administrativo del gobierno y su control sobre el aparato político partidario. Teme que bajo su firma se deslicen negociados: viven todavía las venenosas acusaciones de la oposición oligárquica contra muchos de sus colaboradores. Se propone estudiar uno por uno cada expediente que se somete a su firma. Aunque el método revela por sí mismo la imposibilidad de practicarlo, Yrigoyen se obstina. Su firma se hace cada vez más rara.

En los primeros cinco meses de gobierno suscribe 305 decretos¹⁰⁹. Los acreedores del Estado comienzan a quebrar porque el Presidente no ha firmado las órdenes de pago correspondientes. El personal de algunas reparticiones autónomas no logra cobrar sus sueldos por la misma razón:

A 83 subtenientes, que en ceremonia brillante y pública han debido recibir su título, sólo se les da, porque el Presidente no ha firmado, un número del Boletín Oficial donde figura el decreto de promoción¹¹⁰.

La Cámara Sindical de Empresas Constructoras reclama con insistencia el pago de facturas atrasadas en 10 meses. El profundo cansancio y

agotamiento físico que aqueja al caudillo no le impiden percibir los fenómenos de putrefacción que aparecen a su alrededor.

Dice a un diputado por San Luis:

Todos esos expedientes que ve ahí, son órdenes de pago: no voy a firmar ninguno porque todos son 'coimas'... Le preocupaba que uno de sus ministros mantuviera abierto su estudio jurídico y creía que el radicalismo tenía elementos corrompidos.

Tal vez convenga a la Unión Cívica Radical volver al llano. Se sanearía allí, y nos purificaríamos todos...¹¹¹

Con su salud declinante, rodeado de bandidos o devotos ineptos, Yrigoyen adivina el fin de una época. El Estado había crecido: su ejército de burócratas, creado en parte por el radicalismo como una forma especial de sostén de la clase media, presentaba cada día problemas más complejos. Se aproximaba el momento en que el célebre «nombramiento» iría a resultar incompatible con la parálisis económica del país, detenido en la arcadía agrícola ganadera del Centenario. La idea misma de alterar el status propio de país exportador, era profundamente extraña a la formación ideológica de Yrigoyen, el último gran caudillo del siglo XIX. Así lo confesaría abiertamente cuando el presidente electo de los Estados Unidos, Herbert Hoover, visita Buenos Aires:

Nuestro país posee una gran riqueza agrícola ganadera y ése parece ser el designio de la Providencia. La industrialización –es claro– corroboraría su poderío material. Pero, mucho más importante es pensar en su poderío moral, porque la industrialización suele traer grande inmoralidad, que suele pasar por civilización. Vamos a industrializar el país, pero con ese temor constantemente alerta. Nada debe violentar el espíritu nacional ni modificar el tipo de vida social que mejor lo compagine¹¹².

dice significativamente el Presidente a su visitante.

Patriarcalismo y «moralismo» oligárquico

Una suerte de patriarcalismo agrario domina toda su existencia política, sus actos, su programa y sus ideas. Disputa a la oligarquía terrateniente su rapaz

monopolio de la riqueza básica del país; y pretende democratizarla con el control político del gobierno. Las medidas económicas facilitan a la pequeña burguesía rural cierta forma de crédito barato, de transportes, de comercialización. A la pequeña burguesía urbana la defiende con el puesto público, la legislación social, las jubilaciones. Su política petrolera, sus planes viales, su idea del Banco Agrícola y de la reforma a la ley de arrendamientos, del mismo modo que la reanudación de las obras de fomento estatal de los ferrocarriles, la defensa de la industria forestal, se insertan en el cuadro de una política de modernización de la vieja estructura agraria. No entra en el campo de sus preocupaciones de gobierno plan alguno para reducir la dependencia industrial del país¹¹³.

Al conquistar por segunda vez el poder, las estructuras políticas del radicalismo estaban en abierta descomposición. La salud amenazada del presidente origina la formación de camarillas gubernamentales que urden incesantes intrigas para disputarse la probable sucesión.

Antes de convertirse en sepulcro, la Casa de Gobierno parece la prisión del Presidente. A medida que corren las semanas, las dificultades para entrevistar a Yrigoyen se multiplican. Las antecámaras de la Presidencia se pueblan con una legión de aspirantes a entrevistarlo: prelados y peones, viudas pobres y magnates impacientes, jefes del Ejército, modestos paisanos, especuladores inescrupulosos y deslumbrados fieles.

Senadores y coimeros, visitantes ilustres o simples desconocidos llegan a formar parte indisoluble de la población permanente que espera contemplar la divina efigie. En esta legión, que en la mayoría de los casos aguarda días, semanas o meses la gloriosa oportunidad, se incluyen ministros del gabinete de Yrigoyen, que generalmente demoran más tiempo para entrevistar al Presidente que alguna afortunada maestra o un diputado de provincias.

La oposición se lanza sobre este espectáculo único con una risa perversa. La antecámara del despacho de Yrigoyen es bautizada inmediatamente: se la llama «la amansadora». El anecdotario de la amansadora se enriquece día por día con episodios reales o imaginados por la oposición, tendientes a desacreditar a Yrigoyen. En la amansadora se traban relaciones, amistades y hasta matrimonios; se realizan negocios; se discurre sobre política y se contabiliza recíprocamente el tiempo que uno y otro interlocutor ha esperado para hacer su ingreso triunfal al despacho del Presidente. Gálvez recuerda el caso de un visitante, oriundo de provincias, que ha concurrido día tras día a la amansadora y que al cumplirse un año de espera es agasajado por sus amigos con un banquete.

Los asuntos administrativos se desplazan por peligrosos canales. El ministro de Guerra de Yrigoyen, general Luis J. Dellepiane, declaró antes de renunciar a su cargo, en vísperas de la revolución de Uriburu.

que su administración era un nido de ladrones... que existía en la Diagonal Sáenz Peña un escritorio por el que debían pasar los asuntos administrativos pagando coimas antes de ser resueltos¹¹⁴.

El Secretariado de la Presidencia se transforma en un foco de intrigas y en el principal aislador del Presidente. Yrigoyen se muestra incapaz de reaccionar, salvo en las grandes líneas de su política, donde el anciano reaparece con su firmeza y su clarividencia típicas.

El «moralismo» oligárquico señalaba con ferocidad esa especie de «nacionalización del robo» o «democratización del hurto» que supuso el ingreso tumultuoso del radicalismo al poder, poblado de enemigos interiores, carreristas, oportunistas y ventajeros, frecuentemente neoradicales. Al multiplicarse el número de agentes del Estado, realizaban sus pequeñas prevaricaciones a la sombra del esencial nacionalismo de Yrigoyen. El antiguo Estado oligárquico, con un reducido número de funcionarios, dirigido por estancieros y abogados de empresas extranjeras, constituía un aparato administrativo de reducidas proporciones y de una relativa eficiencia, puesto al servicio del enfeudamiento del país. Por el contrario, el ejército burocrático de los tiempos de Yrigoyen había ampliado las proporciones de aquel Estado y facilitado necesariamente los factores de corrupción inherentes al Estado mismo.

En el antiguo Estado oligárquico, el robo al país consistía en el mantenimiento del viejo «status». El escándalo administrativo era relativamente pequeño. En los dos gobiernos de Yrigoyen, el conjunto de la política del Estado tenía un sentido nacional, aunque de un nacionalismo agrario, y en consecuencia, pasivo; y los desórdenes administrativos, de importancia secundaria, eran relativamente numerosos. Con una prensa venal adversa –la prensa paquidérmica, austera y severa y la prensa amarilla, chantajista y populachera– las dos presidencias de Yrigoyen se vieron presas del modelamiento de la opinión pública de las grandes ciudades. Los múltiples pequeños delitos de índole administrativa fueron agigantados artificialmente para ocultar la orientación patriótica del gobierno de Yrigoyen. A este respecto es justo consignar que el capital extranjero jugará un papel considerable en el derrocamiento del caudillo, aunque no sea ésta la razón decisiva de su caída.

Yrigoyen y los anglo-yanquis

La senilidad del caudillo no le impedía enfrentar los designios de la Standard Oil, sobre todo en Salta, donde gobernadores del régimen habían proclamado el derecho del «federalismo» para quebrar una política nacional en materia energética. Los hipócritas togados refugiados en la Suprema Corte defendían los derechos de la Standard contra la política yrigoyenista¹¹⁵. Desde el Senado, dominado por legisladores contubernistas, se bloqueaban los proyectos de ley sobre nacionalización del petróleo enviados por el Poder Ejecutivo.

Seis senadores, abogados con estudio, con intereses en las corporaciones... pueden ser juez y parte cuando la Comisión asuma las nuevas funciones judiciales» –decía el senador radical Molinari¹¹⁶.

En un mensaje afirmaba Yrigoyen:

El país ha acumulado amargas experiencias sobre el número desordenado e imprevisor de las riquezas naturales que forman parte del patrimonio del Estado. Basta recordar lo acontecido con la tierra pública, cuya historia desastrosa mantiene una acusación ilevantable sobre los gobiernos del pasado, y que fuera enajenada a precios viles sin plan ni concierto, sustrayéndola a sus convenientes destinos económicos para hacerla servir de base a los extraordinarios enriquecimientos privados que se obtuvieron a expensas de la fortuna nacional, para sentir la aspiración fervorosa y el propósito inquebrantable de que no sea igualmente malograda la segunda riqueza con que los mandatos de la Divina Providencia han querido favorecer a nuestra tierra privilegiada¹¹⁷.

Más allá de la amansadora, de los cargos de ama de cría con que se beneficiaba a correligionarios humildes, según las burlas de la oposición, y de sus galanteos con el bello sexo, dejando de lado su sintaxis arbitraria, el viejo Yrigoyen aprobaba las bases de un convenio entre la Universidad de Buenos Aires e YPF, bajo la dirección del general Mosconi,

*A fin de que los ingenieros civiles e industriales puedan especializarse en materia petrolífera para actuar con eficacia en el desempeño de cargos técnicos directivos relacionados con la minería e industrialización del petróleo*¹¹⁸.

Todo el mundo conocía en Buenos Aires los términos con que el presidente Coolidge, de los Estados Unidos, había enunciado la identificación entre su gobierno y los intereses de los trusts petroleros:

*La personalidad y la propiedad de un ciudadano son parte del dominio general de la Nación aun cuando se encuentra en el extranjero. Es una obligación sagrada e ineludible para los gobiernos que se respeten, la de extender su protección a las personas o propiedades connacionales, dondequiera se encuentren... nuestros hombres, que marchan al exterior para desarrollar nuevos campos de petróleo y aumentar el suministro, deben tener el estímulo y apoyo de nuestro gobierno*¹¹⁹.

El convenio con Gran Bretaña

La desconfianza yrigoyenista hacia los Estados Unidos, sea en el campo de la política exterior, sea en el orden de la política económica o petrolera, era manifiesta. Sus relaciones con Gran Bretaña, en cambio, revestían un carácter diferente. No enfrentaba al Imperio. Buscaba reducir su subyugante poder imponiendo a las compañías ferroviarias mejoras laborales para los trabajadores, y la presencia del Estado ante los gerentes ingleses de antiguo ensoberbecidos. Su propósito era crear una estructura ferroviaria nacional con los llamados «Ferrocarriles de fomento», tendientes a desarrollar la economía de las provincias olvidadas del Norte, ferrocarriles que Juan B. Justo llamaría «verdadera carcoma de la riqueza pública». Esa actitud de Yrigoyen, que podría ser considerada como una demostración de nacionalismo agrario y defensivo, se demostrará con el convenio celebrado con Gran Bretaña a través de la misión presidida por Lord D'Aberton. La síntesis del acuerdo con Inglaterra era la siguiente: introducía al Estado como un protagonista principal en un sector del comercio exterior.

El gobierno argentino y el inglés se abrían recíprocamente crédito por un valor de 100 millones de pesos durante dos años. El gobierno argentino adquiriría en Gran Bretaña materiales de fabricación inglesa destinados a los ferrocarriles del Estado. Por su parte, el gobierno británico emplearía su crédito en la Argentina para adquirir cereales y demás productos argentinos. Yrigoyen se proponía reiniciar la obra del ferrocarril a Huaitiquina, paralizada por Alvear durante 6 años. Para ampliar la red de los ferrocarriles del Estado, adquiriría materiales de construcción, rieles, vagones y locomotoras en Gran Bretaña. Con la intervención del Estado se establecía un tratado de gobierno a gobierno. Con este sistema se soslayaba a los trusts de comercialización de cereales y carnes, pieza esencial del sistema oligárquico imperial desde hacía medio siglo. La competencia del Estado en la materia, al introducir un factor nuevo en la comercialización, no podía ser grata a los monopolios internacionales. Parcial como era, el convenio D'Abernon constituía una transición hacia el monopolio del comercio exterior. A través del IAPI, esta política constituyó una de las grandes medidas de la década peronista quince años más tarde.

El convenio D'Abernon dio motivo a que en la Cámara, integrada por «contubernistas» –conservadores, antipersonalistas, socialistas y socialistas independientes– se escuchasen voces de repudio en nombre de los «intereses argentinos». Al fundar su oposición al convenio D'Abernon, el diputado socialista Dickmann se apresura a advertir a Gran Bretaña que los discípulos del doctor Juan B. Justo son sus más rendidos admiradores:

Todo lo que tienda a estrechar más, si cabe, nuestras excelentes relaciones comerciales con Inglaterra, debe ser celebrado especialmente por los hombres que profesamos ideas de libre comercio en el mundo, puesto que son las relaciones más sanas entre los pueblos y aseguran mejor su buena amistad.

Tratándose de Inglaterra nos es tanto más grato poder contribuir a estrechar esa relación por tratarse de un país que profesa invariablemente los principios de librecambio; por tratarse de una nación cuya organización democrática es un ejemplo para el mundo; por tratarse de un pueblo cuya buena fe es proverbial; por tratarse de nuestro mejor cliente; por tratarse, en fin, señor presidente, de una nación que mantiene hace ya tanto tiempo la más cordial y la mejor amistad con la República Argentina¹²⁰.

El mismo diputado, no obstante su admiración por la nación británica, se oponía al convenio D'Abernon en virtud de que su texto implicaba «la autorización a los ferrocarriles del Estado para invertir cien millones de pesos»¹²¹.

Como los demás contubernistas de la Cámara, los socialistas «científicos» se oponían al Ferrocarril del Estado porque consideraban aptos y eficientes los ferrocarriles ingleses.

El joven diputado Federico Pinedo, que ya formaba parte en 1929 del grupo «libertino» acaudillado por Antonio De Tomaso, no fue remiso tampoco para exponer los sentimientos que abrigaba en su corazón hacia la nación británica:

*Lo que sentimos respecto al pueblo inglés y lo que pensamos sobre la política financiera y comercial que debemos seguir con ese pueblo, la Cámara lo sabe. Dudo que se hayan dicho palabras más cordiales para esa nación que las que acá expresamos, cuando en otros sectores de la Cámara surgieron iniciativas de represalias o manifestaciones de descontento por el propósito atribuido a una parte de la opinión pública inglesa o a las autoridades inglesas en materia del comercio de carnes... Dije yo, entonces, que era lamentable que pudiera hacerse una discusión sobre política comercial de posibles represalias o medidas de defensa tratándose de Inglaterra, el país de más libre comercio del mundo y la nación que ocupa un lugar singular en el concierto universal*¹²².

La oposición contra los ferrocarriles del Estado

Pinedo se oponía al convenio anglo argentino suscripto por Yrigoyen, con parecidos argumentos a los de su ex amigo Dickmann. Toda su argumentación consistía en objetar detalles financieros del tratado. Arguía que el Poder Ejecutivo, por medio del acuerdo obtenía dinero del Banco de la Nación. Insistía con fervor de higienista, en que se corría el peligro de que los supuestos ferrocarriles a construirse no fueran sometidos a licitaciones públicas. A su vez, el moderado Repetto formulaba una apreciación sorprendente, conociendo al personaje en cuestión:

Esta misión ha venido a la América Latina para abrir nuevas posibilidades comerciales, para conquistar un poco más si era posible, estos países, a fin de establecer una rivalidad real o aparente con los Estados Unidos¹²³.

El celo patriótico de los anglófilos no dejaba de despertar sospecha. El jefe de los libertinos, Antonio De Tomaso, tomó la palabra para «desnudar» el fondo del convenio:

Bajo el disfraz de un convenio aparentemente muy ventajoso, prácticamente desventajoso desde el punto de vista financiero y acaso del monetario, se da a los Ferrocarriles del Estado la posibilidad de gastar 100 millones de pesos en la adquisición de materiales, respecto de cuya necesidad y de cuyo monto no puede haber control para la Cámara ni siquiera en forma global¹²⁴.

Y añadía:

Se ha resuelto invertir 14 millones de pesos más en Huaitiquina, ferrocarril que siempre fue ilegal, cuyas posibilidades económicas nadie ha conseguido probar todavía a pesar de que se hayan elogiado los trabajos de ingeniería realizados... Se están construyendo líneas menores que no cuentan con la aprobación legislativa.

Aparecía con toda evidencia que los «contubernistas», fieles del capital ferroviario británico en la Argentina, se oponían, con diferentes argumentos, a la construcción de los ferrocarriles de fomento que disponía el gobierno de Yrigoyen, ferrocarriles extra pampeanos que podían reatar los perdidos vínculos con Chile y América Latina.

Justamente en esos días de 1929 llegó a Buenos Aires el célebre personaje del socialismo belga, Emilio Vandervelde, partidario de la «unión sagrada» durante la guerra imperialista y prototipo del «socialista» aburguesado. Había sido primer ministro social demócrata en Bélgica. Simbolizaba el conformismo y la satisfecha pasividad del pequeño burgués belga, anestesiado por la explotación del Congo. Vandervelde paseó su mirada por la Argentina. He aquí sus opiniones:

Un gran propietario que ya no tiene la menor confianza en los conservadores para resistir lo que llama ‘la demagogia yrigoyenista’, nos dijo: ‘Yo voto en cada elección por los socialistas independientes. Sólo ellos son capaces de formar un grupo serio de oposición, de ejercer una fiscalización sobre el gobierno y sobre los grupos políticos’.

Que no se trata en absoluto de un caso aislado lo reconocía el propio De Tomaso, secretario general del nuevo partido, agregando que, antes de la división, por motivos idénticos, ciertos conservadores esclarecidos votaban ya por los socialistas.. Uno de nuestros compañeros del Partido Socialista nos dijo, a este respecto, con una irritación un poco irónica: ‘No podemos en la Cámara hacer moción alguna en favor de los obreros, sin que, en el acto, el gobierno no nos sobrepuje’¹²⁵.

La heterogeneidad ideológica del radicalismo podía verificarse en el mismo debate. Por un lado estaba el diputado Saccone, yrigoyenista, que refutando a Pinedo decía:

La tesis que sostiene el señor es la tesis de los bancos extranjeros, porque nos quieren llevar a ellos para depreciar nuestra moneda y provocar la ruina del país¹²⁶.

De opuesta manera, el verboso ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Horacio Oyhanarte, rendía su homenaje de admiración al Imperio. Con una servil obsequiosidad comparaba el convenio en discusión con

el préstamo que hicimos a Inglaterra y los aliados en las circunstancias dolorosas de la guerra... Y no sería sino una mínima parte de los servicios que Inglaterra ha prestado a nuestro país cuando aún no era, salvo su poderoso espíritu de nacionalidad, sino casi una expresión geográfica¹²⁷.

A estas palabras del canciller de Yrigoyen tan diferentes a la invariable dignidad del caudillo, pueden añadirse las que pronunció el diputado Juan Carlos Vázquez como miembro informante de la Comisión de Presupuesto, al apoyar la aprobación del convenio:

La gran nación europea ha llegado hasta la gran república del Sur, buscando la forma de identificar aún más nuestro comercio con ella, lo que significa estrechar los lazos de vinculación y reconocimiento, que mantenemos desde la hora misma de nuestra emancipación política, como Estado independiente.

No podemos olvidar, señor Presidente, que Inglaterra ha contribuido y sigue contribuyendo al progreso incesante de nuestra República. Líneas férreas tendidas en todo el territorio argentino traen como consecuencia lógica el desenvolvimiento comercial y el progreso de nuestras ricas y fértiles tierras. No hemos de desconocer que ello significa un factor decisivo para el valor de los productos, y tampoco podemos desconocer que las dos industrias madres de esta tierra tienen su principal adquirente en el mercado inglés¹²⁸.

Esta anglofilia agraria de los productores menores, que se manifestaba en ambos oradores yrigoyenistas, arroja una viva luz sobre el amorfismo social del radicalismo y la resistencia de Yrigoyen para conducir una batalla ideológica decisiva contra la oligarquía. El sistema podría ser retocado, por supuesto, pero en modo alguno se proponían los radicales de Yrigoyen rehacerlo de arriba a abajo. Ambigüedad fatal, en ella se encerraba la clave de su decadencia. En estos vínculos estrechos de la pequeña burguesía agraria, comercial y exportadora con el poder británico, podía encontrarse el límite final de sus divergencias con la oligarquía privilegiada.

La oligarquía organiza la conspiración

A lo largo del año 1929 la lucha de la oposición oligárquica contra Yrigoyen asumió un carácter delirante. Todas las fuerzas son lanzadas al campo de batalla: la Federación Universitaria Argentina y los partidos políticos, los profesores universitarios y la Sociedad Rural, la Unión Industrial, la Cámara Argentina de Comercio, la Bolsa de Buenos Aires, los grandes diarios y los estrepitosos órganos menores. Hermosos aunque envejecidos perros de raza, mastines feroces y cuzcos ladrones, de aguzados dientes y hambre perpetua, lo que habitualmente se conoce como «la prensa porteña», eligió como blanco a Yrigoyen. Espontáneamente, se estableció una división de tareas. A los

conservadores decrepitos se les reservó el papel de fiscales del desorden administrativo. A los dos grupos socialistas, la misión de examinar la virtud violada. A las «fuerzas vivas», clamar al cielo por los desaciertos económicos; a la Federación Universitaria Argentina, declamar las consabidas frases contra el imperialismo. Un solo ejemplo: la FUA decide realizar un mitin contra los Estados Unidos y otro contra el dictador español Primo de Rivera, que la policía prohíbe. Los estudiantes concurren a la plaza donde debía celebrarse el mitin. Allí, y puesto que la policía no los deja reunirse ni dirigirse en son de guerra hacia la embajada de España, gritan:

¡Abajo Yrigoyen!» «¡No queremos tiranos! Abajo el dictador argentino!¹²⁹.

Al mismo tiempo emite comunicados «enérgicos» acusando a Yrigoyen de estar al servicio del imperialismo. Era notorio que Yrigoyen había declarado a Hoover que:

los hombres deben ser sagrados para los hombres y los pueblos para los pueblos,

aludiendo, en presencia del Presidente electo norteamericano, al disgusto del gobierno argentino por la ocupación de Nicaragua y Santo Domingo. Nadie podía olvidar la orden de Yrigoyen al buque de guerra argentino para que saludara únicamente la bandera de Santo Domingo. En otras palabras, la política de la FUA sólo podía servir para que los contubemistas de la oposición oligárquica incluyesen en su lucha contra el caudillo el necesario apoyo «de izquierda».

En tales momentos, César Augusto Sandino, con las armas en la mano, enviaba un mensaje al presidente Yrigoyen, pidiéndole la realización de un congreso latinoamericano para juzgar la conducta de los Estados Unidos en Nicaragua. El diario *La Fronda*, que dirigía Francisco Uriburu, antiguo diputado conservador, y primo del futuro espadín y salvador de la Patria del 6 de septiembre, aprovechó esta circunstancia para operar contra Yrigoyen desde la derecha, así como la FUA había actuado contra Yrigoyen desde la «izquierda». La colección del diario *La Fronda* durante los años 1929 y 1930 posee un alto valor demostrativo para comprender los vínculos de origen entre el viejo conservadorismo y el naciente nacionalismo oligárquico.

Decía *La Fronda* bajo el ofensivo título «Entre mestizos»:

El 'general' Sandino acaba de dirigirse al Peludo en suprema apelación proponiéndole la realización de un Congreso 'indoamericano' para arreglar sus cuentas personales con los Estados Unidos. Todos los cuidados que el galeno monterizo¹³⁰, presta a nuestro cacique con aplicación digna de mejor causa, serán logrados con la intervención de Sandino que determinaría una recaída del Peludo, cuyos efectos no tardarán en producirse. Desde ya nos imaginamos lo que será la contestación del eminente americano a su colega el guerrillero nicaragüense porque estamos seguros que el señor Yrigoyen tomará a lo serio su iniciativa. Tratándose de 'cosas indoamericanas' el Peludo está siempre dispuesto a todo. Por lo demás no es la primera vez que se le propone semejante cosa. Ya don Venustiano Carranza, 'rudo mejicano', enemigo a muerte de los yanquis, tuvo una idea parecida, la de reunir un congreso entre mestizos, para oponerlo a la Liga de las Naciones reunidas en Ginebra.

Envió al señor Yrigoyen su representante, el inolvidable licenciado Cabrera, 'indio puro', recibido efusivamente por el pardejón del Micheo mientras trataba con desconsideración manifiesta a Sir Maurice de Bunsen, embajador blanco y especial de Inglaterra. Estaba a punto de embarcarse en esa desgraciada aventura del Congreso de los neutrales indígenas, cuando la victoria de los aliados cortó los planes de los germanófilos aztecas.

Sandino, que sin duda conoce al Peludo y se quiere aprovechar de ciertas afinidades de neutralidad, cultura y color con el apóstol de Balvanera, vuelve a la carga poniendo al país en el trance de verse envuelto en grave conflicto con los Estados Unidos. Ni bien el señor Yrigoyen diga una palabra, que la dirá, tendremos el primer rozamiento con Mister Hoover.

Estamos, pues, sobre un volcán y es conveniente que el galeno monterizo multiplique los jeringazos, para evitar que las ideas 'indoamericanas' prendan en el caletre delirante del cacique y, si fuera necesario, recurrir a la camisa de fuerza para ello. Cada loco tiene su tema y en el benemérito general Don César Augusto Sandino ha encontrado el del Peludo. ¡Que Dios salve a la República!^{131}*

* El Presidente de la Nación era designado cada día en el diario *La Fronda*, como «Pardejón», «cacique», «peludo». Ver nota 130.

Los estilistas de *La Fronda*

Los acicalados hombres de pluma que escribían diariamente *La Fronda* contra Yrigoyen eran, naturalmente, socios del Jockey Club. En su mayor parte de origen conservador, los más jóvenes habían practicado sus primeros arrestos injuriosos en el semanario *La Nueva República*, que se jactaría luego de ser el primer papel nacionalista argentino, si se excluye la aventura anterior, ya aludida, de *La Voz Nacional*, escrita por un puñado de condes italianos. César Pico, Alfonso de Laferrère, Ernesto Palacio, los hermanos Irazusta, Alberto Padilla y otros escribían asiduamente en ambas publicaciones. Su repugnancia de hombres blancos por el tipo criollo del interior era característica en estos jóvenes amantes de lo nuevo, aunque tales rechazos étnicos contra el hijo del país era una herencia directa del liberalismo positivista de sus padres. Por tales vías se vinculaban extrañamente al racismo spenceriano enarbolado por los socialistas del doctor Justo. Así se explica que conservadores, socialistas y nacionalistas aristocráticos compartieran el juicio despreciativo que los argentinos del interior inspiraban a los sobrios gerentes ingleses.

Toda la historia nacional había sido, por lo demás, una reiteración obsesiva de la misma idea. Desde la revolución de Mayo, el puerto había observado con sospecha a gauchos y montoneros. Tomás Anchorena llamaría «cuicos» a los diputados del Norte. En tiempos de Rivadavia y de los caudillos federales, del mitrismo y de la extirpación de la «barbarie indígena», una y otra vez la aversión porteña y oligárquica rebrotaría en las disputas políticas con un odio al parecer inextinguible. Los «indios bien» de las patotas del Centenario, frequentadores de peringundines y casas «non sanctas», mataban obreros y hacían pogroms. Con esas nobles efusiones hacían patria. En *La Fronda*, los patoteros de pluma hacían el retrato de Yrigoyen y del radicalismo tanto como su propio retrato. De ahí que la colección de *La Fronda* sea un precioso testimonio del universo intelectual de la oligarquía y sus divertidos escribas.

El sábado 13 de abril de 1929 *La Fronda* comentaba un juicio formulado por el general Primo de Rivera sobre la personalidad de Yrigoyen:

He aquí las palabras del dictador. 'Hombre de altas cualidades políticas, fácil captador por su carácter y virtudes de la simpatía y respeto de los argentinos, representa para España siempre una figura racial de primera magnitud'. No se necesita ser un lince para advertir que se trata de una simple fórmula de cortesía, igualmente aplicable a Calles y a Sandino. Lo mismo ocurre con la frase que se refiere a su

*carácter y virtudes. En cuanto a lo de figura racial de primera magnitud, merece párrafo aparte. Figura racial, de acuerdo. Pero ¿de qué raza ... ? El marqués de Estella no lo dice. Y no lo dice porque no lo sabe. Nosotros tampoco lo sabemos, y acaso también lo ignore el propio interesado*¹³².

Aunque los conservadores se burlaban del tipo criollo del Presidente, la sola mención de Inglaterra les devolvía la serenidad. Su devoción por el Imperio no conocía límites. En la sesión del 5 de julio el diputado conservador bonaerense José María Bustillo presentó un proyecto de resolución a la Cámara de Diputados, por el cual se solicitaba a la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña la designación de

una delegación de su seno para que, trasladándose a nuestro país, pueda cerciorarse del estado de la ganadería argentina y de las condiciones en que se realiza la exportación.

Este pedido inaudito obedecía a que los ingleses, pretextando la fiebre aftosa en el ganado argentino, pretendían convertir a la Argentina en proveedora de Inglaterra como mercado único, atando las manos del país para buscar nuevos mercados.

El diputado Bustillo argumentaba sus proyectos en los siguientes términos:

*El gobierno inglés en diversas manifestaciones hechas, ha adoptado una línea de conducta coincidente con los intereses argentinos, y la Sociedad Rural, interpretando seriamente los intereses generales, ha tenido el acierto de invitar a su costa a los parlamentarios. Yo he pensado que teniendo en cuenta esos antecedentes sería una manifestación de alta cortesía parlamentaria que la Cámara hiciera esa invitación*¹³³.

El embajador británico acogió con entusiasmo esta iniciativa, agregaba Bustillo con orgullo. Le contestó el diputado yrigoyenista Víctor Juan Guillot. Recordó que el propio Lord Bledeslol se había asombrado en Gran Bretaña ante ese proyecto porque, según dijo el lord,

*la República Argentina no forma parte del Imperio británico y esas medidas o procedimientos podían ser aceptables o explicables para colonias que integran el imperio colonial inglés*¹³⁴.

Pero el lord se equivocaba. Si la Argentina no era colonia inglesa, había diputados conservadores que parecían mayordomos de Inglaterra. A ese partido pertenecía el director de *La Fronda*. No otro era su nacionalismo y ese era todo su orgullo de «lacayo blanco». Sólo cabría agregar, para redondear este retrato, que pocos años más tarde el mismo Bustillo, durante el gobierno del fraudulento Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires, fue Ministro de Obras Públicas. Al defender a los terratenientes de la provincia contra los agricultores desalojados, declaró:

*Se ha hablado de parias, de agricultores que no tienen tierras, de agricultores desalojados de los campos, se confunde este proyecto de colonización con una sociedad de beneficencia*¹³⁵.

Resulta útil añadir que no sólo del presidente Yrigoyen se ocupaba *La Fronda*. El Ministro del Interior, don Elpidio González, era asimismo materia predilecta para las astracanas frondistas:

*Ministro de Guerra, candidato a gobernador de Córdoba y jefe de policía porteño durante el primer gobierno radical, ascendió luego a la Vicepresidencia de la República en el segundo y es hoy el director político del país en el tercero. Luego, pues, es cierto que el hombre tiene antecedentes. Este es el milagro realizado por el señor Hipólito Yrigoyen. No sólo trajo individuos absurdos desde el interior para improvisar los personajes, sino que también les dio antecedentes y les rehizo la vida, siendo posible de tal modo que, a la vuelta de dos años, cada uno pueda invocar una biografía curiosa y verdadera. De aquí deducen sus amigos que Elpidio González es un hombre importante*¹³⁶.

Es de lamentar que los discípulos de Charles Maurras no estuvieran a la altura de su monárquico maestro en cuanto al estilo, ni siquiera en cuanto al hecho de que al fin y al cabo Maurras conocía la historia de Francia. Pero los redactores de *La Fronda* ignoraban, como cabía esperar, la historia del país interior, hecho

bastante sugestivo si se considera que algunos de los redactores porteños de *La Fronda* serían luego, como Ernesto Palacio o Julio Irazusta, historiadores notables. Era pues falso que Elpidio González careciera de «antecedentes», salvo para la inquina anti criolla del porteñismo más recalcitrante. El padre y abuelo de Elpidio habían intervenido activamente en las primeras filas del Partido Federal de provincias, desde comienzos del siglo XIX, según recordará el lector cuando señalarnos esos hechos al historiar la revolución de 1905¹³⁷. Pero esto era irrelevante para los jóvenes de buena familia que se lanzaban a la política hacia 1930. *La Fronda*, conservadora y «nacionalista», sólo respetaba a Europa. América Latina, sus héroes y mártires, sus oscuros genios y el martirio de su inteligencia desconocida sólo merecían del «dandysmo» intelectual del gran Puerto una palabra burlona.

Con el título «Abrazando a los negritos» se publicaba lo siguiente:

La tiranía enternece al señor Yrigoyen, sobre todo si es centroamericana, es decir, manejada por negritos mediocres y enfermizos que son de su misma raza y de su misma mentalidad. Cada vez que las circunstancias le brindaron una ocasión de solidarizarse con alguno de aquellos irrisorios personajes del trópico, el señor Yrigoyen la utilizó gustosamente y pretendió fundar en esas posturas diplomáticas un nuevo derecho internacional que habrían luego de vociferar en conferencias y asambleas Plumeros de Techo y otros opas distinguidos.

La recepción del señor Machado en Cuba le ofrece nueva oportunidad de enviar abrazos emocionados a los negritos del Norte y éstos le retribuirán la fineza con gestos simiescos, colgando de los árboles por la cola¹³⁸.

La prensa grande, al incorporarse a la campaña contra Yrigoyen, ahuecaba la voz con su fraseología mitrista. La Nación del 11 de marzo de 1929, fingía escandalizarse por la marcha de la administración:

Las proporciones cúbicas que asumen en los ministerios y en la Secretaría de la Presidencia, las pilas de expedientes administrativos que esperan la firma del Primer Magistrado, expresan una honda y resignada expectativa tanto como la protesta del público a quien semejante demora afecta fundamentalmente.

La «izquierda» contra Yrigoyen

Al promediar el año 1929 toda la República era una caldera hirviente. La reacción oligárquica alza el tono de la voz. Cubre de injurias al Presidente, a su gobierno y agita furiosamente a la opinión pública. Los partidos políticos realizan tumultuosas asambleas. En la Plaza del Congreso, del Once o en los teatros, se congregan abigarradas multitudes de las clases medias, bajo la mirada cómplice de la oligarquía. Se exige la renuncia del Presidente o su derrocamiento por la fuerza. El yrigoyenismo reaccionaba con análoga violencia verbal. El 27 de junio el interventor federal en San Juan pronunciaba un discurso:

Ustedes son los verdaderos radicales, de aguante, con los pantalones bien puestos. Yo estoy dispuesto a ayudarlos por eso. ¿Ven este abdomen mío? ¿Lo ven ... ? Con él, a panzazos, los correremos a los cantonistas¹³⁹.

Natalio Botana, propietario del diario *Crítica*, monarca del hampa periodística y artífice del chantaje, hacía de su célebre publicación el cuartel general de la lucha contra Yrigoyen. Los hermanos Cantoni, caudillos sanjuaninos, y sus partidarios, se enfrentaban a tiros con la policía radical. En Mendoza, Carlos Washington Lencinas, hijo del caudillo mendocino y gobernador de la provincia, era asesinado en un acto público. Toda la oposición acusó al presidente Yrigoyen de instigar el atentado. En Buenos Aires se formaba un clan, llamado el «clan radical», que irrumpía en el Senado para agredir a los senadores de la oposición. El Partido Socialista Independiente, con el arrastre electoral que en la Capital Federal le proporcionan los conservadores, encabeza la campaña opositora contra el gobierno.

En la Cámara de Diputados, Federico Pinedo dice:

Para mí, la Presidencia actual es una dictadura típica absolutamente desorbitada y no contenida por ningún freno legal. Esa situación de dictadura tiene que desaparecer. Al presidente Yrigoyen hay que derribarlo; hay que concluir con la presidencia de Yrigoyen¹⁴⁰.

Había que reforzar el flanco de la izquierda oligárquica. Ese vacío es cubierto por el Partido Comunista. Bajo la dirección de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, el stalinismo enjuicia así al gobierno en esos días:

*El gobierno de Yrigoyen es el gobierno de la reacción capitalista, como lo demuestra su política represiva, reaccionaria, fascitizante, contra el proletariado en lucha, contra el cual aplica cada vez más los métodos terroristas*¹⁴¹.

Las Cámaras prácticamente no funcionaban. La oposición había transformado el Senado y la Cámara de Diputados en una tribuna de propaganda contra el gobierno. Los brotes de violencia aparecían en todo el país como resultado de la reacción de los radicales, indignados al verse injuriados diariamente por la oposición y la gran prensa. El socialismo independiente anunciaba como punto esencial de su programa la necesidad de realizar un juicio político al presidente Yrigoyen.

Un desconocido dispara cinco tiros de revólver contra el auto del caudillo. Desde el diario *El País*, de Córdoba, Carlos Sánchez Viamonte, uno de los verbosos líderes de la Reforma Universitaria, escribía un puñado de artículos, asumiendo la representación de la «nueva generación», que reuniría luego bajo el título de «El último caudillo».¹⁴²

Pretendía juzgar «sociológicamente» al yrigoyenismo, estableciendo una diferencia de índole artística entre el «régimen» y la «causa»:

*Una diferencia de carácter estético. La ‘causa’ es ante todo ‘mal gusto’... ella experimenta la fruición de su propio mal gusto y lo paladea con emocionado deleite... Al régimen le queda el consuelo de lamentar, como Petronio, más que su propia muerte el haber tenido que soportar la literatura radical*¹⁴³.

El insustancial profesor rechazaba como esteta el mal gusto del radicalismo. Definía así a Yrigoyen:

*Hipólito Yrigoyen sigue en la vida política al caudillo como el tango arrabalero al pericón campesino en el folklore. Uno y otro nacen juntos y en un mismo ambiente, uno y otro sufren el menosprecio urbano del criollismo castizo y de la cultura europeizante. Juntos hacen luego su entrada triunfal en la ciudad y en la civilización por el amplio portón del analfabetismo*¹⁴⁴.

Explica la disidencia radical antipersonalista, señalando que se trataba de radicales ricos y cultos que si habían podido acompañar a Yrigoyen a la conspiración

donde el caudillo era «misterioso e ignorado», ya no podían aceptarlo en el gobierno:

Con Yrigoyen presidente de la República, actor de primera fila en el escenario que lo mostraba de cuerpo entero, tenebroso, guarango, ignorante, rodeado de compadritos, eso era imposible¹⁴⁵.

En la relamida prosa se percibía la ridícula pretensión aristocratizante de la izquierda liberal. Tomaba en préstamo de la derecha nacionalista un patético «culto a la forma». Nada era más lógico ya que la miseria intelectual era profunda en la factoría. Y la Década Infame despuntaba en el horizonte. Así, por los más sutiles canales los exquisitos de *La Fronda* se estrechaban las manos, no sin cierta repugnancia, con sus aliados de hecho, con los Ponce y los Sánchez Viamonte. Los unía su repudio al pueblo. Esa unión sagrada había de repetirse. Las masas populares, adictas al radicalismo, habían sido contagiadas

a través de los más oscuros pliegues del alma popular estremecida por vagos temblores y vagas esperanzas; alma criolla, casi aborígen, domesticada y aquerenciada en la magia y el curanderismo. Al comenzar, el Partido Radical sólo contaba con unos pocos hombres justos, importantes, sobre la masa analfabeta¹⁴⁶.

Todos los artículos que componían este lamentable opúsculo del inminente socialista (entrará al partido de Juan B. Justo, con Alejandro Korn, Julio V. González y otros después de la chirinada de Uriburu) tenían el mismo nivel teórico y estilístico. Esto no impidió que Aníbal Ponce, que a su vez se disponía a ingresar al Partido Comunista, juzgara las refinadas inectivas de Sánchez Viamonte de la siguiente manera:

Algunas modificaciones en los términos, para ajustarlos del todo a la rectitud del estudio científico, y las páginas de Sánchez Viamonte no desmerecerían al más objetivo de los tratados sobre la última fase de nuestra evolución^{146 bis}.

Cada vez que en la historia contemporánea se trataba de arrojar del poder a un caudillo popular, aparecían los científicos a poner el hombro.

La colonia argentina en París

Uno de los iniciadores del nacionalismo argentino era Juan E. Carulla. Ex anarquista, conspirador con Uriburu, francófilo y aliadófilo, racista y antirrosista, Carulla había sido voluntario argentino en el Ejército francés en 1914. En suma, una verdadera alhaja. Dicho personaje nos describe la escena de esos días:

Por cualquier motivo irrumpían en las calles centrales nutridas columnas integradas por el personal administrativo, al que se sumaba una hedionda turba reclutada en los alrededores, y durante horas y horas paralizaban toda actividad dedicándose a los peores desmanes y atentados contra la vida y propiedad ajenas. Envalentonados, los caudillos de barrio ya no se contentaban con gozar de una absoluta impunidad para sus delictuosas conductas, sino que empezaron a mirar más lejos.

Esto es, a organizar las turbas en una abigarrada legión con características de comparsa carnavalesca, de mazorca rosista y de montonera suburbana: el clan radical... «La Fronda», cuyos artículos traviosos obraban a manera de dedicatoria sobre la endurecida piel del radicalismo yrigoyenista, tuvo el honor de concentrar sobre su local el furor de estas pandillas depredadoras que a decir verdad nunca tomaron desprevenidos a sus redactores que más de una vez los rechazaron a balazo limpio¹⁴⁷.

Por esa época un rentista y hombre de letras, Martín Aldao, residente en París desde hacía 20 años, escribía un diario íntimo. La pieza es una verdadera obra maestra de tilinguería, el más asombroso ejemplo de esa imbecilidad majestuosa con que la oligarquía vacuna ha pretendido siempre, asimilarse a las aristocracias: estudiada indiferencia por el dinero, cierta vacilación en el lenguaje oral, cuidado extremo y sibarítico del cuerpo y la vestimenta, cultivo del «calembour» como sustituto del talento, tácito desprecio por el país.

Con la más perfecta displicencia, el snob anota cada día acontecimientos trascendentales: los paseos por el «Bois», los innumerables tés y recepciones, las temporadas de «descanso» en Vichy, los discursos de Tardieu, la sintaxis de los hermanos Goncourt, los chismes y galanteos de la colonia argentina, el gusto exquisito de la «pâte de cassis», las «truffettes» y «Jacquelines» de la chocolatería

Duthuit. Las fluctuaciones del peso también se anotan: esto ya es importante para los residentes. En el «diario» se sigue con alarma creciente el ascenso al poder de Yrigoyen que es, naturalmente, el «Peludo». Los juicios despreocupados de la «gente bien» sobre el caudillo se anotan escrupulosamente. El comienzo de la crisis impregnará de política estas páginas reveladoras:

Yrigoyen procede con más absolutismo que nunca. Multiplica las intervenciones provinciales, casi todas inútiles y vejatorias. ¿Estará mal de la cabeza, como lo pensaba Máximo Paz...?

Es deplorable que el país esté en manos de un decrepito que pretende fiscalizar todo personalmente, como cuando manejaba el comité. Yrigoyen enfermo vive aislado, a nadie escucha, y zamarrea hasta a sus aduladores; sigue rodeado de algunos secuaces que lo perjudican en 'el concepto público'.

¿Estallará un movimiento de opinión contra el declinante Peludo... ? Yrigoyen ha cerrado la Caja de Conversión y se prevé como consecuencia un mayor desmedro de nuestra moneda... Algunos muchachos criollos paladean copetines y tremendos alcoholes en los cabarets de Montmartre. Días pasados, al alba, despojaron a un lechero de un balde de leche y se pusieron a beberla en el bosque... 'Sauvages des pampas', como se expresan los parisienses¹⁴⁸.

Los ociosos y «calaveras» de la colonia argentina en París, como se ve, se inquietaban por la cotización del peso que encarecía el «champagne». Los residentes en Europa y con ellos toda la oligarquía, empezaban a interesarse por la política argentina. Pues, efectivamente, si Yrigoyen marchaba hacia su ruina, en el mundo había comenzado la crisis.

Del empiéreo azul al Viernes negro

Ni antes ni después de aquel viernes negro del 29 de octubre de 1929 en que se produjo una explosión financiera en la Bolsa de Nueva York, se creía seriamente en una crisis. Después de la última guerra, el mercado mundial del dinero se había desplazado de Londres a Nueva York. Nadie ignoraba

tampoco que el mercado alcista en los Estados Unidos proseguía triunfalmente en los últimos años. Los más reputados economistas dormitaban ante el espectáculo soberbio de una prosperidad sin freno. El inquietante fenómeno de varios millones de desocupados no alteraba esta sólida confianza. A las ilusiones wilsonianas había sucedido una era espléndida, la era Coolidge. La expansiva democracia que asombró a Tocqueville hacía cien años, parecía realizarse, en 1929, hasta en la esfera de la Bolsa. Compraban acciones el chofer de taxi, las actrices, los poetas y los vendedores de tierra:

Millones de personas especulaban y también ganaban sin el más leve conocimiento de la compañía en cuya fortuna se basaban, como la gente que compraba acciones en la Seaboard Airline bajo la impresión de que se trata de acciones de una compañía de aviación. Tenderos, conductores de ómnibus, plomeros, costureras y camareros de tabernas clandestinas jugaban a la Bolsa¹⁴⁹.

Se sospechaba que se abría un abismo entre la producción en masa y la capacidad de consumo. Pero los expertos decían que el emprendedor pueblo norteamericano consumiría más y más todavía. Las fórmulas corrientes de los especuladores y agentes de la Bolsa que estimulaban el espíritu eran:

¿La prosperidad declinará? ¡Pero, hombre, si apenas hemos comenzado! ¡Sea alcista basándose en Norteamérica!; Jamás venda Estados Unidos a la baja»; «Le aseguro que algunos de esos precios resultarán ridículamente bajos dentro de uno o dos años»; «Vigile estas acciones, llegarán a los quinientos»; «Las posibilidades de esa compañía son ilimitadas¹⁵⁰.

Un ex gobernador de Nueva Jersey alentaba la alocada carrera afirmando que también Colón, Washington, Franklin y Edison habían sido especuladores. La Sociedad Económica de Harvard, con la ritual infatuación universitaria, aseguraba que de producirse alguna recesión

hay muy pocas dudas respecto de que el sistema de reserva tomaría medidas para aligerar el mercado de dinero y contener así el movimiento¹⁵¹.

Un experto financiero, R. W. Mac Neell, declaraba 48 horas antes del derrumbe, que

*algunas personas bastante inteligentes están comprando ahora acciones*¹⁵².

El presidente Hoover también fijaba sus ojos extasiados en el Empíreo:

*Los negocios fundamentales del país, o sea los de producción y distribución se hallan sobre una base sólida y próspera*¹⁵³.

Calmosamente, el señor Thomas Lamont, de la firma J. P. Morgan and Company, y John D. Rockefeller, de distinta pandilla, tranquilizaban al público ante ciertas bajas inquietantes producidas en la Bolsa:

*El chaparrón no tardaría en pasar y lo que el país sediento tenía ante sus ojos era un lago de agua dulce y no un simple espejismo*¹⁵⁴.

Pero el 24 de octubre estalló la crisis como un alud incontenible. La cinta registradora de la Bolsa de Nueva York empezó a retrasarse en relación al ritmo de las ventas de acciones empujadas por una ola de pánico. Por teléfono y por telégrafo se difundió el hundimiento total de toda la estructura inflacionaria y especulativa. En un solo día, bajo el impacto del terror generalizado, se vendieron 12.894.650 acciones. Las escenas en la Bolsa de Nueva York el 29 de octubre eran indescriptibles.

*Grandes paquetes de acciones eran lanzados al mercado a cualquier precio. Vendían los grandes especuladores y los pequeños. Se llegó a vender una acción a 1 dólar. Ese día concluyó con una venta global de 16 millones de acciones. Al mismo tiempo se hundían los mercados de valores extranjeros, los mercados norteamericanos secundarios y el mercado de cereales. Decenas de especuladores se suicidaban. El crack de Nueva York cortó los créditos a los bancos europeos, que desde el Tratado de Versalles vivían de ellos*¹⁵⁵.

Capitales argentinos especulan en Nueva York

La vulnerabilidad de la Argentina agraria se manifestó en toda su amplitud al desencadenarse la crisis mundial. En el curso del año 1927, el tipo de interés era muy reducido en Estados Unidos. Esta circunstancia fomentó la salida de capitales norteamericanos, una parte de los cuales se dirigió a la Argentina. En ese mismo período Gran Bretaña interrumpe paulatinamente sus inversiones: el Imperio parasitario, en vísperas de la crisis más profunda en la historia del capitalismo, vive de los intereses producidos por sus inversiones en el exterior.

Pocos meses después, los capitales norteamericanos «transeúntes» en la Argentina, regresan a su lugar de origen atraídos por los altos beneficios de la especulación bursátil en Nueva York. Se desplazan a Estados Unidos, asimismo, muchos capitales extranjeros. Entre agosto de 1928 y abril de 1929 llegan a 178 millones de dólares, entre ellos 9,8 millones de dólares procedentes de la Argentina. Según el economista Prados Arrarte, esta corriente de capitales se originaba por el alto interés neoyorquino y por las facilidades de préstamos bancarios en la Argentina. Así, el dinero de los depositantes argentinos, mediante el sistema oligárquico orientado hacia el préstamo comercial e improductivo, se transformaba en dólares destinados a especular en el extranjero. Norma invariable en América Latina: mediante las oligarquías parasitarias exportamos capital neto.

Las exportaciones de capital argentino llegan a los 426,3 millones de pesos oro en ese período. ¡Ventajas de la Caja de Conversión abierta por Alvear! Al producirse el *crack* de Nueva York, salen del país inversiones extranjeras por valor de 200 millones de pesos oro, equivalentes a las inversiones yanquis ingresadas entre 1927 y 1928¹⁵⁶. Según Virgil Salera, si Yrigoyen no hubiera procedido a cerrar la Caja de Conversión

sólo la deflación de carácter desgarrador, desde un punto de vista social, habría hecho posible la adhesión prolongada al patrón oro¹⁵⁷.

La polémica alrededor del proteccionismo o librecambio proseguía. La Sociedad Rural Argentina elevaba un petitorio al gobierno de Yrigoyen, invocando la fórmula inglesa de «comprar a quien nos compra»:

Esto quiere decir simplemente orientar nuestras compras hacia allá donde está la conveniencia de nuestro país... Existe y existirá

*siempre, una cierta cantidad de artículos manufacturados que no estamos en condiciones de producir económicamente; esta imposibilidad es, en algunos casos, temporaria, en otros final e irrevocable*¹⁵⁸.

La clásica postura de los industriales fue expresada de inmediato en una nota de Luis Colombo, presidente de la Unión Industrial Argentina:

*Cuando defendamos en la aduana nuestras hilanderías y tejedurías de lana y algodón, de productos fibrosos, de productos derivados del cultivo de oleaginosas, del aprovechamiento del lino, del maíz, del arroz, de la carne misma, etc.; cuando propiciemos la explotación siderúrgica defendiendo la industria de la metalurgia; recién entonces habremos realizado en beneficio del país lo que no conseguiremos con las medidas de rebajas o de aduana abierta que proponen las entidades rurales... ¿Por qué ha de hablarse de rebajar los derechos aduaneros a las mercaderías que se introduzcan del país que no hostilicen nuestras carnes y cereales? ¿Se ha meditado siquiera que esa medida es la ruina para la industria nacional... ? Procédase a la revisión general de los valores de la tarifa de avalúos de modo que sean su expresión real para que la defensa de la ganadería y de la agricultura no se haga a costa de la manufactura argentina*¹⁵⁹.

Estas disputas, que se renovaban desde los tiempos de Avellaneda y Pellegrini, no llegaban a la guerra total. La burguesía industrial era muy débil, carecía de tradición, no contaba con prensa propia, ni con un partido político que defendiera sus puntos de vista. Por lo demás, el papel creciente que dentro de la industria argentina jugaría el capital extranjero, despojaba a la burguesía industrial de toda aspiración política. A su dependencia respecto a la industria pesada de los centros imperialistas, añadiría una contradicción interna: entre la pequeña y mediana industria y la gran industria, generalmente de capital extranjero. Por estas 2 razones, los terratenientes dominaron el terreno casi siempre. Los industriales esbozaron una política puramente defensiva. Hecho característico, la Unión Industrial Argentina se vinculará a Uriburu en 1930 y a la Unión Democrática en 1945.

La prueba más evidente de la política agrarista de Yrigoyen es ofrecida por su dependencia del comercio exterior, que no se propone alterar. El despilfarro

oligárquico en la política del consumo superfluo se manifiesta tanto en las presidencias de Yrigoyen como en las anteriores. Entre 1926 y 1930, por ejemplo, el país contó con medios de pago, obtenidos por sus exportaciones, de un orden global de los \$ 10.054.225.811 m/n. ¿En qué se invirtieron esos 10.000 millones de pesos? Tanto durante la administración de Alvear como durante el segundo gobierno de Yrigoyen, se importaron por esa suma colosal todo género de bebidas de lujo, comestibles finos, tejidos de seda, automóviles, materiales decorativos, cerámica y cristales. En segundo lugar, esa formidable capacidad de compra de la Argentina se empleó en los servicios de la deuda exterior, intereses, dividendos y todo género de remesas derivadas de la inversión de capital extranjero.

En las importaciones del año más próspero de la década, antes de la crisis, se importaron \$ 146.994.786 moneda nacional en productos alimenticios, \$ 25.440.609 en tabacos, \$ 381.288.287 en productos textiles. ¡En combustibles, más de \$ 300 millones; en artefactos de hierro y automotores, más de \$ 500 millones! La estructura de la importación revelaba en un claroscuro la fatal dependencia del comercio exterior¹⁶⁰.

Pinedo no advierte la crisis

La crisis se propagó desde Estados Unidos a Europa y de esta última a todo el planeta. La década del treinta comenzaba en 1929 y envolvía en su furia al gobierno de Yrigoyen. Todos los economistas de la burguesía internacional habían resultado falsos profetas. La sombra gigante de Marx se elevaba irónicamente en medio de las ruinas. Pero también los «expertos» de los países semicoloniales habían demostrado su ceguera y, cosa característica, la exhibían todavía tres meses después de haber estallado la hecatombe en Nueva York.

Cuando Yrigoyen cierra la Caja de Conversión para impedir la huida del oro, el abogado probritánico Federico Pinedo, que conducía junto a sus amigos del Socialismo Independiente la más frenética campaña en la Cámara de Diputados contra el gobierno radical, critica la medida.

Nada menos que el 15 de enero de 1930 afirma Pinedo en la Cámara:

Pero lo más chocante es la oportunidad elegida por el Poder Ejecutivo para convencer a la Nación de que se pasa por un momento de trastorno económico mundial, siendo que éste es un momento de

facilidad económica notable, visible. Todos los días la situación económica y monetaria del mundo tiene un carácter más fácil, mayor que el día anterior. Yo tengo aquí una lista de las tasas de descuento cobradas por los bancos principales del mundo y encuentro siempre descenso. El Banco de Inglaterra la redujo dos veces, la Reserva Federal Americana también la redujo, y Francia, país que ha trastornado mucho el sistema monetario por su producción de oro, ha concluido, parece, esa política. Yo tengo las publicaciones más serias, entre ellas el Boletín de la Reserva Federal Americana.....

Hace cinco días el Japón permitió la exportación de oro. Yo tenía el dato publicado con tres meses de anticipación en los diarios ingleses en los cuales se hacía conocer esto: 'Que el gobierno de Japón consideraba que la situación monetaria del mundo era tan fácil, tan conveniente, sobre todo después de la debacle financiera de los Estados Unidos, que se podía permitir la libre exportación de oro sin elevarse la tasa de descuento'¹⁶¹.

El abogado socialista oligárquico defendía en la Argentina la evasión del oro que las grandes metrópolis, en crisis, por su parte, intentaban atesorar. El diputado yrigoyenista Sacone respondió:

No me han extrañado las palabras del señor diputado Pinedo, porque desde hace muchos años, al través de los artículos periodísticos del señor diputado yo descubrí en él el mejor defensor del capitalismo extranjero, atentando permanentemente con sus tesis contra los intereses económicos argentinos. Yo le hice una observación al señor diputado: es necesario dejar de ser financista inglés y financista norteamericano para hablar de una vez por todas como financista criollo. Desde el punto de vista de nuestras finanzas y de nuestra economía, que están en contraposición con las finanzas y la economía extranjeras que el señor diputado sostiene, defiende y patrocina en la Cámara, la tribuna callejera y el periodismo...

Para el señor diputado no existió la guerra, no existieron conmociones, no existen situaciones económicas diferentes. Todas son iguales y obedecen al criterio financiero teórico y divagador que se enseña en las facultades actuales de Europa o que se escribe en los textos de enseñanza; no, los financistas del mundo, y las más

*grandes autoridades financieras, los catedráticos, tuvieron que vender, que quemar sus libros o entregarlos para envolver los libros de los nuevos economistas, de aquellos que contemplaban la realidad económica mundial posterior a la guerra que fue un desmentido solemne a todas las teorías económicas sustentadas con anterioridad a 1914*¹⁶².

La gran depresión y el gobierno radical

Seis meses antes de su caída, el gobierno de Yrigoyen experimentaba duramente los efectos de la crisis mundial. Los recursos gubernamentales descendieron entre 1928 y 1930 en 75 millones de pesos. El gobierno, sin embargo, aumentó sus gastos en el mismo período de 795 a 905 millones de pesos. Si los recursos se habían reducido en un 10%, los gastos aumentaron en un 22%¹⁶³. El déficit lo obligó a colocar títulos en el mercado en 1929 por valor de 193 millones y en 1930 por 357 millones de pesos. Al no ser absorbidos por el mercado:

*el gobierno se vio abocado a una parcial cesación de pagos*¹⁶⁴.

La desocupación obrera se extiende. Comienzan a afluir a las ciudades los peones rurales sin trabajo. La baja catastrófica de los productos agropecuarios de exportación indica la profundidad de la crisis. En tales circunstancias, el gobierno de Yrigoyen inicia una negociación con la Unión Soviética a través de la Sociedad Luyamtorg.

A iniciativa de Yrigoyen, el convenio con la delegación comercial soviética en la Argentina avanza rápidamente. La trillada «lentitud» del Presidente y del gobierno radical no será puesta en duda esta vez por la oposición oligárquica. La política competitiva que la Unión Soviética sostenía en la industria petrolera con los intereses imperialistas fue aprovechada por Yrigoyen para obtener claras ventajas. De acuerdo a dicho convenio, la Rusia soviética abastecería a la Argentina con 250.000 toneladas de petróleo durante tres años. El país, por su parte, enviaría cueros, extracto de quebracho, lana, ovejas en pie y caseína¹⁶⁵.

En cuanto a la nafta, se fijaba su precio a unos 10 centavos por litro, lo que suponía una rebaja en el mercado interior. Del mismo modo que en el convenio celebrado con Inglaterra a través de la misión D'Aberton, el acuerdo con Rusia

soviética se hacía de gobierno a gobierno, marginado así a los monopolios imperialistas de la comercialización y poniendo fin a la era idílica del Estado liberal oligárquico. Un senador radical afirmaba en el Senado en diciembre de 1929:

*YPF que ha tenido que marchar a la zaga de esas grandes compañías que manejan el mercado del petróleo, ha conseguido con ciencia, con perseverancia, con acción, con tenacidad, con organización, reducir el precio de la nafta... puede rebajar algo más y las compañías lo saben. Han tenido que seguir en la rebaja a YPF, aunque sea a regañadientes, y naturalmente le harían la guerra...*¹⁶⁶

La aparición del petróleo ruso en los mercados internacionales facilitaba la libertad de movimientos de la Argentina. Hasta ese momento

*la lucha se circunscribía a la Gran Bretaña y Norteamérica; y en ese año apareció el petróleo ruso que empezamos a consumir también ... frente a este tercer camino, con el producido por las compañías que pertenecen a Gran Bretaña o a Norteamérica o sin el producido por ellas, la República Argentina tendrá capacidad técnica suficiente como para dar nafta a precios económicos*¹⁶⁷.

Los detalles del excelente convenio con la Luyamtorg quedaron terminados en los últimos días de julio de 1930. En agosto estaba preparado para su firma por el presidente Yrigoyen. El motín del pundonoroso general Uriburu, con su equipo de ministros petroleros, eliminaría la operación con la Unión Soviética.

El caudillo tenía 79 años en 1930. No había teléfono en su despacho. Yrigoyen, por lo demás, no lo había usado nunca. No conocía el cine; la aviación sería para él una sospechosa invención. Nacido en 1852, poco después de caer Juan Manuel de Rosas del poder, la mayor parte de su existencia había transcurrido en el siglo XIX. Ya era un hombre público cuando los malones del desierto asolaban todavía las ciudades del sur de la provincia de Buenos Aires. Había asistido a las exequias de la sociedad criolla y al nacimiento del Estado liberal unificado, había sido contemporáneo, amigo o adversario, de Avellaneda, Sarmiento, Mitre, Roca, Bernardo de Irigoyen, Pellegrini, Adolfo Alsina.

En su larga existencia había presenciado la vida política de la vieja sociedad argentina y la aparición turbulenta del mundo inmigratorio, cuyos hijos y nietos

ingresarían en el radicalismo. Había participado en tres revoluciones, conspirado dos décadas, ejercido dos veces la presidencia de la República. Conocía la pobreza y la riqueza y esta última había estado al servicio de su causa. Pero este criollo viejo, dueño de una astucia infinita, y de un increíble dominio de sí mismo, ya no era de este siglo. Estaba envuelto en la bruma del mito y nadie en su partido se atrevía a juzgarlo.

La contradicción entre su pensamiento escrito y la cruda ley de sus actos traducía el temor de la pequeña burguesía a enfrentar ideológicamente a la oligarquía ilustrada y de desenvolver totalmente su programa, tan difuso como las clases antagónicas que lo apoyaban. La lucha por la supremacía entre el yrigoyenismo y la oligarquía tenía un carácter ambiguo. Desde ya que la aversión oligárquica al «personalismo» de Yrigoyen, por otra parte, es característica de todas las aristocracias que, desde Roma, detestan el poder personal.

La rarificada abstracción de la literatura yrigoyenista, ¿era una huida de la realidad, la prosa de un místico o un ejemplo estilístico de su formidable astucia? La «eticidad» yrigoyenista era contrapuesta a la «inmoralidad» del régimen; el pequeño burgués sin derechos políticos proyectaba su furia en ese pluvial moralismo. Se sentía elevado por encima de la corrupción; miembro de un virtuoso ejército, podía mirar desde lo alto del radicalismo ético a la oligarquía que lo despreciaba.

El «espiritualismo» de Yrigoyen era laico, pero tranquilizaba a los católicos. La palabra «unión» tenía para Yrigoyen más sustancia que el vocablo «radical». En su personalidad se contenían y luchaban las fuerzas antagónicas del radicalismo. Era un estanciero pero de sobrias costumbres plebeyas. El antiguo comisario conocía los dolores pequeños y domésticos de las parroquias orilleras. Su mirada certera percibió las aspiraciones de los marginados por la sociedad oligárquica. Siempre fue socio del Jockey Club. Pero no concurrió casi nunca a la soberbia sede. Todas las tentativas de «racionalizar» el radicalismo debían chocar con la naturaleza embrionaria de las clases que lo constituían.

El nacionalismo liberal de Roca había encontrado su fundamento en el enérgico ascenso de la burguesía europea. Coincidió con la expansión del capitalismo inglés y su dominio del mercado mundial. Cuando Yrigoyen entra en la lucha, el radicalismo se forma en la singularidad de fusionar a los hijos de inmigrantes con la sociedad criolla. El segundo elemento que lo diferencia del roquismo es que ya a partir de 1914 se detiene para siempre la inversión extranjera, la red ferroviaria y el gran flujo migratorio.

Treinta años después de la caída de Yrigoyen, un ex diputado socialista independiente y crítico literario, Roberto E Giusti, derrama su encono contra el movimiento nacional. Reproducimos sus palabras porque constituyen una perfecta

síntesis del «liberalismo de izquierda» que ha dejado un hondo surco en la ideología cipaya:

Fue por un lado una vasta alucinación colectiva, una especie de curioso mesianismo que ascendió desde la plebe ilusa o logrera hasta ciertas capas sociales que creíamos preservadas del contagio.» Yrigoyen «más parecía el tiranuelo cobarde de una república bárbara que no el primer magistrado de una democracia libre, pacífica y culta»; «lo más probable es que el día 6, la canalla que servía al gobierno y se servía de él, soltada por esas calles por sus alquiladores, perturbase y aterrorizase la ciudad con sus atentados, persecuciones y horrores que por suerte la revolución impidió a tiempo.

¡Qué odio conserva este literato después de tres décadas! Oscuro catedrático, amigo de conservadores y comunistas, hombre de la SADE y de *La Nación*, traduce en sus palabras a la pequeña burguesía privilegiada del puerto que lame la mano del patriciado protector¹⁶⁸.

La quiebra del radicalismo histórico

El amorfismo social de las multitudes que seguían a Yrigoyen determinaba que sólo pudieran manifestarse políticamente a través de su jefatura personal. Este fenómeno no era solamente argentino, sino el fruto directo de las particularidades de algunos países atrasados. Pero la democracia pequeño burguesa del caudillo sólo podía vivir en tanto subsistiesen las condiciones del Estado liberal oligárquico nacido por la expansión de un mercado mundial estable. La crisis mundial señala el fin del radicalismo histórico.

Yrigoyen niega en redondo todo el pasado, al que genéricamente condena bajo su palabra simbólica de ‘Régimen’. Por el contrario, eleva a su partido a la condición de ‘Causa’, lo que si satisfacía a los argentinos nuevos que militaban en el joven movimiento y afirmaba su seguridad ante el patriciado del pasado ‘regiminoso’, fundaba tajantemente la ahistoricidad del radicalismo.

La pequeña burguesía urbana y rural, fruto directo de la inmigración, inmigrante en parte ella misma, rechazaba por boca de su jefe la búsqueda de una historia nacional. Le bastaba saber que entraba políticamente a la historia a través de Yrigoyen.

Sin embargo, los mejores elementos del roquismo, del jordanismo y de los federales de antiguo arraigo en provincias, se habían incorporado al radicalismo naciente, cuyo jefe no podía ignorar, como no ignoraba, esas corrientes históricas que lo nutrían. Pero al rehusarse a establecer sus vinculaciones con el pasado, Yrigoyen evidenciaba no sólo el descarnado realismo político que siempre lo distinguió, sino también su capitulación ante las ideas históricas de la oligarquía que se disponía a enfrentar: en realidad, su aceptación de la historia mitrista configuraba una especie de pacto con la oligarquía, a la que reconocía como sagrada custodia de la tradición nacional, mientras que al confinar a su movimiento a una lucha puramente empírica, lo despojaba de trascendencia y abría la puerta a las restauraciones.

Su célebre ‘antimitrismo’, reducido a una sola frase, por otra parte, interesaría más tarde a los eruditos y a los investigadores, pero resultaba totalmente insuficiente para educar a una generación. En los tiempos de don Hipólito, como en la época actual, la crítica de la historia era casi toda la ideología política o por lo menos su inevitable fundamento. La ambigüedad de Yrigoyen no sólo en cuanto a su programa, explicable por el carácter policlasista de su partido, sino ante todo con respecto a los orígenes y composición del radicalismo, era inexpugnable. El caudillo recelaba de la oligarquía, que conservaba desde la Revolución de Mayo el poder absoluto de la prensa diaria y, como decía Alberdi, el «despotismo turco» de la historia.

Pero al rechazar toda vinculación con los orígenes, el radicalismo nació sin historia propia y sin una interpretación de la historia patria, en la que se veía impedido de insertarse como un eslabón causal. A histórico, a ideológico, el radicalismo se veía acusado por la oligarquía y sus lacayos, de ‘movimiento irracional y ‘temperamental’, reservándose para sí misma la seductora posición de heredera de la historia patria. Así, el radicalismo debió asumir en los hechos la historia forjada por sus adversarios que había llegado a ser la mitología escolar de los argentinos¹⁶⁹.

El patriarcalismo de Yrigoyen ya carecía en 1930 de sustentación. La indiferenciación social del país y de sus clases, la ausencia de una burguesía industrial definida, imprimió al nacionalismo agrario y popular de Yrigoyen un carácter puramente defensivo. Dejó intactos todos los elementos de la dominación oligárquica y mantuvo en pie el viejo aparato estatal. Su propia parsimonia administrativa era la expresión de una sorda resistencia de baqueano a las influencias antinacionales.

Si todos los expedientes de su segunda y última administración pasaron por sus manos, ello no obedecía al egocentrismo yrigoyenista. Se trataba, en realidad, de un sistema primitivo para paralizar las concesiones de gestores diestros. Era difícil obtener de Yrigoyen una resolución sobre un problema cualquiera, pero si esto impacientaba a los agentes extranjeros que buscaban grandes negocios, también detenía una política activa, creadora y audaz en todas las esferas de la acción gubernamental.

El patriarca estaba sentado allí, con su austeridad y su dulzura, su hechizante arte de encantador, su voz insinuadora y su habilidad suprema para los hombres, en medio de un siglo preñado de explosiones. Nada le quedaba por hacer; ni sabía qué hacer. Era un sobreviviente que la nueva época se disponía a devorar. Algunos teorizantes radicales han pretendido ver en las maniobras de los monopolios petroleros yanquis la razón predominante de la caída de Yrigoyen. Este punto de vista es profundamente erróneo y tiende más bien a evitar un examen de la descomposición mortal del radicalismo.

Las causas externas de la asonada del 6 de septiembre de 1930 son: la crisis mundial iniciada en 1929; las intrigas petroleras; la movilización oligárquica, periodística y política de la oposición cipaya, de izquierda a derecha. Pero la causa interior, más profunda y verdadera, es que Yrigoyen había agotado totalmente su ciclo y el radicalismo tradicional tocaba a su fin. Achacoso, enfermo, quebrado, el propio Yrigoyen anciano reflejaba la ruina de su movimiento, que sólo su autoridad cubría todavía y que suscitaba la devoción de las masas populares.

La indescriptible confusión en las altas esferas del poder y la impotencia de Yrigoyen en los instantes críticos, no podría atribuirse a su debilidad personal ni a la oscuridad de designios. Yrigoyen se caracterizaba por una completa claridad en sus objetivos y una gran precisión en las cosas que le interesaban. Las imprecisiones y las vaguedades recién aparecían cuando entraban en juego problemas que podían afectar las bases agropecuarias en que primordialmente se apoyaba. Su movimiento estaba condenado a permanecer dentro de los límites intuitivamente fijados por su jefe, a riesgo de desintegrarse si los sobrepasaba.

Sólo un nuevo movimiento nacional democrático, cuyo protagonista fuera el proletariado argentino, podía llevar más adelante la bandera de la revolución nacional empuñada un día por Yrigoyen. Pero la clase obrera industrial estaba todavía en formación. Debían transcurrir aún quince años para que los trabajadores «nacionalizados» por obra de la industrialización, que atrajo a los «cabecitas negras» al cinturón de Buenos Aires, levantasen resueltamente el estandarte de la revolución y abriesen un nuevo período en la historia de los argentinos.

CAPÍTULO III

1930: LA RESTAURACIÓN OLIGÁRQUICA

Habían concluido para siempre los años locos, el desenfadado frenesí de la postguerra, con su sed de olvido y su cinismo burgués. La alegre década se hundía ahora en las fauces abiertas de la crisis más aguda en toda la historia del capitalismo. En su gran torrente la crisis arrastrará detrás de sí la dictadura de Primo de Rivera en España, el gobierno de Hernando Siles en Bolivia, la dictadura de Leguía en el Perú, el gobierno de Washington Luis en Brasil, el régimen del general Ibáñez en Chile. Surge en la República Dominicana el poder de Trujillo y en las calles de Berlín desfilan las milicias nazis. Gandhi levanta en la India la bandera de la resistencia pasiva y es enviado a la cárcel. Gabriel Terra asume la dictadura en el Uruguay democrático.

En la deliciosa Austria, brota la espuma fascista. El Papado firma con Mussolini el Tratado de Letrán. Se restablece el Estado del Vaticano, desaparecido al fundarse la unidad de Italia en 1870. El Duce organiza el Gran Consejo y la península se convierte en un Estado corporativo.

Con un suspiro de nostalgia, los europeos y los sudamericanos ricos evocan aquella época desaparecida donde se podían atravesar las fronteras sin pasaporte.

Si en el Viejo Mundo las ondas sísmicas de la crisis arrasan con el librecambismo clásico y con la democracia liberal de mejores tiempos, en la Unión Soviética nace una contrarrevolución burocrática. El omnímodo poder de las oficinas se transfigura en la hegemonía de la burocracia del partido y del Estado sobre los antiguos soviets. La democracia soviética es ahogada. La oposición comunista de izquierda, dirigida por Trotsky y las principales figuras del Estado soviético, se ve destruida por la burocracia stalinista y su aparato policial. En el país de la Revolución de Octubre desaparece la libertad de crítica. El pensamiento marxista es encerrado bajo llave en el «armario de venenos». Los amigos de Lenin son enviados a la deportación en el círculo ártico. Trotsky es deportado a Alma Ata, junto a la frontera china. Finalmente es expulsado de la Unión Soviética. Se instala en la isla de Prinkipo →isla de los príncipes← frente a Turquía, donde

escribirá sus libros capitales, entre ellos *Historia de la Revolución Rusa* y *Mi Vida*.

Alberto Einstein, que revoluciona radicalmente la física moderna y Sigmund Freud, que transformará la candorosa idea que el hombre tenía de sí mismo, se convierten en emigrados políticos.

El movimiento obrero retrocede en todas partes. En Italia fascista los sindicatos son un recuerdo; en el caos de la Alemania de Brüning resuenan los tacos militares de las tropas de asalto, financiadas por la siderurgia del Ruhr. Los regímenes democráticos saltan hechos pedazos en todo el planeta. O revolución proletaria o fascismo; o socialismo o dictadura del capital financiero, tal es el dilema en Europa bajo el ciclón de la crisis. El mundo colonial y semicolonial, íntimamente vinculado al destino de las metrópolis, reproduce al principio la hecatombe económica con mayor virulencia todavía. Queda al desnudo la vulnerabilidad de los países débiles, transformados por el imperialismo durante un siglo en factorías exportadoras de materias primas. En la opulenta Argentina, en el Sur de América Latina, el gobierno de Yrigoyen es un anacronismo. La paradoja consiste en que los países del Tercer Mundo resultarán históricamente beneficiados por la bancarrota económica de las grandes metrópolis capitalistas. Gracias al hundimiento del mercado mundial nace la industrialización de los pueblos débiles. La crisis de los «países avanzados» es la palanca del crecimiento y «modernización» en la India, México, Brasil y la Argentina, entre otros.

La conspiración en marcha

Pero como la oligarquía parasitaria vinculaba sus ingresos al mercado externo y el valor de la unidad monetaria al disfrute familiar de la renta nacional, reina gran inquietud en París.

Un grupo de argentinos copetudos consideran que la caída de Yrigoyen es inevitable. Un cronista del grupo retrata con vivacidad los diálogos:

En rueda, el acaudalado rosarino Astengo (7.000 pesos diarios de renta según Beltrán), Le Breton, un tanto alicaído y Adolfo Moreno, no más brioso. Se incorporaron a poco Luis Castells Uriburu y Rosendo Beltrán, sobrino y heredero de don Máximo. Gran pesimismo en todos.

- *El país va de mal en peor.*
- *Si fracasa la cosecha se verán días negros.*

Fraseología de rigor en tales casos. Le Breton arguye que es por desconfianza que el país marcha así, pues hay en disponibilidad mucho dinero. Don Máximo ha exportado de Buenos Aires fuertes sumas Le Breton sonrió:

– *Beltrán necesita para vivir aquí 10 y cuenta con mil diez. Es la proporción.*

Está, pues, tranquilo don Máximo en lo que atañe al renglón monetario. Tiene en Europa más de lo suficiente para no modificar en lo más mínimo sus arraigadas costumbres si a la Argentina la dominase una honda crisis y no se pudiesen transferir fondos. Prevé don Máximo una dictadura militar:

- *Un jefe sexagenario dará el golpe.*
- *¿El general Uriburu ?*

– *El partido radical no triunfará en las próximas elecciones, ni Hipólito, por ahora bien de salud, terminará su período presidencial. Por muerte, quebranto de salud, o lo que fuera daban ya por liquidado al Peludo¹⁷⁰.*

Todo el mundo se preparaba. Los que parasitaban en París retiraban sus fondos de la Argentina. En la Argentina, los socialistas independientes, en el Parlamento y en la calle, declaraban enfáticamente que el país marchaba hacia la ruina:

La oposición, cada, vez más nutrida y entusiasta, contaba con la adhesión de la prensa responsable para difundir sus ideas hostiles al gobierno¹⁷¹.

En clamorosas asambleas la Federación Universitaria Argentina expresaba, por la boca de su presidente, Raúl Uranga, su más enérgica condenación al Presidente que había auspiciado la Reforma Universitaria de 1918: «Caudillo senil y bárbaro» –dice en un acto el dirigente estudiantil.

Como cabía esperar, el estudiantado universitario participó mayoritariamente en la agitación contra Yrigoyen. El presidente del Centro de Estudiantes de Derecho, Uranga, y su colega en el Centro de Estudiantes de Medicina, Tourres,

son figuras destacadas en los grandes actos públicos de la oposición. Algunos estudiantes universitarios temen la orientación del Ejército en el inminente pronunciamiento y hacen circular una declaración:

*Solamente pudimos reunir alrededor de cuarenta o cincuenta firmas en ese momento, porque –como he dicho– la gran mayoría de los estudiantes participó del movimiento*¹⁷².

Sergio Bagú confirma el testimonio anterior:

*La gran mayoría de los estudiantes de la Capital Federal se plegó al movimiento en contra del presidente Yrigoyen*¹⁷³.

Los socialistas de Repetto se rasgaban las vestiduras para condenar severamente la inmoralidad reinante. El diario *Crítica* de Natalio Botana, injuriaba diariamente al Presidente de la República. En su edificio de la Avenida de Mayo tenían lugar las reuniones de los partidos opositores que organizaban la conspiración¹⁷⁴. Los conservadores bonaerenses, a través de *La Fronda* y con ayuda de las incisivas plumas de los jóvenes nacionalistas, abrumaban con burlas soeces la persona pública y privada del Presidente, que jamás respondió a los difamadores.

En esos días moría Paul Groussac. El corrosivo órgano conservador ya citado, adquirió de pronto una dulzura inesperada. Rindió su tributo de admiración al escritor galo, a quien lo ligaban evidentes afinidades:

Ha muerto el censor implacable, el incorruptible guardián de la cultura, el destructor de las falsas reputaciones, el adversario tenaz de la garrulería insustancial y la enciclopédica improvisación que son enfermedades endémicas de nuestras letras... Cuando acontecimientos que todos esperamos rasguen por fin la nube negra que oculta el porvenir de nuestra patria, cuando llegue la hora del ‘ocio divino’ y la resurrección de la inteligencia, podremos volver atrás la vista y comprender lo que significó la muerte de Groussac en estos días de pesadilla que vivimos... ese paréntesis de oro que se abrió entre la edad de la montonera bárbara y la presente canallería electoral –mil veces peor por más cobarde– tuvo en el maestro que acaba de morir un censor admirable ... fue entre

nosotros la encarnación de Europa: embajador espiritual encargado de mantener viva la conciencia de una tradición eterna...

Su obra está incorporada a 'lo eterno e incommovible' y ofrece una validez de monumento ante el cual deberán inclinarse las futuras generaciones argentinas que apreciarán, sin duda, más que la actual, las creaciones del espíritu. No importa que hoy lleguen los alaridos de las turbas, ebrias 'de ira y fornicación' hasta el mismo agosto recinto que guarda el sueño del escritor ilustre... ese día verá levantarse la estatua del prócer que hoy lloramos... en los lugares que hoy usurpan los demagogos barbudos, dioses del populacho...¹⁷⁵

En su elogio fúnebre, los conservadores unían el culto por quien desde su atalaya europea en Buenos Aires había considerado detestable y ridículo todo lo criollo, a una amarga invectiva contra el anciano patriota que agonizaba en el poder. Y tenían razón al hacerlo, pues más que definir se definían.

«Analfabeto de padre y madre»

La Fronda, en fin, anunciaba alborozada lo que había obtenido «después de prolijas investigaciones». Se trataba de una partida de matrimonio extendida en la parroquia de Balvanera y que figuraba en el archivo de la Curia Eclesiástica de Buenos Aires, legajo 152, N° 45, correspondiente al 18 de abril de 1847. En dicho documento constaba la partida de matrimonio de los padres de Yrigoyen, donde el cura párroco daba fe de que los contrayentes no habían firmado «por no saber hacerlo». La hoja conservadora concluía el suelto ruin diciendo:

¡Analfabeto de padre y madre! ¡Pobrecito! ¡Cómo no lo habíamos sospechado antes! ¡Qué magnífica genealogía para un jefe de república civilizada!¹⁷⁶.

Esta elevada muestra de la literatura oligárquica llevaba un título a toda página que decía: «¡Analfabeto de padre y madre!». Con esta clase de gente—gente de una clase—debió enfrentarse el presidente Yrigoyen en las vísperas de la conspiración militar del 6 de septiembre.

A su vez, el ex gobernador de Jujuy, don Benjamín Villafañe, escribía un libro titulado *Degenerados*, donde enjuiciaba a los radicales yrigoyenistas. En una carta dirigida al interventor de la Universidad del Litoral, el ex gobernador de Salta, doctor Joaquín Castellanos, decía: «El señor Yrigoyen deprava a la juventud y eclipsa la conciencia nacional». Como había ocurrido siempre a lo largo de la historia argentina, el gobierno popular carecía de prensa. El diario oficialista *La Época* no gozaba de influencia apreciable en la opinión pública. La prensa comercial en su conjunto se había articulado contra Yrigoyen.

Un papel especial correspondió en esta campaña «ideológica» del 6 de septiembre al «nacionalismo oligárquico». Ya hemos visto su origen: los «indios bien» que asaltan sindicatos obreros en las fiestas del Centenario; la Liga Patriótica Argentina presidida por el doctor Manuel Carlés; los organizadores de pogroms durante la Semana Trágica de 1919; el órgano *La Voz Nacional* que fundara en 1926 el Dr. Juan F. Carulla y un puñado de marquesas y condes italianos. El uriburista y nacionalista Carulla dice en sus memorias:

¿Cómo no reconocer que, en cierta forma, también somos un poco hijos de la nación que, desde los albores de nuestra independencia, nos prestó su apoyo moral y su ayuda material, aportando su espíritu de empresa, su genio civilizador su sentido del confort y la sociabilidad, sus capitales, todo, en suma, lo que ha contribuido a la grandeza y prosperidad de nuestro país?

El nacionalista setembrino rendía así su homenaje a la «noble Inglaterra» como la llamaba Lugones¹⁷⁷.

A la búsqueda de un salvador

En 1927 comenzó la publicación del semanario *La Nueva República*. Este periódico era escrito por algunos jóvenes intelectuales pertenecientes a la redacción del diario *La Frontera*, que dirigía Pancho Uríburu:

Uno de los editorialistas que más se distinguía en aquel selecto grupo era, sin disputa, Alfonso de Laferrère, quien cojeaba también de la pierna maurrasiana... Nuestras ideas políticas coincidentes contribuyeron no poco a estrechar nuestra relación: él había sido

*uno de los dirigentes del movimiento aliadófilo de la juventud al que ya me he referido y venía a encontrarse conmigo cuando aún duraban en mi espíritu frescas impresiones de la guerra de 1914-1918. Otro vínculo nos aproximó: la mutua admiración que sentíamos por las doctrinas de 'L' Action Française*¹⁷⁸.

Figuraba en el grupo redactor de *La Nueva República*, Rodolfo Irazusta

*cuya larga permanencia en Europa le había permitido cultivar su clara inteligencia al contacto de grandes maestros, al par que empaparse de la nueva doctrina filosófica política en Francia e Italia*¹⁷⁹.

También escribían en el nuevo semanario Julio Irazusta, Ernesto Palacio y César Pico. A este núcleo de nacionalistas correspondió la tarea de influir ideológicamente sobre el general José Félix Uriburu, inspector general del Ejército, posteriormente retirado por Yrigoyen.

Procedía Uriburu de una tradicional familia salteña, vinculada desde hacía muchos años con la oligarquía de Buenos Aires. Había participado, cuando era subteniente, en la revolución del 90, predominantemente mitrista. En esas jornadas anudó su amistad con el joven Lisandro de la Torre, igualmente alemista y mitrista. Había sostenido en 1905, como mayor del Ejército, al presidente mitrista Quintana, colaborando en la represión de la revolución radical. Durante la Primera Guerra Mundial fue neutralista. Frecuentaba la redacción del diario *La Unión*; pero esta coincidencia con la política exterior de Yrigoyen no le hacía mejorar su opinión sobre el gobierno de la «chusma». Sus dotes estratégicas no eran muy relevantes: después de la batalla de Marne escribió un artículo donde intentaba probar que se trataba de un triunfo del ejército alemán.

Uriburu era la personificación del militar austero según lo concebían los literatos de la farándula que leían a Maurras. Era rudo y seco, carecía por completo de espíritu. Estaba totalmente convencido del principio de que la espada era el camino más corto para resolver las indecisiones y desórdenes de la sociedad civil. Fuera de una fugaz diputación por Salta, su principal actividad es descripta por el nacionalista Gálvez:

Durante años, lo tuve, en muchas ocasiones, junto a mí, en la acera del Jockey Club, mirando pasar a las mujeres por la calle

Florida... Desde 1929 hasta algo entrado el 30 veíase a Uriburu todas las tardes en la calle Florida. Estaba siempre con tres o cuatro amigos de los cuales, según creo, ninguna era persona importante, y gustaba de chicolear a las mujeres que pasaban.

También lo encontré muchas veces en el restaurante de Gath y Chaves tomando el té con esos amigos... Sin duda por causa de aquellos chicoleos varios amigos a quienes les hablé de Uriburu como de un serio candidato para echar abajo a Yrigoyen me contestaron que el general Uriburu estaba gagá...¹⁸⁰.

Agrega dicho autor:

Hacía pensar en un estanciero rico y distinguido, con algo de gran señor. En su fisonomía, poco o nada expresiva, llamaban la atención unos bigotazos de largas guías. Era campechano e igual con todos. Sonreía con facilidad, dejando ver los dientes. No me pareció hombre de talento ni de saber...¹⁸¹.

Tal era el genio y figura del salvador de la patria descubierto por los nacionalistas.

Un austero general

Al cumplir su primer año de vida, *La Nueva República* celebró la fecha con un curioso banquete realizado en el restaurante Munich de la Costanera. Sin embargo, el propósito oculto era invitar a concurrir al general Uriburu y comprometerlo en algún golpecito que derribase al «Peludo». Las dificultades comenzaron cuando los propios amigos de Uriburu rehusaron concurrir a la comida, ya sea por temor a comprometerse o por considerar políticamente irresponsables a los organizadores. Se confiaba en contar, por lo menos, con 30 o 40 participantes, para darle el relieve necesario al anhelado brindis del general.

Llegado el día de la cena, hacia las 9 de la noche, se comprobó que sólo una escuálida docena de entusiastas rodeaba los manteles vacíos. Ante tan crítica situación, se resolvió delegar a dos miembros de la redacción de *La Nueva*

República para visitar el Royal Keller, bar de noctámbulos y bohemios escasos de pecunia y ofrecerles una cena gratis.

*Merced a tal recurso, el general Uriburu, escribe uno de los organizadores, al tomar colocación en la cabecera de la mesa, pudo experimentar la satisfacción de verse rodeado por una cincuentena de neorrepublicanos, muchos de los cuales, a decir verdad, no sabían de qué se trataba. ¡Ah, milagros de la política! Si nuestro huésped de honor hubiese podido cambiar unas palabras con la mayoría de ellos, habría podido percatarse, en efecto, de que no sólo estaban muchos ajenos a los problemas políticos argentinos, sino que escasamente conocían Buenos Aires, pues eran uruguayos, mexicanos, cubanos...*¹⁸².

A la hora de los discursos hablaron Rodolfo Irazusta, Francisco Uriburu y Ernesto Padilla.

La heteróclita concurrencia pidió enseguida al recio general unas palabras:

*Tocóle, entonces, el turno al general Uriburu, cuyas palabras esperábamos todos ansiosamente, sin excluir los gárrulos bohemios centroamericanos que a juzgar por el entusiasmo de que daban muestras, a la segunda copa de vino se habían vuelto más uriburistas que nosotros. Habló lacónicamente, como era su costumbre. ¿Qué dijo? Muchas veces, en mis meditaciones acerca de los prolegómenos de la revolución de septiembre he procurado reconstruir su discurso, pero ello no me ha sido posible. Aunque parezca extraño ni siquiera *La Nueva República* lo reprodujo*¹⁸³.

Tampoco el pobre general habría podido recordar lo que dijo, tan confusas eran sus ideas antes, durante y después de la asonada que lo tuvo como héroe. Es así como comienza efectivamente la gloriosa revolución del 6 de septiembre. Esta técnica de recoger desocupados y borrachos por bares y confiterías, parecería ser una de las más apreciadas por el nacionalismo de la época. Poco después, cuando Uriburu ya se había convertido en un temible conspirador, se realiza en la redacción de *La Fronda* una reunión organizada por Roberto de Laferrère, redactor de dicha hoja, con el objeto de fundar la Liga Republicana. Su propósito era crear el «clima civil» al golpe de Uriburu.

Promotor de este movimiento era Roberto de Laferrère, a la sazón redactor de aquel diario y persona muy estimada en ciertos círculos. Empedernido nocheriego e infatigable ‘causeur’, recorría confiterías y bares a esas horas en que la vigilancia policial parece decrecer, buscando adeptos a los que atraía y reunía alrededor suyo. El ‘Petit Café’, el ‘Águila’ y el bar ‘Los Indios’ eran los cenáculos de su predilección¹⁸⁴.

En las mesas ociosas de estas tres confiterías se reclutó la soldadesca perfumada de las legiones uriburistas. Con la formación de la Liga Republicana, cuyos recursos étlicos, por lo menos, estaban fuera de discusión, comenzaron las primeras «acciones de calle». Estas consistían en ruidosos desfiles por la calle Florida, de Bartolomé Mitre al Norte, a los gritos de «¡Abajo Yrigoyen! ¡Abajo el mal gobierno!». Dichas manifestaciones concluían inevitablemente en la calle Florida 452, redacción de *La Fronda*. Al realizarse los comicios de marzo de 1930, donde el radicalismo yrigoyenista sufrió una aplastante derrota frente al socialismo independiente de los libertinos,

la Liga Republicana apoyó, de hecho, los candidatos del socialismo independiente que representaban el principal enemigo del oficialismo,

escribe Carulla¹⁸⁵. En uno de estos desfiles los nacionalistas se enfrentaron con un grupo de demócratas progresistas que gritaban: «¡Votos sí, balas no!», a lo que replicaban los jóvenes republicanos: «¡Balas sí, votos no!».

En esos días salía a la calle un libro de Leopoldo Lugones: *La Grande Argentina*. La crisis del Estado liberal y de la economía agropecuaria clásica movía al poeta a declarar que «el secreto de la prosperidad nacional no está en el comercio exterior sino en el mercado interno». Fundándose en los análisis económicos de Alejandro Bunge sostenía que

el fomento de la industria nacional equivale a un verdadero movimiento libertador digno por cierto del sacrificio que cuesta¹⁸⁶.

Sugería una revisión drástica de la tarifa aduanera y una enérgica política de industrialización. Estas consideraciones de política económica nacional, que

alteraban su antigua visión «geórgica» de la economía argentina, venían envueltas en un verdadero delirio reaccionario. Al oponerse a la inmigración sin control decía que:

...en todo delincuente hay un prófugo, como en todo agitador un aventurero; y todo comunista marxista o anárquico es un expatriado en su propio país... La sobrepuja electoral del partido gobernante con los socialistas, ha engendrado el obrerismo, desordenando el país entero para favorecer a las masas urbanas donde el extranjero predomina o promedia. Así se ha creado un perjudicial y falso espíritu anticapitalista que es en el fondo envidioso rencor hacia la fortuna lograda, sin cuyo aliciente fracasaremos en un raquitismo de republiqueta proletaria... Por otra parte el gobierno republicano excluye la clasificación entre pobres y ricos, porque las condiciones privadas no le conciernen... Cualquier derecho sin su correspondiente deber, es un privilegio. Poco importa que éste favorezca a los patrones o a los obreros. La igualdad republicana queda abolida en ambos casos. Y es que ni la pobreza ni la fortuna dan derechos. Son consecuencias económicas de la mayor o menor capacidad personal en el dominio económico¹⁸⁷.

El antiguo anarquista se había transformado en un teórico del vasallaje social moderno y en su más cerril capataz intelectual. Peor aún, al desembarazarse de su antiguo «agrarismo» y convertirse en un «industrialista» bajo la formidable presión del hundimiento de las exportaciones argentinas, Lugones rehusaba abandonar su hostilidad a los trabajadores y su simpatía hacia las empresas extranjeras de servicios públicos.

Atraído por la sublime misión que le indicaba la gente decente en todos los tonos, el general Uriburu se consagró febrilmente a la conspiración, abandonando sus hábitos de la calle Florida. A sus trabajos revolucionarios se suman otros que despiertan su inquietud. Un grupo de bomberos, dirigidos por un dentista de la policía, se propone derribar al gobierno de Yrigoyen. Resuelto a postergar este extraño movimiento, Uriburu tiene una reunión con los bomberos, cuyos aspectos hilarantes han sido narrados por Carulla e Iburguren.

Un dentista estrafalario, llamado Orrego, organizó una conspiración en el Cuerpo de Bomberos de la Capital para derribar el gobierno de Yrigoyen.

La señal del «levantamiento» sería un cohete disparado en Nochebuena; se atribuía ideas de «revolución social», así como ilusorios contactos con sindicatos obreros. Orrego se reunía con algunos bomberos amigos a beber copiosamente.

A una de esas reuniones fantásticas, donde el vino corría generosamente, concurrió personalmente el general Uriburu para disuadir a los bomberos de lanzarse a un pronunciamiento prematuro. El general fue saludado por los ebrios con numerosos vivas. Todo el asunto, relatado detalladamente por los protagonistas setembrinos, demuestra los ingredientes de bufonería e irresponsabilidad de los uriburistas, comenzando por su mismo jefe¹⁸⁸.

Por un «yrigoyenismo sin Yrigoyen»

El examen de los preparativos revolucionarios demuestra irrefutablemente que Uriburu carecía de toda influencia en la oficialidad del Ejército. En relación a los partidos políticos y organizaciones que deseaban el derrocamiento de Yrigoyen, tampoco Uriburu gozaba de predicamento. Esto debía atribuirse a la desconfianza que suscitaban sus amigos más próximos y las ideas totalitarias que no ocultó en ningún momento. Ni siquiera pudo llevarse a cabo un homenaje a su persona, destinado a lanzarlo como la gran figura de la oposición.

En la oficina de don Joaquín de Anchorena se constituyó una comisión encargada de llevar a la práctica esa ceremonia. Pero se disolvió sin mayor pena ni gloria poco tiempo después. La descomposición profunda del radicalismo llegaba a tal extremo, sin embargo, que las intrigas internas del gabinete habían asumido hasta un carácter conspirativo. Por otra parte la negativa de Yrigoyen a tomar medida alguna contra los diversos grupos sediciosos, alentó los trabajos de Uriburu.

La subversión era general. El vicepresidente de la República, doctor Enrique Martínez, desde un año antes al 6 de septiembre había celebrado conferencias con el doctor Roberto Repetto, miembro de la Corte Suprema de Justicia, en la que se estudió la posibilidad de una política de conciliación de todos los partidos, que seguiría al probable alejamiento de Yrigoyen. El ministro del Interior, Elpidio González, y el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Horacio Oyhanarte, trabajaban cada uno para sí, en la promoción de sus respectivas candidaturas destinadas a suceder al Presidente. Un mes antes del pronunciamiento uriburista, a altas horas de la noche, el salón del Ministerio del Interior estaba con sus luces

encendidas. Un yrigoyenista que pasaba por la Casa de Gobierno esa noche observó:

*¿Ustedes no saben, acaso, que allí están reunidos casi todas las noches, Martínez, Elpidio, De la Campa y Graneros, gestando la salvación de la Patria en contra del doctor Yrigoyen?*¹⁸⁹.

El ministro de Marina, contralmirante Zuleta, había solicitado a Yrigoyen la adscripción de algunos empleados de Investigaciones para vigilar a gente sospechosa. El Presidente accedió al pedido. El ministro indicó a los policías a qué clase de personas debían vigilar: al vicepresidente de la Nación, al ministro del Interior, al ministro de Justicia y al jefe de Policía¹⁹⁰. El yrigoyenista Raúl Luzuriaga recibió el 4 de septiembre en su oficina de la Aduana un mensaje concebido en estos términos:

*El senador Diego Luis Molinari me ha enviado para que le avise a don Eduardo Yrigoyen, que mañana estallará un movimiento revolucionario y derrocará al doctor Yrigoyen. Que como quedará el doctor Martínez, serán atendidos todos los amigos y estará enteramente a sus órdenes*¹⁹¹.

El vicepresidente Martínez iniciaba ya conversaciones para ofrecer ministerios a sus amigos. La enfermedad, la soledad y la parálisis que rodeaban al presidente Yrigoyen, permitían en los últimos meses de su gobierno la germinación de todo género de intrigas y conspiraciones destinadas a suplantarlo dentro de su propio partido.

El veterano dirigente radical don Francisco Ratto señala, con cierta minucia, un aspecto de las intrigas del elenco gubernamental:

Yrigoyen asumió su segunda presidencia físicamente debilitado. La defección del dilecto amigo Alvear, el alejamiento de su ex ministro Pueyrredón, las agresiones sufridas durante la campaña electoral había disminuido sus aptitudes, particularmente las fisiológicas. Por el doctor Victoriano de Ortúzar supe que desde los comienzos de 1930 Yrigoyen padecía de incontinencia. Tal decadencia fue advertida por las dos

tendencias surgidas en el seno del partido encabezadas por Elpidio González y Horacio Oyhanarte. Ambos actuaban con sus médicos, respectivamente Agudo Ávila y Meabe, quienes de consumo entre otras terapéuticas prescribieron el ‘Fernet Branca’ que debía ser el legítimo y cuya consecución quedó a cargo de don Carlos Borzani...

Por medio de los médicos respectivos, las camarillas pretendían gravitar en la vacilante voluntad de Yrigoyen. Sondeado por el grupo de Elpidio, el general Dellepiane rechazó con energía complicarse en sus manejos. La responsabilidad de estos «fieles» resulta confirmada por todos los testimonios. Según la curiosa expresión de Ratto

es notorio el abatimiento psíquico sufrido por Elpidio González después del 6 de septiembre. El torcedor lo arrastró al misticismo, al extremo de clausura en el Cottolengo¹⁹².

Después de su caída, Yrigoyen insistía en preguntar:

Yo no sé por qué Elpidio no cumplió con las instrucciones impartidas respecto del Arsenal de Guerra¹⁹³.

Las elecciones de marzo de 1930 fueron una catástrofe para el radicalismo y la última advertencia para el régimen agonizante. El socialismo independiente, apoyado por toda la reacción, triunfa en la Capital Federal con más de 20.000 votos de ventaja. El yrigoyenismo, que en las elecciones de 1929 había obtenido sobre la oposición una ventaja de 302.326 votos, esta vez sólo supera a sus adversarios en todo el país por 9.429 sufragios. Lejos de esperar que el descrédito del gobierno permita derrotarlo en las urnas, este resultado estimula en los partidos oligárquicos la voluntad de derribar a Yrigoyen por la fuerza sin perder un minuto.

Las dos conjuraciones –la de Uriburu y la de los «fieles» de Yrigoyen– aceleran su marcha después de las elecciones. Se llega a hablar en los círculos áulicos de un:

Yrigoyenismo sin Yrigoyen¹⁹⁴.

Expresión que veremos reproducida treinta años más tarde aplicada al peronismo y a su jefe, probablemente con los mismos fines. Sólo en tales condiciones pudo triunfar un personaje tan grotesco como Uriburu.

Nacionalismo y oligarquía

Desde los comienzos mismos de la conspiración aparecieron las dos líneas fundamentales que constituyen la dualidad política de la Revolución de Septiembre. Una de ellas era la encabezada por el propio general Uriburu, escasa de adhesión civil y de apoyo militar. La otra, era la que personificaba el general Agustín P. Justo, antiguo ministro de Guerra de Alvear. Su influencia en el Ejército se derivaba de sus vinculaciones con la logia militar San Martín. Mediante su destemido antipersonalismo se acercó estrechamente a los partidos «democráticos». Como ciertas teorías corporativas frecuentaban el pensamiento político de Uriburu, lector ocasional de *La Carta del Lavoro* de Mussolini ¹⁹⁵, esto inspiraba serias reservas a los grupos «civilistas» del contubernio. El general Justo, nexa entre esos grupos y los oficiales antiyrigoyenistas, se resistía también a las quimeras uriburistas. Se demostró rápidamente que Uriburu no podría hacer avanzar un paso más allá su movimiento si no pactaba con los justistas. Esto queda detalladamente revelado en el libro del general Sarobe *Memoria sobre la revolución del 6 de septiembre de 1930* ¹⁹⁶.

Establecido un Estado Mayor revolucionario, se advirtió que el conflicto entre los generales Uriburu y Justo, se fundaba en la desinteligencia sobre el mantenimiento de la Ley Sáenz Peña sobre el carácter puramente militar que quería infundir Uriburu al movimiento, así como sobre la exclusión de los partidos políticos y la modificación de la Constitución y de las leyes fundamentales. Uriburu deseaba salvar el régimen oligárquico suprimiendo su superestructura política y jurídica tradicional, esto es, implantando una dictadura que fuese una aleación de los gobiernos de Primo de Rivera y Mussolini.

El general Justo, por su parte, temía que un régimen de esta naturaleza escapase a todo control y que los desatinos nacionalistas terminasen por afectar el status clásico del capital extranjero y los privilegios políticos del viejo orden. Deseaba mantener la Ley Sáenz Peña para violarla en comicios debidamente regulados; proponía la ficción jurídica de la democracia representativa y la exclusión del yrigoyenismo. Esa política era más practicable, más segura para el capital extranjero, más adecuada para los partidos del contubernio y fue la que finalmente

prevaleció. Si Uriburu encomendó al poeta Leopoldo Lugones la redacción del manifiesto revolucionario, la presión que los agentes de Justo en el Estado Mayor revolucionario ejercieron a través del teniente coronel Sarobe, terminó que el manifiesto de Lugones fuera corregido por el mismo Sarobe.

Por esos sinuosos caminos la Revolución de Septiembre fue el fruto mixto y monstruoso de dos tendencias íntimamente ligadas entre sí. el nacionalismo oligárquico y la oligarquía liberal. La hija de esos amores seniles en 1930 fue la presidencia del general Justo en 1932. Resulta de interés señalar que entre los miembros del Estado Mayor revolucionario de 1930 figuraban el teniente coronel Alvaro Alsogaray, el teniente coronel Pedro Pablo Ramírez, el teniente coronel Juan Bautista Molina; los mayores Emilio Ramírez y Angel Solari; los capitanes Juan Domingo Perón, Urbano de la Vega y Gregorio Tauber, así como el mayor Humberto Sosa Molina. Intervino asimismo el coronel Juan Pistarini. Entre los oficiales nombrados figuraban los que más tarde serían los principales protagonistas de la revolución militar del 4 de junio de 1943.

El capitán Juan Domingo Perón escribió luego, en enero de 1931, un trabajo titulado: *Lo que yo vi, de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre de 1930*¹⁹⁷. En dicho trabajo, que se dio a conocer por primera vez en 1957, Perón declara su aceptación para ingresar al movimiento contra Yrigoyen que le formula el mayor Solari: «Es necesario saber antes qué se proponen». Escribe Perón que concurrió a una reunión donde participaron varios oficiales y en la que el general Uriburu expuso los fines del movimiento.

Surgió allí misino, escribe Perón, la necesidad de hablar del general Justo, que todos reputábamos como el general de más prestigio en el Ejército, por su obra en el Ministerio de Guerra, en lo que no hubo discrepancias.

El joven capitán Juan Perón

Más adelante, en el mismo estudio, Perón formula una severa crítica a los preparativos militares de la conspiración, acusándolos de ineficaces e incompetentes. Uno de los puntos del plan consistía en apoderarse del presidente Yrigoyen en su domicilio mediante la utilización de uno de los grandes camiones del diario *La Prensa* en el que se introducirían 10 o 20 hombres decididos. Comenta Perón:

*¿Y todo para qué? ¿Acaso Yrigoyen valía tanto? ¿No se suponía que ni bien disparado el primer tiro huiría como lo había hecho otras veces?*¹⁹⁸.

Mucho iría a cambiar ese joven capitán para llegar a ser Perón, y no sólo en sus juicios sobre Yrigoyen. La torpeza de los conspiradores era indescriptible. A 30 días del 6 de septiembre no había en su conjunto más de 100 oficiales comprometidos en el movimiento.

*Nunca en mi vida, escribe Perón, veré una cosa más desorganizada, peor dirigida ni un caos tan espantoso como el que había producido entre su propia gente el comando revolucionario en los últimos días del mes de agosto de 1930. Parecía que más bien de simplificar las cosas, se trataba por todos los medios de confundirlas... Allí pude apreciar lo que será en la guerra, cuando el comando sea incapaz de llevar a la fuerza la sensación indispensable para el éxito*¹⁹⁹.

Perón pertenecía al pequeño grupo de los militares antiyrigoyenistas y se lamentaba de la desorganización que padecían estos últimos:

*Los antiyrigoyenistas que pensábamos en vencer a los otros, estábamos divididos en varias fracciones, caracterizadas por las ideas de los jefes que las dirigían*²⁰⁰.

Por lo demás, la resistencia de Uriburu a aceptar los planteos de Justo hacía vacilar a los militares que como Perón y Sarobe eran partidarios de una solución constitucional:

Todos pensábamos, dice Perón, que lo peor que podía hacerse era entronizar una dictadura militar que sería combatida en absoluto por la Nación entera. Los estudiantes habían recorrido las calles gritando 'dictaduras no' y habían declarado que resistirían a cualquier dictadura. Los órganos de la opinión se mostraban francamente contrarios a tal sistema de gobierno. Si la revolución se lanzaba a la calle en procura de una dictadura militar, caería en

*el vacío... De manera que la única salvación era el pueblo y muy especialmente los estudiantes, así como también la Legión de Mayo*²⁰¹.

Tal era la posición del general Justo. Finalmente Urriburu fue doblegado por el núcleo militar justista y aceptó las modificaciones en el manifiesto del 6 de septiembre, incluidas por la pluma del teniente coronel Sarobe. La conspiración contra el gobierno ya estaba definida.

El 31 de agosto la FUBA condena al gobierno. Al inaugurarse la exposición ganadera en la Sociedad Rural, el ministro de Agricultura, doctor Fleitas, es silbado por la concurrencia de ganaderos y damas mediante silbatos profusamente repartidos antes de la llegada del ministro. El doctor Fleitas se retira del acto. El 1º de septiembre los partidos de la oposición realizan un gran acto en el teatro Mitre de la Capital. Desmoralizado por la resistencia de Yrigoyen a otorgarle plenos poderes para deshacer la conspiración en marcha, el ministro de Guerra, general Dellepiane, renuncia a su cargo. Los estudiantes salen a la calle ese mismo día. Se producen choques sangrientos donde muere un empleado de banco llamado Juvencio Aguilar, al que la prensa designa como «estudiante». Frente a *Crítica*, la multitud aclama la revolución, que ya cuenta con su mártir.

Anarquistas, universitarios y patriotas

El movimiento obrero, la prensa anarquista y la socialista, los periódicos y organizaciones comunistas, habían disfrutado de una completa libertad de acción durante el período radical iniciado en 1916. En los talleres gráficos del diario cotidiano *La Protesta*, por ejemplo, se imprimía casi un periódico gremial por día. Había numerosas

revistas muy difundidas, empresas editoras de libros y folletos, ateneos, cuadros filodramáticos, centros de estudios sociales, bibliotecas, etcétera. A pesar del pluralismo, era una pujante manifestación de vida gremial y cultural surgida en y para el ambiente de las organizaciones obreras.

escribe el historiador anarquista Diego Abad de Santillán²⁰².

Pero si la CGT reformista apoyará a Uriburu poco después, los anarquistas demostraban una ceguera completa. El día 3 de septiembre, en vísperas del golpe uriburista, escribían:

*La reacción puede venir de dos partes: del yrigoyenismo y del antiyrigoyenismo. Para nosotros no hay ninguna ventaja en recibir los golpes del uno o del otro. Preparémonos, pues, contra todos, predicando al pueblo la abstención política y la concentración en la defensa de sus libertades y derechos*²⁰³.

Por supuesto, el uriburismo destruyó por completo, sin dejar rastros, las imprentas, diarios, editoriales y ateneos anarquistas. El anarquismo no se recuperó jamás del golpe mortal que le asestó el 6 de septiembre. Pero el «apoliticismo» demostrado con tan escaso sentido común en la Argentina, lo mudaron en España seis años más tarde, ingresando al gobierno del Frente Popular –incluido Santillán– y convirtiéndose en aliados primero y víctimas después del gobierno burgués†stalinista que ahogó la revolución ibérica. Cuando no estaba a la orden del día la revolución, sino las libertades democráticas amparadas por Yrigoyen, los anarquistas se declararon «neutrales»; y cuando no estaban a la orden del día las libertades democráticas, sino la revolución, como en España, los anarquistas se hicieron «políticos», para defender el orden republicano y sofocar la revolución. Durruti y sus amigos fueron la honrosa y heroica excepción, que pagaron con su vida.

El 5 de septiembre se da a conocer un manifiesto de la Juventud Universitaria Argentina en el que se lee:

*El gobierno radical ha terminado. El pueblo asume la función directriz en estos momentos de desorden y la juventud universitaria ocupa sin vacilar el sitio que le corresponde para cumplir su misión orientadora y reguladora*²⁰⁴.

El jefe de la Liga Patriótica, doctor Manuel Carlés, ardiendo de furor cívico, fija carteles en las calles céntricas de la ciudad donde exige:

Advertencia perentoria... Renuncie, señor; sea honrado como

*Rivadavia, que resignó el mando cuando le faltó, como a usted, la confianza de la República*²⁰⁵.

El diario *La Razón* escribe:

Nadie ignora que la Revolución, si no está como idea en todas las cabezas, está como tema en todos los labios.

El aventurerismo periodístico de *Crítica* raya a gran altura: «La situación del país es una bomba que no tardará en estallar», afirma en un título a toda página. En los balcones de *Crítica* resuenan las voces de Roberto Noble, Augusto Bunge, Raúl Uranga y Rodolfo Moreno. El 5 de septiembre Yrigoyen firma un decreto designando presidente de la Corte Suprema de Justicia al ex presidente Figueroa Alcorta. Este mismo probo magistrado reconocerá 48 horas después al gobierno de facto.

El mismo día 5 de septiembre, el decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, doctor Alfredo Palacios, socialista, dictaba una resolución:

*Asumir como propio el imperativo enunciado en forma indeclinable por la conciencia juvenil, de exigir la renuncia al presidente de la Nación, señor Hipólito Yrigoyen, y la inmediata restauración de los procedimientos democráticos, dentro de las normas constitucionales*²⁰⁶.

Palacios cumplía así una vez más, su papel de ala izquierda de la oligarquía o de ala nacional del socialismo cipayo, según los casos. Dicha norma será cumplida obstinadamente a lo largo de las décadas. Pidió la renuncia de Yrigoyen; después la renuncia de Perón y finalmente la renuncia de Frondizi. Resulta consolador que no haya pedido la renuncia del general Justo, ni la renuncia del presidente Ortiz, ni la renuncia del general Aramburu. Instinto de la oportunidad para pedir renuncias no le faltó nunca.

Por su parte, el rector de la Universidad de Buenos Aires, ingeniero Butty, muy vinculado al capital extranjero, suspendía las clases de la Universidad, poseído de intensa indignación moral. Se interrumpe la sesión del Concejo Deliberante en medio de un gran tumulto, pues uno de los concejales conservadores anuncia que

la revolución está «ad portas». En la tarde del 5 de septiembre se entrevistan en el despacho del presidente de la Cámara de Apelaciones, Mariano de Vedia y Mitre, los diputados contubernistas Rodolfo Moreno, Antonio Santamarina, Astrada y el senador Melo con el teniente coronel Descalzo, quien les informa del manifiesto revolucionario. A las 5 de la tarde delega el mando –enfermo– el presidente Yrigoyen. En sus últimas y desesperadas tentativas por comprometer jefes del Ejército, Uriburu se entrevista ese mismo día con el jefe del 8° de Caballería, teniente coronel Bosch, quien rehusa terminantemente incorporarse al movimiento revolucionario.

La gloriosa jornada y sus héroes

A las diez de la noche se decreta el estado de sitio en la Capital Federal. En esas horas febriles el gobierno de Yrigoyen es un fantasma. Pero la conspiración carece de toda base militar. El general Uriburu divaga: discute la formación del futuro gabinete revolucionario. Sólo el hundimiento total del radicalismo, la parálisis de sus centros de poder y de sus íntimos reflejos defensivos permitieron que las alucinaciones del general pudieran convertirse en realidad al día siguiente.

El doctor Juan E. Carulla, conspirador del ala nacionalista, sugiere al general Uriburu el nombre del contraalmirante Hermelo como candidato a ocupar la Jefatura de Policía de la Capital Federal. Este rudo marino, de grandes bigotazos caídos, ardía en deseos de aplastar a la chusma.

¡Me parece bien la 'foca'! –dice Uriburu–. Es el hombre capaz de meter en vereda a la canalla y de gobernar paternalmente a la Capital –agrega dulcemente²⁰⁷.

En la madrugada del 6 de septiembre, en su refugio de la calle Juncal, recostado en su lecho, Uriburu dialogaba con el teniente coronel Kinkelín.

Recuerdo que sentado en la orilla de la cama –dirá luego Kinkelín– fundado en la amistad que nos ligaba, me permitió decirle: Creo, mi general, que usted debe designar para que lo secunden en su gobierno revolucionario a ocho militares, coroneles o tenientes coroneles. Así, cuando usted llame a un acuerdo de gabinete, que

*tendrá en esas circunstancias la fuerza para dictar la suprema ley de la Nación, escucharía ruidos secos de dieciséis espuelas al cuadrarse ante el jefe, exclamando al unísono: ¡Ordene, mi general!*²⁰⁸.

Tal era el inconfundible estilo operístico que distinguirá en todas sus fases al motín del 6 de septiembre.

Añade Kinkelín:

*Un hombre de las energías y del valor moral y personal de Uriburu, secundado por ocho soldados, les hubiera vuelto a los ambiciosos impacientes la oración por pasiva, para asegurar el triunfo de los fines de la revolución en su segunda etapa*²⁰⁹.

Al despedirse de Sarobe en una de sus múltiples entrevistas conspirativas, Uriburu le dijo en una oportunidad:

Es necesario que los oficiales tengan confianza en la sinceridad de mis intenciones. No tengo ninguna ambición. Sólo tengo una aspiración muy elevada: la de la gloria, la de la estatua.

¡Y los nacionalistas de *La Fronda* no habían hecho sino reírse de la prosa de Yrigoyen!

Al insigne matamoros lo rodeaban personajes reaccionarios dignos de tal jefe. Entre otros, el doctor José María Rosa, fundador de la Defensa Social Argentina, de la Acción Nacionalista y del Nacionalismo Laborista; el doctor Juan P. Ramos, profesor universitario; el poeta Leopoldo Lugones, el Dr. Matías Sánchez Sorondo y el Dr. Alberto Viñas fundador de la Legión de Mayo. Vinculados a Justo figuraban los jefes políticos del antipersonalismo, del Partido Conservador y del Socialismo Independiente, así como los pronombres de la judicatura, el periodismo y la universidad oligárquica. Organizados en grupos de civiles que se dirigen a Campo de Mayo, los conspiradores llegan en auto cuando amanece el 6 de septiembre. Al realizarse una reunión en el Colegio Militar, el jefe del instituto, coronel Reynolds, apoya la revolución. Pero sus oficiales rehusan participar en el movimiento. Todos los intentos para arrastrar otras unidades del Ejército a la revolución fracasan. Se pone en marcha el Colegio Militar, acompañado de pequeños grupos civiles. Los muy jóvenes cadetes del Colegio

son, en realidad, los únicos soldados de la revolución uriburista. Sobrevuelan la ciudad algunos aviones. A las 10.25 de la mañana se pliegan 2 escuadrones de Caballería de Campo de Mayo. En el interior, se subleva la base aérea de Paraná y a las 2.15 de la tarde se subleva el Regimiento de Granaderos a Caballo. La Marina, aunque con escasas fuerzas, se pliega al movimiento. En las primeras horas de la tarde llegan a la Casa de Gobierno los generales Uriburu y Justo.

Yrigoyen, agotado y febril, se dirigió a la Plata para organizar la represión al motín de Uriburu. Pero ya había sido traicionado por el vicepresidente Martínez y Elpidio González. Al llegar a la Casa de Gobierno de La Plata, mandó llamar al jefe del regimiento 7 de Infantería de esa ciudad. Pero éste ya se había subordinado a Uriburu y exigió la renuncia de Yrigoyen.

El vicepresidente Martínez rehusó renunciar ante el pedido de Uriburu, pues se le había dicho antes que la revolución se dirigía contra Yrigoyen y que él asumiría la presidencia. Se considera engañado y se niega a dimitir. Es persuadido por varios testigos, entre ellos, el presidente de la Unión Industrial Argentina, Luis Colombo, que es quien redacta personalmente la renuncia de Martínez y la entrega a Uriburu²⁰⁹.

Yrigoyen llega al cuartel del 7^a de Infantería en La Plata y suscribe su renuncia ante el jefe de la unidad. Todo ha terminado, La Nación describía con su miel característica la marcha militar hacia Plaza de Mayo:

Los cadetes solían venir sentados en los automóviles particulares y los ciudadanos encaramados en las cureñas del Ejército... Todos hablaban al paso y cambiaban impresiones y frases de aliento, como viejos amigos, en la comunidad espiritual de la hora. Un hombre anciano, de decorativa barba blanca, palmeaba los torsos varoniles con aprobación paternal, y se recortaba, entre la columna juvenil y la muchedumbre informe con la augusta majestad del tiempo. Junto al rostro grave del soldado y al uniforme de rústica tela, solía verse despuntar una cara fina de mujer, emergiendo de un cuello de pieles... De un extremo a otro, la atmósfera de Callao tenía la sonoridad de un clarín y se coloreaba de trecho a trecho, con las flores que caían de los balcones, como un adorno del aire²¹⁰.

La citada crónica tiene su valor, si se deja a un lado el estilo melifluo. Describía a una clase, la de Callao para arriba, la clase de las flores, las pieles

y los automóviles particulares. Antes que una crónica, es una diagnosis sociológica, un film de los sentimientos de nuestra pseudo aristocracia. A su vez *La Prensa*, con su reseca prosa comercial de aviso clasificado, tan opuesto al floripondio mitrista, condenaba al caudillo:

*Nunca antes en la Argentina un gobernante quiso mostrarse y se mostró más prepotente, más omnisciente, ni llegó a dejar mayor constancia de su incapacidad de actuar, respetar y ser respetado. El epílogo que resume toda la acción de un gobierno de prepotencia, está aquí, en este fragor de armas que produce gran dolor y a la vez hace germinar grandes esperanzas en el espíritu y el corazón de este pueblo*²¹¹.

Oprobio sobre el vencido

Así despedía la truhanería periodística de alto bordo al gobierno popular elegido libremente por el pueblo en 1928. Los socialistas de Repetto se apresuraron a adular al inaudito vencedor sin sospechar que muy poco tiempo después irían a dar con sus huesos a la Penitenciaría Nacional.

*No hemos negado nunca, decía Repetto, en La Vanguardia, ni siquiera discutido la pureza de los móviles que indujeron al general Uriburu a alzarse en armas contra el gobierno legal de la República; tampoco desconocemos la buena voluntad que ha puesto en todos sus actos para salir airoso de la difícil empresa que ha asumido*²¹².

En el Círculo de Armas se realizaba en esos días un banquete. El doctor Julio A. Roca decía en un discurso:

*Hoy he vivido uno de los momentos más emocionantes de mi vida, solo, en un profundo recogimiento, frente al espectro de mis mayores, que parecían vindicarse del caudillo oscuro que les infirió el agravio de su barbarie*²¹³.

El gobernador radical antipersonalista de Entre Ríos, Eduardo Laurencena, telegrafiaba al general Uriburu: «Ha librado usted al país de un gobierno desastroso». Y el 8 de septiembre, el nuevo ministro del Interior, doctor Matías Sánchez Sorondo, símbolo del período del sable, dirigía una arrogante alocución a la multitud:

Una horda, un hampa, había acampado en las esferas oficiales implantando en ellas sus tiendas de mercaderes, comprando y vendiéndolo todo, desde lo más sagrado hasta el honor de la Patria... la época yrigoyenista ha pasado ya –vomitada por el pueblo–, al ghetto de la historia²¹⁴.

Los diarios del día 7 informaban: «Serán puestos en comisión todos los magistrados judiciales». La Corte Suprema aún no había reconocido al gobierno provisional: esta noticia era una amenaza directa a su estabilidad. El gobierno provisional conminó a la Corte a reconocerlo en el acto: los sobrios varones del más alto tribunal de justicia se apresuraron a firmar con mano temblorosa una acordada por la cual reconocían al gobierno de facto: firmaron el presidente Figueroa Alcorta, y los doctores Repetto, Guido, Lavalle y Sagarna, lo mismo que los secretarios y el procurador general. Si no se salvaban las libertades individuales, si se entregaba el patrimonio nacional a la voracidad de las empresas extranjeras, por lo menos esa acordada garantizaba a la Corte su propia existencia que resultaba ser para la Corte sin duda algo precioso.

El 10 de septiembre el director del diario *New York Times* hablaba por teléfono con el general Uriburu indicándole:

que el pueblo americano había sentido la sensación de frialdad con que el señor Yrigoyen encaraba las relaciones entre ambas naciones²¹⁵.

Un editorial del diario *The Sun*, de Nueva York, en la misma fecha, afirmaba que:

los capitales norteamericanos que han plantado fuertes jalones en la Argentina están naturalmente interesados en el desarrollo de la actual situación... Por eso los banqueros norteamericanos, británicos y argentinos convinieron en ofrecer fondos al gobierno

*provisional para cubrir sus necesidades inmediatas, atestiguando su confianza en la estabilidad del nuevo gobierno*²¹⁶.

Al día siguiente, Gran Bretaña y Estados Unidos reconocían al gobierno de facto. Mister Edward F. Smith, presidente de la Compañía Swift Internacional de Nueva York, expresaba:

*La declaración del presidente Uriburu en el sentido de que tratará de hacer más armoniosas las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos, ha producido la más sincera satisfacción entre los funcionarios de la Compañía Swift Internacional pues coinciden con los anhelos propios*²¹⁷.

El diario *La Journée Industrielle*, de París, opinaba que

*estas revoluciones provienen de las costumbres heredadas de los españoles en sus antiguas colonias, de la tradición siempre autoritaria de los virreyes, y de sus hábitos administrativos que continuaron bajo el régimen republicano... Yrigoyen debe su caída en gran parte a su desconocimiento absoluto de los factores económicos*²¹⁸.

En el momento mismo de constituirse, el gobierno provisional se veía agradablemente sorprendido por el ofrecimiento de 100 millones de pesos de un grupo de banqueros de la plaza de Buenos Aires, con el objeto de solucionar los problemas inmediatos que aquejaban al gobierno²¹⁹. El nuevo ministro de Hacienda, doctor Enrique Pérez, ofrecía una conferencia de prensa el 14 de octubre. Anunciaba en ella la necesidad de reducir los sueldos y el número de empleados administrativos del Estado si las primeras medidas no fuesen suficientes para atenuar el déficit. Se preparaban así cesantías en masa de empleados radicales.

La breve gestión de Uriburu constituyó una verdadera calamidad nacional. Aumentó el número de miembros de las Fuerzas Armadas a 50.000 hombres. En cambio, dejó cesantes a 20.000 empleados de la administración nacional central, 3.500 de los Ferrocarriles del Estado y 15.000 del Consejo Nacional de Educación²²⁰.

Alvear e Yrigoyen

El periodista argentino Edmundo Guibourg transmitía desde París—y publicaba en *Crítica*— declaraciones que le había formulado el ex presidente Alvear en Francia:

Yrigoyen ha jugado con el país. Socavó su propia estatua y deshizo el partido radical, lo que explica que los enemigos más encarnizados del jefe inepto, sean los radicales... Yrigoyen no respetó ni las leyes ni a los hombres. Humilló a sus propios colaboradores inmediatos, los ministros. Cuando no se respeta a los otros, se pierde el derecho al respeto ajeno.

Si Yrigoyen obtuvo el plebiscito, lo fue porque mi gobierno pacífico consolidó la reputación del radicalismo, pero repitió en la historia el caso del presidente yankee Johnson, quien hizo de su segunda presidencia un asalto sin control... A mí mismo no quiso dejarme gobernar y conspiró contra mí al día siguiente de asumir yo el mando. Si fue neutral durante la guerra, fue porque para ser neutral no había que hacer nada y ser beligerante exigía una determinación. Hasta para su renuncia puso dilación. Como organizador y director de revoluciones, fracasó siempre, y la primera revolución que se lleva contra él, lo derriba y lo arrasa²²¹.

El discípulo dilecto del caudillo aplaudía la revolución restauradora. Yrigoyen, por su parte, deprimido y enfermo, asaltada su casa por las turbas oligárquicas, quemado su archivo y abandonado por sus amigos, era detenido por el gobierno de la Uriburu y enviado a la isla Martín García. Se lo somete a proceso, acusado de toda clase de delitos. Yrigoyen no encuentra abogado:

Hombres que debían todo a Yrigoyen se excusaron con fútiles pretextos. Un ex senador radical por Santa Fe, el doctor Armando G. Antille, enterado de esta situación, ofrece hacerse cargo del patrocinio de Yrigoyen: el ex presidente acepta y Rodríguez Yrigoyen le escribe agradeciendo su actitud, que ponía término —decía— ‘a mi gestión por hallar un defensor en esta hora de olvido y de ingratitud²²².

Una marea de escándalo, de acusaciones y de persecución cubre toda la prensa. Se anuncian investigaciones a supuestos delitos en la Dirección de Correos y Telégrafos, Ferrocarriles del Estado, Aduana de la Capital, Lotería de Beneficencia. Se acusa al ex ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor Horacio B. Oyhanarte, de haber defraudado fondos públicos. Los dirigentes del radicalismo, con su caudillo a la cabeza, acusados de delincuentes públicos, son perseguidos, detenidos, o infamados. El 12 de septiembre se da a conocer un manifiesto del Partido Socialista:

La Nación ha vivido en una dolorosa realidad desde 1916 hasta estos recientes días de septiembre de 1930. Tenemos perfecta autoridad para decir en esta recapitulación que ya pertenece a la historia, que el gobierno de Unión Cívica Radical significó para la República un castigo superior al error sincero del pueblo que lo exaltó. El pueblo ha sido criminalmente defraudado en todas sus esperanzas. La confianza depositada por la Nación en el partido triunfante ha sido aplicada como un mandato en blanco para todas las transgresiones²²³.

El manifiesto continuaba en el mismo tono, desplazándose por las más altas regiones de la ética política. Con esta homilía, al parecer, quedaba cerrada la historia del radicalismo, sancionado moralmente su jefe e instaurado al fin el gobierno de los hombres probos.

Los negociados del uriburismo

El mismo día 6 de septiembre Urriburu designaba vicepresidente a don Enrique Santamarina; Ministro del Interior al doctor Matías G. Sánchez Sorondo; Ministro de Relaciones Exteriores al doctor Ernesto Bosch; Ministro de Hacienda al doctor Enrique S. Pérez, su subsecretario era Raúl Prebisch, el de la larga fama; Ministro de Justicia e Instrucción Pública al doctor Padilla; Ministro de Guerra al general Francisco Medina; Ministro de Marina al contraalmirante Abel Renard; Ministro de Obras Públicas al ingeniero Octavio S. Pico; Ministro de Agricultura al doctor Horacio Beccar Varela. Secretario de la Junta Revolucionaria sería designado el extravagante teniente coronel Emilio Kinkelín, escapado de la picaresca de Flandes. Un historiador nacionalista juzga al gabinete:

El ministerio intelectual y socialmente no puede ser mejor pero llama la atención que tres de los ocho ministros estén vinculados a las compañías extranjeras de petróleo y todos, salvo dos o tres, a diversas empresas capitalistas europeas y yanquis. Los primeros actos del gobierno de Uriburu no dejan duda de que la revolución será, si no lo es ya, una restauración del régimen²²⁴.

De los 8 ministros de Uriburu, además cuatro pertenecían a la Sociedad Rural Argentina, la corporación de los grandes terratenientes e invernadores. Hecho significativo, dos años antes, en el gabinete de Hipólito Yrigoyen, sólo uno de los ministros era socio de la Rural ²²⁵.

Con respecto al nuevo vicepresidente, relata el ex diputado nacional Olegario Becerra:

El día 29 de agosto (1930), el señor Enrique Santamarina formula una solicitud de préstamo al First National Bank, cuyo principal accionista era la Standard Oil, de \$600.000, equivalente a casi 10 millones de pesos de hoy; a pesar de que no es cliente del banco, y de que tiene un patrimonio, en quebranto por la crisis del 29. La solicitud es despachada el mismo día; el mismo día se le acredita la suma en su cuenta corriente, y el mismo día gira sobre los \$600.000. Y el 6 de septiembre el señor Enrique Santamarina es el vicepresidente de Uriburu. A los seis meses muere, y los herederos se presentan al banco solicitando la condonación de la deuda, porque no tenían medios suficientes, según confesaron, para abonarla. La consulta fue a Boston y la deuda fue cancelada²²⁶.

Desde el primer día, la ruptura con la política yrigoyenista es tajante. Uriburu se envanece ante mister Nelson J. Rilley, jefe de los servicios de Associated Press en Buenos Aires, de la tendencia al alza que manifiestan los valores argentinos en las plazas financieras del extranjero:

El alza del peso argentino y la evidencia general de la mejora de la situación convencen al Presidente de la confianza que se siente en el gobierno provisional por el capital externo e interno²²⁷.

Los teóricos oligárquicos de la virtud republicana no pierden tiempo. El escritor radical Félix Luna en su biografía de Yrigoyen señala que a los pocos días de instaurarse el gobierno de facto

*el Presidente, su hijo, su secretario y otras personas constituyen una sociedad para obtener representaciones industriales y gestionar operaciones comerciales, entre ellas, la tramitación de créditos del Banco Hipotecario Nacional, dependiente del Presidente de la Nación como jefe supremo de la administración, y cuyo presidente era uno de los integrantes de la sociedad*²²⁸.

Barrido el «Peludo» con su chusma, los moralistas de la oligarquía podían dedicarse a cosas prácticas. La sociedad aludida por el autor mencionado intervendría luego en los negociados de la yerba mate y del precio de la nafta. El ministro del Interior del gobierno provisional presidía una empresa de comunicaciones cablegráficas que desde hacía meses gestionaba inútilmente una concesión por el gobierno. Pocos días después de caer Yrigoyen la concesión era otorgada rápidamente y revendida luego a un monopolio norteamericano²²⁹.

*Un muy cercano familiar del Presidente Provisional defendía a los proxenetas de la Migdal, cotizando su regreso al país.. El mismo familiar se hacía nombrar abogado de una empresa ferroviaria que tenía en trámite una concesión a aprobar por el gobierno de facto*²³⁰.

Ante la sorpresa y la consternación de la pequeña burguesía universitaria, que había aplaudido la caída de Yrigoyen, el general Uriburu dicta un bando declarando la ley marcial y el estado de sitio. Algunos delincuentes de orden común y ciertos militantes anarquistas son fusilados, entre ellos Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó. Mientras, el gobierno amparaba los negociados más gigantescos, cubría de infamia a los representantes de las mayorías argentinas y castigaba severamente los pequeños robos. José Carlos Mondini, de 40 años de edad, fue acusado de robar una billetera con \$70 a un vecino en un tranvía. Fue fusilado inmediatamente.

De esta manera la moralidad pública quedaba a salvo. Fue quizá por tales garantías que los dirigentes ferroviarios concurren a la Casa Rosada a ofrecer su apoyo y su cooperación al general Uriburu²³¹. Por su parte, la CGT, fruto de la fusión de los sindicalistas y de los socialistas, daba a conocer un manifiesto:

La CGT órgano representativo de las fuerzas sanas del país, convencida de la obra de renovación administrativa del gobierno provisional, y dispuesta a apoyarla como está en su acción institucional y social... convencida esta confederación de que el gobierno provisional no mantiene en vigencia la ley marcial sino para asegurar la tranquilidad pública... los actos de los sindicatos no han sido molestados..No se conoce el caso de militantes ni miembros de los cuerpos centrales de la CGT que hayan sido detenidos ni perseguidos en virtud de la acción sindical....²³².

La CGT socialista y sindicalista cumplía así con los dictados del partido de Juan B. Justo. A este respecto, Jacinto Oddone, uno de los venerables gremialistas del Partido Socialista, omite toda referencia al enojoso episodio en su *Historia del movimiento obrero*²³³. Se explica este pudor historiográfico. Pero mientras la CGT aprobaba solemnemente la política de Uriburu, una ola de feroz represión se abatía sobre el movimiento obrero. Más de 300 deportados destinados a España y a Italia desembarcan en el Uruguay. La picana eléctrica hace su aparición. Centenares de militantes se hacinan en Villa Devoto, en Martín García o en Ushuaia, adonde los lleva el transporte «Chaco». Muy pronto les harán compañía otros centenares de afiliados radicales.

El diario anarquista *La Protesta* es clausurado y encarcelados sus redactores y administradores. Los estudiantes universitarios que habían constituido la masa de maniobra fundamental para crear el clima político adverso a Yrigoyen, advierten tardíamente la trampa. Treinta años más tarde, algunos estudiantes que examinan los acontecimientos del 6 de septiembre, todavía viven en la confusión. Véase un juicio escrito por los dirigentes reformistas en 1962:

También el Partido Socialista Independiente –desmembramiento del ‘viejo y glorioso’ Partido Socialista– está en auge, y desde él muchos universitarios talentosos critican el marasmo oficial, y su creciente vocación por la violencia. La Unión Cívica Radical ha derivado en el matonismo, en el terrorismo, en la descomposición. Los estudiantes reformistas, hasta la víspera vapuleados por el ‘Klan radical’ y por la policía yrigoyenista, ven con regocijo la caída²³⁴.

Había subido al gobierno el más notorio elenco antirreformista. Los efectos no se hicieron esperar. En el manifiesto revolucionario se anunciaba ya la necesidad

de poner fin a «la anarquía universitaria». Dos días después de haber pedido la renuncia al presidente Yrigoyen y respondiendo a su vieja vocación teatral, Alfredo Palacios dictaba otra resolución el 7 de septiembre condenando a la

*Junta de Gobierno impuesta por el Ejército*²³⁵.

El pintoresco decano de Derecho, con su sombrero negro de grandes alas, sus bigotes exageradamente oscuros, enhiestos como D'Artagnan, su severo traje también de riguroso luto y su poncho criollo, donjuanesco y oratorio, se declaraba cándidamente engañado:

*El pueblo creyó que consistía sólo en la entrega de las funciones de gobierno a las autoridades constitucionales*²³⁶.

Palacios y la FUA habían contribuido a voltear al gobierno popular, patrocinador de la Reforma Universitaria, para indignarse luego de que la dictadura oligárquica suprimiese la Reforma. No se trataba de un error: Palacios demostraría en los 30 años siguientes su antagonismo con todas las causas nacionales y populares.

La amarga sorpresa del 5 de abril

Desde los comienzos de la conspiración, las ilusiones corporativistas de Uriburu se habían enfrentado con la oposición de Justo y de los partidos oligárquicos. La presión del antiguo sistema para una salida «constitucional», doblega al viejo general. Si no puede reformar la Constitución y erigir el Estado corporativo sobre las ruinas del Estado liberal, al menos pondrá el poder en manos de los hombres de orden. Supone que el radicalismo está aniquilado. El desprestigio que parece agobiar a los vencidos es agigantado por la prensa paquidérmica. Esto induce a los hombres del gobierno provisional a la funesta creencia de una victoria conservadora en elecciones libres.

Con el Ministerio del Interior en manos de Sánchez Sorondo, con las fuerzas contubernistas gozando de la embriaguez de la victoria revolucionaria, con el apoyo masivo de la prensa, ¿cómo dudar del triunfo? La turba yrigoyenista está dispersa,

su jefe en Martín García, acusado de fraude al fisco; sus dirigentes, desgarrados por su luchas intestinas o acusados de delitos comunes.

¡El país entero desprecia a los radicales! ¿Qué mejor solución sino hacer una prueba definitiva en el primer estado argentino, en la provincia de Buenos Aires, para demostrar a toda la República la extinción mortal de los turiferarios del caudillo? Uriburu se decide. Convoca a elecciones de gobernador y vicegobernador de la provincia de Buenos Aires para el 5 de abril de 1931. Al parecer, todo contribuye a desorientar al radicalismo: en febrero se descubre una conspiración organizada por el ex inspector general del Ejército, general Severo Toranzo. Sus participantes son conducidos a prisiones, torturados y horriblemente vejados.

Apenas queda tiempo para organizar la campaña en la provincia. En pocas semanas, no obstante, el radicalismo se reorganiza y se lanza a los comicios. El 5 de abril el bastión clásico de Yrigoyen —«las comunas y las chacras bonaerenses»— arrojaban 218.000 votos radicales contra 187.000 conservadores y 47.000 votos socialistas. El gobierno de Uriburu queda anonadado de estupor. El radicalismo había resultado no sólo indigerible sino también insumergible.

Recluido en la isla, aislado de su disperso partido, enfermo y agotado, Hipólito Yrigoyen había penetrado con perfecta lucidez el desenlace de los comicios del 5 de abril. En tanto la opinión pública y los grandes diarios, los cotorreos periodísticos y los personajes «bien informados» daban por seguro en la ciudad de Buenos Aires el triunfo arrollador del conservadorismo, Yrigoyen discutía con su médico en Martín García. Le demostraba al galeno incrédulo, analizando las fuerzas respectivas de cada uno de los 110 partidos de la provincia de Buenos Aires, por cuántos votos triunfaría el radicalismo. Delirios del viejo, debía pensar el médico. «La Unión Cívica Radical triunfará por 30.000 votos», le dice Yrigoyen. Triunfó por 31.000^{236 bis}.

El ministro del Interior, Sánchez Sorondo, instigador de las torturas a los detenidos radicales en la Penitenciaría, ejecutadas sádicamente por el comisario de Investigaciones, Leopoldo Lugones (h), se vio obligado a renunciar, por la exigencia del Ejército y la Armada²³⁷. El plan electoral del ministro se había hundido irremisiblemente. En la cabeza del heroico general bullían mil ideas contradictorias. Había formulado en inquietantes discursos la teoría de un Estado corporativo, nacida de su aversión a los partidos políticos y a la demagogia multitudinaria. Los jóvenes nacionalistas de *La Nueva República* habían terminado por enloquecer al pobre general, ya turbado por el militarismo alucinatorio de Lugones.

El poeta se hacía eco de la glorificación universal de la fuerza en los años del 30 y resumaba marcialidad de los pies a la cabeza. Tomaba su aperitivo todas las

tardes en el Círculo Militar, ostentaba con orgullo infantil su grado de capitán de la Guardia Nacional y desentumecía las rodillas practicando furiosamente el florete en la pedana del Círculo de Armas²³⁸. Y mientras las voces seductoras del destino derrumban palabras cautivantes en su oído de militar afortunado, Uriburu se resistía a admitir que ya estaba atrapado por Justo.

Todo el país había rechazado sus proclamas favoreciendo la construcción del Estado vertical: el radicalismo popular de un lado y los partidos políticos del contubernio, por el otro, que veían escapársele el poder de sus manos. El general Justo trabajaba a los oficiales adictos y amenazaba a Uriburu con otra revolución si el Presidente del gobierno provisional no orientaba su política hacia una convocatoria rápida a elecciones. ¿Y si Lisandro? ¿Y si un antipersonalista decente fuera posible? ¿No quedará más remedio que ese general Justo?

Uriburu percibía que las opiniones totalitarias de su pariente Carlos Ibarguren, interventor en Córdoba, o las insignificantes huestes de la Legión de Mayo o la Legión Cívica que había patrocinado, eran materiales para edificar el Estado virtuoso por él concebido. Por lo demás, Lisandro de la Torre, que con el Partido Demócrata Progresista había saludado las etapas iniciales de la revolución del 6 de septiembre, se mostraba cada día más remiso a apoyar públicamente al general. Uriburu había cultivado con De la Torre una amistad de 40 años «sin una nube»²³⁹. Poco tiempo antes, en febrero de 1931, conversando con De la Torre, Bordabehere y Antelo, el impetuoso general se había puesto de pie en su despacho y señalando hacia el balcón de la Plaza de Mayo exclamó:

*Nadie me podrá impedir cuando se aproximen las elecciones, que yo salga a este balcón y le diga al pueblo en voz bien alta: voy a votar por Lisandro de la Torre*²⁴⁰.

Pero, el líder de Santa Fe, si rechazaba el Estado fascista propuesto por Uriburu, tampoco podía aceptar ser candidato oficial en una elección fraudulenta. Su liberalismo se fundaba en los chacareros de la pampa gringa, en el comercio rosarino y en los ganaderos menores del Litoral. Era incompatible con una salida delictuosa como la que aceptaron alegremente luego el general Justo y los conservadores vacunos de la provincia de Buenos Aires.

La poderosa familia Bemberg, vinculada al capital imperialista franco británico, a la cerveza y a la banca, tenía su hombre en el nuevo gobierno Luis Bemberg era ministro «argentino» en París: su idioma nativo, como era de esperar, era el francés. Ofreció una recepción a la «colonia argentina» a la que concurrió Marcelo de Alvear. El estupendo snob Aldao nos cuenta en su diario:

Hablé con Marcelo T de Alvear, muy afable conmigo. Estima necesario conservar el partido radical a fin de impedir que la masa engrose las filas del Partido Socialista, en cuyo caso, dentro de dos o tres períodos presidenciales, tendríamos un gobierno rojo... Martes 29 de septiembre Escribe J.: Seguimos muy satisfechos con el nuevo gobierno; es una alegría general; pero se temen las dificultades que pueden sobrevenir, en las elecciones, de los partidos peligrosos.

La caída de Yrigoyen es registrada en los siguientes términos por el diario íntimo del snob:

Los diarios traen la ‘sensacional’ novedad de que ha triunfado en Buenos Aires una revolución ‘encabezada por Pepe Urriburu’, como oigo después expresarse a sus amigos. Yrigoyen y Martínez han ‘renunciado’, buen eufemismo ‘Peludo fini’, se titula un artículo casi necrológico del ‘Journal des Débats’.

Al referirse a la situación de Yrigoyen en manos de la Marina, el snob escribe:

Los marinos tienen al Peludo ‘para la chacota’. Viéndole de cerca han reparado en la falta de preparación y aun en la incapacidad del ex presidente. No se explican cómo ha podido ofuscar al país, engatusar a sus amigos y correligionarios capaces de discernir. Se le retendrá a bordo hasta que se pudra o al menos se comprometa a expatriarse mientras no haya gobierno constitucional²⁴¹.

Al producirse la catástrofe del 5 de abril, una profunda crisis conmovió al gobierno provisional. El nuevo ministro del Interior fue el ingeniero Octavio Pico, hombre del general Justo. La imposibilidad de imponer una República corporativa enfureció por momentos al bravo Urriburu. Insistía en conversaciones privadas que reformaría la Constitución:

70.000 legionarios desfilarán por delante del Congreso, decía a Lisandro de la Torre, y le enseñarán lo que debe hacer,

*y si rechaza la reforma, demostraré que si hice una revolución de abajo, soy capaz de hacer una revolución de arriba*²⁴².

El rechazo de los conservadores y de la pandilla justista a estos proyectos lo desconcertaba y le hacía perder la cabeza, en lo que no arriesgaba mucho: «Prefiero concluir como un tirano antes que como un sonso», había farfullado torpemente en Tucumán, ante el asombro unánime²⁴³. Pero eran puras bravatas. El general Justo se apoderó firmemente del gobierno político de su gabinete. A través de los mandos militares exigió una convocatoria inmediata a elecciones, y la anulación de los comicios del 5 de abril en Buenos Aires. Atrevido en las palabras y débil en los hechos, Uriburu se resignó a abrir el camino a su detestado compadre.

La proscripción del radicalismo

Después de afirmar malignamente desde París, al día siguiente del derrocamiento de Yrigoyen, que «gobernar no es pagar», el discípulo infiel había abandonado su vida muelle en Francia y regresado a la Argentina. Yrigoyen, desde la isla, había dado su fórmula: «Hay que rodear a Marcelo». Se produce un reagrupamiento general del radicalismo bajo la sugestión de Yrigoyen, y los antipersonalistas no comprometidos ya con la candidatura naciente del general Justo, lo mismo que los yrigoyenistas, se agrupan alrededor de la llamada Junta del City, por el nombre del hotel donde residía Alvear.

La reorganización del radicalismo se hace bajo la presidencia de Alvear y con el apoyo distante de Yrigoyen. El caudillo pensaba soslayar de este modo el antagonismo entre Uriburu y las fuerzas populares a través de Alvear, quien concurrió a la Casa de Gobierno a saludar a su antiguo amigo. Sin embargo, los acontecimientos habían avanzado demasiado.

Al suprimir la victoria radical del 5 de abril, el gobierno provisional convocó a elecciones nacionales para el 8 de noviembre de 1931. Pero al pretextar la complicación de las autoridades del radicalismo con la revolución de Corrientes y proscribir los nombres de Alvear y de Güemes como candidatos del radicalismo, Uriburu Justo asestaban su golpe más audaz. Aunque Alvear declina inmediatamente su candidatura para dejar al partido en libertad de elegir otro nombre más grato a Uriburu, la convención del radicalismo rechaza su renuncia y proclama la abstención

en los comicios del 8 de noviembre. Alvear se pliega a este juicio y se convierte en el más denodado intransigente que había conocido el partido. Cosa curiosa, ni antes ni después de esos acontecimientos, Alvear demostraría el mismo criterio abstencionista.

Yrigoyen sostenía desde Martín García un punto de vista totalmente diferente. El caudillo juzgaba imperioso elegir un nombre cualquiera de algún radical, «personalista» o «antipersonalista», que no despertara resistencias en Urriburu, para lanzar al partido a los comicios y triunfar en ellos. Al difundirse la versión de que el doctor Vicente Gallo, conocido antipersonalista, vinculado al radicalismo unificado en la Junta del City, realizaba gestiones privadas ante Urriburu para obtener la aquiescencia de su propia candidatura a la presidencia, Yrigoyen apoyó la idea:

*Con gallos o con gallinas, hay que ir a la elección*²⁴⁴.

Yrigoyen concurrentista y Alvear abstencionista

La abstención en esas circunstancias sólo facilitaría el triunfo de las fuerzas conservadoras más reaccionarias. El teniente coronel Cattáneo dirá luego:

*Yrigoyen aconsejaba que se permitiera llegar a cualquiera al gobierno. La cuestión era impedir el encumbramiento del conservadorismo reaccionario*²⁴⁵.

En el pensamiento y la práctica política de 40 años de lucha yrigoyenista, la abstención equivalía a la preparación de la revolución. Concurrentia y revolución eran tan incompatibles como abstención sin movimiento revolucionario. De ahí que resulte perfectamente claro el significado de la abstención alvearista de 1931: en ese momento crítico, Alvear proclama la abstención, rehusándose al mismo tiempo a organizar un movimiento subversivo. Despojaba así al radicalismo de sus dos armas más temibles y lo entregaba maniatado al puño del general Justo.

Medio siglo después se advierte claramente que el nombre de Alvear era tan antipersonalista como el de Gallo y que no constituía ninguna garantía para los fines nacionales del radicalismo. Al aconsejar el apoyo a la candidatura de Gallo o cualquier otra que fuese satisfactoria para Urriburu, Yrigoyen demostraba, una vez más, su notable lucidez política.

Pero las fuerzas oligárquicas que trabajaban en el seno del propio radicalismo, y el estado físico del anciano caudillo impidieron que prevaleciese esta vez su acertado juicio. Al abstenerse el radicalismo, se produce un ordenamiento político alrededor del nombre del general Justo, al que concurren conservadores, radicales antipersonalistas inspirados por Leopoldo Melo y socialistas independientes acaudillados por Antonio De Tomaso y Federico Pinedo. Formarse así lo que habrá de llamarse la «concordancia».

A título de «Oposición de Su Majestad», se constituye una fórmula nacida de una alianza entre los partidos Demócrata Progresista de Santa Fe y el Partido Socialista de Repetto. Lisandro de la Torre encabeza el binomio, con Nicolás Repetto como candidato a vicepresidente.

La Alianza Demócrata Socialista caía del ciclo para proporcionar al agonizante régimen uriburista y al sonriente candidato oficial la ficción del juego limpio. Excluido el radicalismo de las urnas, por la capitulación abstencionista de Alvear, el resultado electoral, con o sin fraude, no era difícil de prever.

El origen político del doctor De la Torre –discípulo de Alem, mitrista y anti-personalista, candidato presidencial de la conjunción de los partidos conservadores de 1916 para enfrentar a Yrigoyen–, no podía ser más apropiado para despojar a su figura de toda posibilidad de arrastre electoral. En cuanto a las fuerzas del Partido Socialista y al magnetismo personal del doctor Nicolás Repetto, sería ocioso extenderse sobre el punto. La opinión pública designará burlescamente a ambos candidatos, conocidos por su acritud y aspereza, como «la fórmula del cianuro».

Un observador insospechable como Federico Pinedo dirá lo siguiente:

La fuerza principal de los socialistas estaba en los obreros y empleados de la Capital, la de los demócratas progresistas, fuera del núcleo porteño, estaba en la burguesía rosarina, comprendiendo en ella los círculos altamente colocados, por su fortuna o por su rango, pero contaba también con el apoyo de elementos populares menos encumbrados de esa ciudad, y con una parte –generalmente calificada– de la población de la campaña de Santa Fe, que por motivos diversos es más evolucionada que en otras partes del país²⁴⁶.

La alianza democrática-socialista

Esta coalición, integrada por el Partido Socialista, campeón del puritanismo electoral y de la práctica cívica de principios, no dejaba de ser curiosa. Poco tiempo antes el diputado Enrique Dickman había afirmado que «el Partido Demócrata Progresista no tiene ninguna función útil que desempeñar en la política del país». Se recordaban todavía las cartas tajantes escritas por Lisandro De la Torre reduciendo a la nada la infatuidad librecambista del doctor Justo. Pero la exclusión del radicalismo de los comicios y la prudente simpatía que los socialistas de Repetto habían demostrado hacia los vencedores de Yrigoyen debía excitar el apetito parlamentario de estos varones. Se presentaba una oportunidad para cosechar los frutos de la victoria y presentarse como severos catones del oficialismo justista²⁴⁷. En 1931 Coca definía al Partido Conservador como el representante de los terratenientes y ganaderos; al Partido Radical como expresión de las clases medias y al Partido Socialista, como partido de los asalariados.

¿Podemos colaborar con el Partido Conservador?, se preguntaba Tendría que ser contra la Unión Cívica Radical. ¿Somos en realidad conservadores y socialistas enemigos del radicalismo por motivos iguales o parecidos? De ninguna manera. Los conservadores son enemigos del radicalismo principalmente porque éste les disputa el poder público y está llamado a realizar una política que beneficia a capas más amplias de la población argentina: las clases medias y hasta cierto punto la clase obrera, y que por necesidad ha de tender a destruir la obra de la oligarquía conservadora y la oligarquía misma, aunque por incapacidad colectiva, ineducación política y social o gravitación de fuerzas contradictorias o incoherentes no siempre el radicalismo en el gobierno haya respondido a esas necesidades de su razón de ser y existir.

Los socialistas somos adversarios siempre del radicalismo, porque vamos, como partido obrero, mucho más allá de los objetivos políticos, económicos y sociales del radicalismo, pero es evidente que los objetivos son en parte los nuestros, hasta el punto que durante mucho tiempo ha sido un axioma en nuestro partido que no cumpliendo el radicalismo con su deber de partido burgués liberal, nosotros debíamos suplirlo en esa obra indispensable del liberalismo

para preparar a la clase trabajadora una posición mejor que le permita avanzar con más eficacia y seguridad por el camino de su emancipación.

Para Coca la conclusión era clara; era inconcebible aliarse con los conservadores contra los radicales, porque esto implicaba ayudar a la oligarquía a recuperar el poder y amenazar de muerte a la democracia argentina y la evolución del país.

Esta es una posición antihistórica, que perjudica a la clase trabajadora, al socialismo y al país, y que sólo beneficia a la oligarquía feudal y vacuna.» Añadía que «aunque sólo fuera por la razón de que hay en el partido radical una gran masa obrera, nosotros debemos estar más cerca de este partido que del Conservador pues si el socialismo de nuestro país ha de engrandecer sus filas y expandir su esfera de influencias, será con los obreros que hoy son radicales, porque no conocen el socialismo y que serán socialistas en cuanto sepan lo que somos y queremos y en cuanto nos vean salir de concierto con los conservadores, sus adversarios, y actuar exclusivamente contra el radicalismo.

El análisis de Coca con respecto a la naturaleza del Partido Demócrata Progresista no era menos certero:

El Demócrata Progresista... es una mezcla de radicales y de conservadores... no 'defienden intereses de clase o de gremio', pero ofrecen curar los males de todos los gremios y de todas las clases con algunos verbalismos sobre la democracia y el progreso que no resisten la menor presión de los intereses reales y vivos de las clases sociales.. El Partido Demócrata Progresista no es más que la reserva del conservadorismo en la Capital y su representante directo en Santa Fe²⁴⁸.

El descarado electoralismo de los discípulos de Juan B. Justo se puso una vez más de manifiesto. Todas las fuerzas contubernistas del país se habían puesto de acuerdo para derribar al gobierno de Yrigoyen. Ahora se abrían en abanico, unos oficialistas y otros «opositores», para repartirse el botín. Enrique Dickmann,

iniciador de las negociaciones con los demócratas progresistas para concretar la idea de la alianza electoral, diría:

La segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen fue un grave error político, producto de la inmadurez democrática de las masas populares, sugestionadas por una propaganda demagógica y por la corruptela de dádivas y prebendas.

Ni siquiera podía pensarse en el regreso al poder del radicalismo, según el criterio socialista:

Por otra parte, la Unión Cívica Radical continuaba siendo aún una nebulosa política no diferenciada, en cuya entraña se engendró el corrompido y corruptor gobierno depuesto. La reconquista del gobierno por esa fuerza –que queríamos ver organizada sobre bases democráticas al servicio de programas confesados y conocidos, con los derechos y responsabilidades de un partido político– implicaría, en aquellas condiciones, un nuevo factor de confusión y desorden²⁴⁹.

Los «contubernistas de izquierda»

Todos los jefes de la Alianza Demócrata Socialista parecían respirar la misma desilusión, originada en una esperanza inicial en Uriburu. Ese hecho los definía a todos. Al día siguiente del derrocamiento del gobierno popular, el contubernio se escindía: los contubernistas de derecha y los contubernistas de izquierda. Este último sitio fue ocupado por la Alianza Demócrata Socialista. Al proclamarse las candidaturas en el teatro Coliseo el 13 de septiembre de 1931, Lisandro De la Torre señalaba con su habitual elocuencia el lugar político que la Alianza ocupaba en el país.

Nos toca actuar en un momento grave y para mí es penoso definir mi posición enfrente del Gobierno Provisional. Nadie ignora mi amistad con el general Uriburu... En 1930 el general Uriburu, revolucionario por segunda vez, buscaba colaboradores, y el primer

civil a quien se dirigió para darle una cartera fui yo, ofrecimiento que jamás me había sido hecho por ningún gobernante. ¡Qué desconsuelo sentí, al encontrarme en abierta y necesaria disidencia de criterios con el general Uriburu! El general desconfía de la capacidad del pueblo para gobernarse, no cree en la elevación moral de los políticos y atribuye a las instituciones libres vicios orgánicos que conducen a la demagogia...

Nosotros venimos, en verdad, a salvar a la revolución, porque somos los intérpretes de su espíritu popular. Venimos a encauzarla arrancando a las urnas un veredicto consagratorio de voluntad de renovación que latió en los corazones argentinos el 6 de septiembre. ¡Hasta en el corazón de los vencidos, no todos insensibles al espantoso caos en que yacía la Nación! Venimos a recoger una bandera abandonada por error por el gobierno de la Revolución, hecha suya por el pueblo, y a su sombra a restablecer la concordia y la fraternidad desaparecidas de la vida nacional. Queremos realizar la obra que el pueblo esperó del 6 de septiembre ¿Quién, que no fuera un insensato, pretendería restaurar el régimen depuesto?²⁵⁰.

Pero si el Partido Socialista, en la profunda decadencia que lo envuelve desde los tiempos de Manuel Ugarte, Del Valle Iberlucea y José Ingenieros, se convierte en un grupo que defiende exclusivamente a los consumidores de la Capital Federal, ¿qué era en realidad la Democracia Progresista de Lisandro de la Torre? ¿Qué significaban esos lazos de amistad con Uriburu, esa identificación profunda con el 6 de septiembre?

Con su elocuencia y concisión habituales, lo dirá el mismo Lisandro de la Torre en un discurso pronunciado en Rosario durante su campaña presidencial y donde explica su particular condición de latifundista:

No tener una hectárea de tierra y pedir que se eleve el impuesto a los latifundios, para extirparlos, lo hace cualquiera. Yo, en cambio, adhiero al impuesto sobre los latifundios teniendo un latifundio. No lo harían seguramente los simuladores que pretenden denigrarme. No se crea, por otra parte, que yo sea dueño de un latifundio central que proporcione amplios arrendamientos y dificulte la expansión de la pequeña propiedad, como sucede con aquellos que se intenta

extirpar por medio del impuesto; se trata en mi caso de tierras lejanas que no han variado de condición desde los tiempos en que las asolara la montonera, tierras carentes de agua potable en mucha extensión, erizadas de bosques espinosos, que ponen una valla a la labor del arado y al trabajo del hombre, tierras donde la colonización es desconocida y la explotación en pequeña escala dificultosa y miserable. No son esos los latifundios cuya división reclama el agricultor argentino abrumado por los altos arriendos²⁵¹.

Tal era la base económica del liberalismo de De la Torre, sus diferencias con la oligarquía ganadera de las «tierras centrales» y al mismo tiempo, su vinculación estructural con esa oligarquía.

Fue con tales ideas que De la Torre y Repetto desarrollaron su campaña. En la provincia de Santa Fe, base electoral de De la Torre, el Partido Demócrata Progresista condujo su agitación electoral con esta consigna: «¿Es usted radical? ¡No! ¡Tengo vergüenza!» Resulta fácil explicarse por qué el radicalismo en la abstención les volvió las espaldas. El general Justo se presentó ante el legítimo comicio encabezando la fórmula y acompañado de dos candidatos a vicepresidente: Julio A. Roca, por los conservadores, y el doctor José Nicolás Matienzo por los radicales antipersonalistas.

El 8 de noviembre de 1931 se consumó la grotesca elección. El secuestro de individuos y libretas electorales, la presión directa o indirecta en el comicio de las policías bravas, la expulsión de fiscales y la supresión del cuarto oscuro, la sustitución de votantes, la designación como presidentes de mesa recaída en delincuentes políticos reconocidos, las bandas armadas regulando el acto y el vuelco de padrones, constituyeron la norma invariable en toda la República, salvo algunos distritos como Santa Fe y Capital, donde se mantuvieron las leyes del juego para justificar la presencia de la oposición demócrata socialista en el nuevo régimen.

El triunfo del general Justo

Bajo tan auspiciosas circunstancias la fórmula Justo Roca triunfó obteniendo 234 electores; la fórmula De la Torre Repetto, ganó 124. La

Alianza Demócrata Socialista obtenía la mayoría de Santa Fe y de la Capital. La gobernación de la provincia de Santa Fe quedaba en manos de los demócratas progresistas. El Partido Socialista de Repetto obtenía 45 diputados nacionales en premio a su amable actitud. En esos mismos días el fiscal pedía dos años de prisión para Hipólito Yrigoyen y 10 de inhabilitación acusándolo de violación de los deberes de funcionario público y malversación de caudales. Hacía ya un año que el caudillo radical vivía confinado en la isla Martín García.

Después de burlar al país en cínicos comicios, Uriburu se disponía a amordazarlo. El 7 de enero de 1932 dicta un decreto convocando al Congreso Nacional para realizar el escrutinio de la elección de presidente y vicepresidente de la Nación y proclamar a los ciudadanos «elegidos». En dicho decreto el desenfadado general «aprueba las elecciones del 8 de noviembre y sus complementarias para diputados nacionales», dejando a un lado la prescripción constitucional que establece que cada cámara es juez exclusivo de la elección de sus miembros. De esta manera el soldadón impedía todo debate en el Congreso para evitar

*que la violencia del ardor político o el propósito deliberado de agitar la opinión con debates inconducentes a todo resultado legítimo, retarde la vuelta a la normalidad real y a la pacificación de los espíritus*²⁵².

En la isla Martín García consumía su soledad el viejo Yrigoyen. Miles de desocupados pululaban en los barracones de Puerto Nuevo. Pero ese año 1931 había sido una año triunfal para el Jockey Club. A pesar de la crisis, la comfortable institución importó y embotelló vinos Burdeos y Borgoñas en 354 bordalesas. Sus 3.550 socios consumieron el equivalente, o sea 76.110 litros de maravilloso «bouquet». En total, el Jockey Club deslizó sobre las gargantas de sus socios el cálido contenido de 191.530 botellas de todas las marcas, por un valor de 691.577 pesos moneda nacional²⁵³.

La decepción del nacionalismo setembrino

El nacionalismo inspirador, con sus legiones y sus uniformes intactos, sus sátiras y sus versos, sus intelectuales y poetas desdeñosos, sus duces «ab ovo» y

sus proclamas inéditas, contemplaba perplejo la ruina de su ilusión militar. ¡Detrás de las bravatas de Uriburu no había nada! Sólo flotaban en el vacío sus palabrotas de cuartel y sus arrestos de matamoros. Uriburu se había transformado en Justo. Era deplorable, pero el nacionalismo no vería jamás realizados sus sueños. Surgido en el umbral de la década más oscura que habría de conocer toda la historia del capitalismo, volvería a repetir su error tres veces: en 1930, en 1943 y en 1955.

La crisis del Estado liberal había convertido en nacionalistas a los patoteros de 1910, a los patriotas antisemitas y antigringos de 1919, a los «littérateurs» de 1925. La identificación entre Mussolini y el Vaticano con el Tratado de Letrán firmado en 1928, había constituido un deslumbramiento. Ciertos católicos argentinos examinaron entonces con especial complacencia al régimen de la cachiporra y del aceite de ricino, elogiado por Lugones en otros tiempos, que destruía los sindicatos extremistas y restablecía la ambición de un nuevo Imperio Sacro Romano en la exhausta península.

Por lo demás, la crisis mundial de 1930 conmovió a los ganaderos. La caída de los precios mundiales fue horrenda. Dos generaciones se habían educado en el mito de la intangibilidad de la prosperidad ganadera y en la religión del patrón oro. La desvalorización de las carnes aterrizó a la oligarquía. Sin que ella misma supiera de dónde venía el origen de su pasión política la inquietud se encarnó en sus vástagos. En el mundo convulsionado se extendía una onda de autoritarismo. El régimen capitalista desprendíase en la hora de su ruina de la envoltura parlamentaria; la serpiente renovaba su piel. Los gastos del régimen liberal y democrático ya no eran soportables en la hora de la crisis. Los sindicatos indignaban con sus exigencias. La burguesía europea advirtió que era preciso transferir la crisis sobre los trabajadores aunque era imposible practicar esa política con los métodos apacibles derivados de un siglo de prosperidad. Así germinó la necesidad de una dictadura que suprimiese todas las contradicciones internas y «reglase» la economía capitalista bajo una mano de hierro.

Se imponía reemplazar las caducas reformas democráticas por algún nuevo sistema dictatorial; una ideología debía decorar la contrarrevolución fascista. Mussolini había escrito al cuadrunviro Miguel Bianchi:

*El fascismo italiano necesita, bajo pena de muerte o peor, de suicidio, proveerse de un cuerpo de doctrina... Esa expresión es acaso fuerte pero desearía que antes de los dos meses que nos separan del Congreso Nacional, sea creada la filosofía del fascismo*²⁵⁴.

El capitalismo agonizante acudió al pasado y extrajo de su adversario histórico, ya vencido, el arsenal de su nueva doctrina autoritaria. La filiación medieval del fascismo se vio reforzada por el apoyo de la Iglesia Romana. La burguesía decrepita pisoteó las ideas de su adolescencia histórica; como los ateos españoles en el minuto de agonía, llamó al confesor a su cabecera. Junto al confesor, el verdugo: la unión del Papa y del Duce fue el símbolo del año 30.

Los países más cultos de Europa descubrían una nueva moda ideológica. En la «Francia Eterna» de nuestra aristocracia pampeana, ante la ruina del liberalismo y la amenaza roja del Este, resurgían de un Medioevo sepultado las voces que señalaban un regreso al orden clásico. La prédica maurrasiana sedujo a los jóvenes escritores argentinos de origen oligárquico; fastidiados con la política vacuna y «descreídos» de sus padres, aborrecieron como ellos el ejemplo grosero de una democracia radical gauchesca.

Los hijos de los senadores

Como los padres eran demasiado viejos para cambiar, cambiaron los hijos. La aristocracia ganadera había engendrado una clerecía intelectual; los jóvenes «decentes» de Buenos Aires se irritaban ante el espectáculo de una demagogia que no comprendían y de un pueblo al que no habían visto nunca, ni siquiera como Güiraldes, desde la casa grande de la estancia. En los momentos dorados de un pasado irrevocable, sus padres habían rendido tributo a la dulce Francia: sus licores, sus mujeres, sus libros, sus oradores. El terrateniente se había formado en el culto de Hipólito Taine: el hijo heterodoxo reivindicará a Maurice Barrés; el padre, que quizás en algunos de sus frecuentes viajes a París profesó admiración a Clemenceau, se verá contrariado por el hijo, extasiado en la hora nocturna del liberalismo con Charles Maurras. Su embriaguez de cruzado que espera al rey elegido para una nueva gesta, cautivará el espíritu de este joven distinguido, tan lejos del pueblo como su padre.

Los hijos se harán «nacionalistas», de un nacionalismo aristocrático y conspirarán con Uriburu, creyendo candorosamente que el anciano general es el hombre del destino. Confiarán en su espada enmohecida para edificar una patria severa y justa. Y sólo obtendrán un Boulanger, tan ridículo como el ilustre modelo. El padre, viejo zorro incrédulo y mañoso, esperará confiado en su casa hasta que las cosas vengan suavemente a sus manos firmes. Tales fueron los vínculos y las

diferencias entre Uriburu y Justo, entre el nacionalismo y la oligarquía. Si los hijos de los senadores se hicieron nacionalistas, comenzaron su carrera haciendo una revolución para otros. Esto último, según se verá, no era un error, sino más bien una enfermedad incurable.

Una carta a Uriburu

El día que concluye su gobierno, Uriburu recibe una carta terrible. El general Severo Toranzo dirigía al dictador, desde su exilio de Montevideo, una carta de despedida, que era al mismo tiempo un juicio definitivo:

Le dirijo estas líneas asumiendo también y por derecho de antigüedad la representación de los militares de toda jerarquía a quienes usted y sus esbirros han ofendido infamemente, apoyados en la fuerza brutal que ha tenido en sus manos para deshonor de la civilización desde el día del malón del 6 de septiembre hasta la fecha... Solamente en un alma vil y cobarde podían anidar los salvajes instintos que usted ha revelado, ensañándose con sus propios camaradas del Ejército al punto de hacerlos azotar y torturar, de uniforme, por verdugos civiles y policías que han emulado los más sombríos y repugnantes personajes de la historia. Cuando pienso que una hiena como usted se ha disfrazado durante 47 años con el uniforme de los defensores de la Constitución, prometiendo, engañando adulando, mintiendo y corrompiendo conciencias de oficiales de todos los grados, no encuentro monstruo con quien compararlo en los anales de nuestra vida democrática... El día 9 de septiembre de 1930 ordenaba usted la prisión e incomunicación absoluta en el Arsenal Esteban de Luca, del suscripto, de los generales Baldrich y Mosconi y de más de 50 jefes de menor jerarquía, cuyo único delito consistía en no haberse presentado ante usted o su pseudo Ministro de Guerra para hacer acto de pleitesía ante el cacicazgo que se entronizaba... Usted hizo publicar en el pasquín Ultima Hora con mi retrato, la calumniosa especie de que yo había jurado fidelidad a su gobierno.

A usted le constaba que tal cosa era mentira. Pero de un cobarde como usted sólo es dable esperar calumnias y difamaciones. La carrera militar de usted navegante en todas las armas desde su egreso del Colegio Militar: infantería, artillería, ingenieros y caballería constituye el más acabado ejemplo del favoritismo, sin cuyo concurso no habría usted llegado nunca ni a capitán. Pero, sobrino de un presidente, y beneficiado por matrimonio de las ganancias del Puerto Madero, le fue fácil conseguir, mediante halagos y convites sociales, lo que nunca hubiera podido obtener por sus virtudes y capacidad profesionales. Posteriormente, cuando perdió la fortuna del matrimonio, usted se dedicó a la usura y a la coima. Ejemplos típicos de las suciedades de sus 'negocios', que me exime detallarlos, es su íntima vinculación con el Banco de Finanzas y Mandatos y su participación en el peculado de la yerba mate... Culmina toda esta infamia con los nombramientos para representar al país en el extranjero, recaídos en Viñas, Bautista Molina, Lugones y otros, como premio al servilismo, con que se prestaron a officiar de verdugos, aplicando, por orden directa de usted, medievales torturas a los argentinos que no se avinieron a transar con la tiranía. Con sus dádivas y favores, finalmente usted ha prostituido la conciencia de miles de argentinos, principalmente militares, y ha introducido en el ambiente moral del país un fermento de degeneración que costará mucho esfuerzo extirpar. Sólo así se explica que al usurero Uriburu se le obsequie una casa mientras el gran Sarmiento murió pobre, en una humilde choza. Los tiempos ciertamente, han cambiado... Simulando patriotismo, usted es un agente venal de turbios intereses extranjeros. Los recargos de impuestos al pueblo por simples decretos –úkses– como el vergonzoso de la nafta pomposamente fundado en la necesidad de construir caminos, pero en realidad obedeciendo a presiones de la Standard Oil. .. constituyen un índice significativo de la influencia de que han gozado, en el 'gobierno provisional' y sus pretorías de provincias, las grandes empresas extranjeras.

El núcleo nacional del Ejército retrataba de ese modo, al triste vencedor de Yrigoyen²⁵⁵.

Presa de una amarga desilusión, el núcleo nacionalista que buscaba laureles para la frente del virtuoso soldado del 6 de septiembre, no ocultó su

desencanto²⁵⁶. Uno de sus hombres más brillantes, Ernesto Palacio, escribirá luego *Catilina* para expiar literariamente sus culpas, que no fueron las últimas. Septiembre sería para ellos un mes marcado por la fatalidad. El nacionalista aristocrático, hipnotizado por la esperanza castrense, dirá poco después:

Decidí romper con los conmlitones de la víspera, abandonar la mesa del infame festín y solidarizarme en la calle con los vencidos.. Mi experiencia viva era la de la oligarquía triunfante, cuyo 'modus operandi' había analizado a la perfección. Conocía el pecado por haber incurrido en él, como la ramera iluminada por la Gracia; y sentía odio y desprecio por el pecado²⁵⁷.

Bajo esa luz veía un intelectual del bochornoso septiembre su pasado inmediato.

La oligarquía decrepita aunque triunfante retornaba al poder, ganado por el fraude y la espada. Los socialistas se disponían a sentarse austeramente en las bancas usurpadas. Mientras los banqueros de Londres sonreían, el viejo caudillo se hundía lentamente en las sombras con el partido desde adentro destruido, y lapidado su nombre. La Década Infame comenzaba.

CAPÍTULO IV

1932: LA DÉCADA INFAME

El 20 de febrero de 1932 el general Agustín P. Justo entraba alegremente a la Casa de Gobierno: recibió las insignias del poder de manos del general Urriburu.

El héroe del 6 de septiembre ya estaba enfermo de muerte y desilusión.

El día anterior se había instalado en la calle Sarmiento 944, sobre un negocio de mimbrería, en un piso destartado prestado por un amigo, Hipólito Yrigoyen. Lo traían de la isla de Martín García. Estaba viejo y enfermo. Se beneficiaba de un indulto. Ningún hecho delictuoso le había probado la Justicia setembrina. Era tan pobre que resultaba imposible disimular la inocencia del gran hombre.

La crisis hacía furor en la otrora soberbia factoría. ¿A quién elegir como timonel en la tormenta? No vaciló un momento el general Justo. Designó Ministro de Hacienda al Dr. Alberto Hueyo, un esclavo moral de la Banca.

Hueyo pertenecía a una generación de la clase alta argentina educada en el mito del progreso perpetuo y de la desconfianza spenceriana respecto del Estado. ¿Acaso la Argentina del Centenario no había crecido espontánea y espléndidamente al conjuro del comercio mundial? Si todos se enriquecían, por así decir, todo pobre era sospechoso. Ungido por la ciencia de pacotilla que la época admiraba, Herbert Spencer glorificó los derechos absolutos del individuo frente al Estado. No solamente Alberto Hueyo, el propio Dr. Juan B. Justo consideraba a Spencer un verdadero maestro. Decía Spencer:

Se supone que todos los pobres son buenos, en realidad muchos son vagos. La pobreza es el castigo natural de su conducta; querer separar la pena del mal comportamiento es ir contra la naturaleza. Los culpables de estos sufrimientos son, sin embargo, los legisladores y filántropos que,

aparentando favorecer a los pobres, asilan vagabundos. El bienestar social no implica necesariamente el socorro gratuito, que es remedio artificial... Se supone que se pueden suprimir todos los sufrimientos –lo que no es cierto–; y que deben suprimirse –lo que no es correcto–, pues el sufrimiento es medicina... El mandamiento ‘comerás el pan con el sudor de tu frente’ es sencillamente el enunciado cristiano de una ley universal de la naturaleza, ley a la que debe la humanidad su estado actual de progreso y por la que toda criatura incapaz de bastarse a sí misma debe perecer²⁵⁷.

Al que dude de que las piadosas máximas de Spencer y la influencia del individualismo británico no ejercían sobre la oligarquía argentina un poderoso influjo, le recomendamos proseguir la lectura de esta página.

Tanto el ministro Hueyo como sus restantes colegas de gabinete habían sido educados en la religión del comercio libre. El doctor Leopoldo Melo, antiguo «galerita» del radicalismo, cabeza notoria de la corriente antipersonalista y promotor del 6 de septiembre, por su parte, era Ministro del Interior; el doctor Saavedra Lamas, prototipo del jurisconsulto formalista engendrado durante 50 años por la Facultad de Derecho, ocupaba la Cancillería; el Ministerio de Agricultura fue encomendado al doctor Antonio De Tomaso. Era de humildísimo origen, de padre zapatero. Favorito, en sus comienzos, del Partido Socialista y del Dr. Juan B. Justo, concluyó encabezando la escisión oportunista del «socialismo independiente». Brillante orador, empleó su inteligencia para alquilarse a la oligarquía, que premió su cordura con un ministerio. Algunos sociólogos designan estas conversiones como ejemplos de «movilidad social».

En el Ministerio de Guerra por fin, Justo designó, con su habitual «ojo clínico», al general Manuel Rodríguez, que la adulonería de la época llamó «el hombre del deber». Varón obtuso, observó una fidelidad canina a su antiguo superior y vigiló durante 6 años el cumplimiento estricto de los reglamentos militares, afirmando el «apoliticismo» del Ejército. Al reposar su cabeza en esta doctrina, el Ministro de Guerra presenció impasible la recolonización económica y espiritual de la Nación.

Pero la impredecible Clío se deslizó a través de este gabinete liberal, que inició bajo la presión de la crisis mundial la política «dirigista» en el país. Sus sorprendentes resultados económicos y sociales irrumpirían diez años más tarde en la historia argentina..

Occidente abandona el librecombio

Valery anunciaba al día siguiente de la primera gran guerra que entrábamos en «la era del mundo concluido»²⁵⁸. En 1919 la profecía parecía demasiado tenebrosa. Diez años después, el frenesí de los años locos se transformaba en los espasmos de la Gran Depresión. Al comprobar la catástrofe, *lord* Keynes revisaba sus ideas económicas y rompía con el liberalismo clásico. Por cierto que la «revolución keynesiana» no pretendía sustituir al régimen capitalista sino salvarlo de sus convulsiones. Para la economía ortodoxa, Keynes apareció como un «radical peligroso»²⁵⁹.

La división internacional del trabajo y la autorregulación del mercado, que aparentó siempre brotar espontáneamente de un orden natural, ponía en evidencia su quiebra completa. La economía mundial parecía impulsada por fuerzas demoníacas. Había que imponerle un orden consciente a esa anarquía devastadora. No el orden proletario o socialista, por supuesto, sino el orden estatal. En otras palabras, debía «dirigirse» la economía para moderar sus desórdenes volcánicos. El médico era ingenioso, pero la enfermedad parecía mortal.

Dirigismo y estatismo hacen su aparición a partir de 1930, tanto en los países «liberales» como en los países totalitarios. Era un remedo aterrorizado y simiesco de la planificación socialista.

La rebelión de Keynes se opera dentro de los cuadros del sistema; la economía burguesa se ve obligada a admitir la vulnerabilidad de la estabilidad monetaria, a rechazar el mito de que todo ahorro termina por ser invertido y de que las «leyes» económicas de la sociedad burguesa son independientes del Estado, lo mismo que éste es independiente de la sociedad.

La escuela keynesiana propone tajantemente la intervención quirúrgica del Estado como un factor regulador de la vida económica, tendiente a detener la crisis. Su fórmula mágica es movilizar los gastos públicos para suplir la ausencia de inversiones privadas y moderar el desempleo. En medio del pánico queda al descubierto toda la irracionalidad del capitalismo:

Conocemos mejor la rapidez del movimiento de un electrón que la rapidez de circulación de la moneda. Sabemos más del ciclo de la Tierra alrededor del Sol y del ciclo del Sol en el Universo que acerca del ciclo industrial,» escribía el *Manchester Guardian*, el 1º de septiembre de 1931²⁶⁰.

Pero la bancarrota de la ciencia económica burguesa no tenía un origen metafísico. La baja del índice de los precios era del orden de 93 a 62; el comercio mundial se había reducido de 68.000 millones de dólares a 26.000 millones de dólares; había 13 millones de desocupados en los Estados Unidos, 6 millones en Alemania y 3 millones en Gran Bretaña²⁶¹. Si la crisis revestía un carácter mundial, sus efectos eran diferentes en los países imperialistas y en los países coloniales y semicoloniales:

Los países cuya exportación consistía principalmente en alimentos o materias primas vieron, por tanto, que sus ingresos, obtenidos a través del comercio exterior se contraían rápidamente, y la falta de créditos extranjeros para compensar esas fallas, les forzó a reducir sus importaciones, lo que a su vez influyó en la economía de los países industriales... Aun cuando los productores primarios continuaban casi tan ocupados como antes, recibían ingresos menores y los manufactureros al mismo tiempo que se veían forzados a aceptar en un principio, reducciones relativamente pequeñas en el precio de sus mercancías, sólo podían vender cantidades mucho menores de ellas²⁶².

Fue de ese modo que la Gran Bretaña librecambista se volvió proteccionista. La teoría inglesa de la «iniciativa privada» se transformó en la política británica del «dirigismo gubernamental»²⁶³. El eco de este cambio en la Argentina semicolonial fue instantáneo. Los «dirigistas» de la Argentina sorbieron el remedio con el mismo gesto de disgusto con que lo hacían sus amos imperiales. Ambos pensaban que el mal era transitorio. Como había ocurrido en otras oportunidades, la oligarquía exportadora de la Argentina, abandonada por su «tradicional amiga» Gran Bretaña, amenazó con la industrialización en discursos oficiales, esgrimiendo a veces el puño hacia la pérfida Albión.

Aun antes de producirse la crisis y ante la evidencia del carácter parasitario de la economía británica estancada, que prácticamente vivía de los intereses y servicios de los capitales radicados en el exterior, Keynes se preguntaba qué valor tenían para la nación británica esas inversiones.

Grandes sumas de dinero fluyen al exterior, escribía, sin que se haya efectuado por nadie la más superficial estimación para saber si esta política es el sistema más aconsejable para invertir

nuestros recursos en interés de la nación... En definitiva, el siglo XIX –en esto como en tantos otros asuntos– consideró normal lo que en realidad era absolutamente anormal...

Considérense dos inversiones, la una realizada en el país y la otra en el exterior, con riesgos iguales por lo que dice a repudiación de la deuda, confiscación o restricciones legales respecto de los beneficios. Nada importa cuál sea la entidad prestamista. Pero en el primer caso, la nación conservará el objeto y los rendimientos de la inversión, mientras que en el segundo los perderá sin remedio. Si un país sudamericano niega la deuda contraída para el progreso de su capital, nada nos queda. Si se repudia el préstamo concedido para la realización de un plan de viviendas populares en nuestro país, nos quedan las casas. Si el Grand Trunk Railway de Canadá arruina a sus accionistas con sus restricciones legales, cambios de tarifas o cualquier otra causa, nada nos queda. Si el sistema subterráneo de Londres arruina a sus accionistas, los londinenses conservarán al menos sus túneles²⁶⁴.

El dirigismo oligárquico

La oligarquía ganadera contempló con disgusto la nueva política económica del Imperio Británico. Aun antes de la conferencia de Ottawa, se había promulgado una ley por la que se autorizaba al gobierno británico a establecer derechos protectores de un 100% ad valorem para todas las mercaderías introducidas en Gran Bretaña, excepto aquéllas procedentes del Imperio. La ley del trigo, a su vez, gravaba a los cereales extranjeros para proteger a los productores británicos. Se trataba de «reagrarizar» Europa, persiguiendo la quimera de la autarquía económica. Pero reagrarizar Europa equivalía necesariamente a «industrializar» la Argentina. Esto no podía convenir a la estructura económica tradicional de los ganaderos argentinos y del comercio importador. A lo sumo, esta idea podía emplearse como un puro instrumento de negociación política.

Las primeras medidas defensivas fueron adoptadas un mes antes de las elecciones que debían conducir a la Casa de Gobierno al general Justo. El 6 de octubre de 1931 se aplicaba un 10% de adicional aduanero sobre las importaciones. Cuatro días más tarde se establecía la Comisión de Control de Cambios²⁶⁵. ¡Era una revolución copernicana!

Había desaparecido la regla de oro del comercio mundial. Al orden inmutable sucedía el caos. Los ganaderos sudaban de terror. El peso argentino bajaba un 30% de su valor en relación con el dólar, el franco y la esterlina. A la baja de los productos exportables tradicionales, seguía la maldición de malas cosechas, la imposibilidad de obtener empréstitos y la formidable gravitación de los servicios financieros en oro que se convertían en un drenaje insostenible. El 25 de enero de 1932 se establecía el siguiente régimen de prioridades para la importación: necesidades públicas; materias primas para la industria nacional; combustibles para el transporte, luz y fuerza; artículos indispensables para el consumo; pequeñas transferencias para inmigrantes; envíos a residentes en el extranjero; necesidades para viajeros; mercaderías no imprescindibles y cancelación o amortización de deudas anteriores²⁶⁶.

Los librecambistas contumaces se explicaban a sí mismos, a los ingleses y a la Divina Providencia las razones de este nacionalismo furibundo. Disimulando su ansiedad, decía *La Nación*:

Caída la libra y hallándose nuestra moneda bajo la influencia del pánico, la fiscalización de los cambios extranjeros se impuso... por la fuerza de una necesidad ineludible, a fin de contener la evasión precipitada de capitales y vigilar la negociación inmediata de las letras de los exportadores.

El flamante ministro de Hacienda, Hueyo, dirá luego con tristeza:

En todas partes se desarrolla casi al mismo tiempo una política de egoísmo y alejamiento comercial llamado más comúnmente nacionalismo económico. Los derechos aduaneros, las cuotas, regímenes de cambio y otros subterfugios tendientes a burlar la cláusula de la nación más favorecida, van a levantar entre el comercio de las naciones otras tantas barreras económicas. Merced a estas medidas los países tienden a bastarse a sí mismos, los industriales desarrollan actividades agrícolas y los países ganaderos y agrícolas aceleran su proceso industrial²⁶⁷.

Para el ministro liberal metido a dirigista, esta universal confusión sólo podía originarse en el «egoísmo» de ciertas naciones.

A pocas horas de hacerse cargo de su ministerio, Hueyo comprobó que si su gobierno pagaba los servicios de la deuda exterior, no alcanzaba el dinero de ese mes para abonar sus sueldos a los empleados públicos. Convocó a los presidentes de los bancos de Buenos Aires para solicitarles una ayuda inmediata de 15 ó 20 millones de pesos. Después de deliberar, los bancos rehusaron el préstamo al gobierno. Hueyo insistió: «¿No podrían ser 10 millones ó 5 millones, por lo menos?» Ni un sólo centavo. El ministro dijo entonces gravemente:

Muy bien señores, no me queda más que agradecer la presencia de ustedes. En cuanto a mí ya sé lo que he de hacer. No titubearé un instante y entre dos males el menor, decidí imponer un nuevo sacrificio a los empleados públicos. Creo haber dicho alguna vez, respondiendo a elogios que se me han hecho en el extranjero, que el buen nombre argentino lo salvó esa vez la miseria de los servidores del Estado²⁶⁸.

Acto seguido, Hueyo rebajó los sueldos de los obreros y empleados de la administración pública. Aquélla era una época de estabilidad monetaria. En tiempos más recientes, de plena inflación, una política reaccionaria se define por la negativa a elevar los salarios a niveles compatibles con una vida decorosa. La decisión de Hueyo retrataba la subordinación del gobierno de Justo a la banca mundial.

Pero no abandonemos al piadoso Hueyo al reino de las sombras. Más de 20 años después, ya retirado de la política, publica un artículo en el diario *La Prensa* sobre la situación económica de la sociedad argentina. En dicha meditación el doctor Hueyo opinaba que era preciso crear «una moderada desocupación», para contrarrestar el desarrollo industrial promovido por el general Perón. Consideraba que la estructura productiva del país estaba excedida por un exagerado aumento de la población y confiaba en que progresase la emigración de argentinos.

En 1922 había en el país 4 vacunos por habitante, relación óptima para la oligarquía. El crecimiento de la población y el estancamiento de la producción ganadera reducirá esa ecuación al 50% 40 años más tarde, pues hacia 1963 sólo había 1,97 cabezas de ganado por habitante.

Para el pensamiento demo liberal no estaba en discusión aumentar los novillos sino disminuir los argentinos. El presidente de la Sociedad Rural Argentina, Faustino Fano, desarrollaba en el mismo sentido el pensamiento mutilador del doctor Hueyo una década más tarde²⁶⁹.

La crisis del emporio triguero

Los ministros recién instalados en el poder justificaban así su título de gobierno del Sexto Dominio. La diferencia punzante consistía en que los dominios del Imperio Británico protegían mejor sus intereses frente a Londres que la República Argentina. Al presentar a las Cámaras su proyecto de presupuesto, Hueyo rebaja los sueldos a los empleados públicos hasta la suma de 13 millones de pesos. Como, por lo demás, los socialistas de Repetto se opusieron al aumento de los impuestos al consumo, el Ministro de Hacienda les dirigió una afectuosa exhortación:

Y a mi vez invito a esa izquierda combativa y prestigiosa a deponer antagonismos, imitando a la extrema derecha desde la cual sale, generoso y firmado por la casi totalidad de sus miembros, un proyecto que duplica el impuesto a la herencia²⁶⁹.

El arrogante emporio del trigo y la inmigración, cambiaba rápidamente su fisonomía. Lejos de llegar inmigrantes, en 1932 la Argentina pasaba a ser un país de emigración. En ese año, 12.000 extranjeros que emigraban superaban a los que venían. Al año siguiente el éxodo alcanzaba a 12.976 personas en diez meses²⁷⁰. En el campo, sólo en Santa Fe, había entre el 10 y el 25 de abril 23.342 desocupados. Pero en todo el país llegaban a 393.997, según el Censo de la Desocupación del Departamento Nacional del Trabajo. Scalabrini Ortiz pone en duda la seriedad de esos datos, recogidos

por la policía, que fue de puerta en puerta indagando la existencia de haraganes obligados, que todos negaban por temor a que quisieran encarcelarlos o gravarlos con algún impuesto.

A juicio de dicho autor, había en la República Argentina a mediados de la década infame

más de 3 millones de hombres inactivos, que vegetan perseguidos por la policía, la crítica de los diarios y la más indigna miseria²⁷¹.

El representante en Ginebra de los monopolios trigueros, barón Jorge Pronay, lanzaba la idea de alimentar a los cerdos con trigo en virtud de la

superproducción. Nacía en Puerto Nuevo un universo escalofriante: los barrios de las Latas, de las Ranas o del Mondongo. Los ricos expatriados que haraganeaban en París también sufrían aprietos irritantes con la caída del peso argentino²⁷². Como era natural, y mientras esto fue posible, los herederos del fraude de septiembre intentaban explotar la crisis en su beneficio atribuyéndosela al régimen depuesto, como ya había ocurrido antes en la historia argentina y volvería a ocurrir después.

El país ha vivido, decía en la Cámara de Diputados el ministro Hueyo, no ha mucho, horas de disipación y de locuras dispendiosas, que nos han deparado la triste situación actual...²⁷³.

El notorio Luis Roque Gondra ratificará más tarde este juicio, y con razón, pues Gondra era amigo de Alvear, profesor de Economía Política en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires y abogado de la CADE:

El gobierno nacional, escribía refiriéndose a Yrigoyen, daba muestras de locura y de corrupción que le constituían en el escándalo de Hispanoamérica»²⁷⁴.

Resultaba perfectamente explicable que este abogado cadista juzgara a la Argentina como

un país destinado por la naturaleza y clima a hacer de la agricultura su principal fuente de recursos²⁷⁵.

Por su condición de economista colonizado, resulta de mayor valor su explicación del control de cambios impuesto por el general Justo:

el gobierno ha efectuado un reparto salomónico del impuesto entre exportadores e importadores. Unos y otros se descargaron del mismo: los importadores aumentando los precios de las mercaderías importadas; los exportadores, sobre los agricultores, recurriendo al dumping del trigo y compensando la pérdida con el beneficio y hasta con el contrabando de cambio²⁷⁶.

El Anuario estadístico de la Liga de las Naciones indicaba que el índice de los precios por mayor (y costo de la vida) descendía en el Canadá, Estados Unidos y Australia, mientras que en la Argentina subía irresistiblemente²⁷⁷. El presupuesto del gobierno de Justo en 1932 se integraba del siguiente modo: un 31% para sueldos administrativos; un 35,5% para los compromisos de la deuda pública; un 11,4% para la instrucción pública; un 17,9 % para restantes gastos del Estado y un 6,2% para obras públicas²⁷⁸.

La oligarquía no se atrevía a desafiar a los ingleses, ni soñaba siquiera en adoptar un camino propio en la crisis mundial. Su mansedumbre llegó a extremos difíciles de concebir. En cambio, como cabía esperar del sentido común más elemental, los gobiernos de los países industrializados, los llamados «gobiernos civilizados», llevaron a cabo las normas señaladas por *lord* Keynes de promover un plan de obras públicas para disminuir la desocupación.

El gobierno argentino de Justo, por el contrario, sacrificaba a todo el país para mantener sin tacha ni reproche el servicio de la deuda externa que insumía un tercio del presupuesto nacional. Al mismo tiempo, el implacable ministro se quejaba ante la Cámara de no poder ampliar las cesantías en la administración pública:

*Un presupuesto inflado en quince años, decía, no puede desinflarse en quince días*²⁷⁹.

La oligarquía frente a la industria nacional

Contra todo lo que podía imaginarse, ocurrió un hecho asombroso. La ruina del comercio internacional originó un poderoso desarrollo industrial. Volvíase a confirmar una vez más que la ley del desenvolvimiento capitalista autónomo de la Argentina a lo largo del siglo XIX y del siglo XX se fundaba en las crisis exteriores y no en el «desarrollo armónico de las fuerzas, productivas» interiores. Como en las crisis mundiales de 1873, de 1890 y de 1914, la débil industria argentina iría a encontrar en el crack de 1930 su verdadera fuerza motriz.

De este hecho no podría inferirse en modo alguno que la oligarquía fuese «industrialista», como lo han sostenido contemporáneamente algunos comentaristas de «izquierda». Antes por el contrario, la estructura económica y política creada por el imperialismo durante largas décadas –oligarquía ganadera, burguesía

comercial, sistema bancario, superestructura cultural— no tenía razón alguna para modificar su ideología, que era el reflejo directo de sus intereses tradicionales. Pero el violento giro autárquico impreso por el Imperio Británico, que volvía en la hora crítica sus espaldas al Sexto Dominio, obligó a la clase dominante exportadora e importadora a tomar medidas defensivas de índole monetaria y aduanera; estas medidas promovieron, sin proponérselo, el proceso industrial.

Las declaraciones de los Ministros de Hacienda, entidades empresarias agropecuarias o declarados partidarios del librecambismo clásico en favor de una industria, no perseguían, según hemos visto, sino fines puramente políticos destinados a facilitar mejores condiciones de negociación para la colocación de los saldos exportables.

La actitud oficial argentina, escribe Félix J. Weil, fue de manifiesta hostilidad, o al menos de 'malévola neutralidad' hacia la naciente industria. Aunque no se prohibió la industrialización, se discriminó en contra de ella, con muy pocas excepciones, por medio de los impuestos aduaneros. Una vez que se instituyó el control de cambios en 1932, esta discriminación se extendió también al manejo de las divisas.

La actitud de las autoridades del control de cambios variaba de tiempo en tiempo. El industrial argentino se ha quejado, y no sin razón, de que se le hacía víctima de arbitrariedades. Su solicitud de un permiso de cambio o de dólares o de libras, al tipo de cambio oficial, para comprar maquinaria, era con más frecuencia rechazada que aprobada. Bajo el tipo de política prevaleciente, las autoridades favorecían la importación de artículos terminados.

En años recientes este factor ha contribuido a que se trasladaran a la Argentina muchas plantas industriales extranjeras completas. En tales casos no se les negaba el permiso de importación; o bien éste era innecesario, si la operación no involucraba una transferencia de divisas, como en el caso en el que los propietarios enviaban la maquinaria desde el exterior y recibían en pago acciones de la nueva empresa argentina en lugar de dinero²⁸⁰.

Detrás de la muralla defensiva de la crisis, la industria se desenvolvía rápidamente.

De la inmigración extranjera a la migración interior

Según dijimos, la caída radical de las importaciones operó como una fuerza impulsora del desarrollo industrial. El país despreocupado que en 1928 gastaba 146 millones de pesos en importar alimentos y bebidas de lujo y 25 millones de pesos en tabacos finos, veía bajar a la mitad el monto de sus importaciones. Según el Censo Industrial de 1935, se contaban 40.613 establecimientos con 472.152 obreros; en 1939 ya había 200.000 obreros más incorporados a la industria²⁸¹. Pero si en la infraestructura de la economía argentina se operaba esta transformación, que alcanzaría un sesgo más acusado en los años de la segunda guerra imperialista, la composición misma de la clase obrera sufría profundas modificaciones.

El antiguo artesanado y proletariado de origen europeo tendía a desaparecer. Su ascenso social a la categoría de tallerista, pequeño fabricante o comerciante, es un fenómeno típico de la década. Por lo demás, la inmigración se detiene en 1930. No sólo la crisis mundial opera como un freno; la propia oligarquía adopta medidas expresas para cortar la corriente inmigratoria. El decreto del 16 de diciembre de 1930 establecía nuevos derechos o aranceles de visación consular a los inmigrantes potenciales; otro, del 26 de noviembre de 1932, ordenaba a los agentes consulares argentinos la suspensión de los permisos de desembarco a todo inmigrante que careciera de ocupación fija y recursos comprobados²⁸².

Entre 1931 y 1940 la inmigración cae a niveles desconocidos desde el siglo anterior: sólo ingresan y se radican en la Argentina 72.200 inmigrantes en 10 años. Este hecho tendrá importantes consecuencias para la integración de la nueva clase obrera incorporada al desarrollo industrial. Pues todo el crecimiento vegetativo de la población rural, así como los peones sin trabajo, la población hambreada de las provincias, comienzan a emigrar hacia las ciudades de Buenos Aires o Rosario. Según Américo Guerrero, entre los años 1930 y 1942, 890.000 personas habían quedado sin ocupación, mientras que el resto se incorpora a actividades relacionadas con la producción industrial.

Este proceso tendrá importante significado político y social en la década siguiente: la mayoría del proletariado será de origen criollo y carecerá de la tradición política y sindical de la clase trabajadora de principios de siglo.

Al examinar este curioso proceso, Beveraggi Allende opina lo siguiente:

La economía argentina, por lo menos hasta la gran depresión mundial se caracterizaba por un altísimo grado de especialización para la producción agrícola y ganadera; por lo consiguiente, el país dependía estrictamente de la importación de artículos manufacturados.

Según este autor, el destino pastoril de los argentinos no se debía únicamente a su posición ventajosa en materia de recursos naturales, sino también a una

posición relativamente desfavorable para la producción industrial, al carecer de recursos minerales y combustibles en grado suficiente... Los más fuertes productores y exportadores argentinos de productos agropecuarios se han opuesto tradicionalmente al crecimiento industrial. Piensan que para poder vender en el exterior sus grandes excedentes exportables de productos del agro, la Argentina tiene que estar dispuesta a comprar artículos manufacturados a sus clientes del extranjero. De manera que el grupo de hacendados y exportadores – tradicionalmente dominante en la política argentina– tendía a favorecer la importación de artículos manufacturados, antes que la de materias primas destinadas a producirlos en el país. Eso dio origen a una actitud peculiar, característica de la legislación aduanera argentina, de dificultar mediante el impuesto la importación de materias primas –una actitud que ha sido llamada correctamente ‘proteccionismo a la inversa’²⁸³.

La conferencia de Ottawa y el pacto Roca-Runciman

Hondamente preocupados, en julio de 1932 se reúnen en Ottawa los delegados del Imperio Británico para hacer frente a la crisis mundial. La esencia de los 12 acuerdos firmados era la siguiente: los dominios de la metrópoli se comprometían a desarrollar un mayor intercambio dentro de las fronteras del imperio, a establecer derechos aduaneros sobre los productos extranjeros y

a establecer cuotas sobre la importación de dichos productos importados. Se llegaba a un acuerdo entre Gran Bretaña y los dominios, para que estos últimos pudiesen proteger aquellas industrias que tuviesen serias bases de sustentación y para que los industriales británicos pudiesen competir razonablemente con las industrias arraigadas de los dominios. Se creaba así una barrera defensiva del Imperio Británico que afectaba directamente a la Argentina.

En los debates de Ottawa los representantes de Australia y de Canadá establecieron claramente la necesidad de proteger sus carnes y sus trigos contra la competencia argentina. Sudáfrica señaló la posibilidad de desarrollar su ganadería a condición de que la Argentina fuese excluida del mercado imperial.

En vísperas de la Conferencia de Ottawa, el primer ministro australiano declaraba:

No se puede tolerar la situación de un imperio en que el trigo del país va a la China, mientras el trigo extranjero inunda su propio mercado... Los representantes del imperio se reunirán para dejar establecida su creencia de que es más meritorio comerciar entre ellos, que dar preferencia a los que no son miembros de la federación. También se les pedirá que demuestren que los seis millones de descendientes de británicos que hay en Australia deben preocupar menos que los 500 millones de libras esterlinas que han sido invertidas en la Argentina.

El punto de vista opuesto fue formulado por sir Malcolm Robertson en *The Times* de Londres, en octubre de 1930.

La «argentinofilia» de un caballero británico

El objeto de este artículo –decía Robertson– es poner de relieve las razones por las cuales un país que no pertenece al imperio debe considerarse como parte de él. Este país es la Argentina. Y al respecto los librecambistas imperiales podrán hacer un alto y pensar exactamente en lo que significa la palabra imperio.

¿Significa únicamente el territorio coloreado en el mapa o incluye también el territorio en el que los intereses británicos son de importancia rotunda para el imperio? Las gentes que comparten la opinión más amplia, deberán reflexionar unos instantes acerca de nuestra posición en la República Argentina...

El informe de la misión D'Aberton consigna que Gran Bretaña tiene de 500 a 600 millones de libras esterlinas invertidas en la Argentina. No es esta manifestación aplicable a muchas de las regiones que integran el imperio. Ni tampoco los pormenores de las inversiones del capital británico. Hay en Gran Bretaña unos 32.000 kilómetros de ferrocarriles. Los ferrocarriles argentinos de propiedad y gerencia británica constituyen una red de más de 25.000 kilómetros y esta red se extiende sin cesar.

La casi totalidad de las locomotoras, material rodante, rieles, accesorios mecánicos y carbón, es adquirida en Gran Bretaña, lo cual, por ende, proporciona ocupación segura a miles de obreros británicos. Esta política ha provocado críticas contra las compañías, porque, aunque nuestro material es, sin duda alguna, el mejor, no resulta, ciertamente, el más barato. Casi todo el capital se halla en poder de miles de accionistas británicos, y su renta anual satisface impuestos británicos por valor de varios millones. Ello da pábulo a otra de las censuras argentinas, toda vez que, si no hubiese que pagar ese impuesto, podría emplearse más dinero en las líneas o en la reducción de las tarifas de transporte.

Magnitud de la inversión británica

Además de los ferrocarriles tenemos allí tranvías, obras hidráulicas, gasómetros, empresas de utilidad pública de toda clase. Hasta hace poco tiempo eran nuestros los teléfonos. Hemos construido puertos y sistemas de irrigación. Las entidades británicas tales como Bovril, Liebig's, La Forestal y la Argentina Southern Land Company, sin hablar ya de los particulares, poseen millones de acres de terrenos y millones de cabezas de ganado. Y la mayor parte de estas entidades y sus empleados británicos, hombres jóvenes

de los de fibra verdadera, realizan asimismo sus compras en Inglaterra, siempre que pueden, y no es culpa suya si no pueden siempre hacerlo. Los beneficios son buenos y pagan los correspondientes impuestos británicos.

Por lo que se refiere a los fletes, la mitad de las 11.000.000 de toneladas que entran anualmente en los puertos argentinos, es británica, y una parte considerable de esta mitad ha sido construida especialmente para el comercio de carne chilled, en el que compete con varias líneas extranjeras subvencionadas.

Y estimo yo que si imponemos a ciegas una tasa a todos los artículos alimenticios de procedencia extranjera, lesionaremos gravemente a esos gigantescos intereses británicos de la Argentina, reduciremos el dividendo que reciben cientos de miles de accionistas británicos, y dejaremos sin trabajo a los obreros británicos, precisamente cuando más necesitamos dárselo. La producción de la Argentina es estrictamente agrícola y ganadera: vacas y terneros, cereales de todas clases, manteca, frutas, azúcar, etc. Si reducimos nuestras importaciones de estos productos argentinos, nos asestaremos nosotros mismos un rudo golpe.

La Argentina y los antagonismos internos del imperio

Se pone de relieve que nosotros compramos anualmente de 75 a 80 millones de libras esterlinas de artículos alimenticios argentinos, y que la Argentina nos compra sólo 25 a 30 millones de productos manufacturados. Olvida que los 50 millones de libras del balance desfavorable están ampliamente equilibrados por los 25 millones de libras de intereses del capital británico y por los beneficios de nuestro comercio de transporte.

No tendría yo reparos que oponer a la tesis de lord Beaverbrook si lograra él demostrarme, primero, que 550 millones de libras de capital británico y cientos de miles de toneladas de barcos británicos pueden ser arruinados con toda impunidad, porque el imperio se encuentra en condiciones de darles

'inmediatamente' empleo (ya que el asunto supone alguna urgencia), y segundo, que cualquier región del imperio, o todo el imperio junto, puede competir con la Argentina en cantidad, calidad y precio de su carne chilled²⁸⁴.

Las consecuencias de la Conferencia de Ottawa se hicieron sentir en el acto. Se anunció para el año 1933 una reducción de alrededor de 100.000 toneladas de carne enfriada (*chilled*) de procedencia argentina²⁸⁵. La reacción del gobierno de Justo se tradujo en el envío de una misión presidida por el Vicepresidente de la República, doctor Julio A. Roca, que arrastró penosas negociaciones durante tres meses en Londres.

El aparato que rodeó el curso de las negociaciones no auguraba nada bueno. Si la misión argentina estaba presidida por el doctor Julio A. Roca, uno de sus principales integrantes era el doctor Miguel Angel Cárcano, personaje de anglofilia jamás desmentida, vinculado por lazos de familia a Otto Bemberg. El doctor Guillermo Leguizamón era el segundo delegado. Reputado agente financiero de los intereses británicos y presidente del directorio argentino de los ferrocarriles ingleses, recibirá muy luego el título de «Sir» otorgado por la Corona a sus servidores fieles. Durante la Década Infame, sir William Leguizamón se constituirá en la personificación de la servidumbre argentina. Esta dependencia era tan profunda y tan impensable la posibilidad de alterar la estructura de «complementación» económica entre la Argentina y el Imperio Británico, que aun los críticos nacionalistas más sagaces, al analizar la misión y el convenio, recomendaban la adopción de una política industrialista tan sólo para hacer frente en condiciones mejores a los negociadores británicos. Esta política no debía ser aplicada realmente sino esgrimirse al solo objeto de mejorar la posición de los intereses agrarios argentinos ante Gran Bretaña.

Los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta exponen en su trabajo *La Argentina y el imperialismo británico*, una brillante crítica del Tratado. Sin embargo reprochan a la Misión Roca errores de «táctica»:

Intimidados, era difícil que usáramos la intimidación como arma diplomática. Ahora bien, sin ésta no podíamos contrarrestar los efectos de Ottawa... Involuntaria o deliberada, la amenaza del libre cambio imperial no podía ser contrarrestada por nosotros sino con amenazas inversas, de proteccionismo, de nacionalismo, de nacionalismo económico.

Era preciso usar elementos aptos de «negociación». Para los citados autores

una ley de transportes, un régimen del combustible, un plan de transformación de la economía nacional (con el anuncio de un posible monopolio oficial de elaboración de carne exportable y un decidido proteccionismo a la manufactura argentina)... A las restricciones de Ottawa había que responder con la amenaza de transformar la economía nacional. El monopolio de Estado o el régimen mixto de capital oficial y de particulares argentinos en la elaboración de carne exportable es lo único que le puede dar al país el control del precio de su carne. Si a ello se agrega el fomento por todos los medios de la industria fabril, se puede aumentar el consumo interno...

La rebaja de los fletes ferroviarios junto con la protección aduanera al petróleo hubieran surtido efectos tal vez mágicos. Sobre ser las exigencias del momento económico que atravesamos, esas medidas hubieran servido como monedas de cambio en Londres. Por su abandono se podía exigir ventajas positivas²⁸⁶.

Los nacionalistas criticaban a la misión argentina no haber sabido emplear la «amenaza» de la industrialización y de la independencia económica ante los ingleses, como instrumento idóneo para obtener buenos precios para las carnes... Toda su política debía consistir en: ¡buenos precios, libertad de comercio y dignidad nacional para el país vendedor! Se trataba de agitar una mera amenaza, no de proponer una enérgica política industrial.

El tercer miembro de la delegación era Raúl Prebisch, antiguo gerente de la Sociedad Rural Argentina, un joven brillante, engatusado por Adam Smith y el esplendor británico. Había sido un precoz subsecretario del Ministerio de Hacienda en el gobierno de Uriburu. Muy pronto será gerente general del Banco Central de la Argentina proyectado por sir Otto Niemeyer, director del Banco de Inglaterra. Con tales delegados, podemos permitirnos adivinar el desenlace de las negociaciones. Antes de llegar a Inglaterra, el doctor Guillermo Leguizamón declaraba en Pau a un corresponsal de United Press:

La Argentina se parece a un importante dominio británico²⁸⁷.

Hasta el diario *La Prensa* de Buenos Aires, por lo común tan moderado en sus arrestos nacionalistas, se sobresaltó. Se trataba de una «comparación poco feliz», decía el diario de los Paz.

No era más que el principio. En la Cámara de los Comunes sir Heribert Samuel, ex gobernador de Palestina, señalaba que:

*siendo de hecho la Argentina una colonia de Gran Bretaña, le convenía incorporarse al imperio*²⁸⁸.

Esto no era ninguna novedad. Ya en 1919 el futuro *lord* Keynes sostenía que «el tributo pagado por Argentina a Inglaterra en el medio siglo anterior, es de tipo medieval».

Al gran pueblo argentino, salud

Como respondiendo a esta insinuación, la prensa británica se lanzó a una disquisición erudita sobre las ventajas e inconvenientes que semejante proyecto envolvía, así como las analogías y diferencias entre la Argentina y los dominios británicos. La atmósfera política estaba convenientemente preparada cuando la misión Roca llegó a Londres: a nadie se le habría ocurrido que los delegados argentinos estuviesen dispuestos a golpear la mesa de las negociaciones con sus puños. Habría sido inconcebible, en efecto. Pero nada hubiera sido menos imaginable que suponer lo que en efecto sucedió. Pues la misión argentina coincidió amablemente con la versión británica de las relaciones anglo argentinas. Cuando el doctor Roca abrió sus valijas para instalarse en Londres, el gobierno inglés emitía estampillas conmemorativas de su conquista de las Islas Malvinas. Los ingleses parecían decir que nada sería ahorrado a la lastimosa delegación.

Eduardo de Windsor, entonces príncipe de Gales, al ofrecer una demostración a la misión Roca en el Club Argentino de Londres, pronunció un discurso significativo y protector. Comenzó diciendo que «es peligroso profundizar los tiempos pasados, porque las viejas querellas pueden volver a la superficie»; los concurrentes ingleses y argentinos podrían haberse preguntado si estas querellas se referían a las invasiones inglesas de 1806, a la estafa del empréstito Baring de 1824, al despojo de las Islas Malvinas de 1833, a la intromisión de la flota anglo francesa en las aguas del Paraná en 1845 o genéricamente, al saqueo de la

economía nacional durante un siglo. Pero nadie se lo preguntó. No había preguntones en la delegación argentina. Después de referirse a la «amistad ininterrumpida» que ligaba a ambos países, el príncipe, ligeramente acalorado por los «brandys», agregó:

Considero, en efecto, a la Argentina como una nación cuya independencia (todo lo independiente que una nación puede ser) y cuya liberación de las influencias ancestrales son hechos cumplidos²⁸⁹.

Tampoco aquí hubo interrupciones enojosas. Ni el doctor Roca ni los agentes británicos incluidos en la delegación argentina buscaban reyertas; por lo demás, esas palabras insensatas les parecían la cosa más natural del mundo.

Si algún argentino hubiese sido un comensal del Club Argentino de esa noche de Londres, habría podido interrumpir al príncipe jactancioso y ligeramente alcoholizado diciéndole que, por supuesto, la independencia nacional es un hecho cumplido (dentro de la relativa independencia que el poder británico había dejado a los nativos, en efecto), pero que la «liberación de las influencias ancestrales» no era, en verdad, un hecho muy claro en las disquisiciones históricas del galante heredero. Esas influencias ancestrales de que los argentinos se habrían liberado, no podrían ser otras que las de España y América criolla. A ese influjo, habría dicho el importuno, la Argentina no estaba dispuesta en modo alguno a renunciar, puesto que no se trataba de una «influencia», como la británica, por ejemplo, de la que será posible librarse, seguramente, sino de una parte profunda, indivisible e inseparable de su propia historia.

El menú era excelente. Las bebidas estaban, no lo dudamos, a la altura del prestigio justamente alcanzado por los bodegueros británicos. Su coeficiente alcohólico era perfecto. La mejor prueba era, quizás, el discurso del príncipe. Era penoso, sin embargo, que la tradicional elocuencia argentina no se hiciera brillar esa noche. El real heredero fue muy aplaudido. El regalón de la Corona estaba en forma. No vaciló, con voz algo ronca, en afirmar que los ingleses habían aparecido en América del Sur

como campeones de la libertad y de las instituciones libres. No podía menos que pensar en ese notable continente cuya geografía es tan majestuosa y cuya historia será tan magnífica.

Para el príncipe de Gales, como para Hegel, aunque por diferentes razones, la historia sudamericana estaba en el futuro, no en el pasado. Si un inglés tenía derecho a ignorar la historia de un país que había transformado en una factoría y del cual tan sólo le interesaba el movimiento contable de su puerto, los ciudadanos allí sentados debían haber tenido mayores exigencias. Pero la sustancia del discurso estaba al final.

Pero si los acontecimientos siguen ese curso para la Argentina, espero y creo que será gracias a la cooperación de nuestros dos países, porque una vigorosa civilización no puede existir sin una base material segura. Por ejemplo, es exacto que el porvenir de la Nación argentina depende de la carne. Ahora bien; el porvenir de la carne argentina depende quizás de los mercados del Reino Unido²⁹⁰.

Las facultades proféticas del príncipe estaban en declinación, como el imperio. No sería carne, sino el acero y aun la ciencia nuclear el futuro argentino, a pesar de todas las vicisitudes.

Un argentino complaciente

Contra lo que cabía esperar de un vicepresidente argentino, la respuesta del doctor Roca fue de una extrema complacencia. El meollo de su pensamiento puede examinarse en estas pocas palabras:

La geografía política no siempre logra en nuestros tiempos imponer sus límites territoriales a la actividad de la economía de las naciones. Así ha podido decir un publicista de celosa personalidad que la Argentina, por su interdependencia recíproca, es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio británico²⁹¹.

Estaban echadas las bases de la negociación, sin duda. La observación de los hermanos Irazusta quedaba justificada:

Es difícil que la historia diplomática registre nada semejante al caso de estos embajadores que desdeñando hablar del país que representaban se dedicaron exclusivamente al elogio del país con cuyos representantes debían negociar sobre intereses muy contrapuestos, de tal modo que en esa negociación angloargentina, todos parecían ingleses y nadie argentino²⁹².

Lo substancial del acuerdo firmado, en definitiva, consistía en lo siguiente: Gran Bretaña garantizaba una cuota de importación no inferior al tonelaje exportado por la Argentina entre 1931 y 1932 de un monto global de 390.000 toneladas. Los ingleses se reservaban el derecho de disminuir la cuota de chilled en un 10% en virtud de «circunstancias imprevistas», previa consulta con los gobiernos de los dominios y de la Argentina. En el marco de la cuota de importación de carnes argentinas establecida, se acordaba un régimen de licencias de importación, controladas exclusivamente por el gobierno británico que ascendían al 85 % del total exportado por la Argentina y cuyo

manejo quedaba en manos de los frigoríficos ingleses y norteamericanos que controlaban totalmente el negocio de la carne en el país^{293bis}.

El 15% restante de la cuota, de acuerdo al tratado leonino, estaba destinado a beneficiar a empresas argentinas que no persiguieran

primordialmente fines de beneficio privado, sino una mejor regulación del comercio con el propósito de asegurar razonables beneficios a los ganaderos.

Esto es, a las cooperativas de ganaderos. En ese 15% se incluían las exportaciones que ya efectuaban el frigorífico de Gualeguaychú y el Frigorífico Municipal de Buenos Aires. Por lo demás, como no existían en ese momento cooperativas ganaderas argentinas, el derecho de los ganaderos nacionales no vinculados a los trusts frigoríficos a exportar carnes de primera a Inglaterra, era prácticamente nulo, puesto que en ese caso se trataría de «fines de beneficio privado».

Las cláusulas leoninas del convenio

Si ésta era la médula del Tratado, quedaba bien en claro que el gobierno inglés asumía legalmente la posición monopólica que de hecho detentaba el Comité de Fletes desde 1911. Aparecía así ante los ojos del mundo un país formalmente soberano que no estaba en condiciones de controlar su comercio exterior. Al discutirse el inconcebible tratado en el Senado, Lisandro de la Torre defendió enérgicamente la posición de los ganaderos postergados del Litoral, ante la cínica capitulación de la ganadería privilegiada de Buenos Aires.

*Alguna explicación, decía el senador por Santa Fe, hay que buscar ante el hecho enorme de que en la Argentina podrán trabajar persiguiendo lucro privado las empresas extranjeras, y no lo podrán las empresas nacionales*²⁹³.

Y añadía:

El mismo informante decía ayer, 'el gobierno inglés no quiere'. Todos los señores senadores lo escucharon, y eso que el gobierno inglés quiere o no quiere se refiere a cosas que pertenecen a la República Argentina, y deberían ejecutarse por el gobierno argentino: El gobierno inglés le dice al gobierno argentino: le permito que fomente la organización de frigoríficos cooperativos, y no le permito que fomente la organización de compañías individuales que le hagan competencia a los frigoríficos extranjeros. En estas condiciones no podría decirse que la Argentina se haya convertido en un dominio británico, porque Inglaterra no se toma la libertad de imponer a los dominios británicos semejantes humillaciones. Los dominios británicos tienen cada uno su cuota, y la administran ellos...

La Argentina es la que no podrá administrar su cuota, lo podrá hacer Nueva Zelanda; lo podrá hacer Australia, lo podrá hacer Canadá, lo podrá hacer el África del Sur. Inglaterra tiene, respecto de esas comunidades de personalidad internacional restringida, que forman parte de su imperio, más respeto que por el gobierno

*argentino. No sé si después de esto podremos seguir diciendo: ¡al gran pueblo argentino, salud!*²⁹⁴

Pero no se trataba sólo de las cuotas de carne. Las suculencias del tratado abrazaban todos los campos. En materia de cambios, y mientras subsistiese en la Argentina el control de cambios, impuesto por la crisis mundial, se destinaba la suma total de cambio de libras esterlinas provenientes de la venta de productos argentinos en el Reino Unido, deducido el servicio de la deuda externa argentina, a manos británicas.

Los ingleses evitaban así todo posible bloqueo de sus ganancias, derivadas de su comercio con los argentinos. En materia arancelaria, la Argentina debió hacer nuevas concesiones. Se mantendrían libres de derechos la importación de carbón y todas las otras mercaderías inglesas que en ese momento gozaban de tales prerrogativas. En cuanto a las restantes importaciones industriales de Gran Bretaña se volvía «a las tasas y aforos en vigencia en 1930, hasta donde lo permitan las necesidades fiscales y el interés de las industrias nacionales»²⁹⁵.

En un acuerdo suplementario se establecían franquicias para la importación de productos ingleses: whisky, carbón de piedra, combustible manufacturado, coke, etcétera. Lisandro de la Torre reflejaba en el Senado la inquietud producida en la industria argentina por los acuerdos:

*hay pánico entre los propulsores de la mayor parte de las industrias argentinas, decía, sobre todo de los fabricantes de artículos que también se fabrican en la Gran Bretaña y se dice, no sé con qué fundamento, que se van a reducir los derechos de artículos suntuarios, como las sedas, como las aguas colonias, como los dulces ingleses, como el whisky*²⁹⁶.

El espectáculo que ofrecieron los ministros del general Justo en las Cámaras, al intentar defender el tratado de Londres, no pudo ser más deplorable. El Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Carlos Saavedra Lamas, dijo en la Cámara de Diputados:

Estamos en una dolorosa dependencia de los mercados exteriores, no hemos creado y fomentado no hemos vigorizado ni

*estructurado la República para obtener el equilibrio de nuestro gran mercado de producción*²⁹⁷.

Cárcano, que había pertenecido a la misión Roca y que además era diputado nacional, describía la indefensión argentina frente a los ingleses en los siguientes términos:

*Después de Ottawa, el Reino Unido tenía una tarifa para negociar un mercado sobresaturado de los mejores y más baratos productos del mundo la balanza comercial generalmente favorable y una política proteccionista que era una amenaza, una posición inmensamente fuerte para negociar... Frente a estas situaciones de hecho, ¿qué seguridad tenían los productores argentinos para vender carnes y granos? ¿Frente a este mercado sobresaturado de los mejores y más baratos productos del mundo, hay algún producto indispensable?*²⁹⁸.

Este ángulo del problema era rigurosamente falso. La oligarquía capituló ante la amenaza (impracticable) formulada por Gran Bretaña de no adquirir carne argentina. Su servilismo se combinó con una ceguera raras veces vista en el país, que no carecía por cierto de antecedentes en la materia. Pero esa servidumbre y esa ceguera se fundaban en el carácter orgánicamente parasitario de la oligarquía ganadera argentina.

En ese instante crítico se advirtió que carecía de los más elementales reflejos defensivos.

Estaba dispuesta a enajenar el conjunto de la política exterior, de la economía nacional y hasta de los sectores secundarios de la ganadería argentina, a su posición exclusiva como abastecedora de *chilled* en el mercado británico. Tal es la enseñanza más importante que se impone desprender de la crisis mundial y del convenio Roca Runciman. Otro diputado, el doctor Rothe, dirá en la sesión del 27 de julio de 1933:

*Nuestro país constituye un organismo económico con caracteres peculiares inmodificables. Será siempre una nación en que las actividades agrícolas primen sobre las demás*²⁹⁹.

No otra doctrina se enseñaba en las universidades argentinas.

Los socialistas y el Estado

La posición socialista frente al convenio Roca Runciman era de lo más singular, aunque tan previsible como la posición conservadora y oligárquica. Al fin y al cabo ambos, conservadores y socialistas, se sentaban en esas bancas gracias a la Revolución de Septiembre. El diputado Repetto pronunció un discurso en el que criticaba las estipulaciones del tratado fundado en sus características «estatistas»; veía en su concertación los peligros de la intervención del Estado en la economía, que contrariaba la tradición librecambista y progresiva del país. El torrente de la crisis había arrastrado muchas fortunas, instituciones, creencias, gigantescas empresas y sólidos gobiernos. Lo único que permanecía en pie, con la impasibilidad estrecha del aterrorizado consumidor porteño era el librecambismo del doctor Repetto.

Lo fundamental para un país como el nuestro, es dar amplias puertas abiertas y exigir al mismo tiempo puertas abiertas al resto del mundo, decía. Por tratados como el que se discute, los gobiernos toman a su cargo funciones que a nuestro juicio deben quedar libres. Esto parece extraordinario que lo diga un socialista, pero en realidad hay que gritarlo frente a las extraordinarias e inconcebibles extravagancias a que asistimos en el orden de esta política comercial, puesta bajo la égida de los gobiernos³⁰⁰.

Así, el denodado librecambista no modificaba sus puntos de vista ante el mercado mundial que había saltado en pedazos. Se indignaba por una realidad que desmentía sus antiguos dogmas: no se resignaba a abandonar el siglo XIX.

Años después, al recordar el debate, Repetto insistía en que los socialistas de 1933 no habían hecho objeciones a suprimir las trabas aduaneras exigidas por Gran Bretaña. Muy por el contrario,

contra el argumento que suelen esgrimir los industriales para mantener intactos o aumentar los derechos protectores de la Aduana, argumento que consiste en invocar los millares de obreros a quienes dan trabajo sus industrias y los millones de pesos que abonan mensualmente en salarios, yo opuse los derechos

del comercio de exportación e importación que también da trabajo a miles de empleados de oficinas y de bancos, a muchos millares de peones de la Aduana, a un numeroso personal afectado al servicio de las lanchas, a remolcadores y vapores de los puertos.

Valía la pena considerar también ese aspecto de la economía para mantener el necesario equilibrio entre las formas principales del trabajo nacional.

Este socialista «extraordinario», a cuya franqueza todo historiador le quedará reconocido, agregó en el debate parlamentario del convenio Roca Runciman:

«Desde luego, nuestro voto no implicará un reproche a la gestión diplomática realizada en Londres por el doctor Julio A. Roca. Manifestamos, y lo hemos declarado públicamente, nuestra adhesión por la forma tan discreta, por la perseverancia realmente ejemplar y por la alta dignidad que nuestra representación ha sabido mantener en todo momento en el ejercicio de su elevado mandato»³⁰¹.

En lo que coincidía, como es natural, con la política británica de liquidar cuanto arancel pudiera oponerse a sus importaciones en la Argentina. La crítica situación de las divisas impidió, por lo demás, que la oligarquía hiciese mayores concesiones a los ingleses en esta esfera y que Repetto pudiese felicitarse con los ingleses de haber transformado a la Argentina en un puerto franco. Para que no todo fuese tristeza en este negocio, faltaba la irrisión. Dicha tarea fue asumida por el Ministro del Interior, doctor Leopoldo Melo.

Mientras la Argentina se arrodillaba sobre la alfombra del palacio Buckingham, Melo pronunciaba un discurso en homenaje a don Bernardo de Irigoyen, donde evocaba aquellos lejanos tiempos en que

Roberto Peel en la Cámara de los Comunes, en Inglaterra, y Thiers en el parlamento francés habían proclamado el principio de la fuerza y de las intervenciones armadas como norma de gobierno en las relaciones de esos Estados con la Argentina y naciones de América... Se agregaron a éstos, otros días igualmente amenazantes, aquellos en que Gran Bretaña y Francia concentraban escuadras en el Río de la Plata, al que querían usar como mar libre, pretendiendo, además, imponer normas para la navegación de los ríos interiores argentinos.. para someterse

*al fin ante la indomable resistencia del gobierno de Rosas, en nombre de la plenitud del dominio y jurisdicción nacional en los ríos*³⁰².

Con la refinada hipocresía jurídica que lo había distinguido siempre, Leopoldo Melo cubría con su altanera invocación la sórdida realidad del convenio Roca Runciman. Resulta curioso, en verdad, que los hermanos Irazusta se refieran con elogio a este discurso, muestra deplorable de la duplicidad clásica de este experto en fraudes electorales. Hizo algo más: prohibió la circulación de estampillas inglesas conmemorativas de la toma de las Malvinas. El gobierno de Justo no pasaba de un retórico nacionalismo filatélico. A un siglo exacto de la invasión británica a las Malvinas, la Argentina era menos independiente que nunca.

Efectos de la crisis en Inglaterra y en la Argentina

La decadencia del Imperio británico había comenzado mucho antes que la crisis de 1929 la pusiese de manifiesto. Pero esta declinación fue muy lenta y no afectó gravemente sus relaciones con el mundo colonial y semicolonial. Por el contrario, fue precisamente el mundo colonial quien proporcionó los recursos necesarios para que la crisis del Imperio británico se deslizara con extraordinaria suavidad. De ahí que la contradicción entre la estructura arcaica de la industria inglesa y el nivel de vida de su población, sea simple de explicar. Después de la unidad nacional alemana, en 1870, y con la presencia competitiva de Francia en el continente y de Japón en Extremo Oriente, se vio muy claramente que las nuevas potencias imperialistas estaban incomparablemente mejor equipadas que Gran Bretaña

Los ingleses lograron conservar su primogenitura por dos razones: su flota y su diplomacia. Y por el hecho de que a pesar de que sus importaciones superaban a sus exportaciones, el déficit derivado podía ser absorbido por la situación excepcional heredada del pasado: Inglaterra compensaba su atraso industrial con el monopolio financiero del mundo. Los ingresos «invisibles» – industria naviera, banca, empréstitos, seguros, intereses de inversiones extranjeras, etcétera–, permitían superar este desequilibrio. Si bien es cierto que la primera guerra imperialista debilitó esta situación peculiar, no afectó seriamente su estabilidad ni su poder.

El nivel de vida en el Imperio y en la Argentina: diferencias

Al estallar la crisis de 1929, Gran Bretaña fue la única potencia imperialista que logró afrontarla sin graves conmociones. Esto se debía esencialmente a su imperio colonial, pero en particular, a la condición semicolonial de la Argentina, su principal proveedora de alimentos. ¿Por qué fue tan pequeña la disminución del ingreso general en la Gran Bretaña durante los años de crisis?, se pregunta el economista alemán Sternberg,

En primer lugar, porque las bajas de los precios de las mercaderías importadas, en su mayor parte alimentos y materias primas, fue mucho mayor que la de los productos industriales que exportaba. La industria mundial reaccionó a la crisis económica reduciendo su producción; la agricultura mundial reaccionó ante todo con una baja en los precios de los productos agrícolas³⁰³.

El costo de la vida en Inglaterra comenzó a disminuir de acuerdo a los siguientes índices: 164 en 1929; 158 en 1930; 148 en 1931, 144 en 1932 y 140 en 1933.

Fue la Argentina semicolonial quien alimentó a bajo costo al pueblo británico durante la crisis.

Los trabajadores que tenían empleo de tiempo completo lograron, pues, un aumento en los salarios reales durante la crisis debido a la baja de los precios³⁰⁴.

Si bien es cierto que la situación de la clase trabajadora británica empeoró en general durante la crisis, sus dificultades eran mucho menores que las que sufrían los trabajadores de Alemania y Estados Unidos, sometidos a la ley de su propio mercado interno y sin el recurso de seguridad de las colonias.

Mientras la Argentina reducía importaciones esenciales, Inglaterra aumentaba la producción de automóviles. En 1929 nuestro país importaba 1.078 tractores y en 1933 sólo 6 unidades. En 1929 la Argentina importaba 57.787 arados, para caer cuatro años más tarde a 376. De 2.615 rastras importadas en 1929, en 1933 no se llegaba a importar ni una sola. Gran Bretaña construía en el mismo período 47.000 automotores más que antes de la crisis³⁰⁵. Por lo demás, durante

la crisis Inglaterra aumenta su importación de materias primas y alimentos. El precio del trigo argentino era de 42 chelines por quarter en 1929; baja a 21 chelines en 1933. Estas proporciones son más o menos semejantes en todos los alimentos importados por Inglaterra. El poder financiero del Imperio le permite subvencionar a sus desocupados. Sólo en 1934 el gobierno invierte 73 millones de libras esterlinas y mantiene una clase más o menos permanente de pensionados, un lujo supremo del imperio.

La orgullosa sociedad británica se negaba a disminuir su confort en medio de la hecatombe mundial; sus ideales de seguridad victorianos subsistían gracias a la Argentina y las colonias africanas.

*Alemania era el mayor deudor europeo continental y la Argentina era el mayor deudor latinoamericano, en 1930, los Estados Unidos eran el principal acreedor del primero de estos países, y la Gran Bretaña del último*³⁰⁶.

Al estallar la crisis, la grande Argentina figuraba en las estadísticas mundiales en condición de deudora, junto a una Alemania vencida en una guerra contra 27 naciones. ¿Dónde quedaba la bella época, el progreso ganadero sin límites, la vanidad oligárquica, los años locos? El año 1930 desnuda espectacularmente la dependencia total del país.

La deuda externa significaba la incesante exportación de capital nacional a Inglaterra. La estafa secular se practicaba porque la Nación no controlaba el comercio exterior, ni la moneda ni el sistema financiero.

Pero si en Gran Bretaña la crisis es afrontada con la pérdida del valor de los alimentos argentinos, en la Argentina la política oligárquica sume al pueblo en la postración más espantosa. El consumo anual de carne argentina en Inglaterra es 66 kg. per cápita, sin olvidar que el pueblo británico practica una dieta mucho más variada que el pueblo argentino. Pero en Jujuy el consumo de carne es de 43,800 kg.; en La Rioja de 27 kg.; en Catamarca de 26 kg. y en Santiago del Estero de sólo 19,600 kg. Si en Inglaterra el consumo de pescado durante la crisis es de 19 kg. por cabeza, en la Argentina es de 3,500 kg.; en la metrópoli se consume 46,170 kg. de azúcar, en Argentina, 26,250 kg.; papas 105,530 kg. y 65,450 kg., respectivamente; queso 3,400 kg. y 1,325 kg.; café y té 3.250 g. y 1.787 g. por año.

Es bien conocida la superchería estadística del «per cápita». En ciertas proporciones algunos se alimentan mejor (y con exceso) respecto a otros, que son mayoría. Pero el «per cápita» iguala a todos los habitantes de un mismo país.

Cuando, en cambio, se comparan las cifras del consumo por cabeza en dos países de diferente nivel histórico social, el abismo salta a la vista.

Todas estas cifras se traducen en el raquitismo general de la población trabajadora. Los índices de desnutrición y degeneración son descriptos por el doctor Pedro Escudero en los siguientes términos:

Lo que más claramente muestra la consecuencia es el estudio de su debilidad constitucional. La falta de talla, de peso corporal y de perímetro de tórax que se exige para ingresar a las filas del Ejército afirma la degeneración del individuo y en cuanto la proporción llega a ciertos límites confirma la degeneración de la raza. Sobre 426.944 argentinos de 20 años, se hallaron 43.044 comprendidos en la categoría de individuos inferiores, lo que afirma que más del 10%, de todos los conscriptos del país eran sujetos inferiores por degeneración³⁰⁷.

Cuando el doctor Ramón J. Cárcano es nombrado presidente del Consejo Nacional de Educación por el presidente Justo, comprueba que hay en la República 800.000 analfabetos. En las provincias del Norte los niños mueren literalmente de hambre. El Consejo carece de recursos para organizar cocinas escolares. Hace un llamado público a los «ricos» de Buenos Aires pidiendo ayuda. Recibe sólo dos donaciones: una de \$200 y otra de \$5.000³⁰⁸.

La estadística de la Dirección de Sanidad del Ejército indicaba que el 30% de todos los conscriptos de la Argentina eran físicamente defectuosos³⁰⁹. En San Juan, el término medio de vida humana era de 24 años 8 meses. Su alimentación promedial era de 100 gramos de carne por día y seis cucharadas de leche³¹⁰. El promedio de vida en la civilizada Buenos Aires era, por su parte, de 38 años y cuatro meses. En Londres llegaba a 53 años y 6 meses.

De ahí la trágica ironía de hablar en América Latina de la «calidad de vida»: es una categoría europea. Sería más riguroso hablar en el Tercer Mundo de aumentar la «cantidad de vida».

Buenos Aires: año treinta

Con la Década Infame, el país ingresa en los tiempos modernos. La orgullosa Argentina descubre el siglo XX con la crisis del treinta. Flota en Puerto Nuevo un

tenebroso mundo de naufragos que no provienen del río sino de la ciudad hambrienta. Los ex hombres levantan sus ranchos de lata en Villa Desocupación. Discépolo, poeta del asfalto, escribe sus tangos, penetrados de amargura siniestra. ¡Un canto a la desesperanza, un himno al fracaso! En todos los labios se repiten los versos estremecedores de «Yira, Yira»: es la biblia del «raté» en la monstruosa ciudad de cemento. Hacen su aparición la «voiturette», el bar automático y el biógrafo sonoro.

Cuando rajés los tamangos buscando ese mango que te haga morfar, te acordarás de este otario que un día cansado se puso a ladrar.

En la Buenos Aires orgullosa cantada un día remoto por Darío y Lugones rezongaban ahora bardos harapientos. El peso es un peso «fuerte», sólido, respetable, exclusivo. Otra canción de la crisis lo busca:

dónde hay un mango, viejo Gómez, los han limpiado con piedra pómez.

La moneda era sana, pero los hombres estaban enfermos. El Ejército rechaza a miles de jóvenes por inaptos. La tuberculosis hace estragos. La palabra neumotórax es una palabra del año 30. Los maestros sin empleo, los analfabetos con el estómago vacío y los maestros que no cobraban sus sueldos, son los fenómenos corrientes de la década. La pequeña burguesía se degrada; se forma una subclase de desocupados. El dolo se combina con la picaresca para sobrevivir. Buenos Aires se puebla de buscavidas y de oficios inverosímiles. Porteños y provincianos hundidos en la desdicha se hacen buscones.

El amigo del jockey, que persigue la quimera de un «dato» preciso para el domingo; el atorrante divagador y filosófico que bebe café a crédito; el abogado sin pleitos que procura un empleo público; el organizador de banquetes o de concursos inexistentes; el falso influyente; el gestor de empleos, que es cesante; el cesante yrigoyenista de 1930 que hace de su desgracia una carrera y sólo acaricia durante años la esperanza de reingresar al empleo público; el desesperado que corteja a la dueña de la pensión; el escuálido poeta que vive cada quince días, por turno, en casa de algún amigo, el protector de leprosos, que vende rifas sin número; el antiguo proxeneta, herido como un rayo por la ley de profilaxis y que ahora

alquila departamentos por hora para el amor fugaz; el empleado embargado y concursado; el melancólico ave negra que espera el asunto salvador en el bar Tokio, frente a los Tribunales; el rematador sin remates; el naturista transformado en curandero y yuyero; el grafólogo que adivina el carácter; el astrólogo que descifra el porvenir; el falso médico que adquiere su título por 300 pesos en la frontera de Bolivia; el nihilista y el iluminado; el espiritista y el marinero en tierra; el comerciante quebrado y el conspirador radical que sueña con el regreso.

¡ Buenos Aires! la pequeña burguesía tiritaba bajo el vendaval. En la Chacarita de los automóviles se acumulan todos los modelos y junto a ellos, calaveras y gigolós se hunden en la bancarrota. En 1935 se empeñan en el Banco Municipal de Préstamos 10.340 máquinas de coser. Las grandes familias venden sus palacios: la quinta Unzué, el Palacio Paz, el Palacio Pereda, el Palacio Ortiz Basualdo, la casa de Del Solar Dorrego. Ya no pueden sostenerlos. Se acuña el vocablo «manguero».

El mate venía de los viejos tiempos de la pampa libre; luego fue un vicio amable. En 1930 es de rigor como alimento casi exclusivo. El bizcocho con grasa es el «plato de resistencia». Reina el bar automático. Con una moneda bajaba del tubo sucio de vidrio, un sandwich indiscernible. Era el templo gastronómico para los «gourmets» de la crisis. Revestido de azulejos, como el hospital o la morgue, en el local pululaban actores sin trabajo, borrachos disertantes, estudiantes crónicos, vagos sin origen ni destino, empleadillos, mujercitas sin clientes; humedad, sofocación, un vaho de fritura y tristeza.

Era un hombre rechoncho, con un «tic» desafiante y el eterno habano entre los dientes. Amante de las «cosas gratas de la vida», Natalio Botana era un personaje que podría haber inspirado a Orson Welles el tema de «El Ciudadano». Con un busto en bronce de Gorki a sus espaldas, este ex anarquista uruguayo, nutrido de literatura y resuelto a todo, se abrió paso como un cuchillo en la gran ciudad del Plata. Convirtió a *Crítica* en el órgano cotidiano del crimen y del escándalo vulgar. El dibujante Rojas dibujaba con pasión fotográfica, en blanco y negro, las grandes manchas de sangre y los miembros amputados de la desgraciada telefonista descuartizada por la pasión del carnicero Juan Bonini.

Muy cerca, Jorge Luis Borges dirigía la sección literaria del gran diario «amarillo». Botana juntaba todos los ingredientes para su producto.

Era el diario «popular» de un gran capitán de industria. En la jerarquía de méritos de la prensa colonial porteña, *Crítica* estaba llamada a ejercer el apostolado de la «democracia» y el «antifascismo». Desde ya, esto incluía su apoyo al presidente fraudulento, el general Justo, cuya persona era intocable. En el campo de la política mundial, *Crítica* dispensaba su simpatía a las grandes potencias

coloniales «democráticas», con fuertes inversiones en el país: Inglaterra, Francia, Estados Unidos. Cada centímetro del diario estaba en venta perpetua.

Una gran página de *Crítica* hormigueaba de avisos de manicuras; manicuras polacas, francesas, italianas se ofrecían. Eran especialistas recién llegadas. Ofrecían el éxtasis a precios módicos: dos pesos, tres pesos, cinco pesos. La crisis arrojaba a la calle a las mantenidas de la gente bien; trotadoras o pupilas de las casas de lenocinio competían con la remonta París Buenos Aires. Pero el senador Serrey, legislador fraudulento por Salta aunque moralista, proyectará la Ley de Profilaxis Social. La prostitución se hará clandestina.

Por sólo 20 centavos las jóvenes leían los folletos de educación sexual de *Claridad*, con su museo de horrores. La sífilis y la blenorragia se expanden triunfalmente. El doctor Fernández Verano, con su Liga de Higiene Social, proyecta películas sobre las enfermedades venéreas. Muchos asistentes se desmayan en la función al comprender su inmediato porvenir. En Mendoza millones de hectolitros de vino desbordaban alegremente las acequias. El trigo se acumulaba en los silos mientras el hambre se extendía por «el granero del mundo».

De Tucumán, Santiago del Estero o Corrientes bajaban a la capital las jóvenes vestidas de negro, macilentas y tristes, de alpargatas y monedero vacío, a conchabarse en las familias de la alta o baja pequeña burguesía, por \$20 o 30 mensuales, «con comida y cama adentro». El zoológico será su fiesta, los conscriptos de Plaza Italia el amor furtivo en la inmensa ciudad hostil.

Las drogas circulaban por la calle Corrientes, la angosta, la ruin. En las noches de hastío, un nuevo pistolero que la policía evita, el gallego Julio, pasea con tenebrosos edecanes por la vereda luminosa buscando delatores. Salones con espejo y tiro al blanco, cesantes radicales en el café Marzotto, o burreros irremediables hundidos en una silla del Nacional, con los ojos hipnóticos clavados en la victrolera desdentada, sueñan con la pasión. Cuenteros del tío y usureros dialogan en las mesas de mármol lívido de «La Cosechera». En las madrugadas, los desocupados rodean a los canillitas que venden *La Prensa*. Los avisos de «ofrecidos» son mucho más numerosos que los «pedidos». Los desocupados con bicicleta llegan antes que los otros a la oficina o a la fábrica. No hay vacantes, de todos modos. En el conventillo de cinco patios con las macetas de malvones en latas de aceite Ybarra, hierve sin cesar la yerba. Un solo ejemplar del diario arrugado circula por toda la población de la casa. La Singer jadea por el fondo. La pantalonera trabaja por pieza. Nunca leyó a Evaristo Carriego pero sabe que el confeccionista al por mayor cuenta siempre mal las piezas.

Prosperan los asaltantes solitarios. No falta un hijo que se ha ido a Avellaneda, cansado de «mishiadura», a juntarse con Ruggierito y su banda. En Avellaneda, la Chicago Argentina, domina don Juan Ruggiero. Retacón y medido, cortés y de mortífera

eficiencia, era amigo de don Alberto Barceló. Su Reino era el fraude y el pase inglés, la peca y la quiniela, el monte y el trencito; pero no cruzaba el puente del Riachuelo. En la Capital Federal reinaba la ley y los comicios eran limpios. El general Justo tenía un gran respeto por la Capital; nada de padrones volcados, nada de juego. En Avellaneda, Ruggiero y Barceló eran una sola y misma cosa. Por lo demás don Alberto era senador de la Nación; sabía arreglársela con los jueces cuando Ruggierito y sus muchachos arreglaban las cuentas con algún opositor indiscreto. De Avellaneda, en esa época, nadie salía a hundirse en Sierra Chica. Cuando el «gallego» Julio ametralló a Ruggierito, por cuestiones de principio, la pesadumbre fue general. Los despojos de la ilustre víctima fueron velados en la sede del Partido Democrático Nacional de Avellaneda. La consternación partidaria manifestóse en un rico desfile fúnebre: el ataúd marchó cubierto con la bandera argentina. ¡De Adolfo Alsina a Barceló! ¡De Juan Moreira a Juan Ruggiero!

Carlos Gardel perdía un gran amigo, pues el «jilguero criollo» era el mimado cantor del conservadorismo populista de Avellaneda. Allí estrenó el tango «Viva la patria», celebrando la caída de Yrigoyen el 6 de septiembre. Fue justamente Barceló quien facilitó los documentos de identidad para que Gardel pudiese viajar a Europa. Muerto Ruggiero, la gratitud póstuma elevó al pistolero una estatua en la localidad de Ranelagh.

Hambrientos y exquisitos en la literatura de la crisis

Pese a todo, el orden reina en el país. Los estancieros educan a la policía. La picana pasa del ganado a los seres humanos. Un severo jurista, el doctor Leopoldo Melo, Ministro de Interior, crea la Sección Especial de represión del comunismo. Su diligencia se hace célebre. La encabeza el comisario Joaquín Kussell, un burócrata sádico que colabora a veces con sus subordinados para aplicar personalmente la picana eléctrica en los testículos de los detenidos. La Sección Especial está dotada de las mayores comodidades. En la calle Urquiza, donde posee sus instalaciones, justamente enfrente se encuentra el Hospital Ramos Mejía. Esa feliz proximidad se revela útil en muchos casos. Cipriano Lombilla, un braquicéfalo hercúleo, de rostro cruzado por un barbijo, tortura metódicamente. La OVRA italiana, policía secreta de Mussolini, inspira los métodos investigadores de la Sección Especial. Miles de detenidos a lo largo de la década infame han podido comprobarlo. Los personajes lombrosianos de la Sección Especial

terminaron por interesarse por la literatura. Pues diez años después de aparecer en escena, la generación de Boedo se hará comunista, presa de furor.

Castelnuovo viajará a Rusia, la tierra prometida. Roberto Arlt compulsará estadísticas y se romperá la cabeza en ese materialismo dialéctico que quieren introducirle los doctrinarios del partido. Facio Hebecquer, el poderoso artista proletario, dibujará en el arrabal sus cabezas inolvidables, sus obreros y crotos, sus calles tristes y sus perros abandonados. Los libros que se escriben son dignos de la época que los inspira. Castelnuovo publica *Larvas*, *Vidas proletarias*, *La marcha del hambre*, *Lo que yo vi en Rusia*. El antiguo linotipista, el «Gorki» de América, alumbrará criaturas deformes en una épica de la miseria. Roberto Arlt hará revivir la grotesca tragedia de lo cotidiano:

*Minga de café. Abstención completa. ¿Y qué le queda a usted?
Reducirse al capuchino, al innoble y seductor capuchino, que es una
mezcla, por partes iguales, de leche y café, servido en una tacita de café...
El mozo lo mide al socaire de una mirada burlona y grita, casi irónico.*

¡Un cortado para uno!

*Y llega el cortado, y usted lo relojea broncoso. Eso es café
con leche, café con leche para los que no han almorzado y a la una
de la tarde piden un capuchino para engañar el hambre³¹¹.*

Raúl Scalabrini Ortiz encerrará el alma de la ciudad infortunada en las páginas de *El hombre que está solo y espera*. Un ex albañil publica un libro que premia la Municipalidad y secuestra al día siguiente la policía. Se titula *Tumulto* y su autor es José Portogalo. Es un alarido furioso, herético, desesperado:

*¡Ah, Señor Jesucristo!: no queremos tus frases
–panes sin levadura– magníficas, humanas,
que no son más que frases, pero que nos inhiben
y destapan, astutas, nuestros poros de lágrimas.
No queremos tus frases. Yo que vengo de abajo
Y anduve entre obreros con hambre y manos sucias,
que sé lo que es el mundo, ese mundo de mierda,
te lo digo derecho: esas palabras son putas.
Al carajo con todas las parábolas bellas.*

*Al carajo con todos los escrúpulos sordos.
Presentemos las armas proletarias del mundo
y a tiro limpio, firmes, vaciémosles los ojos.
La vida es de nosotros, los que hacemos la vida
a gotas de sudor, de ímpetu y de fuerza
que jamás o nunca tenemos una cama
donde cavar la hondura de un vientre en primavera³¹².*

Un escritor enfermo y lírico, Enrique González Tuñón, escribe *Camas desde un peso*:

Mi destino ya no guarda secretos para mí –solía decirme–. Sé que me espera el hospital, los ahogos de la bronquitis irremediable y el crujir de las articulaciones secas por el reuma de los fríos vagabundos. Lo único que le pido al destino es que me deje terminar mis días frente a una ventana, mirando como llueve sobre la ciudad. Viejo perro perdido, dominaba por experiencia todas las fondas de Buenos Aires y lo mismo dormía en cama de un peso que en banco de plaza pública, burlando la vigilancia del guardián³¹³.

Deambulando por bares y estaños sombríos, Nicolás Olivari publica *La musa de la malapata* y el poema *La doncella piojosa*, y rechinan sus dientes los literatos con comida.

Alzándose desde el turbio universo de las orillas, Carlos de la Púa, el malevo Muñoz, publica *La crencha engrasada* con el aroma canalla de la cárcel y la furca:

*Vinieron de Italia, tenían veinte años.
Con un bagayito por toda fortuna
y sin aliviadas, entre desengaños,
llegaron a viejos sin ventaja alguna.
.....
Vinieron los hijos. ¡Todos malandrinos!
Vinieron las hijas. ¡Todas engrupidas!
Ellos son borrachos, chorros, asesinos,
y ellas, las mujeres, están en la vida"³¹⁴.*

De Groussac a Borges

Ramón Doll describía con su prosa corrosiva el estado de las letras:

Comprendo cómo es de agónico, de mortal, de decadente este momento intelectual argentino. Todos sudan, hacen esfuerzos para decir algo y parece muerte sobre muerte, hedor sobre lo que hiede. Sí, yo creo que hoy la Argentina atraviesa una época de decadencia y de agonía, y a los llamados intelectuales, escritores y artistas no nos queda otro remedio, otro recurso que prepararnos para morir dignamente... Será el fin perfecto de una vida imperfecta, diría la Marlene Dietrich en 'Fatalidad'... El movimiento instintivo de todos nosotros, escritores o artistas, es el de estirar el pescuezo sobre el suelo, como hace el pato cuando está perdido y facilita así la acción del cuchillo. Y es que atravesamos una época de crisis de la inteligencia argentina, y comprendemos que para el proceso dialéctico de una crisis intelectual, lo más sano, lo más eficaz, es contribuir a precipitarla, convertirnos todos lo más pronto que se pueda, en hojarasca para servir de abono, por menos, a lo que vendrá..

La vieja generación, a la que hay que alcanzarle los remedios con una caña, juega su verdadero rol histórico, muriéndose completamente en los catres de «La Prensa» y «La Nación». En cambio nada más ficticio que estos homenajes para hacer creer que viven los otros cuando en realidad todos nos estamos yendo en sangre³¹⁵.

Miseria del culto a la forma

El mismo Doll escribía en 1933 un análisis magistral de la prosa de Borges:

La prosa de Borges es, si cabe el término, perfectamente antiargentina. Primero, por su carencia de tono afectivo, porque

quien como él prefiere helarse las entrañas y la cabeza antes de correr el riesgo de dejar adivinar sus emociones en un lugar común o una frase demasiado suelta, podrá tener de los buenos escritores europeos ilustres influencias, pero jamás dejará escrita una página argentina, con sus vicios, pero con sus encantos. Toda su expresión frígida, donde la emoción es espiada y luego anestesiada deliberadamente, es realmente una evasión obsesionada del lugar común, pero a costa de los más genuinos y auténticos impulsos de sí mismo. Es un sacrificio desgraciado a miserables preocupaciones literarias. Busquemos pues en Borges nuestra expresión, no encontramos en su prosa sino un yermo intelectual sin jugos vitales y sin aliento.

Sin saberlo y sin quererlo, Borges recapitula en nuestro país, uno de los más aborrecidos episodios de la vida intelectual argentina; la presencia de Groussac en nuestras letras. Aquel viejo inhóspito, presidió con su sonrisa nevada medio siglo de inquietudes artísticas y espirituales; cincuenta cobardes de la vieja generación, que temblaban ante la sagacidad del perdiguero de las citas erróneas y de las faltas de imprenta, nos enseñaron después a reprimir en la literatura nuestro brío romántico, nuestro lirismo innato, so pretexto de que el tropicalismo y el floripondio le daban jaqueca al glorioso bibliotecario. ¡Había que hacer ejercicios de dictados y composición para aspirar al baccalaureat de las letras, título que, por lo demás, no se dignó discernir jamás, el burócrata desterrado!

Es posible que matara el floripondio, pero es seguro que con su odiosa mirada secaba el alma de los que lo siguieron. Yo creo que desde Groussac, comienzan nuestras letras a desconectarse del país, que aborrece cordialmente una literatura de mandarines fabricada para los cenáculos porteños.

He aquí un argentino como Borges, que había nacido para abandonarse a su fino sentido intuitivo, adivinatorio, poético y que, en cambio, se deforma en artículo literario, se adultera a sí mismo, envasa en conserva sus pasiones prensándolas en un decir castigado y oneroso. Es él mismo toda la historia de la influencia groussaquiana³¹⁶. .

No todos los escritores, por supuesto, se irritaban con el espectáculo del lanzamiento, colchón y bártulos en la puerta y carro municipal en la calle. No todos se sentían «el espejo de la época». Al fin y al cabo el intendente de la ciudad, Mariano de Vedia y Mitre, traducía a los poetas isabelinos y el vicepresidente de la República, justamente el doctor Julio A. Roca, distraía su ocio en impecables versiones castellanas de Shelley. Una refinada estanciera, Victoria Ocampo, preocupada por el espíritu de Occidente, concebía la idea de editar una revista análoga, por su elevado nivel, a las que había apreciado en sus andanzas por Europa. Inquieta por el reproche que le había formulado Waldo Frank acerca de su inactividad, se lanzó a esa deliciosa aventura. La estanciera escuchó en el Viejo Mundo la pregunta de si la revista que se proponía editar «se proponía volverle la espalda a Europa». La estanciera explicó:

*¿Volver la espalda a Europa? ¿Siente el ridículo infinito de esa frase?*³¹⁷.

Sumida en la perplejidad acerca de qué nombre ponerle a la publicación, Victoria Ocampo llamó por teléfono a Madrid y le preguntó a Ortega y Gasset su opinión: Ortega le contestó que el nombre más adecuado le parecía el de Sur. La exquisita escritora comenta:

*Por lo visto todo el Atlántico se necesitaba para este bautismo...*³¹⁸.

Waldo Frank, Drieu La Rochelle, Jules Supervielle, Eugenio D'Ors y Walter Gropius escribían en la primera entrega de la revista exclusiva, nacida en Buenos Aires justamente en la era del barrio de Las Latas.

Fue la época de oro de los «Amigos del Arte», que presidía una propietaria de frigorífico. Buenos Aires recibía con orgullo los personajes que Victoria Ocampo importaba en su honor: Rabindranath Tagore, con sus barbas blancas, sus frases musicales y su misteriosa túnica; el conde de Keyserling, oradando con ojos metálicos de barón báltico a las desfallecientes damas de la calle Florida; el impenetrable Krishnamurti, que traía en sus labios una religiosidad nueva. Le Corbusier había construido una casa para la directora de Sur. Allí recibía a todas las notabilidades internacionales de la época. Victoria exigía

todo de primera calidad: el arquitecto, los ladrillos, los filósofos, la música, el té, y naturalmente las mujeres de servicio.

A la clerecía de Sur la política argentina le resultaba algo abominable. Sentía verdadero horror por esa palabra. Se explica muy bien tal rechazo: la oligarquía tenía el poder y hacía política como ya conoce el lector de la presente historia. A los hombres y mujeres de pluma les dejaba algunas migajas en la punta de la mesa, junto a los saleros. Millington Drake, hombre de Gran Bretaña para la infiltración cultural, distribuía aquí y allí becas para que conocieran Inglaterra las jóvenes promesas. Además a sir Millington le gustaban los jóvenes, aunque no fueran promesas.

La corruptela del premio o la beca socorría y amenizaba la gran estructura del poder intelectual extranjerizante montado en la factoría. A Martínez Estrada le permitían, por ejemplo, ocuparse de «temas nacionales» a condición de que huyera de la claridad como de la peste. Su oscuridad deliberada, su barroco verbalismo, lo consagraron. Hacía sonar la «bijouterie» de su invertebrada erudición para «apampar», a los incautos de la pequeña burguesía, que en un momento hasta creyeron descubrir en Martínez Estrada una especie de «profeta disconforme». Hubo multitud de «izquierdistas» que cayeron embobados ante los juegos de manos del gran conformista. Pero el hombre tenía los pies en la tierra³¹⁹, más bien en el campo. Mostró tal garra para la prudencia que le confirieron el Premio Nacional de Literatura, negado a Manuel Ugarte. Al que no quería callar, lo mataban de silencio o de hambre.

Cuando las masas irrumpieron en 1945 con toda su voz, los intelectuales puros, que sabían alemán, o que hablaban francés con acento inglés como Victoria Ocampo, descendieron bruscamente de su Olimpo estéril y se lanzaron a la política. En ese año estaría en juego el destino global de la oligarquía: ¿como para ser indiferentes! Con visible repugnancia, pero con admirable decisión, los Bioy Casares, los Borges, los Bullrich y los Mallea, seguidos de cerca por una grisácea cohorte, se declararon «democráticos». Abrazados como vampiros sedientos a esa entelequia reseca, más muerta que viva, que llamaron Mayo Caseros, la opusieron a todo el país bárbaro, que se alzaba desde los barrios obreros hacia el poder. ¡Cómo gritaron! Sus voces aflautadas se sumaron en 1945 a la reacción oligárquica que se creía victoriosa. Pero no prevalecieron.

La tiranía de los curiales

En cuanto a la justicia, ¿qué decir? Ramón Doll, que a pesar de ideas muy reaccionarias tenía relámpagos críticos admirables, se indignaba durante la década

infame de lo que él llamaba la «tiranía de los curiales»³²⁰. En la Justicia metropolitana, en todos sus niveles, se había formado una rosca histórica, que reposaba sobre los privilegios extorsivos del puerto asociados a los del imperialismo:

*He aquí el triángulo de la oligarquía curialesca, escribe Doll, he aquí el cuerpo trifacetado del más poderoso organismo destructor que acaso forme el grueso de las fuerzas plutocráticas lanzadas contra el país desde el extranjero: Bufete-Estrado-Facultad. Observad bien: son siempre los mismos apellidos, son los yernos y sus suegros, los hermanos y los cuñados. El abogado de un ferrocarril es siempre el profesor de la Facultad que un buen día salta a un juzgado o a una Cámara, o el juez que salta a un bufete bien rentado por la Standard Oil, y cabalmente es también profesor de la Facultad*³²¹.

Verdaderas dinastías, o afortunadas vinculaciones por medio de matrimonios morganáticos, hacían de la Justicia en la década infame un nepotismo tentacular. Las cosas no han variado mucho desde entonces. Ni Yrigoyen logró someter a esta casta. 30 o 40 abogados, siempre los mismos, constituían el núcleo jurídico de los intereses antinacionales. Hombres de leyes, pasaban tranquilamente del directorio de un ferrocarril extranjero a un juzgado, sin abandonar su cátedra de derecho.

La interrelación entre la asesoría legal de las empresas imperialistas y las diputaciones era perfecta. Así fue como se preservó el mito lucrativo de la inviolabilidad del funcionario judicial y de la eternidad de la Suprema Corte de Justicia. En un país de crecimiento tan impetuoso y desordenado, esta superchería no hacía sino estorbar el desarrollo histórico argentino. Pero el secreto estaba en que esta nobleza de la toga era inconcebible sin el dominio oligárquico. Así se formaron en la Facultad de Derecho varias generaciones juveniles que asimilaban con los ojos cerrados los productos varios del sistema. El librecambismo, la Constitución del 53, el alba de Caseros, la noche de la tiranía, constituían la tabla de valores. A esto cabría agregar la devoción servil por la democracia inglesa, supremo paradigma de un país atrofiado.

Los «Maestros del Derecho», los grandes moralistas y los «Maestros de la Juventud» proliferaban, para deleite de la pequeña burguesía universitaria. Según observa Bruno Jacovella con acierto «el eticismo y la juricidad, vale decir el culto unilateral e intemporal de la forma abstracta» constituían una funesta tradición intelectual argentina.

Al promediar la década del 30, los estudiantes veían a los héroes de la Reforma confortablemente instalados en las cátedras, en las asesorías legales del imperialismo o en la magistratura. La Reforma había sido vaciada de su contenido e injertada en el sistema. Un intelectual tan dotado como Deodoro Roca, redactor del *Manifiesto Liminar*, era arrastrado por la corriente «antifascista» en la era del dominio británico. El notable talento de Saúl Taborda no podía manifestarse y nacía su fama de «pensador oscuro». El país tenía hambre y sed de que ocurriera algo. Pero los estudiantes «reformistas» ya no podían reformar nada. La revolución nacional de Yrigoyen se había agotado, ya no cabía duda.

Y si el radicalismo, muerto el gran caudillo, adquiría su sello característico, esa peculiar fusión de trivialidad y cobardía, los estudiantes, por lo menos, ¿podían hacer la revolución en la Universidad?

Naturalmente se trataba de una fantasía reaccionaria. Resultaba imposible concebir una Universidad creadora en un país paralizado por la crisis y saqueado por un poder imperial extraño. Astuta como siempre, la oligarquía proporcionó a los estudiantes una droga particular. Concedió a los estudiantes el derecho de discutir dentro de sus muros y de realizar elecciones perfectas donde los estudiantes analizaban a Rousseau o a Marx, a Churchill, a Stalin o a Roosevelt. Más allá de los edificios de la Universidad, en cambio, las elecciones se realizaban mediante un fraude con frecuencia sangriento. El pueblo carecía de todo derecho. Pero una parte de la clase media, un reducido segmento de estudiantes, de algún modo, tenía acceso a la libertad académica, a condición de que el pensamiento crítico no se proyectara hacia el drama nacional. Así, en 1938, cuando Ortiz subía a la presidencia gracias al fraude organizado en su beneficio por el general Justo, la FUA encabezaba una manifestación con antorchas por la Avenida de Mayo para condenar el «Anchluss» (anexión) de Austria a la «gran Alemania» realizado por Adolfo Hitler. El enemigo directo de los argentinos, obviamente, no era Hitler, sino Inglaterra. En lugar de reclamar la independencia nacional mediante la lucha contra el imperialismo inglés, los estudiantes argentinos eran víctimas de la maquinación oligárquica, que dirigía los esfuerzos de los jóvenes argentinos contra los enemigos europeos de los ingleses.

En la Argentina, como en toda América Latina, parte de los estudiantes y ciertas clases medias eran manipulados en la misma dirección. Sería un error juzgar que tal conducta de los grupos mencionados se fundaba solamente en el empleo de la propaganda ideológica realizado por la oligarquía y su vasto sistema de terrorismo intelectual. Sin desdeñar en modo alguno ese poder, es preciso señalar que una parte de las clases medias se había formado a la sombra de la penetración comercial y financiera ex tranjera. Había un vasto ejército de contadores, técnicos, capataces o ingenieros, ferroviarios o profesionales vinculados a la estructura del intercambio

comercial del mercado interno, además del personal integrado al comercio de exportación e importación. Cabe añadir que la superestructura jurídica, cultural y periodística que se elevaba sobre ese sistema vinculado al mercado mundial a través de Inglaterra, debe ser incluido entre las clases sociales que habían prosperado gracias a la incorporación de la Argentina a la «división internacional del trabajo».

Podría decirse que la «pampa gringa» de las provincias litorales, con sus colonos y chacareros, arrendatarios y propietarios, envió a sus hijos a las universidades, sabiendo estos desde la cuna que el bienestar de sus familias dependía de los precios del trigo en Europa o del mercado de Smithfield en Inglaterra para los ganaderos. La «ideología» demo-liberal y vagamente progresista jugaba aquí un papel de máscara que escondía una estructura económica predominante. El «cipayismo» tradicional encontró en esa estructura un sólido fundamento.

Pero hacia 1930 la furia de la crisis puso a todo el sistema en conmoción.

Sumida en la depresión económica y social más profunda, la Argentina veía hundirse en el pesimismo y la desazón a sus clases medias. El pequeño burgués, nacido penosamente en los estrechos límites de una sociedad agraria, atada al puerto como una providencia, había soñado que sus hijos, salidos de la Universidad con un diploma bajo el brazo, pudieran ascender en la escala social y abrirse camino en la vida. La catástrofe mundial redujo a la ruina esas ilusiones. Los estudiantes universitarios de esa década, como en el fracasado y desdichado Julián Sorel, el héroe trágico de Stendhal en *Rojo y Negro*, perdieron las esperanzas en la política argentina y en la deprimida Patria que veían esquilmar bajo sus ojos. Muchos desertaron de todo ideal. Se hicieron oportunistas y se vendieron a las clases dominantes. Otros adquirieron una fe más sólida en la «democracia» norteamericana, inglesa, francesa o en el «socialismo», según el ejemplo soviético, que en su propio suelo y su propio pueblo. Era la hora de la simulación, de lo «negro», de la resignación, según el personaje stendhaliano. Como en todos los períodos en que la historia inflige a un pueblo una derrota sórdida, la reacción de los sectores sociales más débiles fue la frivolidad, que enmascaró el miedo a la revolución y a la redención nacional. La pasión por el destino colectivo fue sustituida por la procuración del bienestar personal, todo bien cubierto por una florida retórica.

Justamente en la década infame se modela y perfila el «fubismo», vale decir el tipo político, social y psicológico del estudiante de la clase media eternamente cautivo de las categorías abstractas de la «democracia formal». Desde la época que describimos, el «fubista» será el futuro abogado, médico o diputado que va a encarnar en las aulas o en las calles el ala «popular» de la oligarquía. Sea bajo el ropaje ideológico efímero del «socialismo», el «izquierdismo», la «intransigencia

verbal» o el radicalismo, el «fubista» exhibirá una diluida pátina de obrerismo sólo hasta el momento decisivo en que enfrentará a la clase obrera o al interés nacional. Salvo en dos raros momentos –en 1940 y en 1970– la FUA encierra el drama frustrante del pequeño burgués que carece de política propia y marcha siempre a la zaga de grandes fuerzas conservadoras de la sociedad argentina.

Al fin y al cabo, el presidente de la FUA, Raúl Uranga, exigía el derrocamiento del mismo Presidente que había sostenido firmemente la Reforma Universitaria de 1918. «Caudillo senil y bárbaro», vociferaba en 1930 Uranga contra Yrigoyen. Uranga, como siempre ocurre, se volvería yrigoyenista luego, cuando ya era demasiado tarde. Porque, en realidad, si hay que situar en la imaginación del lector el momento históricamente exacto en que comienza a desplegarse el período que describimos, es preciso fijarlo el día 3 de julio de 1933. Ese día murió Hipólito Yrigoyen.

CAPÍTULO V

1935: EL SEXTO DOMINIO

Bajo una llovizna fría e implacable, una enorme multitud se apiñaba esa tarde frente a una modesta casa de la calle Sarmiento, próxima a la Diagonal Sáenz Peña, recién abierta. Las demoliciones necesarias para abrir la gigantesca avenida habían creado un vacío considerable: en esa extraña e improvisada plaza, decenas de miles de argentinos velaban la agonía del caudillo Hipólito Yrigoyen.

Un profundo silencio envolvía a la multitud cuando emprendió la marcha llevando el féretro; miles de improvisadas antorchas iluminaban una confusión indescriptible. Algunas mujeres rezaban. Muchos hombres no ocultaban sus lágrimas. No sólo era un adiós al jefe de un gran movimiento nacional. En cierto modo, con Yrigoyen se enterraba al viejo radicalismo. El pueblo conmovido se despedía a sí mismo en la persona de su jefe y sepultaba toda una época, feliz y arcádica, perdida en el pasado reciente y ya remoto.

Jamás volvería a reunirse una muchedumbre semejante en Buenos Aires en los próximos doce años. Bajo el imperio de la paz británica y de la dictadura justista, una profunda desmoralización política invadiría a los argentinos. En aquella tarde melancólica, la muerte de Yrigoyen significaba el coronamiento de una derrota nacional. A partir de ese día comienza un lento proceso de disgregación de las masas populares, que sólo volverán a reunirse en las plazas y calles de la República en 1945.

El diario *La Prensa* consagró una columna de 27 centímetros a la noticia. Allí se informaba del fallecimiento del señor Hipólito Yrigoyen, «que fue comisario de Balvanera y dos veces presidente de la República»³²². Eso era todo. La prensa comercial demostraba hasta el último día el odio que le inspiraba el jefe del pueblo argentino. En la Cámara de Diputados el espectáculo fue sugestivo. Los legisladores del fraude dijeron las banalidades que correspondían. El diputado socialista Repetto, por su parte, opinaba en su breve discurso:

Le debíamos un homenaje, hasta por la razón muy secundaria de haber sido miembro de esta Cámara... No sé si Yrigoyen ha trabajado solamente por la gloria o para disfrutar él mismo de los progresos debidos a su propio esfuerzo en la evolución política del país. Para honor suyo quiero suponer esto último...

No es ésta una hora oportuna para formular juicios sobre su obra de gobernante, ni sobre su labor como jefe de partido. Hechos demasiado recientes han avivado las pasiones y reencendido no pocos odios... Mientras tanto, tributemos el homenaje que se merece el hombre de acción que fue Hipólito Yrigoyen³²³.

Después de pronunciar estas palabras, el famoso puritano volvió a sentarse en la banca que, con otras 44, debía a la proscripción de Yrigoyen.

Con una ferocidad particular, el diario conservador *La Frontera*, del cual ya hemos citado para edificación del lector algunas gemas, exhibe el turbio rencor de los silenciosos hombres del Jockey Club ante la muerte del caudillo. El artículo necrológico se titula cruelmente «Ante el cadáver». Comienza así:

Ha muerto demasiado tarde. La naturaleza pudo ahorrar a su senectud las amarguras de un final lastimoso... Su honor personal y el honor colectivo habrían requerido que su biografía se cerrara antes de 1916.. Su obra es memorable como las grandes epidemias... El viejo azote del caudillismo supersticioso es una fatalidad de nuestra herencia indoespañola. Se reproduce y continuará reproduciéndose por muchos años en modo más o menos notable. Pero no se repetirá un ejemplo tan complejo, amplio y perfecto.

Tal arriesgada profecía se publicó el 4 de julio de 1933 y sus autores ignoraban que sólo faltaban 12 años para ser desmentida.

Muy poco tiempo antes, como anticipándose al juicio póstumo, el senador por Jujuy, Benjamín Villafañe, dirá en el Senado que el triunfo de Yrigoyen en 1916 había sido un «castigo para las clases dirigentes» y «triunfo del extremismo en la República Argentina antes de Moscú», lo que había tenido como resultado que el país fuera gobernado de 1916 a 1930 por hijos o nietos de árabes, calabreses o de los últimos detritus humanos venidos de las distintas regiones del globo», erudito discurso que concluía elogiando al 6 de setiembre como producto de una «minoría selecta, vieja estirpe que en un gesto de ira corrió a la desbandada

ese día a los bajos fondos que se habían adueñado de la Casa Rosada»³²⁴. El coro reprobatorio se completaba con la opinión del Partido Comunista.

La muerte de Yrigoyen proporcionaba un buen pretexto para demostrar la comprensión de los dirigentes comunistas:

*Hipólito Yrigoyen, ganadero de ínfima categoría, maestro normal de instrucción cívica, de una mediocre cultura, desconocía totalmente las normas y resortes administrativos del Estado burgués. De una incapacidad manifiesta acerca de las fuerzas económicas que se desenvuelven en cada sociedad, sus primeros actos de gobierno evidenciaron bien pronto su incompetencia, así como la primitividad de sus métodos. La formación de su ministerio fue la primera prueba. Consciente de su inferioridad y a pesar de tener en las filas radicales hombres prestigiosos, recurre a oscuros elementos de comité, y a caudillos de tierra adentro, tan torpes e ignorantes como él mismo. Su ministro de Instrucción Pública sirvió de hazmerreír popular*³²⁵.

La oligarquía y su prensa opinaban del mismo modo aunque con mejor estilo. Cabe recordar al lector que el famoso Ministro de Instrucción Pública que los comunistas juzgaban objeto del «hazmerreír popular» era el doctor José Salinas, enviado de Yrigoyen a Córdoba donde protegió y legalizó el estallido de la Reforma Universitaria de 1918.

Al abrirse el juicio sucesorio de Yrigoyen se comprobaba que dejaba un déficit de \$ 200.000. El estanciero bonaerense que había hecho su fortuna con la expansión agropecuaria, la había gastado íntegramente en su lucha por la democracia política³²⁶.

Las numerosas «comisiones investigadoras» del uriburismo se estrellaron contra la verdad. Las cuentas del Banco de la Nación eran transparentes. Las del Crédito Público, del mismo modo. El interventor en esta última repartición, doctor Avellaneda, así lo informaba al gabinete reunido bajo la presidencia del general Uriburu:

Todo está en orden perfecto.

Y Uriburu pregunta:

*¿Para esto hemos hecho la revolución?*³²⁷.

Al producirse el 6 de septiembre, el gobierno provisional congela la cuenta corriente de Yrigoyen en el Banco de la Nación y el anciano, en la isla Martín García, se encuentra sin recursos. El adversario político de Yrigoyen, pero antiguo amigo personal, que fuera presidente del Senado del régimen, doctor Benito Villanueva, le envía al caudillo su libreta de cheques, firmada en blanco, para que Yrigoyen la llene. La hija del ex presidente, Sara Yrigoyen, vive modestamente en su pequeño departamento de Olaguer y Cabildo: «Tengo que cuidar mi pensión, es lo único de que dispongo».

Todo estaba en regla. Así despedía al caudillo popular, de izquierda a derecha, la cipayería triunfante después del 6 de septiembre, en el mismo momento que las consecuencias económicas del convenio Roca-Runciman iban a encadenar firmemente al pueblo argentino durante una década.

Al morir Yrigoyen, comienzan las patriadas radicales, que estallarán sucesivamente durante dos años. Primero había sido el general Severo Toranzo, luego la conspiración de 1932, dirigida por el teniente coronel Atilio Cattáneo. Antes y después de la muerte de Yrigoyen, el abstencionista Alvear se había opuesto a toda acción armada.

pero, ¿cómo quiere que fomente la violencia, si al primero que van a fusilar, en el caso de que triunfen, va a ser a mí?», dirá a Cattáneo³²⁸.

Mientras sesiona la Convención Nacional del radicalismo en Santa Fe, que ratifica la abstención electoral, se levantan el 29 de diciembre de 1933 los radicales revolucionarios en esa provincia, Buenos Aires y Corrientes. En Paso de los Libres, bajo el mando del coronel Roberto Bosch, se lucha contra las tropas del gobierno de Justo y mueren catorce radicales. El levantamiento es aplastado por el gobierno. La patriada tendrá un soldado cantor, Arturo Jauretche, quien escribe

el relato gaucho de la última revolución radical dicho en verso por el paisano Julián Barrientos que anduvo en ella³²⁹.

El gobierno de Justo declara el Estado de Sitio y envía a Ushuaia decenas de dirigentes radicales, de los revolucionarios y de los pacíficos, así como detiene más de un millar de yrigoyenistas. Alvear, como siempre, opta por emigrarse. Los dirigentes alvearistas rechazan toda responsabilidad por las acciones revolucionarias. Don Marcelo comienza a dominar por completo el viejo aparato del radicalismo, al

mismo tiempo que el radicalismo pierde sustancia y deja de ser. El antiguo movimiento yrigoyenista se puebla de feroces adversarios de Yrigoyen. Las corrientes nacionalistas populares son extirpadas del poder y de la oposición, rasgo específico que caracteriza toda la Década Infame.

Banco Central y monopolio de transportes

El nuevo Ministro de Hacienda del general Justo era el doctor Federico Pinedo. Joven abogado, más audaz que talentoso pero equipado con un cinismo perfecto para el oficio, vino a sustituir a Alberto Hueyo. Justamente a Pinedo le correspondió llevar a la práctica en la Argentina un proyecto de Banco concebido por los expertos ingleses para una institución similar en la India. El Banco Central diseñado por sir Otto Niemeyer había sido propuesto al parlamento indio en 1926. Pero la oposición había sido tan obstinada que los ingleses no lograron imponerlo. Un administrador colonial francés, que tenía en esta oportunidad razones para ser objetivo al estudiar las colonias inglesas, opinaba:

*Inglaterra tiene un interés primordial en que la reforma monetaria se efectúe, como ha especificado la Comisión Babington en 1920 con las siguientes palabras: 'En el interés del Imperio Británico es deseable que el sistema monetario de la India sea tal que facilite y estimule los intercambios comerciales en el interior del Imperio Británico más que los intercambios con el exterior y es además conveniente retener en el círculo del imperio la finanza del comercio indio'*³³⁰.

Al discutirse los proyectos en el Senado, el joven Ministro de Hacienda diría, con irreprimito orgullo: «Nosotros somos pequeños satélites en la órbita de las grandes naciones mundiales». Toda su acción como ministro se dirigió a reforzar esa dependencia. Pinedo encontró un excelente experto en el funcionario Raúl Prebisch, consagrado devotamente al servicio del imperio; Prebisch será designado gerente general del Banco Central. El anuncio de su designación fue formulado en Londres antes que en Buenos Aires. He aquí los detalles del asunto.

En 1934 era presidente de la Cámara de Diputados el doctor Manuel A. Fresco, médico de los ferrocarriles ingleses y legislador fraudulento, con arrestos «nacionalistas». Los reglamentos de los ferrocarriles prescribían que al cumplir 15

años de servicios al imperio, los funcionarios de cierta jerarquía tenían derecho de viajar a Londres, con su esposa e hijos, con gastos pagos. Fresco aprovechó la ocasión y viajó a Inglaterra. Al despedirse en Buenos Aires de «Sir William» Leguizamón, presidente de los ferrocarriles en la Argentina, éste le recomendó muy especialmente que al llegar a Londres no dejase de cumplir el rito del besamanos con Mr. Follet Holt, cerebro de las empresas ferroviarias. El presidente de la Cámara de Diputados de la Argentina (y empleado británico) concurrió a saludar al magnate. Después de conversar de generalidades, el inglés preguntó al legislador empleado:

–¿Qué hay, doctor, de la ley del Banco Central?

Pero Fresco nada sabía de ninguna ley. ¡Qué iba a saber! El inglés, extrañado, pues dijo que el proyecto debía encontrarse según sus cálculos a consideración del Congreso argentino, le extendió a Fresco un ejemplar del proyecto de Banco Central, redactado en inglés.

–Hace ya tiempo que se envió este proyecto al gobierno argentino. Es raro... Y después de un momento, le preguntó a Fresco:

–¿Qué concepto tiene usted de Raúl Prebisch?

–No le conozco respondió Fresco embobado, que al parecer no sabía nada de nada. ¿Por qué me lo pregunta?

–El doctor Raúl Prebisch desempeñará las funciones de gerente general del Banco Central de la República Argentina en Buenos Aires le informó Follet Holt.

Toda la historia está narrada por lo menudo por el escritor José Luis Torres a quien fue referido el episodio por el mismo Fresco, en *La oligarquía maléfica*³³¹.

El nombre de Prebisch resonará a lo largo de la década infame como un sombrío leit motiv de nuestra recolonización. Volverá a aparecer en los idus de septiembre, cuando el patriciado se desembarace de César³³².

El Banco Central le entregó a la banca inglesa el completo dominio financiero de nuestro país. Su directorio estaba compuesto por representantes de las actividades agropecuarias y de los bancos extranjeros y nacionales; pero al examinar la composición real de esos bancos y de esas actividades, se caía en la cuenta de que la mayoría de los votos de su directorio estaba en poder de los intereses británicos a través del núcleo de invernadores esclavizados a los frigoríficos extranjeros, de la banca privada ligada al sistema financiero imperial; del gran

comercio metropolitano, agente importador de Gran Bretaña y de su presidente, designado por un Poder Ejecutivo sirviente de los intereses ingleses. Gran Bretaña llegaría a regular desde 1935, fecha de creación del banco, la política económica argentina. El Banco Central discernía el manejo de las divisas, indispensables para la selección del intercambio y llave maestra de la industrialización. También estaba facultado para emitir moneda, lo que ponía en manos extrañas el derecho de un país nominalmente soberano.

La segunda consecuencia del convenio Roca Runciman, manifestación del «tratamiento benévolo» que ese tratado preveía, sería el monopolio de los transportes de la ciudad de Buenos Aires y luego de toda la República. El surgimiento del «Colectivo», producto del ingenio de un taxista de la época de la crisis (¡quién podía tomar un taxi en 1930!), creó serios problemas a los tranvías ingleses, como a los subterráneos y ferrocarriles suburbanos. El colectivo se extendió con gran rapidez: más de 100.000 pequeños propietarios encontraron en el taxi remozado un medio de vida.

Los ingresos brutos de las compañías se resistieron asimismo por la competencia de las líneas de ómnibus particulares. La idea de la coordinación, es decir del monopolio británico, se tradujo en numerosos y urgentes memoriales. Se redactaron proyectos de ley que ganaron la buena voluntad del Presidente de la República y sus ministros antes de «convencer» a la mayoría del Parlamento. Fue uno de los más oscuros negociados de la década infame. El sutil traductor de los poetas isabelinos, Mariano de Vedia y Mitre, intendente de la ciudad de Buenos Aires, obstaculizó la investigación de los libros de contabilidad de las empresas inglesas resuelta por el Concejo Deliberante.

El presidente Justo y sus ministros impulsaban firmemente el proyecto de ley; los diputados y senadores lo estudiaron rápida y afanosamente. En julio de 1933 el presidente del Ferrocarril Sud declaraba en Londres:

*el 83% de la disminución de pasajeros corresponde al tráfico suburbano, debido a la competencia sin precedentes de los ómnibus y colectivos*³³³.

El 24 julio de 1935 The Times de Londres publicaba declaraciones del presidente del Anglo, Duque de Atoll, donde urgía a

*una completa revisión de las bases para reorganizar el transporte en la ciudad de Buenos Aires*³³⁴.

El general Justo repetía al año siguiente en su mensaje a las Cámaras, el mismo argumento:

En el tráfico de los pasajeros la competencia se hace sentir en la zona suburbana por la mayor elasticidad y modicidad de tarifas y formas de servicio de ómnibus y similares.

Comenta Scalabrini Ortiz:

La baratura de un servicio resulta así causa suficiente para su extirpación legal³³⁵.

La farsa legal se completa cuando Justo designa una comisión honoraria «para el estudio de la situación económica y financiera de los ferrocarriles ingleses». Esa comisión la integraban el abogado Roberto Ortiz, letrado de los ferrocarriles británicos y futuro presidente de la República; el doctor Ramón Videla, miembro del directorio del Ferrocarril Pacífico.

Luis Colombo, presidente de la unión industrial Argentina, estaba vinculado estrechamente a la firma bancaria e industrial inglesa Leng Roberts y Cía. Don Juan Mignaqui, ligado al capital petrolífero inglés, era director de una de las filiales de la Shell Mex, del mismo modo que otro adicto al capital británico, el doctor Adolfo Bioy. La indignación pública por este sistema habitual de afectar la soberanía económica no constituyó ningún freno para los «vendepatrias», palabra introducida en el lenguaje cotidiano por los nacionalistas. En 1935 mister J. M. Eddy declaraba que:

la situación de los ferrocarriles es de verdadera gravedad, pues han perdido el monopolio de los transportes³³⁶.

La Ley de Coordinación de Transporte fue aprobada. A fin de votarla y no poner en peligro el quórum legal, un diputado conservador, el doctor José Arce, tomó apresuradamente un avión en Chile para llegar a tiempo a la Cámara de Diputados. Se impondría la lectura de muchos volúmenes para describir los escándalos financieros y los negociados coloniales durante la década infame en la Argentina. Un documentado escritor tucumano, don José Luis Torres, ha consagrado varios libros a registrar minuciosamente la crónica delictiva del período.

Al trazar una síntesis de los negociados en aquella época, cuyos principales beneficiarios estaban fuera del país, escribe Torres:

Entre ellos merecen atención especial por sus proporciones únicas en el mundo y en su género, el del puerto de Rosario, negocio explotado desde París y que daba utilidades anuales comparables a las dejadas por el gran canal de Suez, que era señalado en los círculos bursátiles de los grandes centros financieros como el mejor negocio del mundo; el del Banco Central de la República, que puso en manos de una organización de bancos extranjeros a toda la economía nacional, el del Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias, al cual se entregaron pesos 700.000.000 para la salvación de banqueros quebrados, arbitrándose la suma mediante la desvalorización de la moneda del pueblo; el de la Conversión de la deuda pública externa en el orden nacional y en los estados federales, que causó perjuicios al país por miles de millones para enriquecer fabulosamente a la banca Bemberg, que concentró en su torno una serie de bancos internacionales con el objeto de explotar el negocio; el de la renovación de la concesión de la CADE, cuando todas sus instalaciones y redes de distribución estaban a punto de ser entregadas al Estado, sin cargo, como había quedado establecido en una ley de concesión que tocaba a su término.

La renovación se hizo hasta más allá del siglo, y autorizaba a un monopolio internacional la SOFINA para lograr del vecindario de la Capital argentina en ese lapso utilidades de más de 8.000 millones de pesos³³⁷.

Bajo la presión del gobierno de Justo, con un Parlamento domesticado, donde la oposición socialista cumplía decorosamente su papel de «hormiguita práctica», la mayor parte de estas leyes y medidas fueron aprobadas en medio de la imponente indiferencia de los grandes diarios. Ese precioso silencio fue comprado mediante el otorgamiento de un cambio preferencial para importar papel de bobina; así ocurrió cuando el Congreso votó la ley del Banco Central y cuando sancionó la ley que entregaba el transporte porteño al imperialismo. Para que no faltara la nota insolente en el cuadro del sometimiento nacional, el embajador declaraba en un almuerzo en la Cámara de Comercio Británica:

Si no hubiese sido por el capital británico, en el mismo lugar donde estaba hablando habría un farol a kerosene donde un gaucho vendría a atar su caballo.

El general Justo, entre el barro y el estiércol de la década infame, sonreía afablemente. Habría podido contestar con las palabras de Yago al grito del deshonrado Casio:

¡Oh, mi reputación, mi reputación!». «¡Bah! –dice Yago–, esas son palabras. Al oír vuestros gritos creí que os habían herido en alguna parte.

La discriminación anti-yanqui

El desplazamiento de los intereses norteamericanos era un hecho. La estructura cambiaria creada en 1931 y 1932 bajo la influencia de la crisis, alejaba para Gran Bretaña la amenaza norteamericana en la Argentina, perceptible en el golpe del 6 de septiembre de 1930.

Félix Weil escribe:

Por medio de la fiscalización de los cambios, el gobierno argentino dirige la economía nacional hacia un acercamiento con Inglaterra y obstaculiza su proximidad a los Estados Unidos. No es ésta la oportunidad de discutir si esta política es buena o mala, pero es un hecho que con la política iniciada por los tratados Roca Runciman se favorece el cambio con Inglaterra y no se puede decir lo mismo con respecto a los Estados Unidos. Podemos llamar a esto 'economía controlada' porque ya no depende más de la voluntad del comercio argentino comprar sus materias primas donde quiera. No le es prohibido comprar en determinados países, pero él sabe muy bien que comprar materias primas en los Estados Unidos le cuesta un 20% más caro que si compra en Inglaterra³³⁸.

La esfera del petróleo había sido también una zona conflictiva entre norteamericanos e ingleses. La política expansiva de la Standard Oil en el planeta entero condujo a choques, frecuentemente sangrientos. Se recuerda que el general Primo de Rivera cayó del gobierno después de intentar establecer un monopolio español estatal del petróleo, volteado presumiblemente por una conjunción de la Standard y la Royal Dutch. El emir Feisal murió misteriosamente en un hotel de Berna por resistir exigencias de la Shell, apoyándose en la Standard.

Con el socorro de la gran prensa, el tiempo terminó por sumir en el olvido el «accidente» aéreo que cobró la vida del ingeniero Mattei, fundador del ENI (empresa estatal italiana de petróleo). El gran empresario se había ganado el odio eterno de los monopolios petroleros internacionales por quebrar, mediante beneficiosos contratos con los países árabes, las normas leoninas que el imperialismo había establecido en el Medio Oriente.

La lucha interimperialista por el dominio del petróleo en Centroamérica y en México, para no hablar de la guerra del Chaco, es rica en actos de piratería, corrupción y asesinato. Sin embargo, en la Argentina dominada estrechamente por la red imperialista británica, el conflicto entre los colosos asumió características más pacíficas.

La naturaleza de la penetración británica en la Argentina determinaba que su mayor interés consistiese en la exportación argentina de productos alimenticios y el de la importación de artículos manufacturados y carbón británicos. Resulta sugerente señalar que desde sus comienzos la explotación petrolera en la Argentina fue de carácter estatal. Este hecho no fue obstaculizado por Gran Bretaña, que deformaba el conjunto de la economía argentina sin resistencias considerables.

La iniciación de la política defensiva que en materia de petróleo adoptó la República Argentina, escribe Scalabrini Ortiz, fue una maniobra de Inglaterra para detener sin acción directa la intromisión arrolladora de la Standard Oil³³⁹.

Inglaterra no consideró políticamente asumir una batalla frontal con la Standard en su Sexto Dominio argentino y prefirió tolerar un nacionalismo estatal defensivo a través de la Dirección General de Exportación de Petróleo, primero, y luego de YPF. Si se considera que en la Década Infame, donde la política financiera y la estructura económica argentina estaban dominadas por Gran Bretaña, no podía ser accidental que YPF llegara a constituirse en una floreciente empresa nacional.

Al imperialismo británico no le interesaba la exportación del petróleo argentino. Sus intereses fundamentales se ligaban a la estructura ferroviaria y a la producción agropecuaria. Pero deseaba evitar a toda costa el aumento de influencia norteamericana en nuestro país a través de la explotación del petróleo por la Standard. YPF debía así halagar el orgullo nacional. Al estimular un «antiimperialismo, yanqui» derivaba por esa vía el odio general contra la condición semicolonial del país. Esa fue la base material de que en la Argentina, desde la oligarquía hasta importantes sectores de la pequeña burguesía ligados a la economía exportadora, alimentasen una tradición antiyanqui y una profunda amistad con nuestra «amiga tradicional».

Lo que debía revelarse una verdadera sorpresa política para Inglaterra es que ese instrumento estatal, creado para esos fines, asumiese características totalmente diferentes con la llegada al poder de Yrigoyen en 1916 y 1928. Bajo la dirección de Mosconi se transforma en factor de resistencia argentina ante el imperialismo mundial. Aun en esa época, YPF, por sus niveles de productividad, no competía con la exportación de carbón británico. Recién con el período expansivo de la crisis, la industrialización y la postguerra de 1945 el problema del petróleo llegará a constituir un punto crítico en la estrategia inglesa frente a la Argentina, problema que oportunamente examinaremos³⁴⁰.

La diplomacia triangular

La rivalidad interimperialista entre Gran Bretaña y Estados Unidos se manifestaba también en el campo de la política exterior argentina. Ya hemos visto la actitud de Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña en la Primera Conferencia Panamericana de Washington de 1889³⁴¹. El gobierno del general Justo no innovó en la materia. En 1933 se realizaba en Montevideo una Conferencia Panamericana. La delegación norteamericana estaba presidida por Cordell Hull y la Argentina por Saavedra Lamas. La política invariable de los Estados Unidos consistía en atraer a la Argentina hacia su órbita, sosteniendo el principio fundamental de la «unidad hemisférica». En otras palabras, se proponía sustraer a los países del Plata de la influencia inglesa. La crisis mundial había originado en materia de política financiera una actitud análoga entre los Estados Unidos y la Argentina: control de cambios, abandono del patrón oro, etcétera. De ahí que la Argentina rechazara la propuesta de México para obtener una moratoria de la deuda externa.

Rasgo característico de la oligarquía vacuna, estaba dispuesta a hambrear la República con tal de no incurrir en mora un solo día en el pago de los servicios financieros de los empréstitos británicos.

Pero el punto más importante que interesaba a los Estados Unidos, fuera de la fraseología vacuna de este tipo de reunión, no pudo ser resuelto en Montevideo. Tampoco tuvo mucho éxito el criterio de Washington cuando se organizó una Conferencia Interamericana extraordinaria en Buenos Aires en noviembre de 1936. El propio presidente Roosevelt llegó a bordo del acorazado «Indianapolis» para encontrarse con que el gobierno argentino había integrado la delegación de la conferencia con notorios abogados británicos: Roberto Ortiz, Miguel Angel Cárcano, José María Cantilo, Leopoldo Melo. El general Justo declaraba en la sesión inaugural:

No parece necesario insistir que en la realización de estos nobles propósitos en modo alguno se ha pensado en crear agrupaciones continentales antagónicas. Sólo se anhela encontrar fórmulas más perfectas para la solución pacífica de los conflictos internacionales, que puedan merecer la adhesión de todos los países³⁴².

A esta frase reveladora, añadía otro párrafo no menos claro sobre su adhesión a los principios de la Sociedad de las Naciones, satrapía inglesa. El evangélico Roosevelt insistía en la necesidad de unir a:

las repúblicas de este hemisferio plenamente dispuestas a consultarse en pro de su seguridad y su mutuo bienestar³⁴³.

Tres días más tarde Saavedra Lamas insistía en diluir la unidad hemisférica:

para volvernos también a todos los horizontes ofreciendo la colaboración y la cooperación que estamos dispuestos a prestar a los grandes ideales humanos que no tienen límites ni restricciones continentales³⁴⁴.

Tozudamente Cordell Hull proponía crear:

*un organismo interamericano de insoslayable competencia en los conflictos, mientras que Saavedra Lamas se oponía a él y subrayaba el principio de no intervención en la forma más absoluta*³⁴⁵.

Como en todas las conferencias interamericanas anteriores, desde fines del siglo pasado, la Argentina resistía, discutía y deslizaba interpolaciones en los textos para escapar al puño de hierro norteamericano. El último episodio no fue menos claro. Saavedra Lamas, después de aprobar los difusos documentos largamente discutidos, propuso inesperadamente abrirlos

*a la adhesión universal de los estados para aguar y disolver el panamericanismo dentro del sistema de la Liga*³⁴⁶.

Ante el asombro de los diplomáticos norteamericanos, el canciller argentino Saavedra Lamas se reveló como un agente británico de gran empaque. Tenía en ese momento 58 años. Se había casado en su juventud con la hija del presidente Roque Sáenz Peña, aquel demócrata que ordenó vestir a los ordenanzas de la Casa de Gobierno librea y calzón corto. No hay duda de que pertenecía a la familia. Tras largos esfuerzos había logrado imitar a la perfección al diplomático europeo tipo, tal cual él lo concebía. De largo cuello duro, «amplia cadera y duro peinado rococó», Carlos Saavedra Lamas calzaba como un guante en el gabinete del general Justo.

Como la factoría pampeana carecía de política exterior independiente, para Saavedra Lamas la diplomacia venía a constituirse en un brillante juego de exhibición mundana, una especie de carrera de honores perpetua. El papel que jugó en la dolorosa guerra entre Paraguay y Bolivia basta para retratar al personaje y la época.

Entre junio de 1932 y junio de 1935 los dos pueblos hermanos, los martirizados pongos del Altiplano y los peones paraguayos, libraron una sangrienta contienda. Detrás de los héroes anónimos se movían intereses tenebrosos. La Bolivia semicolonial, en manos de tres magnates mineros, contrató a un general alemán, el general Kundt, como jefe de su ejército. Pero detrás de Kundt estaba la Standard Oil, que ambicionaba el petróleo del Chaco Boreal. El Paraguay, a su vez, estaba apoyado por la Shell Mex, el grupo anglo holandés, rival de la empresa norteamericana mencionada. La Argentina, bajo la influencia inglesa, sostenía discretamente la causa del Paraguay. Por esa causa, el canciller Saavedra Lamas interpuso «sus buenos oficios» para gestionar la paz, mientras abastecía con todos los recursos posibles al Paraguay, en nombre del interés británico. De

ese modo, azuzaba y prolongaba el conflicto. Por el otro lado, predicaba la concordia americana.

El 12 de junio de 1935 se firmó la paz en el Chaco. Estaba presente en el acto Spruille Braden, hombre de la Standard Oil, que diez años más tarde, como embajador de los Estados Unidos en Buenos Aires, encabezaría la lucha de los partidos argentinos «democráticos» contra el «nazi» coronel Perón.

Por vía de Cancillería, sin perder un minuto, Saavedra Lamas gestionaba el Premio Nobel de la Paz. El mote que conquistó en Buenos Aires al mismo tiempo que el Premio en Estocolmo, fue el de «pirómano bombero».

Según Arturo Jauretche

los foguistas se ocuparon de hacer la paz y pasaron a ser bomberos y las mismas fuerzas que consiguieron esta transformación, consiguieron un premio para el jefe de los bomberos».

¡Como para creer en la integridad de la venerable corporación sueca! Esa rara vinculación entre Alfred Nobel, inventor de la dinamita y fabricante de municiones, y su amor por la paz, el arte y la ciencia, había tenido siempre un aire sospechoso.

Los toscos representantes de Wall Street no debían sufrir más que disgustos con la Argentina, primero con Yrigoyen y luego con estos astutos caballeros británicos disfrazados de diplomáticos argentinos. Baste decir que al realizarse la Octava Conferencia Panamericana en agosto de 1938 en Lima, presidía la Argentina el Dr. Roberto M. Ortiz, antiguo abogado de los ferrocarriles ingleses. Su canciller, el Dr. Cantilo, concurrió al Perú y no dejó lugar a dudas sobre el candente tema. Estados Unidos insistía esta vez más urgentemente en firmar un pacto de seguridad colectiva entre los estados americanos. Como era previsible, Cantilo se opuso, Al principio parecía un nacionalista.

«Pero la Argentina cree que cada pueblo americano con su fisonomía inconfundible debe desarrollar su propia política sin olvidar por ello la magna solidaridad continental ni la gravitación natural de intereses recíprocos que se agrupan por razones geográficas»³⁴⁷.

El mismo precisó diáfano su pensamiento al importunar a los Estados Unidos recordándoles la época en que sostuvieron en China la política de puertas abiertas y fueron llevados a interesarse por las islas Hawai y luego, tras la guerra de España, obtener la cesión de las islas Filipinas, es decir, sostener una política que no era exclusivamente americana»³⁴⁸.

Del mismo modo, argüía, la Argentina no puede hacer una política exclusivamente americana por

los intereses que los países del Río de la Plata y no sólo la Argentina, tienen en los mercados europeos... que se oponen a ello y gravitan en su política nacional e internacional... sentímonos estrechamente solidarios con la Europa por la inmigración que de ella recibimos y que tanto contribuyó a nuestra grandeza, por los capitales europeos que fomentaron nuestra producción agropecuaria, nuestros ferrocarriles y nuestras industrias.. es europea la influencia que predomina en la enseñanza superior de nuestras universidades, como europeos son en general el plan y los métodos de la que se da en nuestras escuelas. Todo esto cuenta en la política internacional de la Argentina, como cuenta, estoy seguro, en todos los pueblos latinos de este continente; como los intereses del Imperio británico tienen que ser caros y no pueden dejar de serlo a nuestros hermanos del Norte³⁴⁹.

¡Eramos europeos! Imposible nos resultaba subordinarnos a la política norteamericana, no por latinoamericanos, sino por europeos, es decir, porque estábamos sometidos a la influencia inglesa. De donde esta breve síntesis permite comprobar que en la Década Infame la política exterior estaba en perfecta consonancia con la política interior.

Pero en el interior del sistema oligárquico fundado en la propiedad de la tierra y en el comercio exterior, no faltaban divergencias sugestivas. El peso de la crisis dividió, hasta cierto punto, a los ganaderos y permitió conocer, a la altura de episodios trágicos, su trama íntima.

En la década del 30 Lisandro de la Torre personifica esa querrela.

Lisandro de la Torre y el antiimperialismo de los ganaderos menores

Lisandro de la Torre es la única personalidad eminente que produce la ciudad de Rosario en toda su historia. Sus dos otras figuras de relieve, David Peña y Estanislao Zavallos, según observa García Ledesma, la abandonarán desde jóvenes,

calificándola de ciudad 'Fenicia'³⁵⁰. No hubo conquistador en su origen, es decir no hubo espada, ni cruz ni superestructura cultural, en otras palabras, los actos que vincularon a las grandes ciudades argentinas al proceso de cultura occidental.

Simple posta de caballos al principio, Rosario suscitará luego las esperanzas de las provincias interiores, en tiempos de la Confederación urquicista. Se la veía como probable Capital de la República, capaz de reemplazar al despótico poder de Buenos Aires. La federalización de la capital histórica convirtió luego a Rosario en centro comercial de la «pampa gringa» y de los intereses exportadores del Litoral.

Su población fue predominantemente de origen inmigratorio; su «aristocracia mercantil» estaba formada por descendientes de inmigrantes genoveses, piemonteses, y vascos, celosos de las familias santafesinas tradicionales del norte de la provincia y de los grandes estancieros criollos, que residían generalmente en Buenos Aires. Los chacareros del Sud constituían su clientela política; así fue como se alentó un separatismo que llegó en una época a propiciar la creación de una nueva provincia con capital en Rosario. El nuevo Estado traduciría en ese caso los intereses de la burguesía agraria y exportadora. La industrialización posterior a 1930, poblando a Rosario de obreros, cambiará el carácter de la gran ciudad.

Los pequeños ganaderos del norte de Santa Fe carecían a su vez de representación política. De la Torre defendió sus puntos de vista, particularmente cuando la «pampa gringa» de los chacareros, que había aportado su caudal electoral desde la Liga del Sur, se hizo fascista por el triunfo de Mussolini. Lisandro de la Torre aparece en la vida pública como hombre de Alem, propenso al pacto con Mitre; su antirroquismo era tan lógico como su antiyrigoyenismo. En 1916 su candidatura a la presidencia es prenda de una alianza con los conservadores más reaccionarios de todo el país, los de la provincia de Buenos Aires. Se lo considera en este ambiente un candidato inseguro, pero de la misma clase social, un ganadero, un vacuno, demasiado liberal, descontento e independiente, pero vacuno al fin.

Este «descontento», esta «aspereza», esta «independencia», característica en la personalidad de Lisandro de la Torre, no movería nuestro interés en el dominio de la psicología pura, pero sí lo suscita, y en alto grado, desde el punto de vista social y político, si consideramos que se trata de un pariente pobre, de un asociado menor de la clase ganadera argentina. De la Torre representa al pequeño productor del Litoral excluido de las jugosas exportaciones generalmente reservadas para los invernadores bonaerenses. El furor frío y esos accesos de cólera, distintivos de Lisandro de la Torre, delatan al irritado segundón de la ganadería del Litoral, relegada por la voracidad del grupo privilegiado. Su notoriedad alcanzó por primera

vez una dimensión «popular» en virtud del debate sobre las carnes en el Senado. Aunque mostró en la ocasión todo su vigor y penetración de gran parlamentario, libraba una batalla de retirada. Ya no creía en su lucha y así lo confiesa en sus cartas íntimas³⁵¹. El feroz dominio de la oligarquía era incontestable, tanto en la esfera económica como en el poder político. De la Torre ve desvanecerse todas sus posibilidades, esto es, la ilusión de un liberalismo democrático sin el pueblo.

El privilegio bonaerense

Su última gran actuación política estará consagrada a la defensa de los intereses ganaderos del Litoral, su gran tema. Los pequeños ganaderos de Santa Fe, Buenos Aires y La Pampa, permanecían al margen de las cuotas de exportación que el imperialismo repartía en el grupo de los grandes criadores, invernadores y estancieros bonaerenses. Ligados directamente al mercado británico, estos últimos constituían el núcleo cerrado y privilegiado de la oligarquía en la gran provincia.

Los ganaderos medianos, que vendían al mercado interno a precios menores que los pagados en los mercados exteriores, aspiraban a una «democratización» de las cuotas de exportación. De la Torre planteó políticamente esa divergencia en el seno de la clase ganadera; al mismo tiempo, se hacía intérprete, aunque más tibio, de los intereses agrarios del Litoral, ávidos de tierra barata. Todo su antiimperialismo era circunstancial, localizado, específico; en realidad, no existió nunca. Su moderado «nacionalismo agrario» excluía a los sectores más importantes de la República. La óptica del político litoraleño no abarcaba más que una sociedad de ganaderos, comerciantes, chacareros, empleados y universitarios.

Las aspiraciones de los pequeños ganaderos no tenían viabilidad histórica, sino a través de una acción nacionalista, popular y revolucionaria. Una política semejante no podía ni siquiera concebirse sin una orientación industrial del poder público, posición jamás planteada de una manera decisiva por De la Torre. Es justo consignar, en este aspecto, que no predicó jamás un librecambismo anglófilo como el preconizado por Juan B. Justo.

Aludiendo a la política ganadera bonaerense, cuyo representante en el gobierno era el ministro de Agricultura, Luis Duhau, afirmaba De la Torre:

La teoría asume más o menos esta forma: tenemos una cuota limitada de exportación; guardémosla para las carnes valiosas, es decir, guardemos la cuota y los relativos altos precios que puede representar, para los grandes productores de chilled, y que corran

*su suerte los pequeños productores que venden en Liniers, la ganadería de Entre Ríos, la de Corrientes, la del norte de Santa Fe y la del Chaco*³⁵².

En estas palabras se encerraba su radical divergencia con los estancieros de Buenos Aires, que eran el sector más importante de la clase social a la que pertenecía De la Torre. Contradicción puramente interior, no podía transferirse al plano de una gran política. De ahí que cuando sus intervenciones en el Senado durante la Década Infame le atrajeran el interés público, Lisandro de La Torre fuera el primer asombrado, aunque esto no logró vencer su desencanto esencial. A partir de 1936 los comunistas, que buscaban figuras y personajes de la burguesía argentina ligada al capital anglofrancés para practicar el Frente Popular, de acuerdo a la nueva orientación de Moscú, descubrieron a Lisandro de la Torre. No habían tenido ocasión de apoyar a De la Torre cuando atacaba al monopolio inglés de las carnes, porque en ese momento estaban ocupados de acusar a todo el mundo de «burgueses reaccionarios».

Pero cuando Stalin inició un movimiento de acercamiento a Francia e Inglaterra y formuló la política del Frente Popular, ahogando así a todos los movimientos de liberación nacional, los stalinistas se acercaron a Lisandro de la Torre a título de «eminente demócrata». Ya en ese momento De la Torre había concluido su denuncia del imperialismo británico. Completamente decepcionado de la política, perdía su tiempo en disputar anacrónicas cuestiones religiosas con monseñor Franceschi al estilo de los liberales y anticlericales decimonónicos.

La democracia progresista y el Frente Popular

La orfandad política de los demócratas progresistas de Santa Fe durante la década infame, se derivó de que los chacareros del Sur les habían vuelto las espaldas, hipnotizados por el Duce. Esto los obligó a participar en el Frente Popular ideado por el stalinismo, que puso a su servicio un aparato de propaganda «popular», cuyos recursos financieros excedían en mucho la importancia real del Partido Comunista y, por supuesto, de los demócratas progresistas. Por lo demás, De la Torre condenaba al fascismo en virtud de los intereses agrarios y comerciales vinculados al puerto de Rosario; su propia formación intelectual estaba modelada en la tradición del parlamentario anglofrancés. Era una personalidad ideal para utilizar en aquella época de lucha contra el fascismo»³⁵³.

Agréguese a esto que De la Torre, por todo su pasado y sus ideas, era un enemigo irreconciliable de la Revolución Rusa y de Lenin. Hecho qué jamás ocultó, pues no era un demagogo y expresaba clara y tajantemente sus ideas:

El fascismo ha ajustado sus procedimientos a los métodos que usó Lenin en Rusia, con la sola diferencia que Lenin llegó al poder teniendo una doctrina públicamente proclamada, y el fascismo, en su primera época, era una aventura sin doctrina», escribía De la Torre. En una carta agregaba: «El régimen social económico, lejos de ser reaccionario, tiende al comunismo»³⁵⁴.

Si teóricamente los problemas de la Revolución Rusa y de la contrarrevolución fascista no resultaban muy claros en su cabeza, políticamente adoptó siempre la actitud que le correspondía de acuerdo a sus intereses y convicciones.

Pues las coincidencias entre Lisandro de la Torre y los comunistas no eran escasas. Estos puntos de contacto eran el Frente Popular, la adhesión a Francia e Inglaterra, el aborrecimiento a la vieja guardia bolchevique, el común antiyrigoyenismo, la análoga glorificación del chacarero, un similar desprecio y hostilidad hacia el peón criollo y las masas «ignorantes» del interior.

El perfil histórico del latorrismo

En una época en que la oligarquía dominante había exterminado toda oposición auténticamente nacional, Lisandro de la Torre se convirtió, sin desearlo ni preverlo, en el gran «antiimperialista» tolerado. En medio de la aversión general que despertaba el hombre más odiado del país Agustín P. Justo se idealizó como contrafigura a Lisandro de la Torre. Era un tremendo equívoco y él lo sabía. Válvula de escape circunstancial, la oligarquía tenía poco que temer de ese amargo tribuno, que no esperaba nada del país, ni podía dar nada, y mucho menos una salida política al drama nacional. Lisandro de la Torre comprendió perfectamente ese estado de espíritu, con la agudeza que lo distinguió siempre. Decía en una carta:

Yo sé que es tal en estos momentos el enervamiento de la opinión pública argentina, que parezco a veces un paladín: en razón de las

*intervenciones parlamentarias que realizo, parezco el único hombre político cuadrado en frente de un oficialismo lastimoso*³⁵⁵.

El acento dominante de toda la vida consciente de Lisandro de la Torre será siempre su antiyrigoyenismo, es decir, su aversión a la «reacción gauchesca del radicalismo», según diría en frase despectiva y reveladora.

En las contiendas electorales de Santa Fe, opondrá sus huestes italianas de nuevos colonos a los radicales. Al iniciarse el censo en dicha provincia, formulaba su elogio sobre esa tarea,

*con lo que se da un paso gigante afirmó inclinando su influencia política hacia el Litoral civilizado, en reemplazo del interior desierto y quichua, más dócil que nosotros a nuestros despotismos oscuros*³⁵⁶.

Los argentinos fundadores eran, para De la Torre, el «desierto quichua», los «negros»; y los chacareros sin tradición nacional, ansiosos de dinero, «el Litoral civilizado y poblado».

Al brillante parlamentario que afirmó tales despropósitos, el país de las masas le respondió con la indiferencia más perfecta.

Fue un orador notable pero un genio de círculo, de Círculo de Armas sobre todo, cuyos socios lo proclamaron senador por la Capital Federal. Pero jamás entabló un diálogo con su pueblo, capaz de elevarlo a esa síntesis que distingue a un gran político nacional. Conocía su debilidad y la confesaba. Su liberalismo era incompatible con una época tan antiliberal como la del 30 al 40 y carecía de porvenir en las condiciones argentinas, cuando los vacunos necesitaban políticos del tipo de Manuel Fresco fascista, rosista, anglófilo y fraudulento, abogados ultracorrompidos como Pinedo o ministros que alquilaban asesinos, como el estanciero Luis Duhau.

De la Torre se había asociado con Repetto en la fórmula demócrata socialista de 1932, contribuyendo a prestar visos «legales» a la farsa comicial de ese año. Continuaba así actuando en la órbita marcada por la política oligárquica. Al acceder a jugar el papel de opositor aceptado, convalidaba el veto ilegal que excluía al radicalismo. Esta desdichada actitud, a la que lo llevaba todo su pasado antirradical y su condición de ganadero, aunque de ganadero en quiebra, no impidió que la oligarquía bonaerense, en la codicia y el desenfrenado temor que la embargaba en 1935, lanzase contra el político santafesino todo el peso de su cólera.

En el debate de las carnes Lisandro De la Torre asumió con notable eficacia y relieve oratorio la causa de los pequeños productores del Litoral, esquilados y postergados por el reducido y glotón sector bonaerense. Desnudó implacablemente el triste papel antiargentino de Raúl Prebisch, cuya participación como técnico al servicio de los ferrocarriles extranjeros quedó al descubierto en el Senado.

La tensión era tan grande y los intereses ganaderos tan preeminentes en esos días oscuros, que el grupo de estancieros dirigido por el Ministro de Agricultura, Luis Duhau, planeó el asesinato de Lisandro de la Torre para interrumpir la intervención parlamentaria sobre las carnes. Un matón al servicio de los conservadores, ex comisario de campaña llamado Ramón Valdés Cora, disparaba en pleno Senado, el 23 de julio de 1935, tres balazos que no alcanzaron a De la Torre sino a su compañero de partido, el senador electo Enzo Bordabehere³⁵⁷. Pocas horas después fallecía su amigo ante el estupor del país. El ganadero bonaerense Luis Duhau, Ministro de Agricultura del gobierno del general Justo, interrumpía con el crimen la interpelación sobre la actividad dolosa de los frigoríficos extranjeros. Los nombres de los instigadores del atentado corrían de boca en boca.

El escándalo estremeció a una República a la que ya nada conmovía. La sangre vertida aumentó la soberbia de una oligarquía que se estimaba intocable e inextinguible. En la noche del asesinato, el general Justo, acompañado de sus ministros, hacía su entrada sonriente al gran hall del Teatro Colón para disfrutar de una función de gala.

Los demócratas progresistas no tendrían luego el menor pudor en unirse a los conservadores en la campaña por el ingreso argentino en la guerra imperialista, en la lucha contra el gobierno militar del 43 y en las jornadas antiobreras del 45. Los discípulos de Lisandro de la Torre desde 1935 marchan del brazo con los asesinos de Enzo Bordabehere.

En sus últimos tiempos De la Torre se abandonó a una decepción creciente, persuadido de que su función pública había concluido en un fracaso irremediable. El espectáculo que presentaba el país no podía ser más deplorable aquel 5 de enero de 1939, en que empuñó su revólver.

«para volver a la nada, confundiéndose con todo lo que muere en el universo»³⁵⁸.

Este notable político, que había sido dos veces candidato a la presidencia de la República, senador y diputado de la Nación, hombre público durante medio siglo, estaba agobiado por sus deudas, moría arruinado; dejaba 250 pesos a un amigo. Abandonaba la vida en plena Década Infame. Una constelación de suicidios testimoniará la atmósfera irrespirable de esos días: Leopoldo Lugones, Alfonsina

Storni, Enrique Loncán, Enrique Méndez Calzada, Horacio Quiroga. Sepultado en vida por sus campañas antiimperialistas, otro gran argentino, Manuel Ugarte, arrastraba su existencia de desterrado voluntario en la Europa de las trágicas vísperas.

Los emigrados interiores

Aquéllos que no morían, sobrevivían. Las grandes figuras del pensamiento argentino, viejos o jóvenes, pasaban como fugitivas sombras entre la trama de la crisis.

Y los hombres de acción, los soldados revolucionarios fieles al estandarte de Yrigoyen, eran aplastados. Unos y otros se convertían en emigrados interiores.

Poco importaba que fueran socialistas como Joaquín Coca, abanderados de la revolución nacional como Manuel Ugarte, o nacionalistas como José María Rosa. Eran eclipsados de la vida pública desde un clásico liberal como David Peña, que en su juventud había sido amigo y defensor del viejo Alberdi, hasta radicales como Jauretche, francotiradores como Raúl Scalabrini Ortiz, marxistas como Liborio Justo, conservadores nacionales como Alejandro Bunge, partidarios de la reforma de 1918 como Saúl Taborda o marinos como el capitán de fragata Oca Balda. Bastaba que alguien pusiera en duda o bajo juicio, desde cualquier ángulo, la petrificada estructura de la factoría pampeana o la idolatría al poder británico, para que una soledad glacial aislara al importuno y lo sepultara en vida.

Los libros de José Luis Torres, los hermanos Irazusta, Manuel Ortiz Pereira, José Boglich, eran ignorados por la formidable «máquina de prestigio» construida en el puerto de Buenos Aires a través de *La Nación*, *La Prensa*, *Sur*, las universidades, las grandes editoriales y las camarillas literarias de apoyo mutuo.

Manuel Gálvez logró romper con sus grandes biografías y novelas el silencio hostil, gracias al favor popular irresistible que rodeó algunas de sus obras, por ejemplo, la magnífica biografía de Yrigoyen, donde la política argentina aparece rebosante de vitalidad.

Un personaje de la novela de Gálvez, *Hombres en soledad*, resume con desesperación y elocuencia la situación del intelectual en el país colonizado:

*¿Para qué trabajamos aquí los escritores? ¿Para qué vivimos?
¿Para qué vivo yo?, me pregunto. ¿Para qué pierdo mis mejores*

años escribiendo? Tal vez por deber, porque escribir es mi vocación y mi oficio verdadero. Y sin recompensas, en el ambiente más utilitario y menos comprensivo que pueda imaginarse. Me explico que otros fracasados como yo esta es la tierra de los fracasados del espíritu busquen honores, altos cargos, que se construyan una segunda naturaleza de cálculo, de engaños de sí mismos, de simulaciones cotidianas, de arrestos de falsa importancia. Yo no soporto este ambiente que es peor cada día. Mi salvación estaría en Dios, pero creo poco, o en la acción, pero no sirvo para eso. Mi drama no es individual, es el de los argentinos de más rica sensibilidad, la causa del mal no está en nosotros sino en el país, en esta especie de factoría en que hemos nacido y vivido.

Entre 1931 y 1933, los más resueltos oficiales del Ejército intentan varios levantamientos armados. Todos fracasan, vencidos por la delación interna, instaurada por el general Justo como método habitual a cambio de deshonrosas prebendas a los infieles camaradas.

Con los coroneles Roberto y Francisco Bosch, los tenientes coroneles Pomar, Cattáneo; los hermanos Kennedy; Fernando Estrada, Alvarez Pereira, el general Severo Toranzo, el alférez Alberto Sautu Riestra -aviador naval- se encienden y apagan para siempre los últimos destellos del yrigoyenismo revolucionario, tanto civil como militar. En Paso de los Libres, cerca del arroyo San Joaquín, un grupo de soldados y civiles sublevados es sorprendido por las tropas de Justo. Son ultimados y degollados más de 20 hombres. Algunos oficiales justistas se jactarán más tarde de la ingloriosa victoria mostrando algunas «orejas de peludo» como trofeo del encuentro.

Arturo Jauretche combatió allí y escribió luego un poema en honor de tales hombres: *El Paso de los Libres*. Era la última patriada.

La semicolonía en su apogeo

Al llegar el año 1935 y asegurado el dispositivo del poder en manos del general Justo, podía compendiarse el cuadro del siguiente modo:

La oligarquía en la Casa de Gobierno, el alvearismo en la Casa Radical, el socialismo en la Casa del Pueblo, el stalinismo en

el movimiento obrero, los ganaderos en el Jockey Club y la Constitución Nacional refugiada en la farola de La Prensa, tal era la situación espectacular de aquellos años de fraude y de vileza imposibles de superar. Tal era la escena y los actores que servían los designios del imperialismo el verdadero poder detrás del trono, el amo auténtico de todos ellos, que otorgaba a cada títere un papel en la comedia»³⁵⁹.

El equilibrio del mundo y la distribución de las fuerzas en el país eran tan adecuados para el espíritu del doctor Repetto que el diputado socialista podría decir ante los micrófonos de Radio Stentor en 1935:

Los hombres cuyas ambiciones no van más allá de la simple obtención de lo que han menester para sostenerse ellos y su familia, no tienen por qué inquietarse ante las cosas que ocurren en el mundo. La necesidad del alto consumo obrero domina ya como un principio permanente y universal. El standard de vida se ha mantenido o se ha tratado de mantener intacto. Las condiciones materiales de vida de las masas de trabajadores no parecen peligrar por el momento; están aseguradas las raciones diarias de alimentos y el goce de otras comodidades.

¡La clase obrera estaba aplastada en todo el mundo! El terror fascista en Italia y Alemania destruía sus organizaciones. En los regímenes «democráticos» la burguesía se disponía a imitar ese ejemplo para echar las consecuencias de la crisis sobre los trabajadores. La Argentina yacía en la postración más completa; pero la «comodidad» de comer parecía asegurada, al menos para Repetto. Esta serenidad envidiable obedecía a ciertas causas. Gracias a la complicidad con Uriburu y Justo, el partido de Repetto disfrutaba de bancas en el Congreso. Sus jefes tenían cátedras en la universidad y en los institutos estatales; sus rostros eran reproducidos e ilustrados con declaraciones «positivas» en la «prensa seria». Se trataba de una oposición respetada, formal, sólidamente establecida. El país atravesaba por momentos trágicos, pero el Partido Socialista examinaba con una lupa en las jornadas parlamentarias el presupuesto anual. Sus divergencias con la oligarquía eran fundamentales en las cosas insignificantes e insignificantes en las cosas fundamentales.

Casi todo el mundo había olvidado la certera flecha que Lisandro de la Torre lanzara a la cabeza de Juan B. Justo:

Socialistas teóricos, señor Presidente, y hormiguitas prácticas.

Hacia 1935, fracasadas las conspiraciones radicales, la putrefacción del radicalismo alvearista progresó rápidamente. En ese año se produjo la fusión del radicalismo alvearista con el antipersonalismo dominante en Entre Ríos, que había aplaudido la caída de Yrigoyen y colaborado con Uriburu y Justo. Poco después ingresaban al Comité Nacional presidido por Alvear los funestos personajes del unionismo entrerriano Laurencena, Eguiguren, Aguirre Zabala y Mihura³⁶⁰. Nació el lema Alem-Yrigoyen Alvear. La preponderancia yrigoyenista en el Comité de la Capital impulsa al Comité Nacional alvearista a intervenir este distrito e imponer una dirección abiertamente antipersonalista. El mismo fenómeno se reproduce en todo el país. Ya estaban creadas las condiciones para levantar la abstención y transformar al alvearismo en la Oposición de Su Majestad del mismo régimen «falaz y descreído» condenado durante décadas por Yrigoyen.

El alvearismo, «Oposición de Su Majestad»

La convención radical que resuelve levantar la abstención e incorporarse al sistema del fraude organizado se reúne el 2 de enero de 1935. El día 18 del mismo mes Justo enviaba al Senado sus proyectos bancarios, que se transformarían en seis leyes, de la 12.155 a la 12.160 y que incluían todo el dispositivo económico y financiero proyectado por los agentes británicos para sujetar más aun a la Argentina a su control. Estos proyectos, cuya responsabilidad oficial y puramente formal asumió con su desparpajo notorio Federico Pinedo, en realidad habían sido preparados por una comisión designada por Justo e integrada por los representantes de las casas bancarias Baring Brothers, Morgan y Leng Roberts, prestamistas del gobierno argentino.

Sin embargo, la cabeza de los proyectos había sido sir Otto Niemeyer, que asesoraba al gobierno desde los tiempos de Uriburu y que aconsejó que sancionaran en una sola operación a fin de evitar discusiones molestas. El público ignoró todo lo concerniente al contenido de los proyectos, hasta que de hecho fueron aprobados por el Senado y promulgados por el Poder Ejecutivo. En una carta de Niemeyer al Ministro de Hacienda se decía:

Cualquier controversia que se suscite puede ser tratada con mayor eficacia, con un paso decisivo, al cual todos los partidos se

*ajusten inmediatamente, que por una serie de pasos que prolongan la controversia a causa de ser irresolutos*³⁶¹.

Según puede apreciarse, las dotes del perito británico no se circunscribían a la esfera financiera; imitando a los abogados nativos, actúa sin escrúpulos en la vida política del país. La relación entre la aprobación de los proyectos coloniales y el levantamiento de la abstención del radicalismo era transparente. Toda la prensa oligárquica apoya en ese momento con inusitado calor el concurrencismo electoral del partido alvearista. Las estrechas vinculaciones de los dirigentes radicales con las compañías de capital extranjero se pondrán de relieve no sólo en el levantamiento de la abstención, curiosamente resuelta en momentos como los ya indicados, sino en el monstruoso asunto de la CADE al año siguiente. Documentos incontrastables probarán que no se trataba de una pura coincidencia doctrinaria entre la concepción europeizante y liberal oligárquica del doctor Alvear y la función del capital extranjero en general. Se demostró luego la existencia de una vinculación de contraprestaciones reales, donde grandes compañías extranjeras financiaban las campañas electorales del radicalismo, así como la del conservadorismo.

El sistema político general de la Argentina, a partir de 1930, parecía sometido definitivamente. Pero no todo estaba perdido. Se produce la primera reacción en el radicalismo mediante la aparición del «Manifiesto de los radicales fuertes», que se difunde bajo el título de Vocación revolucionaria del radicalismo. Formula un juicio lapidario sobre el uriburismo:

Desde el 6 de septiembre, el país llegó a ser desembozadamente la factoría de los trusts que habían pagado ese alzamiento.

Acusaba a las tendencias alvearistas que dirigían el radicalismo y a numerosos convencionales de estar al servicio de los agentes de las empresas sobornadoras que se sientan en su seno y que han intervenido en su convocatoria. Proclamaba la necesidad de una reconquista de la soberanía económica en la Argentina y en todas las naciones latinoamericanas, mediante la anulación de todos los contratos, tratados, leyes o sentencias, por los cuales se hayan reconocido concesiones a cuentas extranjeras»³⁶².

Un puñado de jóvenes radicales se dirigía a la dirección alvearista sin ceremonias:

Pero la Unión Cívica Radical no es un partido, y por eso no la entienden ni pueden manejarla los vendepatrias que hoy infectan sus cuerpos directivos.

El documento evidenciaba que en el seno mismo de la Década Infame la pequeña burguesía nacionalista democrática iniciaba una tentativa de regeneración del radicalismo. Que esto debía revelarse imposible, lo probarán los futuros acontecimientos. Estos jóvenes fundarán poco después FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) que continuaría en un plano más elevado y maduro la tradición revolucionaria del viejo radicalismo; sus actos y sus ideas contribuirían a crear las condiciones políticas para el surgimiento del peronismo en 1945.

Los «Jóvenes turcos» de FORJA

La prensa llama «jóvenes turcos» a los radicales que se alzan contra Alvear. El 29 de junio de 1935 una entusiasta asamblea constituyente funda FORJA. Su lema es: «Somos una Argentina colonial: queremos ser una Argentina libre». Para ser miembro de FORJA resultaba imprescindible ser afiliado a la Unión Cívica Radical, dentro de la cual los forjistas se constituían como tendencia doctrinaria.

El proceso histórico argentino en particular y latinoamericano en general, decía su declaración inaugural, revelan la existencia de una lucha permanente del pueblo en procura de su soberanía popular, para la realización de los fines emancipadores de la revolución americana, contra las oligarquías como agentes de los imperialismos en su penetración económica, política y cultural, que se oponen al total cumplimiento de los destinos de América³⁶³. La declaración concluía: «Por el radicalismo a la soberanía popular; por la soberanía popular a la soberanía nacional; por la soberanía nacional a la emancipación del pueblo argentino.

FORJA publica numerosos cuadernos, manifiestos, volantes, afiches. Realiza actos públicos en todas las plazas e introduce un nuevo estilo, viváz, satírico y agresivo en la política del país entumecido.

Su área de influencia es sobre todo la Capital y la provincia de Buenos Aires. Si luego surgen forjistas en las provincias del interior, no logran arraigar profundamente. Militan en FORJA Arturo Jauretche, combatiente en la revolución de Paso de los Libres y el más agudo inspirador del movimiento; Raúl Scalabrini Ortiz, narrador de potente poesía, artista que renuncia a los honores literarios de la prensa, grande para investigar la historia económica del país; Gabriel del Mazo, una de las principales figuras de la Reforma Universitaria de 1918; Luis Dellepiane, hijo del Ministro de Guerra de Yrigoyen, que presidiría la nueva entidad. Los problemas energéticos y la penetración imperialista son estudiados por Amable Gutiérrez Diez y Jorge del Río en los difundidos *Cuadernos* de FORJA. Algunos dirigentes obreros también son forjistas: Caparrós, del gremio del Vidrio; Dellabasca, de la Carne; Cosme Givoje, de Marítimos; Libertario Ferrari, de Trabajadores del Estado. Militaron en FORJA, entre muchos hombres que luego figuraron en la política argentina, Carlos y Héctor Maya, Darío Alessandro, H. Jesús Paz, José Carfasso, Amílcar Vertullo, Miguel López Francés, René Orsi, A. Crigna, Roberto Tamagno, Juan B. Fleitas, Alejandro Greca, Dante Tortonese, Roque H. Aragón, Carlos Cava, Fernando Torres; Jorge Godofredo y Edgardo Alessandro, Jaime Torchinsky; Mario, Héctor y Heriberto Jauretche, Héctor Lubel, Oscar Cuzzani, Atilio García Mellid, Juan Luis Alvarado, Conrado Míguez.

Los forjistas introducen en el vocabulario político argentino una nueva palabra: cipayo. Se conocía como cipayos en la India a los regimientos compuestos por soldados nativos. Dirigidos por oficiales ingleses, actuaban en las represiones imperiales contra sus propios compatriotas. Por analogía, llamóse cipayos en Cuba y Puerto Rico, a fines del siglo pasado, a los criollos que militaban en el ejército español. Las singulares condiciones por que atravesaba la Argentina durante la Década Infame, gracias a la inventiva de FORJA, permitió una naturalización del vocablo a punto tal que resultó luego insustituible para designar a los extranjerizantes imperialistas y cosmopolitas de la derecha, del centro o de la izquierda que servían directa o indirectamente, a los intereses opuestos a la nación y a los trabajadores.

FORJA se proponía regresar a las fuentes originales del viejo nacionalismo yrigoyenista; en su prédica ya se advertían atisbos de una revisión de la historia nacional. Asumía la herencia de la Reforma Universitaria del 18, desnaturalizada por los cipayos de la izquierda y tolerada desde entonces por sus enemigos oligárquicos. Desde el punto de vista latinoamericano, había evidentes coincidencias entre el FORJA y el APRA del Perú, aunque no haya influido el APRA sobre FORJA, como se ha dicho erróneamente, pues es más cierto que el APRA fue

hijo de la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba. De la misma manera, FORJA inicia el análisis de la presencia imperialista inglesa en la política y la economía nacionales. Este aporte fundamental no podía siquiera concebirse antes, ya que la prosperidad de la factoría, que había hecho del Uruguay y la Argentina «semicolonias privilegiadas» volvía inoportuno el tema del Imperio Británico.

Con la crisis mundial sucumbía el antiguo sistema y la clase media de la Década Infame expresó en los estudios y manifiestos de FORJA su furiosa revuelta y su amarga decepción; antes de FORJA, la izquierda cipaya había frecuentado el tema del imperialismo yanqui, justamente en el único lugar de América Latina donde esa influencia prácticamente no existía. La gran prensa acogía esas expresiones de los «Maestros» de la juventud con simpatía. Las heroicas luchas de Sandino, cosa extraña, eran gravemente aprobadas por el diario *La Prensa*, que ni en esa época ni después alentó ninguna lucha antiimperialista. Pero la cuestión ardiente del Sexto Dominio, esa cuestión aborrecía la publicidad. FORJA la abordó con juvenil entereza. Repudiaba tanto a los cipayos de izquierda absortos en el tiempo y el espacio, como a los nacionalistas reaccionarios que callaban ante el imperialismo inglés y exhibían supuestos blasones en las antecámaras de los generales.

No constituye ningún azar que hombres tan diferentes como Homero Manzi, el fino poeta del suburbio, coincidiera en FORJA con un escritor como Raúl Scalabrini Ortiz, que abandona las melancólicas brumas del hombre de Corrientes y Esmeralda por las estadísticas ferroviarias, y el favor de *La Nación* por una soledad orgullosa. En las calles porteñas los transeúntes se detenían asombrados ante expresivos carteles:

¿Los argentinos somos zonzos?

y continuaba un texto.

*Gandhi está con la libertad y la democracia, pero quiere que
empiecen por la India.*

Al estallar la guerra, de la derecha a la izquierda, se pugnaría por empujar a la Argentina a participar de la contienda. FORJA fijaba carteles: «Los argentinos queremos morir aquí». Para emplear un vocabulario actual, podía decirse que FORJA retomaba la tradición histórica argentina más tenaz, la del nacionalismo democrático en una nueva época. Prolongaba el yrigoyenismo en formas modernas; una parte de la pequeña burguesía retomaba a la revolución nacional. Sin embargo, no logró ganar el apoyo de las masas radicales ni alterar la orientación oligárquica del radicalismo.

Victoria y derrota de FORJA

De hecho, se convirtió en un brillante equipo político que en su momento utilizó Perón para enriquecer su programa y al que destruyó más tarde sin misericordia. La aparición de FORJA debe explicarse en el cuadro de toda la situación argentina e institucional. La Década Infame refleja en nuestro país una oleada reaccionaria que recorre el planeta entero. El antiguo liberalismo burgués, el respeto por las formas institucionales parlamentarias que sobrevivían con ligeros eclipses desde el movimiento de las nacionalidades del siglo XVIII, había desaparecido. La burguesía mundial en su conjunto se había vuelto ultrarreaccionaria. La crisis opera como una bomba de succión sobre las ilusiones parlamentarias y democráticas. En la Argentina, la caída de Yrigoyen permite la asunción del poder por una oligarquía que debe elegir entre el mercado inglés de carnes, y los principios liberales. FORJA, como expresión minoritaria de la pequeña burguesía nacional democrática, se encontraba totalmente imposibilitada para contrariar el curso de la corriente.

Por medio de Alvear, la oligarquía y el Imperialismo habían despojado a las masas populares argentinas de su histórica expresión política, el yrigoyenismo. Como la pequeña burguesía carece de una política propia, el destino de FORJA era previsible. La burguesía nacional y democrática de los tiempos de Yrigoyen había desaparecido. El proletariado no jugaba un papel político fundamental en la vida argentina de aquella época y en consecuencia, no podía aspirar a influir sobre las clases medias.

Sólo quedaba la oligarquía, con sus aliados «radicales» del género de Alvear, que a su vez contaba con otros aliados de «izquierda» como el stalinismo del Frente Popular.

Cuando en las asambleas radicales los forjistas vitoreaban a Yrigoyen, la «claque» alvearista, apoyada por elementos stalinistas, gritaba «Alvear y Unidad»; así aplastaba a los radicales de FORJA la reacción política de la época. ¡Alvear y Stalin!

En tales condiciones, la lucha de FORJA no podía alcanzar la victoria³⁶⁴. Al desaparecer el Frente Nacional encabezado por Yrigoyen, fruto de varias décadas de combate, el imperialismo toma directamente en sus manos la dirección del radicalismo. Los mejores elementos de la clase media expresan doctrinariamente su alarma y su indignación. Pero las fuerzas en juego eran demasiado poderosas para transformar las ideas de FORJA en una corriente de gravitación nacional. La prédica de FORJA se oía, pero no resonaba; las

fanfarrias de la propaganda cipaya lo aplastaban todo. El radicalismo bajo la conducción de Alvear permanecía sordo y mudo: sus héroes eran caciquillos parroquiales, traficantes de libretas de enrolamiento, abogados de compañías extranjeras.

El radicalismo de Yrigoyen había muerto definitivamente. FORJA era, en cierto sentido, una continuación y desde otro punto de vista, una anticipación. El nacimiento del peronismo será un amargo triunfo de FORJA, puesto que la dirección suprema de aquél, sostenida por un gigantesco movimiento de masas, suprimirá toda independencia ideológica y toda manifestación coherente de nacionalismo democrático, como la expresada por los hombres de FORJA. Perón quería tener las dos manos libres. Entre la caída de Yrigoyen y el triunfo de Perón, FORJA se encuentra encerrada en una trampa mortal que termina por aniquilarla.

Si a la pequeña burguesía el imperialismo le señalaba la jefatura de Alvear, a sus ideólogos más esclarecidos los encerraba en un sótano de la calle Lavalle.

Sabattini y la pampa gringa

El radicalismo del interior había encontrado, sin embargo, en la Década Infame, una expresión nacionalista en la figura de Amadeo Sabattini y sus amigos de Córdoba. El hecho no deja de ser sugerente e inquietante. ¿De dónde extraía su fuerza Sabattini, en una época en que el conjunto del país y el radicalismo se habían arrodillado ante los hábiles abogados extranjeros que proporcionaban fondos y relaciones a Alvear?

Cuando los diputados y concejales radicales se mezclaban en los negociados de la CADE y las empresas eléctricas financiaban las campañas de Alvear, cuando los stalinistas unionistas de la Capital Federal, al grito de «¡Unidad! ¡Unidad!», dominaban por el terror a los radicales yrigoyenistas o forjistas que gritaban «Yrigoyen» y los lapidaban bajo el nombre de nazis, el radicalismo de Córdoba, con Amadeo Sabattini al frente, asumía posiciones nacionalistas, declaraba al estallar la guerra su posición de neutralidad y pretendía rescatar la herencia de Yrigoyen. Esta rara independencia tenía sus causas.

Médico partero de Villa María, en el corazón de la pampa gringa del sur de Córdoba, Sabattini había interpretado los intereses y aspiraciones de los chacareros italianos, o descendientes de italianos, encauzándolos dentro de los cuadros del radicalismo. Como ocurrirá más tarde en otros países y con otros regímenes, en

la Década Infame el Duce había despertado el patriotismo remoto de las colectividades emigradas. Los chacareros del sur de Córdoba simpatizaban con el fascismo, no en virtud de sus métodos terroristas o su significación intrínsecamente reaccionaria, sino por el simple hecho de que el régimen fascista era el gobierno estable de Italia. De la misma manera, sus padres o abuelos habían sido mazzinianos o garibaldinos, impregnados de la ideología liberal del Risorgimento. Después de la guerra se volverán democráticos por la ayuda del Plan Marshall a Italia y por el establecimiento de las instituciones parlamentarias en la Península. Pero en 1936 el Duce llamaba a todos los italianos del mundo a apoyarlo en su pretensión grotesca de restaurar la antigua grandeza romana. Hablaba en sus discursos desde el balcón de la plaza Venecia del «mare nostrum» y de que ocho millones de bayonetas italianas brillaban bajo el sol.

Al iniciar la campaña de Etiopía en 1935, en su tentativa frustrada de emular a Inglaterra y conquistar un imperio colonial (donde los bombarderos italianos probaron su eficacia diezmando a las aldeas indefensas), Mussolini exigió para Italia una porción del botín africano. Centenares de miles de italianos emigrados en todo el mundo contribuyeron a un fondo nacional para la guerra ítalo-etíope. Los radicales sabattinistas de Córdoba ayudaron en esa oportunidad, como Mauricio Yadarola, con sus anillos de casamiento y compromiso al fondo de oro inventado por el Duce.

Puesto que los electores de Sabattini eran italianos fascistas que detestaban a la Gran Bretaña, enemiga del Duce, Sabattini canalizó en su sentido nacional democrático y argentino los sentimientos antibritánicos de los chacareros del sur de Córdoba, que lo sostuvieron en una política completamente contradictoria a la inspirada por la dirección nacional de Alvear. En esa curiosa contradicción reposó durante mucho tiempo la política sabattinista. El patriotismo italiano servía así al nacionalismo radical de Sabattini. La pequeña burguesía agraria, propietaria o arrendataria de Córdoba, fue la base social del sabattinismo. De ahí la ambigüedad de los sabattinistas, su nacionalismo conciliador, y su doble desconfianza hacia el peronismo y el unionismo oligárquico.

El crecimiento de la industria y la parálisis sindical

Durante la Década Infame la vida sindical reflejaba, del mismo modo que el resto del país, la estructura oligárquica. La CGT estaba controlada por los

socialistas y comunistas. Sus gremios fundamentales eran la Unión Ferroviaria, la Fraternidad, la Federación Gráfica Bonaerense, la Federación de Empleados de Comercio, la Asociación de Trabajadores del Estado, la Unión Tranviarios, el Sindicato Único de Obreros de la Madera, la Federación de la Industria de la Carne, los gremios de la construcción. La aristocracia obrera o los «trabajadores de cuello blanco» actuaban bajo la hegemonía socialista y estaban vinculados naturalmente a las empresas de servicios públicos de capital extranjero. Pero en el mismo momento en que la base social de la industria se ensanchaba e ingresaban a ella centenares de miles de trabajadores nuevos, como resultado del desarrollo industrial generado por la crisis de 1930, el área de influencia de la central obrera no abrazaba en su conjunto más de 250.000 trabajadores³⁶⁵. Aún los sindicatos realmente industriales, como los textiles o los metalúrgicos, dirigidos por los stalinistas, sólo contaban con un escaso número de afiliados.

La maquinaria política del stalinismo y del socialismo amarillo exterminaba drásticamente todo intento de oposición revolucionaria o de independencia sindical en sus filas. Una verdadera dictadura burocrática se ejercía sin disputa en el movimiento obrero. La izquierda cipaya preferirá olvidarlo durante la era de Perón. Una excepción eran los débiles sindicatos autónomos, generalmente dirigidos por sindicalistas o anarquistas sobrevivientes de la antigua FORA. Esta última, después de 1930, sólo subsistía como un símbolo de las pasadas y heroicas luchas, reducida a escasos gremios con poca o ninguna gravitación en la economía nacional: conductores de carros, estibadores, construcciones navales.

En la misma década se constituye la Unión Sindical Argentina, con una predominante orientación impuesta por los sindicalistas, que agrupa a los metalúrgicos navales, Federación Obrera Marítima, Federación Obreros Telefónicos, obreros del tabaco, trabajadores de la Comuna y diversos sindicatos autónomos del interior.

Actúan dentro de la USA sindicalistas y anarquistas, muchos de ellos formarán parte luego de los cuadros dirigentes del sindicalismo peronista en su primera etapa, como Luis Gay y Modesto Orozco. A diferencia de la CGT socialista comunista, ultra amarilla, «democrática» y prooligárquica, la USA expondrá enérgicamente en 1940 su posición contra la guerra imperialista. Pero esa central sindical, menos aún que la CGT todavía, podía aspirar a considerarse representativa de la clase trabajadora argentina.

Puede estimarse que, en general, los 300.000 trabajadores agremiados en total de esa época abrazaban los sectores mejor pagados y políticamente más educados de la sociedad argentina de la época. Pero no estaban afiliadas

a ningún sindicato las grandes masas de trabajadores industriales ingresados recientemente a la producción ni los clásicos sectores marginales del proletariado rural, del azúcar o de los quebrachales, de los hacheros o de los cultivos industriales que formaban parte de la Argentina tradicionalmente desconocida por los partidos de izquierda del puerto y sus organizaciones sindicales adictas.

Stalinismo y desarraigo

Con la presencia de socialistas y comunistas en la dirección de la central obrera más importante, el general Justo encontraba el mejor reaseguro para impedir que apareciera en el movimiento obrero cualquier tendencia genuinamente revolucionaria. Al mismo tiempo que utilizaba a los comunistas para esos fines, Justo disponía de la Sección Especial para restringir la expansión del Partido Comunista. En su política dual admitía la actividad de los stalinistas, pero les impedía crecer. A la Sección Especial de la Policía se le había asignado la función específica de aterrorizar y torturar a los militantes obreros y estudiantiles que se acercaban al Partido Comunista dispuestos a consagrar sus esfuerzos a la revolución tal cual la entendían. De ahí que el stalinismo vegetara, sin poder ampliar su base ni extender su gravitación. Pero el factor decisivo que lo transformó para siempre en una pequeña secta, bien rentada y organizada, aunque estéril, fue la desconexión con las necesidades profundas del proletariado y del pueblo argentino. Como toda su política se derivaba de las variantes de la diplomacia soviética, rara vez coincidía con las aspiraciones nacionales de nuestro pueblo.

Aunque fueron raros los intelectuales que al romper con el Partido Comunista se esforzaron en pensar como argentinos, es de estricta justicia recordarlos aquí: Alberto Astudillo, Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano, Luis V. Sommi, Juan José Real, Ernesto Giúdice.

En la «ajenidad» de su pensamiento político el Partido Comunista no difería mucho de la extravagancia teórica de los diversos grupos «trotskystas» de la época que se resistían a examinar el país tal cual era. Había excepciones notables y vale la pena consignarlas. Primero, Liborio Justo, y luego con Aurelio Narvaja, comenzó a esbozarse lo que años más tarde sería conocida como la «izquierda nacional» o el «socialismo criollo». Bajo la influencia intelectual de Aurelio Narvaja, en particular, cobra forma a partir de 1945 una con-

cepción crítica del socialismo en las condiciones de una sociedad semicolonial. Dicho punto de vista permite penetrar la naturaleza social del peronismo. Echa raíces profundas un pensamiento revolucionario que despliega un nuevo sistema de valores para transformar la realidad argentina.

La CADE soborna al Parlamento

El 1° de mayo de 1936, al fin, «todas las fuerzas democráticas y progresistas» se reúnen para conmemorar la fecha de los mártires de Chicago. A la actividad infatigable del stalinismo se debe la realización del acto. ¿Qué oradores hicieron uso de la palabra para rendir su tributo de homenaje nada menos que al Primero de Mayo? El dirigente de la CGT, José Domenech; el doctor Marcelo T. de Alvear, amigo de los directores de la SOFINA; el doctor Lisandro de la Torre; el doctor Nicolás Repetto; Arturo Frondizi por la Unión Cívica Radical; Paulino González Alberdi por el Partido Comunista. En ese mismo momento, y con la mayor reserva, media docena de personajes de nacionalidad europea trabajaban intensamente para apuntalar el Frente Popular. Eran hombres poco conocidos por el público. Uno de ellos se llamaba Rafael Vehils; el otro, Mauricio Brossens; el tercero, Mauricio Bock; el cuarto y más importante, un insinuante señor Heineman.

Residían habitualmente en Bruselas, sede central de la SOFINA, un trust internacional especializado en el manejo de Compañías de electricidad. Una de sus familias estaba en Buenos Aires. Era la CHADE y gozaba de una concesión otorgada por la Municipalidad. Pero estos caballeros sabían que los grandes negocios internacionales son indisolubles de la política práctica. Estaban dispuestos a descender a esas miserias. Se trataba de hombres refinados. Evitaban hablar de soborno, coima o corrupción. Detestaban las palabras desagradables. Gente de mundo, cultivaban vastas e influyentes relaciones. Carecían de estrechez doctrinaria. En una de las casas que Heineman poseía en Buenos Aires y que usaba en sus fugaces visitas, había sentado a su mesa al presidente de la República, general Justo. Pero también almorzaba con el doctor Alvear, jefe de la oposición. Los abogados que empleaba no son desconocidos por el lector: uno de ellos, por ejemplo, era el doctor Carlos Meyer Pellegrini, en otro tiempo interventor federal de la provincia de Buenos Aires designado por el gobierno de Uriburu. Otro era el doctor Luis Roque Gondra, reputado economista y maestro reverenciado de

economía política en la Facultad de Ciencias Económicas. Otro era el doctor Federico Pinedo, cuyo socialismo no le había impedido ser un agente del capital extranjero.

El doctor Mariano de Vedia y Mitre, el ingeniero Enrique Butty, y el doctor Alberto Hueyo habían sabido ser, cada uno en su momento, asesores de la CHADE. No resultaba nada extraordinario, en consecuencia, que los directores de la SOFINA intercambiaran cables asiduamente, a veces hora por hora, y siguieran con apasionada atención las incidencias de la política argentina y las cuestiones internas del radicalismo de la Capital Federal, las conversaciones y negociaciones de Alvear con los concejales radicales que debían votar la prórroga a la concesión de la CHADE, y hasta las disputas y reyertas armadas por ciertos nacionalistas, algunos forjistas y otros individuos molestos que agitaban la calle.

La apasionante historia secreta de los entretelones que rodearon este episodio de la putrefacción política de la Argentina de 1936, permaneció ignorada hasta 1943. En ese año el gobierno de la revolución del 4 de junio ordenó una investigación en los libros de contabilidad de la CHADE, allanó sus oficinas en Buenos Aires, secuestró una amplísima documentación y publicó varios volúmenes con los resultados. Sin embargo, fuera de un reducido número de especialistas que trabajaron en dicha comisión investigadora, presidida por el coronel Matías Rodríguez Conde, muy pocos argentinos se enteraron de su contenido. Si la concesión de la CADE no fue anulada por el gobierno de Farrell, como lo aconsejaban los miembros de la comisión investigadora, tampoco lo hizo el gobierno del general Perón. Cosa más curiosa todavía, Perón jamás explicó el hecho de que por su orden personal la edición completa del informe desapareciera de las oficinas del Congreso Nacional donde estaba depositada desde 1943 sin dejar rastros.

Durante el gobierno de Frondizi, por una resolución de la Cámara de Diputados del 30 septiembre de 1958 y del 13 de enero de 1959, la imprenta del Congreso editó el volumen reproduciendo el célebre y desconocido informe de la comisión investigadora. En dicho libro se reunían numerosas piezas probatorias de la gangrena política en la Década Infame. Allí figuran las declaraciones de los concejales comprados por la CADE, radicales y conservadores; los telegramas intercambiados por los directores de la CADE entre Buenos Aires y Bruselas y los informes reservados de dicha compañía de electricidad. Se trata de una documentación abrumadora que permite comprender por qué el Frente Popular, que sustituía la lucha contra el imperialismo por la lucha por la democracia, tuvo su momento de esplendor en la Argentina.

La SOFINA se proponía obtener una prórroga ilegal en la concesión para servir electricidad a la ciudad de Buenos Aires. No podía lograrla sin sobornar a los principales partidos políticos. Los entretelones del soborno están gráficamente reproducidos por el constante intercambio cablegráfico de noticias e instrucciones entre Bruselas y Buenos Aires, donde residían los más altos jefes internacionales de la banda financiera y sus agentes locales.

Tomemos, por ejemplo, el telegrama número 230, del 19 de noviembre de 1936. Dice lo siguiente:

...Sería deseable conseguir que el doctor Alvear telegrafe al comité del partido radical que preste su apoyo al proyecto³⁶⁷.

La indignación pública por el negociado en curso adquiriría tales características que el asesor de la CADE, doctor Carlos Meyer Pellegrini, funcionario uriburista del 30, evacuando una consulta de la empresa, escribía:

Tácitamente podríamos hacer que esa modificación al proyecto surgiera en la discusión como iniciativa de algún concejal y que apareciese votada como imposición a la empresa³⁶⁸.

No se sabe qué admirar más, si su eficacia como letrado o su patriotismo.

La oposición interna en el radicalismo, llevada adelante por dirigentes jóvenes como Frondizi, o por afiliados antiguos como el doctor Fernando Saguier y don Francisco Ratto, sin hablar de la campaña tenaz de FORJA, hacía vacilar a los concejales radicales del Concejo Deliberante.

Los directores de Bruselas presionaban insistentemente a sus agentes de Buenos Aires para persuadir a Alvear a imponer su prestigio. El presidente en ejercicio del Comité Nacional, doctor José Luis Cantilo, le expresaba en una carta a Alvear, que disfrutaba de unos merecidos días de descanso en Europa:

Vehils (director de la CADE) me ha visitado dos o tres veces, he procurado ser todo lo diplomático posible. Se comprende sin esfuerzo que el asunto le preocupa grandemente... Creo, sin embargo, haberlo convencido de toda nuestra buena voluntad y buena fe y del afán que nos mueve a la par de los concejales de llegar a soluciones satisfactorias... Algunos correligionarios, particularmente los de

FORJA, también mojan y hablan con crudeza de negocios, de capitalismo y de imperialismo, etc. Han llegado hasta a fijar carteles en las calles condenando el amenazante atentado... Saguier vino a verme para decirme que el asunto de la electricidad en el Concejo era un escándalo al cual había que ponerle término; que era voz corriente que todos los concejales habían sido comprados³⁶⁹.

Alvear al servicio de la CADE

La maniobra de las compañías de electricidad consistía en que, a fin de obtener la prórroga que buscaban en la concesión, habría una rebaja en las tarifas. Esto facilitaba a Alvear la tarea de persuadir al partido de que debía votar la concesión. El 18 de diciembre, el diario *Crítica* comienza una gran campaña con enormes titulares: «*La rebaja de las tarifas beneficiará enormemente al pueblo*». Al día siguiente y como se trataba de impedir que la Convención de la Capital, a fin de evitar el escándalo, se reuniera antes de que los concejales votaran la concesión, el ingeniero Brossens, director de la CADE en Buenos Aires, envía a su jefe, Heineman, en Bruselas, el siguiente cable:

Aunque el doctor no se haya pronunciado categóricamente a ese respecto, hay probabilidades de que la Convención de la Capital no se reunirá antes de la votación del proyecto. No obstante tomamos medidas en previsión de una reunión eventual de la Convención³⁷⁰.

Nacía una duda: si los directores de la SOFINA se habían vuelto afiliados radicales o si los radicales se habían vuelto cadistas. El ex concejal Descalzo, votante de la concesión, interrogado años después por la comisión investigadora, durante el gobierno militar, declara:

Cuando faltaba un día para la sanción de la ordenanza, el 21, fui llamado al Comité Nacional por el doctor Alvear, quien me ordenó que, a pesar del ambiente que se había producido, en el Comité de la Capital, sobre todo, se sancionara el despacho. Se había pedido que se postergara el despacho y esto impresionó a muchos como

Turano que dijo: 'Voy a la casa de Alvear'. Alvear le dijo: 'Vaya y vote; cumpla con su deber'³⁷¹.

Declaración del ex concejal Vago:

El Doctor Alvear me dijo: 'Ustedes tienen que votar sin ningún escrúpulo'. Y cuando le dije que la Convención se oponía me dijo que no llevaríamos el apunte a la Convención, no hagan caso'³⁷².

Pese a todo, los desvelos y angustias de los esforzados directores de la CADE no tenían término. Además de las dificultades que se presentaban para la votación radical de la prórroga, también encontraban problemas en las alturas del gobierno. El Ministro de Hacienda, doctor Roberto M. Ortiz, abogado de los ferrocarriles y futuro presidente de la República, presionaba al general Justo, dificultando la sanción del proyecto. ¿El doctor Ortiz se había vuelto nacionalista? No se alarme el lector. Ortiz, que ya era candidato oficial a la presidencia, observaba con alarma que la CADE había comprado al Partido Radical. Infería que el dinero de las compañías eléctricas se volcaría a favor de su previsible contendor en la campaña presidencial, el doctor Alvear. Alertada sobre este nuevo problema, la CADE de Buenos Aires informaba a SOFINA en Bruselas:

La sesión del Concejo Deliberante empezó a las 16, pero fue interrumpida a pedido del Presidente de la República.. Éste, influido por los rumores que alegan que la compañía se ha comprometido a financiar la campaña electoral del doctor Alvear y sostenido por el Ministro de Hacienda, ha dejado en suspenso la aprobación dada anteriormente...³⁷³.

Los métodos persuasivos de la CADE seguramente habrán surtido su efecto rápidamente, puesto que el general Justo y el doctor Ortiz dejaron de formular objeciones. La CADE financió en 1937 ambas campañas: la del candidato oficial doctor M. Ortiz, y la del candidato de la oposición doctor Marcelo de Alvear.

Pero el Comité de la Capital del radicalismo, inesperadamente, adoptó una actitud adversa a la prórroga de la concesión. ¡Pobre doctor Alvear! Inmediatamente habló Bruselas, el 18 de diciembre de 1936. En el telegrama número 209, el bandido de la alta finanza indicaba a su agente en Buenos Aires:

«Sir George Graham es muy gran amigo del doctor, si usted considera útil su intervención, ruéguele de mi parte visite al doctor después de haberlo instruido bien. Sir George Graham está ausente de Buenos Aires, pídale que regrese inmediatamente»³⁷⁴.

¿Quién era este amable Sir? Diplomático británico, ex attaché a la legación de Buenos Aires y de París, ex embajador en Bruselas y en Madrid, Graham formaba parte del consejo de administración de la SOFINA. Intimo amigo de Alvear, también era socio y consejero de Heineman, presidente de la SOFINA.

Valor de un Diputado Nacional: \$100.000

El Informe, de casi 300 páginas, prosigue así interminablemente. Un telegrama, sin embargo,.

llama la atención entre tantos dirigidos al mismo fin. Es el telegrama número 213. Heineman, que generalmente telegrafía con un estilo desembarazado y espontáneo, casi radical, es muy reservado en esta ocasión:

*Me refiero a su informe número 15. ¿ Cree usted que busca aumento de la cifra 4 mencionada en la carta que le dirigí a él en noviembre 13? Trate de averiguarlo con prudencia y en caso afirmativo puede usted ceder algo. Sea muy prudente, porque podría molestar. Saludos. Heineman*³⁷⁵.

El alto personaje en cuestión, un político argentino de gran envergadura, por los miramientos con que lo trata el presidente de la SOFINA, no debió haberse molestado. Este político, ¿quién era?

Interrogado el director de la CADE, Rafael Vehils, por la comisión investigadora del coronel Rodríguez Conde

*contestó resueltamente: me parece que no puede ser otro que el jefe del partido*³⁷⁶ (vale decir, el doctor Alvear).

Finalmente, y con la sola excepción de socialistas, demócratas progresistas y Penelón (Concentración Obrera) las ordenanzas leoninas son aprobadas. Una persona de la barra grita a un hermano concejal:

*¡Vendido! ¡Coimero! ¡Has deshonrado a nuestro padre!*³⁷⁷.

Se hace popular la palabra cadista.

El 24 de diciembre llega a Buenos Aires un cable de Bruselas dirigido al ingeniero René E. Brossens:

*Ha conducido usted el asunto a ritmo acelerado y se ha iniciado con un golpe maestro... Bueno y feliz año*³⁷⁸.

Efectivamente, era Nochebuena y una gran placidez descendió sobre todos los protagonistas.

En su apologética biografía de Alvear, Félix Luna opina que el dirigente radical apoyó las concesiones de la CADE por los cuantiosos fondos que esta compañía proporcionaba al radicalismo para las campañas electorales. Luna explica que Alvear no se aprovechó personalmente de esta atmósfera de corrupción:

*Hacia 1935 seguía siendo hombre de relativa fortuna. En 1928 había empezado el loteo de Don Torcuato, que continuó en 1932 y concluyó más tarde por venta particular al Banco Español del Río de la Plata. Esta venta le produjo alrededor de 3 millones de pesos. Entre 1932 y 1933 había loteado el campo que tenía en La Pampa por herencia paterna. Liquidado Coeur Volant (en Francia), los gastos de Alvear se reducían a mantener Villa Regina en Mar del Plata (que no le costó más de \$ 80.000) y su residencia de la calle Juncal. Referencias de Tito M. Rapallo, su administrador que lo fue durante más de 20 años indican que Alvear no gastaba más de \$ 5.000 mensuales por entonces. A punto de entrar en los 70 años, ya no era un fastuoso 'bon viveur', sino un rentista que no se privaba de ninguna comodidad, pero que tampoco derrochaba el dinero...*³⁷⁹
Descartada la posibilidad de un beneficio personal con el negociado, resta suponer, por eliminación, que la conducta de Alvear se encaminó a obtener de las empresas beneficiarias, los medios que necesitaba su partido para hacer frente a la campaña electoral de 1937".

La opinión que tenía Alvear de sus correligionarios, la reproduce Luna con el episodio de la Casa Radical, actual sede del Comité de la Capital del radicalismo,

en la calle Tucumán 1660, en Buenos Aires. Pagado anónimamente por la CADE, este edificio estaba hipotecado. El titular, viejo afiliado de la confianza de Alvear, le pidió al ex presidente de que una junta se hiciera cargo del edificio. Alvear le respondió:

No, porque mientras la casa esté a su nombre estoy seguro que el partido tendrá casa, pero el día que salga de su nombre, los correligionarios no dejarán ladrillo sobre ladrillo.

Cuando Arturo Frondizi le planteó el problema del escándalo de las concesiones eléctricas, se produjo la siguiente escena:

*¿Quién me va a dar el dinero que necesitaré para gobernar?
¿Usted me lo va a dar, acaso ?*

-Estalló un día... roja de ira la gran calva , golpeando el puño sobre la mesa³⁸⁰.

El informe Rodríguez Conde establece que los gastos electorales de 1937 insumieron \$750.000; el origen del 65% de los aportes no pudo ser esclarecido. Por su parte el señor Rodríguez de la Torre, tesorero del Comité Nacional del radicalismo, declaraba en 1943 ante dicha comisión:

A mí me han dado las casas cerealistas Bunge y Born, Dreyfus, Hirsch, la Compañía Herlitzka de Luz. La CHADE no dio nunca. Yo dudo mucho de que el doctor Alvear haya recibido de la CHADE. Podrá haber donaciones de la CHADE, pero por interpósita persona. La casa Bemberg también nos dio³⁸¹.

Sin embargo, la misma persona agrega lo siguiente:

El doctor Alvear tenía muchos amigos, era un hombre conocidísimo, había sido presidente de la República y era nuevamente candidato: el Marqués de Foronda le llevó a su casa \$ 50.000³⁸².

Lo que no aclaraba el eficiente tesorero del radicalismo alvearista era que el Marqués de Foronda y Conde de Torrenueva, impoluto aristócrata español, era

vocal del consejo o de administración de la CHADE española y en consecuencia agente de la SOFINA. En la misma declaración, dice Rodríguez de la Torre:

Si el Partido Radical en esa época para la candidatura del doctor Alvear recibió \$ 600.000, los partidos conservadores han recibido seis o siete veces más. A Hirsch, entre otros, le dije que a nosotros nos arreglaban con moneditas y que a los que estaban en el gobierno les daban lo que ellos querían³⁸³.

Al conocerse la decisión del gobierno militar de investigar las concesiones eléctricas de 1936, varios ex diputados radicales y conservadores huyeron del país y se refugiaron en Montevideo, acompañados de funcionarios de la CADE. Entre ellos figuraba el ex diputado Sancerni Jiménez. Según los ex concejales que se prestaron a formular declaraciones ante la comisión investigadora, la cifra habitual ofrecida por los agentes de la CADE para votar la concesión era de pesos 100.000 nacionales a cada «representante del pueblo». La lista del enriquecimiento ilícito de los concejales y diputados conservadores y radicales, así como el inventario de sus cajas de seguridad y numerosos otros testimonios, figuran en el informe ya citado.

Otro hecho vergonzoso: hacia el final de la Década Infame, la Cámara de Diputados de la Nación, en su sesión del 26 de septiembre de 1940, habiendo examinado las concesiones de 1936 mediante una Comisión Especial presidida por el connivente diputado Emilio Ravignani³⁸⁴ declaraba que

no resulta la existencia de procedimientos irregulares que comporten responsabilidades legales ni morales para las personas que han intervenido en esos actos... y que las mencionadas ordenanzas... son ventajosas en relación a las situaciones legales³⁸⁵.

En el mismo informe ya citado, se documentan los orígenes de la financiación de la Casa Radical de la calle Tucumán en la Capital Federal, conocida popularmente durante mucho tiempo como la Casa de la CADE. La comisión investigadora, al detallar la lista de los directores y abogados, argentinos y extranjeros de la CADE, recomendaba al gobierno militar su procesamiento por cohecho, defraudación y corrupción.

Tal era el panorama que presentaba el radicalismo fundado por Hipólito Yrigoyen para realizar la «regeneración nacional» siete años después de morir el caudillo.

En la provincia de Buenos Aires ocupa el sillón de gobernador el doctor Manuel A. Fresco, médico de los ferrocarriles británicos y campeón notorio del «voto cantado». A esto agregaba, irrisoriamente, desplantes de nacionalista retórico. Instauró una constitución provincial semifascista en dicho Estado. Votaba públicamente, para demostrar su desprecio a la Ley Sáenz Peña. Destruía las cooperativas populares de electricidad, reprimía el movimiento obrero y mantenía excelentes relaciones con las bandas de delincuentes amparadas por su compadre Alberto Barceló en Avellaneda.

Durante 40 años «Don Alberto» ejerció un dominio total en la política de Avellaneda. Designaba comisarios, intendentes, jueces de Paz, personal de la enseñanza primaria, concejales; mantenía, al mismo tiempo, gavillas armadas de maleantes respaldados por la policía, para eliminar a sus opositores o presionar en las elecciones. El Concejo Deliberante de la ciudad industrial más importante de la provincia de Buenos Aires, aprobaba las ordenanzas municipales simbólicamente. Nunca las sesiones se prolongaban más de 30 ó 40 minutos. El 9 de diciembre de 1939, por ejemplo, para discutir el presupuesto de gastos de la Comuna por valor de \$ 5.191.000, el Concejo lo aprobó en una sesión de media hora.

La negativa a autorizar las instalaciones de una usina popular de Lanús con 6.000 accionistas, se sustanció en 25 minutos, lapso que permitió también tratar 13 comunicaciones y 17 asuntos nuevos. Los prostíbulos, los garitos y las drogas eran actividades protegidas por ese feudo de la Década Infame. Para aplacar a los grandes diarios, Barceló incluía en el presupuesto de la Comuna partidas de generosa publicidad. Sólo en 4 meses de 1940 se gastaron \$ 263.491,98 en «avisos»³⁸⁶.

El diputado Vignart, conservador fraudulento por la provincia de Buenos Aires, que luego se haría peronista, como otro conservador de su calaña, el famoso Visca, pronunciaba exaltadas alocuciones en honor del «bendito fraude».

En la noche del 11 de junio de 1937, el candidato oficial ungido por el general Justo para sucederle, el doctor Roberto M. Ortiz, era agasajado con una cena por la Cámara de Comercio Británica en el Plaza Hotel. Al ofrecer la demostración, el presidente de la Cámara, McCallum, en la euforia de las libaciones dijo:

La Argentina se encuentra en vísperas de elegir los hombres que han de regir sus destinos en el nuevo período presidencial y el

nombre de nuestro huésped de honor, el doctor Roberto M. Ortiz, ha sido pronunciado repetida y favorablemente con tal motivo.

En la cabalística política de aquella época la simpatía de la Cámara de Comercio Británica tenía pleno significado. La respuesta del incipiente candidato no fue menos reveladora:

Comparto en todo la opinión de que... la Argentina tiene con vuestra patria enlaces financieros y obligaciones tan importantes como muchas de las obligaciones que existen entre la metrópoli y diversas partes del imperio.

El general Justo no habría podido elegir mejor. Ortiz era el hombre para el cargo³⁸⁷.

¿Cómo se hace un presidente?

Al entrar en los estadios de fútbol, el general Justo era silbado por la multitud. Tales expresiones de aborrecimiento popular ya formaban parte del ritual deportivo. Despreciativo, en una ocasión el Presidente brindó al público enérgicos cortes de manga. Su período concluía ese año y Justo se preparaba a despedirse del poder con su estilo habitual: dejaba el camino sembrado de trampas.

Las próximas elecciones del 5 de septiembre llenaron de esperanzas la inagotable credulidad radical. En el ocaso de su vida, Marcelo de Alvear había logrado amansar al viejo radicalismo. Lo había educado para resignarse sin lucha a todas las derrotas y a soportar en silencio todas las burlas. En realidad, don Marcelo abrigaba la ilusión de persuadir al general Justo y al poder dominante de que el radicalismo, más allá de la fraseología enfática, había abandonado toda «demagogia», es decir la inclinación yrigoyenista a encarnar las aspiraciones populares.

¿Acaso no había levantado la abstención en 1935 y legitimado así el fraude de Justo, no había condenado a los radicales revolucionarios en sus levantamientos armados? ¿No había demostrado su devoción a los ingleses y a la civilización de Occidente? ¿Qué más podía esperarse de él?

Alvear resolvió visitar a Justo en su despacho a instancias del Comité Nacional, que compartía sus esperanzas. El 12 de febrero fue una tarde caliginosa, aunque su ex Ministro de Guerra lo recibió con su conocida frescura. Dice un historiador:

*Justo extremó su cortesía; aseguró a su antiguo presidente que las elecciones serían correctísimas; tuvo algún recuerdo emotivo y se interesó afectuosamente por su salud. A la salida le estrechó la mano calurosamente y le deseó mucha suerte en Santa Fe*³⁸⁸.

La prensa reflejó en grandes titulares la «histórica entrevista». Alvear salió confortado de la Casa de Gobierno. Su inmensa vanidad le impedía concebir que alguien se propusiera engañarle nada menos que a él, criado con «cucharita de oro» y protegido por la sombra de las estatuas de sus antepasados, en las plazas de Buenos Aires. Esta curiosa ingenuidad no era difícil de comprender en el gran «dandy». Se había pasado la vida en Europa y entre «caballeros». Sociedad de rentistas donde nadie había trabajado jamás para vivir, Alvear y sus amigos tampoco habían luchado nunca por el poder sino para el placer. La muerte de Yrigoyen le había abierto el camino a una función jamás ambicionada por él. Ya en 1927, sus amigos antiyrigoyenistas, asombrados ante la indiferencia de Alvear por el retorno inevitable de Yrigoyen a la presidencia (había dicho que «no había nada que temer») lo bautizaron burlescamente como el «Capitán del Mafalda»³⁸⁹. Diez días más tarde, el 21 de febrero, se realizaron las elecciones provinciales en Santa Fe. El escándalo fue descomunal y las promesas del Presidente quedaron expuestas en todo su valor.

El general Justo había aceitado su máquina de fraude electoral y ordenó que funcionara sin vacilar.

El fraude descarado en Santa Fe, que con la provincia de Buenos Aires eran decisivas en la elección presidencial, hacía presagiar el resultado de los comicios del 5 de septiembre. Al confirmarse una vez más el carácter desvergonzado del Presidente de la República y su voluntad de imponer al sucesor con la fuerza de la policía y el Ejército, el radicalismo cayó en la postración. Pese a todo, en la Convención Nacional, quien sería el segundo término en la fórmula, el Dr. Enrique Mosca, se opuso a incluir en un manifiesto del radicalismo la expresión de «defender el ejercicio del sufragio. Mosca sostiene que la palabra «defender»

puede inducir a suponer que el radicalismo se apresta a entrar en un terreno revolucionario, lo que no es cierto.

Designado Alvear para encabezar la fórmula presidencial del desmoralizado radicalismo, la opinión pública vuelve entonces sus ojos al general Justo.

El candidato oficial

Gran elector, Justo vaciló en escoger a quien habría de sucederle. Su gran preocupación consistía en saber elegir a quien, sobre todo, debía facilitarle una segunda presidencia. El personaje de la década, insaciable, aspirará a volver. Necesitaba un hombre dócil, manejable, sin poder real, que de alguna manera no obstaculizara las futuras maniobras de Justo para retomar el gobierno 6 años más tarde. El hombre ideal habría sido el general Manuel Rodríguez, su Ministro de Guerra, prototipo del militar «apolítico y profesional» ciego, sordo, y mudo ante el drama colonial del país. Devoto de Justo, traicionó a último momento a su jefe al fallecer en 1936. Justo escogió entonces a su Ministro de Hacienda, Roberto M. Ortiz como su candidato a presidente. Ortiz, como Justo, había sido ministro de Alvear. Contaba con la ventaja de tener amigos en todos los partidos, tanto entre los conservadores como en el radicalismo, y de haber permanecido apartado de los conflictos políticos desde 1928 hasta 1936. Según Luna, no tenía enemigos, sin hablar de que contaba con un gran estudio de abogado que representaba los intereses de los ferrocarriles ingleses y de la empresa telefónica norteamericana. Resuelto el nombre de su heredero, Justo se enteró con alarma, de rumores sobre el estado de salud de Ortiz.

De apariencia saludable, el futuro candidato, en realidad, padecía de diabetes. El pronóstico médico era inseguro. Después de enviarle sus propios especialistas, Justo temió que una prematura desaparición de Ortiz pusiese en peligro su propio plan de regreso al poder en 1944.

De este modo, la candidatura a vicepresidente se volvió esencial. La llamada «concordancia», inaugurada después de la revolución del 6 de septiembre mediante la alianza entre radicales antipersonalistas y conservadores, como socios principales, exigía que la fórmula presidencial contara con un hombre del conservadorismo. El político más destacado de la época y candidato natural a ese cargo era Robustiano Patrón Costas. Industrial azucarero de Salta, Patrón Costas no era un hombre manejable a juicio de Justo y de sus contemporáneos. El Presidente maniobró para desplazar a Patrón Costas por Miguel Ángel Cárcano, que entre otras virtudes que lo adornaban era muy anglófilo, yerno de Otto Bemberg y sobre todo un diplomático, historiador y político «blando».

Pero los conservadores cerraron filas detrás de Patrón Costas. Justo se vio obligado a transigir. El candidato de transacción resultó ser un antiguo juez y profesor universitario, el Dr. Ramón S. Castillo. Sus diferencias con Ortiz, ya ambos en la Casa de Gobierno, llevarían a aquél a referirse a Castillo

como un hombre procedente de la región catamarqueña de Ancasti, «donde se crían las mulas más tercas del mundo». Ya veremos luego en qué consistía la «terquedad» del Dr. Castillo.

Alvear Mosca por el radicalismo y Ortiz Castillo por la «Concordancia», es decir los antipersonalistas y conservadores herederos del uriburismo, fueron las dos fórmulas fundamentales en las elecciones del 5 de septiembre de 1937. El Partido Comunista apoyó a la fórmula de Alvear. Su consigna fue: «El radicalismo al poder y Alvear a la presidencia», lo que indicaba un gran desprendimiento de su parte, ya que Alvear durante la campaña electoral formuló numerosas declaraciones anticomunistas, rechazando todo género de compromisos con tan incómodos amigos.

Los comunistas daban las siguientes consignas para los comicios:

*¡Por la unidad de acción en defensa de la República Democrática! Queremos: el restablecimiento absoluto de las libertades democráticas garantizadas por la Constitución, la amnistía general para todos los presos políticos. La defensa activa del régimen democrático, la disolución efectiva y el desarme de las ligas militarizadas y la depuración del Aparato del Estado de los enemigos de las libertades democráticas*³⁹⁰.

La omisión de toda referencia al imperialismo, a los escándalos de las concesiones eléctricas, al papel de los frigoríficos o de los trusts y a la dependencia del Imperio británico, ya no asombraba a nadie en el país exhausto. ¡Como para apoyar a Alvear mencionando la CADE! Los dirigentes stalinistas repetían en la Argentina las fórmulas diplomáticas que Litvinov declamaba en las interminables sesiones de la Liga de las Naciones en Ginebra. Al militante comunista que se le ocurría preguntar quiénes eran los «agresores fascistas» en una Argentina dominada por el imperio británico, se lo expulsaba inmediatamente bajo la imputación de «provocador policial» o «trotskista», palabras que eran sinónimas. Los comunistas formulaban así su juicio sobre Ortiz:

*La fórmula de Ortiz es la del imperialismo; un posible gobierno de Ortiz, sería un gobierno de traición nacional. Ortiz Castillo son aliados del fascismo y reciben su ayuda directa*³⁹¹.

Este galimatías ideológico revelaba la eterna dependencia de los dirigentes comunistas respecto de la línea exterior de la Unión Soviética. «No se puede servir a dos señores»: o el pueblo argentino o una potencia extranjera, por más «socialista» que se proclame. Era un dilema trágico. En todo caso significaba que Ortiz Castillo eran al mismo tiempo agentes de Inglaterra y de la Alemania nazi. Tres meses después apoyaban a Ortiz, «aliado del fascismo».

Señalado por Justo para la sucesión, proclamado por la Cámara Británica de Comercio, Ortiz debía contar, por lo demás, junto a la policía y a las autoridades dolosas del Correo que realizarían el fraude comicial, con un imponente aparato de personalidades que sostuvieron su nombre.

Las «fuerzas vivas» publicaron un manifiesto expresando su simpatía por el candidato a presidente: Carlos Mayer, hombre de la CADE, de Luis Dreyfus y Cía. (y posteriormente principal accionista de la Editorial probritánica Sudamericana); Antonio Robirosa, de la «Tranway de Buenos Aires y Quilmes», personero de Otto Bemberg; Hilary H. Leng, de la firma Leng, Roberts y Cía., casa que representaba en la Argentina a la banca Baring Brothers de Londres, y Morgan, hombre ligado a los ferrocarriles ingleses, a la Forestal, a «The Catalinas Warehouse y Mole Co.» y a numerosas empresas imperialistas; el doctor Tito L. Arata, presidente de la Compañía de Tranvías Angloargentina, director del frigorífico «La Negra» y de «Astra and Co.». El doctor Ramón Castillo, candidato a vicepresidente, era de modesta posición económica, un catamarqueño con una picardía criolla característica y que jugaría un papel bastante singular en el nuevo período.

El fraude aplasta al radicalismo

La campaña electoral resultó tal cual podía imaginarse.

El matonismo conservador obligó a don Marcelo, que podía ser ingenuo y aristocrático, pero que estaba muy lejos de ser personalmente un flojo, a echar sus discursos en las tribunas con el revólver en la mano, como ocurrió en la ciudad de Saavedra y en el pueblo de Suipacha.

Pero la bravura de Alvear no le hizo perder los refinados hábitos adquiridos desde su infancia. Supo cuidar sus manos de las molestas efusiones de los

correligionarios humildes que le salieron al paso en esos desagradables pagos de provincia. Siempre previsor, adquirió una docena de guantes tejidos de algodón «que utilizaba al saludar a los amigos y correligionarios del interior. Después de usarlos los tiraba a la basura», dice un calificado testigo. El teniente coronel Cattáneo, viejo militante radical, que relata el episodio, agrega:

El contacto de la mano callosa y hasta sudorosa de un correligionario modesto que entusiastamente viajaba 15 leguas a caballo, o en su sulky o en un automóvil para ver de cerca a un futuro presidente, le produciría escalofríos y hasta náuseas al candidato radical y democrático³⁹².

¿El lector arderá de impaciencia por conocer los detalles del comicio del 5 de septiembre de 1937? Al caer la noche de ese glorioso día las urnas repletas de «votos libres» llegaron a las oficinas de correos. Allí esperaban solícitos empleados de confianza que las abrieron sin vacilar y colocaron en ellas las caudalosas boletas oficialistas. Acto seguido las remitieron a la Justicia Electoral para el escrutinio. Así de sencillo. En algunas provincias reinó la violencia. Fresco, médico de los ferrocarriles ingleses y fascista, compadrito y exhibicionista, hacía «votar a la vista» a punta de pistola. En Santa Fe, por ejemplo, le metieron un purgante en el mate al fiscal radical que en cierto momento, según era previsible, debió abandonar la mesa electoral por unos minutos. Estos minutos fueron suficientes para cambiar los votos. En otras provincias la policía enviaba a la cárcel a centenares de radicales. La comedia electoral del general Justo dio el poder al doctor Ortiz. El golpe político recibido por el radicalismo fue irreparable.

El general Justo: un retrato

La principal figura pública del período 1930-1943 es el general Agustín P. Justo. Había sido juzgado como uno de los oficiales «profesionales» más brillantes del Ejército. Pero no era un «profesional», sino un político de grandes aptitudes, como no tardaría en demostrarlo.

Descendía de militares y políticos de antigua raigambre en el país. Su filiación mitrista y radical antiyrigoyenista no fue desmentida en ninguno de sus actos. Su coraje personal, su desprecio por la vida ajena y su cinismo, tampoco tuvieron

paralelos. Contaba con un título de ingeniero civil, que esgrimió en su campaña electoral dispendiosamente para hacer olvidar su condición de jefe militar a ciertos sectores que esperaba seducir. Demostró una destreza notable para perseguir sus fines en el laberinto interno de la Revolución de Septiembre y un ojo clínico en el conocimiento de hombres y sucesos que podían favorecerlo.

De modo penetrante, percibió como nadie que después de Yrigoyen flotaba en el radicalismo como un halo de fatalidad. Con o sin Alvear, los radicales estaban fatigados. Ya no querían luchar. Sólo aspiraban a una rendición digna, si era posible, y en todo caso dignamente retribuida. Justo comprendió ese mortal estado de espíritu y jugó una y otra vez con Alvear y los deprimidos radicales, sin abandonar jamás su equívoca sonrisa. A los verdaderos yrigoyenistas los aplastó sin misericordia y los encarceló cuantas veces lo consideró necesario.

A su propio amigo y aliado, Federico Cantoni, caudillo bloquista de San Juan, lo mandó matar, aunque sin éxito. Se había cansado del gobernador díscolo que pretendía actuar por su cuenta, según cuenta Helvio Botana, que gozó de la privanza de Justo, en sus Memorias. En esto seguía a Mitre, su admirado modelo, que había ordenado a Sarmiento matar al Chacho Peñaloza en «una operación de policía». También siguiendo a su paradigma porteño, el general Justo formó la mejor biblioteca de historia americana que hubo en el país.

Aunque nada inmutaba a este hombre duro, el asesinato del senador Bordabehere en el recinto ya parecía demasiado. La opinión pública quedó estupefacta. Se imponía buscar un arbitrio feliz que disimulara el escándalo. Una muerte podía hacer olvidar otra muerte. Natalio Botana, director de Crítica, amigo íntimo y consejero del general Justo, fue el autor de la ocurrencia. Hacía un mes había fallecido Carlos Gardel en Medellín, en el célebre accidente de aviación.

Natalio lo comprendió: era el símbolo de la alegría, de la limpieza criolla, adecuado para oponerlo a la hora de descrédito y decepción que sacudía a la República. Fríamente, como sólo ellos podían hacerlo, analizaron con el presidente Justo esa poderosa imagen positiva que en el mundo nos devolvía. Fue así que a ocultas, sabia y tenazmente, aceleraron el culto a Gardel y desviaron la mirada de la opinión pública.

El Estado puso su parte. ‘Crítica’ lo suyo.

Se demoró ex profeso la vuelta de sus restos, durante seis meses, buscando que la apoteosis tapara lo que por razones de Estado se debía olvidar,

escribe el hijo del dueño de Crítica³⁹³.

Así fue. La glorificación póstuma del «jilguero» eclipsó la tragedia del infortunado senador de la Nación. Fue el último servicio que Gardel, conservador de toda la vida, prestó a su partido en el poder después de muerto.

El velorio multitudinario, en el Luna Park, culminó con el tango «Silencio», dirigido por Francisco Canaro. La llorosa muchedumbre, las radios en luto y la tradicional actitud comprensiva de la gran prensa permitieron que Bordabehere entrara instantáneamente en el más profundo olvido.

A esa hora, el propietario de Crítica, mordiéndose su puro, jugaba a la baraja, en el 5° piso, con canillitas, linotipistas y redactores. Era un proto demócrata auténtico, como su amigo Justo.

CAPÍTULO VI

1938: LA DECADENCIA DEL VIEJO ORDEN

En 1842, en la India colonizada por Gran Bretaña, el gobernador Roberts formuló la siguiente reflexión:

Es una terrible experiencia gobernar sin la ayuda de intermediarios de extracción nativa.

Observación digna de estudio, tanto más notable si se aplica a una semicolonias como la Argentina, república señorial con muchos humos.

Los peligros y disgustos de la presencia directa habían sido siempre evitados por el imperialismo británico. Aquellos soldados de Beresford en 1806 habían sido rápidamente reemplazados al principio por viajeros espías, comerciantes, gerentes y cónsules. Luego, se formó lenta y firmemente el «servicio civil del imperio». En la factoría pampeana de 1938 este «servicio civil» estaba integrado por nativos, que prosperaban gracias a los vínculos del país con Inglaterra. Y en este «servicio civil» no brillaba solamente un puñado de ilustres abogados a sueldo. De algún modo también lo integraba parte considerable de la sociedad argentina. Unos por empleo específico. Otros, por la deformante tradición cultural sarmientina y mitrista que había conferido a Inglaterra el papel de «Fata Morgana» proveedora de toda suerte de bienes y gracias: los ferrocarriles, el fútbol, la alambrada y el tenis, el «bife» (o «beefsteack») las buenas maneras el gas, los teléfonos, y hasta el hábito de formar jardines y regarlos. De lo que no quedaba ninguna duda era que la oligarquía (rosca estructural y hasta gentilicia compuesta por los grandes terratenientes pampeanos, los financieros, el comercio exterior y los grandes diarios porteños) era la intermediaria «nativa» del poder inglés.

Los sectores «democráticos» y «progresistas» de las clases medias del Litoral seguían detrás, al trote, recogiendo en la marcha las migajas del banquete colonial, sin excluir poetas cortesanos del tipo de Borges y anglomaníacos parecidos.

Los «grandes hombres públicos», aquellos que eran ministros de la Nación, o embajadores, jueces de la Corte, diputados o profesores universitarios, ejercían la servidumbre del imperio. Eran «mucamos con cama adentro». Ya hemos mencionado al majestuoso Luis Roque Gondra. Pero no era el único. El Dr. Agustín Matienzo era profesor y abogado del Ferrocarril Central Argentino; el Dr. Clodomiro Zavalía, director del Ferrocarril Oeste y de la petrolera Astra; Alfredo Shaw, abogado de la CADE y de los Bemberg, como lo fue Miguel Angel Cárcano, además de yerno del célebre cervecero y banquero; Carlos Mayer, letrado de la National Lead Co. y del frigorífico Armour, Eduardo Bidau, abogado de la Compañía General de Ferrocarriles de Buenos Aires; el decano de la Facultad de Derecho y famoso político, Dr. Vicente Gallo, era abogado de la Compañía Suizo Argentina de Electricidad. No cabe olvidar entre estos Maestros del Derecho a Federico Pinedo, abogado astro del capital cosmopolita.

En la Corte Suprema de Justicia destellaban, entre otros, los doctores Roberto Repetto y Antonio Sagarna. En 1933 habían dictado una sentencia que hizo época a favor de los capitalistas franceses, dueños del puerto de Rosario, enjuiciados por aumentar de modo abusivo las tarifas del mayor negocio del mundo después del Canal de Suez. Cada vez que esa Corte Suprema salía de su habitual sopor, fallaba contra el Estado Nacional o el interés de los trabajadores. La lista de los «grandes hombres públicos» de la década, que eran simultánea o sucesivamente dueños del poder político, judicial, parlamentario o universitario y de las asesorías al capital imperialista, es interminable.

Pero tales «hombres públicos» encontraron sucesores y émulos más tarde. Sus equivalentes contemporáneos pueden ser mencionados con fines educativos. De otro modo, según Tácito, ¿qué utilidad revestiría la historia sino fuera maestra de la vida? Después de 1955 aparecen personajes semejantes: los doctores Krieger Vasena, Dagnino Pastore, Martínez de Hoz, Julio González del Solar, Jorge Whebe, Alberto Solá, Juan Alemann, Alvaro Alsogaray, entre muchos otros, pueden dar una idea de la expresión «servicio civil del imperio». El «imperio», en este caso, no se refiere sólo a Inglaterra. Posee un carácter genérico, para aludir al poder del capitalismo colonialista de Occidente.

La crisis mundial de 1930 agrietó las bases de una interpenetración que parecía desafiar al tiempo. La dramática decadencia del país, al menos en apariencia, fue equivalente al escepticismo político que ganaba el espíritu de la oposición como del gobierno. La alianza entre conservadores y radicales antipersonalistas, bajo la jefatura de Justo, sólo se mantuvo por el disfrute común del poder. Pero la generalizada corrupción no perdonó ni a oficialistas ni a opositores. Los escándalos

los de la década salpicaban con su lodo a todos ellos. La conmoción había sido formidable. La crisis demostraba que aun la más notable y eficiente economía agropecuaria, sostenida por el gran comprador británico, era básicamente inepta para resistir la caída de los precios de sus productos primarios. Para marchar hacia el bienestar y afrontar las dificultades, la Argentina requería contar con una industria nacional sostenida en el mercado interno. De otro modo no podría resistir las alternativas inciertas de la situación mundial.

La orgullosa Argentina del Centenario quedaba atrás. Fueron arrastradas al abismo por la violencia de la crisis, las libertades públicas y el nivel de Vida de las clases medias con todas sus ilusiones. Regresaban de París los estancieros por la baja del peso. A los chacareros los bancos les remataban los campitos hipotecados. Los arrendatarios eran echados al camino, con hijos y enseres.

Los efectos de la bancarrota mundial en la Argentina aterrorizaron y envilecieron a la oligarquía. Un sabor amargo y una visión pesimista de la vida se propagó a todos los medios sociales excluidos del poder. Algunos nacionalistas, que habían confiado en el general Uriburu, desertan de su angustia patriótica para terminar dormitando en el presupuesto bajo la protección del general Justo. Otros adquieren una fisonomía abiertamente fascista, con lo que inhiben, por la extranjería de sus devociones, su nacionalismo primigenio. Los mejores, en fin, se refugian en la investigación histórica. Buscan en el pasado la clave de los infortunios presentes. Persiste en muchos de ellos, sin embargo, una desconfianza profunda en el instinto político de las masas populares. En cuanto a los comunistas, que también habían suscitado en parte de la juventud una esperanza de redención, rinden toda posible independencia de juicio ante la realidad argentina, por la irresistible atracción que sobre ellos ejerce la Unión Soviética.

Para penetrar el drama nacional era preciso recorrer no sólo los textos de Marx (indagación peligrosa de todos modos para el ojo teologal de Stalin) sino identificarse con el interés nacional del gobierno soviético bajo la seductora forma del «internacionalismo proletario». Este concepto ejercía en la práctica los mismos efectos que «la división internacional del trabajo» de la escuela manchesteriana. En uno y otro caso los argentinos resultaban ciudadanos de quinta clase. Los resultados de esta «metodología científica» serían proporcionales al método adoptado. Los comunistas aplaudían un día al presidente Roosevelt. Y al día siguiente lo execraban, para volver a adularlo algún tiempo más tarde. Tales armoniosos giros reflejaban los bruscos cambios de frente de la diplomacia soviética. El fruto final de la política comunista fue una mixtura de «democratismo liberal» unido a una rusofilia inextinguible.

Símbolo cultural de la época, Victoria Ocampo revoloteaba como la Madame Staël de la factoría. Su doctrina literaria consistía en preferir lo poco y lo ajeno. Llevó a inauditos límites el tipo clásico del «snob». Por su intermedio conoció cierta parte de la «inteligencia» argentina las obras de Elliot, Pound, Lawrence o Drieu La Rochelle. Bajo su protección, Borges desarrolló la primera parte de su obra. Quizá sea por esa causa que el famoso poeta angloargentino prefirió escribir la Historia Universal de la Infamia en lugar de redactar una «Historia de la Década Infame».

George Canning en Buenos Aires

El porvenir se anunciaba radiante. Concluía el período presidencial y el general Justo, acariciando el sueño de su regreso al cabo de seis años, aun podría disfrutar de su último placer como Jefe del Estado: inaugurar la estatua de George Canning en la Plaza Británica.

En la tarde cálida, bañada por el sol de diciembre, exactamente el día 4, el distraído peatón observó un numeroso grupo de caballeros y militares reunidos en la plaza casi sobre la actual Avenida del Libertador. Un lienzo cubría la presumible estatua y una marcial banda militar amenizaba la ceremonia, sin duda solemne. Había marinos británicos entre la concurrencia, oficiales «Exeter», con el comodoro Harwood al frente. Presidía el acto el general Justo.

Asimismo, se pavoneaban los miembros del Senado, de la Cámara de Diputados, del Poder Judicial, el intendente de Buenos Aires, Dr. Mariano de Vedia y Mitre, y el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Carlos Saavedra Lamas. Por supuesto ocupaba dignamente su lugar el embajador de Gran Bretaña.

Orgulloso del poder de sus protectores y servil ante el gran imperio, se encontraba a sus anchas esa tarde el presidente del directorio local de los ferrocarriles británicos en la Argentina, el Dr. Guillermo Leguizamón. «Sir William» llamaba la prensa colonial con simpatía, al humilde testaferro de los capitalistas británicos después que el rey Jorge V le otorgara un título de Caballero.

Esa tarde se inauguraba un monumento, esculpido por el escultor Alberto Lagos, de George Canning. A su pie todavía hoy puede leerse: «La Nación Argentina a George Canning».

El Congreso Nacional había dictado una ley, la N° 12.100, por la que autorizaba a erigir el monumento y aportaba \$ 50.000 de fondos de la Nación para contribuir a construirlo.

No faltaba en la Comisión Informante del Proyecto de Estatua a Canning un socialista, el diputado Silvio L. Ruggieri. De la izquierda a la derecha el derrotismo no podía ser más completo. La humillación servil ante el poder británico era una ideología nacional.

Pero, ¿quién era George Canning para merecer la gratitud de los poderes públicos argentinos, tan avaros por lo general para las glorias propias? Canning había sido primer ministro del reino inglés en el período posterior a la Revolución de Mayo. Con el propósito de destruir el Imperio español, y abrir las independizadas colonias de España a las manufacturas británicas necesitadas de nuevos mercados, Canning esbozó una acción diplomática con dos objetivos: asegurar el desprendimiento definitivo de América del Sur del reino español; y, en segundo lugar, impedir toda unión o confederación que hiciese posible una nación de repúblicas, fuerte y unida, de las viejas colonias de España. Con ese propósito, y por medio de Lord Ponsonby, su enviado en Río de Janeiro y el Plata, maniobró para separar a la provincia Oriental del conjunto de las provincias hermanas encabezadas por Buenos Aires. Por otro lado, impidió que el Imperio del Brasil se fortaleciese demasiado incorporando a su soberanía a la provincia Oriental como «Provincia Cisplatina». En otras palabras, debe la actual Argentina a George Canning no incluir dentro de sus fronteras heredadas de España a la «tierra purpúrea» de Artigas, el gran caudillo y frustrado unificador del Plata. Ante el más simple examen, Canning se revela como el artífice de la fragmentación nacional.

¿No fue acaso el Banco Nacional, en manos de los comerciantes británicos de Buenos Aires, el que negó su crédito al coronel Dorrego, bajo los dictados de Canning, para derribar al gobernador federal en la guerra con el Brasil? Este Canning es sin duda un gran patriota, pero un patriota inglés. Fue claramente un enemigo de la América del Sur. El lugar más adecuado para exhibir su estatua sería sin duda Piccadilly o Pall Mall, las hermosas avenidas de Londres, más bien que la avenida del Libertador en Buenos Aires.

Por los demás, el elocuente orador no ocultó jamás, el contenido del reconocimiento inglés a la independencia de las Provincias Unidas. La independencia respecto de España suponía un debilitamiento de América desde el ángulo de la penetración comercial inglesa y del reino español en el concierto de Europa. Una recordada frase del primer ministro inglés en la Cámara de los Comunes ilumina la cuestión:

Contemplando a España, tal y como nuestros antepasados la habían conocido, yo resolví que si Francia tenía a España, no había

de ser España 'con las Indias'. Yo llamé a la vida al Nuevo Mundo para equilibrar la balanza del antiguo.

Ya en 1824 Canning había formulado una predicción:

La América española es libre y si manejamos los negocios con habilidad, ella será inglesa.

Algo debe también a la acción de Canning la segregación de las Provincias del Alto Perú, hoy Bolivia. El empréstito Baring Brothers se arrastró un siglo y confirmó la inveterada destreza británica para cobrar intereses sin entregar capitales en préstamo.

En medio del imponente silencio de los «diarios de familia», *La Nación* de los Mitre, *La Prensa* de los Gainza Paz, *La Razón* de los Peralta Ramos, los jóvenes de FORJA repudian al monumento en un acto público realizado el 19 de diciembre y en el cual hablan Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche.

Tres años más tarde Raúl Scalabrini Ortiz publica un libro fundamental: *Política británica en el Río de la Plata*. Zumban en él nuevas ideas y atisbos penetrantes sobre la «historia falsificada» que se enseña ante el hastío de los niños en las escuelas de la factoría pampeana. Allí se explica la acción del personaje del monumento en nuestros asuntos.

Así comienzan a enlazarse los nombres del balcanizador y del patriota. Tres décadas más tarde la avenida Canning muda su nombre por el de Raúl Scalabrini Ortiz. Pero en 1976, con un golpe militar, la oligarquía reinstala a George Canning en su antigua calle. Un brigadier de escaso vuelo, que no murió en las Malvinas como sus heroicos camaradas, ordenó el homenaje a Gran Bretaña. Era Intendente porteño de la dictadura militar de los banqueros y resulta dudoso que la historia recoja su nombre. Mientras la estatua simbólica de Canning siga allí, con la diestra extendida sobre la ciudad, será una pura ilusión que los argentinos luzcan en las efemérides la bandera de Belgrano*.

* Ya no sigue allí. El 2 de abril de 1984 una formidable manifestación popular festejó en la Plaza Britannia la reconquista militar de las Islas Malvinas. Los manifestantes derribaron la insolente estatua, la arrastraron hacia el río y la arrojaron a sus aguas. Rescatada por la policía, se descubrió que faltaba su mano derecha. Lo mejor de la juventud argentina había cortado la mano del intruso. Tajante advertencia a todos los ladrones que pretendan invadir tierra de América Latina.

Tiempo después en el diario *La Prensa*, del 13 de enero de 1942, podía leerse un aviso clasificado cuyo texto decía lo siguiente:

Caballero argentino, casado, de 44 años, con amplias relaciones, estudios universitarios, técnicos, una vasta cultura general, científica, literaria y filosófica, con experiencia general y profunda de nuestro ambiente económico y político, ex redactor de los principales diarios, autor de varios libros premiados y de investigaciones, aceptaría dirección, administración o consulta de empresa argentina, en planta o en proyecto, en los órdenes industrial, comercial o agrario. Dirigirse a Raúl Scalabrini Ortiz, calle Vergara 1355. Vicente López.

El gran luchador no tenía trabajo y debía mantener a su familia. Así se escribía la historia.

¿Antifascismo o antiimperialismo?

El 20 de febrero de 1938 inició su presidencia el doctor Ortiz. Asumió el mando con una serenidad envidiable. El mismo día ponía término a su vida en una isla del Tigre el poeta Leopoldo Lugones, consumidas al fin todas sus ilusiones y desvaríos en un país que juzgó sin destino. El ascenso al poder de Ortiz coincidió con la preparación de la segunda guerra imperialista. Las contradicciones interimperialistas alcanzaban tal intensidad que a nadie se le ocultaba el estallido de una próxima guerra mundial. El imperialismo anglo francés desarrollaba una campaña preliminar destinada a preparar la opinión pública para el ingreso argentino en el conflicto. Todos los partidos se disponían a desempeñar su tarea. Bajo la influencia directa de la política soviética, el stalinismo en la Argentina ocuparía el primer lugar. La posición probritánica del stalinismo no podía ser más inequívoca. En un informe rendido al X Congreso del Partido Comunista en enero de 1938 por Luis V. Sommi se decía:

La fuerza de choque más empeñada hoy en destruir nuestra libertad política y nacional, nuestro sistema republicano y representativo de gobierno, la constituyen los imperialistas italianos

y alemanes De ahí que en nuestra brega por la salvación de nuestra democracia argentina y el reforzamiento de nuestra soberanía nacional, debemos luchar con el imperialismo en general, a la vez que concentramos el fuego de nuestra lucha contra el imperialismo fascista.

Cuando el mundo se divide cada vez más en dos grandes bloques de países, unos que quieren la guerra y otros que quieren la paz, nosotros no podemos poner a todos los países imperialistas en la misma bolsa y luchar, a la vez, de la misma manera contra todos los imperialistas; esto sería un error ³⁹⁴.

Uno de los temas predilectos de la izquierda en general y del stalinismo en particular en esos años, era la glorificación de un mediocre personaje, Franklin D. Roosevelt. Su verba evangelizante y admonitoria, derramada en las noches de Navidad junto a la chimenea, deleitaba al intelectual rosa y democrático de las tres Américas. Esto no le impedía a Roosevelt prohibir el empleo del castellano en Puerto Rico y sepultar a Albizu Campos, el nacionalista portorriqueño, en la cárcel de Atlanta por diez años. Roosevelt era otro de los temas del stalinismo:

Nosotros saludamos a la democracia norteamericana por la política progresista que en Estados Unidos y en América Latina propulsa su gran presidente Roosevelt, política que lleva aliento de paz y de tranquilidad a los hogares argentinos³⁹⁵.

El rooseveltianismo, el antifascismo abstracto y el soviétismo idolátrico integran la tríada de esa vergonzosa época. Al advertir que los radicales alvearistas se inclinaban a conciliar con el presidente fraudulento Ortiz, hasta ayer nomás «aliado del fascismo» y que el conjunto de la situación mundial evolucionaba hacia una guerra entre las «democracias» y el fascismo, el Partido Comunista asumió con rutinaria desenvoltura la situación:

Desde el punto de vista político es bueno tener en cuenta que Ortiz había formado parte de la Unión Cívica Radical y es sostenido en la Concordancia principalmente por el radicalismo antipersonalista, partido que piensa desarrollarse como una gran

fuerza nacional y también por los conservadores liberales del tipo de Roca, Cárcano, Saavedra Lamas. El doctor Roberto Ortiz está vinculado a los ferrocarriles británicos y su elección ha despertado una enorme satisfacción en los círculos financieros de Londres, lo cual le asegurará el apoyo de la influencia inglesa en nuestro país...

Si bien es cierto que Ortiz será presidente gracias al apoyo que le han prestado el capital extranjero y las fuerzas reaccionarias y fascistas del país, que ha ganado la elección gracias al fraude, realizado desde la Casa Rosada y desde las gobernaciones de las provincias en manos de los elementos de extrema derecha, Ortiz aún no es fascista, no se propone establecer el régimen fascista y todos los hechos nos permiten adelantar que posiblemente trate de dificultar el desarrollo del fascismo e intente realizar un gobierno democrático moderado; lo cual en las condiciones argentinas sería un hecho positivo en relación a lo existente...

Si para cumplir esa tarea... es necesario que la clase obrera y la oposición democrática hagan ciertas concesiones y contraigan ciertos compromisos con Ortiz, por ejemplo, que reconozcan su gobierno y lo apoyen en determinadas condiciones, creemos que sería útil hacerlo...³⁹⁶.

Además del Partido Comunista, no es ocioso añadir que la generalidad de la «izquierda» (liberal, «progresista», «humanitaria», hueca, en fin, para definir de algún modo a la pequeña burguesía colonial) coincidía en las apreciaciones citadas, en particular el radicalismo, hundido en la desesperanza.

Estalla la Segunda Guerra Mundial

El 5 de enero de 1939 se suicidaba Lisandro de la Torre. Con la ruina completa del liberalismo abandonaba el mundo uno de sus más ilustres sostenedores. Un verboso diputado radical demostraba ya su odio al pueblo al rendir su homenaje al político santafesino. Ernesto Sanmartino decía en la Cámara que

el pueblo que inunda como una marea los hipódromos, las canchas de fútbol, los estadios y que se da cita espontánea en los homenajes a los payadores y a los astros de cine, vive sordo y ciego al drama y a la abnegación de los ciudadanos más dignos de la República, cuando no los abandona a la persecución y a la dentellada de los mastines»³⁹⁷.

El mismo parlamentario se haría célebre años más tarde al insistir en su concepto con respecto al pueblo y calificar a las manifestaciones obreras del 17 de octubre de 1945 como un «aluvión zoológico».

En esos días, se derrumba la resistencia del heroico pueblo español ante las fuerzas del general Franco y sus aliados ítalos alemanes. La guerra civil había terminado con la victoria de los grandes terratenientes, la nobleza y el «statu-quo». Del lado republicano, por lo demás, la coalición republicana socialista y comunista había hecho todo lo posible para ahogar la revolución, asesinar a los revolucionarios y complacer a Francia e Inglaterra. La coalición contra la España de los trabajadores, según se ve, era tan formidable que Franco tuvo expedito el camino hacia Madrid³⁹⁸.

Pero al concluir el drama español (1936-1939) la Segunda Guerra Mundial ya estaba en el horizonte.

La indiferencia por la política argentina se hace general; el Congreso cae en el más completo descrédito; las sesiones del Concejo Deliberante despiertan la irrisión del público.

El concejal socialista Zavala Vicondo denuncia la práctica del fraude interno en las elecciones del Partido Socialista que encabeza Nicolás Repetto.

La preparación de la guerra, las notas diplomáticas, la tensión creciente en Europa son inocultables. El imperialismo no ignoraba que si la oligarquía argentina no otorgaba amplias concesiones de tipo «democrático», facilitando el ingreso al poder del partido mayoritario, la propaganda bélica carecería de eficacia decisiva. El jefe del partido mayoritario era justamente Alvear, un hombre que gozaba de la plena confianza del imperialismo británico. Tales son las razones que mueven a Ortiz y a sus poderosos amigos para proyectar una regeneración de su espurio gobierno otorgando elecciones «democráticas» al finalizar el período. Bajo el pretexto de pasar a la historia como un nuevo Sáenz Peña, Ortiz creaba las condiciones para enviar a una nueva generación a la infame carnicería que se aproximaba. Esta euforia «democrática» no le impidió detener y deportar a numerosos militantes obreros. Dichos pecadillos poco pesarían en la balanza de la «popula-

ridad» con que lo rodearon los ávidos radicales alvearistas y la agitación stalinista, cuyo grito: «Hay que rodear a Ortiz», resonó como una de las fórmulas más abyectas de ese tiempo.

Toda la política exterior de la burocracia soviética conducía a los comunistas argentinos a la creencia, nada improbable, de que en caso de una guerra, Rusia se encontraría en el mismo bando que el imperialismo democrático. Pero las aprehensiones de Stalin ante un conflicto con Alemania y la indiferencia anglo francesa a un acuerdo explícito con la Unión Soviética, empujaron al georgiano a pactar secretamente con Hitler. Al tener las espaldas guardadas por la neutralidad soviética, el jefe nazi se lanzó al ataque el 1º de septiembre de 1939. Stalin y Hitler se repartieron Polonia. Mientras Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a la Alemania nazi, Stalin mantenía su neutralidad y aseguraba la retaguardia de Hitler.

Los comunistas, después del primer momento de estupor, se pasaron como movidos por un impulso eléctrico al campo del «neutralismo». Sus amigos «democráticos» de la víspera descubrieron, también repentinamente, que la URSS era un país totalitario. La vasta nómina de profesores e intelectuales liberales, «amigos de la URSS», abandonó rápidamente el barco, que «navegaba por peligrosos estrechos».

Los dirigentes comunistas advirtieron con cándida sorpresa la existencia del imperialismo. Palabra tan olvidada durante los años del Frente Popular, adoptaron poco más o menos el lenguaje de Hitler olvidándose cuidadosamente tanto del Gengis Khan de ayer, como del «nazi fascio nipo falangismo» de infausta memoria.

El conflicto de 1914 había sido proyectado ante los ojos de las masas populares de Europa y del mundo como una «guerra para terminar con todas las guerras». Se había marchado a ese infierno con el canto en los labios y flores en las bayonetas. En la segunda guerra imperialista de 1939 ya no había lugar para tales ilusiones en el continente europeo. En las colonias y semicolonias, sin embargo, la situación era diferente. El imperialismo dominaba de tal manera las palancas decisivas de la economía y la política argentinas, que todos los partidos fueron instrumentados al servicio de la causa aliada. El espectáculo que exhibieron los partidos «democráticos» de izquierda a derecha producía consternación. La conciencia del interés nacional había desaparecido. Pues si Ortiz declaraba la neutralidad, toda su política estaba dirigida a quebrarla. Tan sólo la neutralidad norteamericana, que se mantuvo hasta el siete de diciembre de 1941, y la preeminencia bélica rápidamente alcanzada por Hitler en Europa, permitieron durante el gobierno de Ortiz sostener esa política. Por lo demás, el Presidente se encontraba gravemente enfermo. En junio de 1940 se veía obligado a delegar el mando en el vicepresidente, doctor Castillo.

El radicalismo alvearista estaba obsesionado por la idea magnética de conquistar el poder sin lucha. La inesperada vocación «democrática» de Ortiz, que interviene la provincia de Buenos Aires, feudo de Fresco, y sus tentativas de conciliar con el alvearismo, persuaden a don Marcelo —a quien los radicales yrigoyenistas comienzan a llamar «Marcelo U. T. de Alvear»³⁹⁹— de que su táctica de capitulación perpetua por fin había logrado éxito. Pero la enfermedad de Ortiz y su delegación del mando en el doctor Castillo, inclina la balanza del lado de los conservadores. La «aliadofilia» de Ortiz, por lo demás, era notoria, mientras que se atribuían a Castillo fuertes inclinaciones «neutralistas». Para colmo, el astuto general Justo comenzaba nuevamente sus intrigas para gestar su segunda presidencia.

El nombramiento de interventor en la provincia de Buenos Aires, que recae en el decano de la facultad de Derecho Dr. Dimas González Gowland, origina un conflicto: González Gowland sólo estaba dispuesto a amparar el fraude electoral en la provincia, a condición que el candidato a gobernador de esa provincia, decisiva en una futura elección presidencial, fuera un instrumento del general Justo. Castillo, por su parte, detestaba a Justo. La renuncia a la intervención de Buenos Aires por González Gowland es un triunfo de los conservadores bonaerenses y una derrota para el general Justo. Ahora hacía falta encontrar un interventor que hiciera el fraude exclusivamente para los conservadores.

La situación planteada era tan pública, tan obvia era la tarea de aquél que se hiciera cargo de la intervención, tan cínico era el clima de aquellos días, que el diario *Noticias Gráficas*, aludiendo a las tratativas para designar interventor, publica un editorial titulado: «Se necesita un sinvergüenza»⁴⁰⁰. El hombre que se encontró para el cargo fue el coronel Enrique Rottjer, hombre del 6 de septiembre y jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra en el gobierno de Uriburu. Tres meses después de las elecciones fraudulentas en la provincia, Rottjer era gratificado con una diputación nacional.

Neutralismo y rupturismo

El antagonismo económico tradicional entre la Argentina y los Estados Unidos debía manifestarse agudamente durante la segunda guerra imperialista. Ya desde 1889, en la Primera Conferencia Panamericana, los representantes de las clases dominantes argentinas, Quintana y Sáenz Peña, habían burlado en Washington todas las tentativas del Departamento de Estado para

subordinar al Río de la Plata a la política yanqui. No hay duda alguna de que esta independencia argentina hacia los Estados Unidos se fundaba en las relaciones económicas que el país mantenía con Gran Bretaña y Europa.

En este sentido, todo el sector agrario de la Argentina –ganaderos y agricultores, lo mismo que la pequeña burguesía urbana y rural vinculada al sistema exportador– ha mantenido históricamente una actitud de desconfianza tenaz hacia Estados Unidos. La cobertura ideológica de esta hostilidad, naturalmente, ha sido siempre el imperialismo de Estados Unidos, pero su raíz debe buscarse en que dicho «nacionalismo agrario» no podía llegar a ningún acuerdo perdurable con un país que producía carne y trigo y competía con la Argentina agropecuaria en los mercados mundiales. De ahí que haya habido siempre en el «nacionalismo agrario» cierta porción de influencia inglesa.

Pero la segunda guerra, en 1940, planteaba dos problemas nuevos: las espectaculares victorias militares de Hitler, que parecía a punto de conquistar Europa y establecer la prometida «paz» germánica de mil años y, por otro lado, la irresistible transferencia de poder de Gran Bretaña a su gran acreedor norteamericano. Estos dos factores eran por sí mismos suficientes para dividir el frente de la clase terrateniente. Si algunos sectores confiaban en que el poder norteamericano restablecería la alarmante situación militar de los aliados en Europa, otros consideraban más ventajoso ligarse desde ya a los Estados Unidos, probable y único vencedor al concluir la contienda.

Otros núcleos conservadores, en fin, preferían permanecer en actitud expectante, hasta que la suerte de las armas personificara al vencedor definitivo. En la combinación de estas variantes políticas debe explicarse el neutralismo del conservador fraudulento Castillo y el rupturismo del abogado Ortiz, letrado de monopolios telefónicos norteamericanos y de los ferrocarriles ingleses.

Para Gran Bretaña, la cuestión fundamental del momento consistía en mantener los abastecimientos argentinos sin interrupción; y en segundo lugar, dificultar, hasta donde fuera diplomáticamente posible, una influencia excesiva de los Estados Unidos en los asuntos del Río de la Plata. Desde el punto de vista de Washington, en cambio, la neutralidad benevolente de los Estados Unidos en la guerra mundial debía permitirle sustituir al Imperio Británico en sus antiguas zonas de influencia.

No otro era el sentido de las conferencias panamericanas y de la tesis de la «defensa continental», tan resistida por la diplomacia oligárquica argentina. Los alemanes, por su parte, a través de sus personeros, también ejercían cierta influencia en la política argentina, aunque en grado infinitamente menor que sus adversarios. Así pudieron financiar el diario *El Pampero*, escrito por algunos

nacionalistas pronazis y que reproducía, bajo el disfraz de una aspiración nacional, la fraseología y las consignas ululantes de la zoología nazi.

Otro tipo de nacionalismo intelectual, aunque independiente de la política nazi en el orden crematístico, no dejaba de contemplar con simpatía el «Nuevo Orden». En el momento en que las divisiones acorazadas de Hitler conquistaban Francia y caía París, la revista nacionalista *Nueva Política* escribía:

Francia vencida y liberada, comienza el camino de la expiación, singularmente penoso para una nación tan altiva y ardiente. Pero la expiación es necesaria. Perdido el cetro, no puede ya sino mirar y, tal vez, admirar la gesta de los vencedores. Europa, ya madura, subyugada al imperio nuevo que viene en el fondo a desatar sus antiguas cadenas, espera con ansiedad el último acto: cuando las águilas romanas y germanas caigan sobre la guarida del Leopardo⁴⁰¹.

Marcelo Sánchez Sorondo, Federico Ibarguren y otros escritores nacionalistas inspiraban Nuevo Orden. Es curioso evocar su posición ante la Unión Soviética en ese momento del pacto nazi soviético:

Rusia se halla en pleno proceso de contrarrevolución, toda su política se orienta por los cauces tradicionales y realistas del paneslavismo... El nacional socialismo y el nacional comunismo (que ésta es la verdad profunda de la contramarcha rusa) buscan líneas de franco entendimiento que se apoyan sobre el carácter complementario de sus economías. No se olvide que Rusia sólo estuvo en conflicto con Alemania cuando los dirigentes rusos, ebrios de Occidente, de 'intelligentsia' y de otras ideologías olvidaron la lengua del pueblo ruso. Creemos que, por hoy, nada de esto ocurre⁴⁰².

De este modo, uno de los sectores imperialistas influía decisivamente sobre el nacionalismo, despojándolo de su contenido históricamente progresivo en un país semicolonial, para imbuirle la sustancia cavernícola del nacionalismo de un país imperialista opresor. Esta forma de «colonialismo» no fue advertida por los nacionalistas aristocráticos, siempre tan sutiles en los problemas secundarios. En el otro polo, el stalinismo reflejaba como un espejo la

política del acuerdo con Hitler. El dirigente del Partido Comunista, Ernesto Giúdice, había olvidado por completo, al día siguiente del 1º de septiembre de 1939, o sea inmediatamente después del pacto nazi soviético, el dilema «democracia versus fascismo». El cambio del Kremlin se expresaba en las páginas del libro *Imperialismo inglés y liberación nacional*, escrito por Giúdice, en los conceptos siguientes:

*Hay que ver y apreciar que, muchas veces, detrás de esa ideología fascista late un anhelo de masas, que por ser de masas poco importa que sea fascista o no por cuanto en el propio movimiento de masas, desarrollado con prescindencia de la ideología reaccionaria que le quieren algunos atribuir —por lo que hay que buscar contacto con él, con ese movimiento— cabe la necesaria rectificación política. Hay capas populares que pueden creer luchar contra la oligarquía dentro del fascismo*⁴⁰³.

A pesar de la confusión del texto, el Partido Comunista y su vocero Giúdice parecen orientarse hacia la búsqueda de una posición nacional. En otros lugares del mismo libro Giúdice avanza notablemente hacia la formulación de una posición independiente del «imperialismo democrático». Por desgracia, tales ideas se fundaban en el pacto nazi soviético y duraron tanto como el pacto. El 22 de junio de 1941, cuando las divisiones blindadas de Hitler rompieron el pacto con Stalin e invadieron la Unión Soviética, los comunistas volvieron a encontrarse en un terreno político común con sus aliados anteriores, es decir, con los amigos del «imperialismo democrático» en el país, que eran, como es obvio, los enemigos de la Argentina. Por tal razón Giúdice debió olvidarse del libro durante cuatro décadas.

La democracia cipaya, el nacionalismo fascista y la izquierda apátrida parecían constituir la pluralidad política de la colonización argentina. Pero había otras fuerzas revolucionarias en la sociedad argentina, invisibles o poco oídas todavía. Según cabía esperar, el Partido Socialista reproducía en la segunda guerra la docilidad demostrada en la primera. Repetto enviaba un mensaje radiotelefónico a Roosevelt, como jefe de una

*nación que sale hoy gallardamente al encuentro de una recia prueba de fuego para afirmar su propia autonomía, salvar la libertad del mundo y enaltecer al continente todo*⁴⁰⁴.

Alvear declaraba en la Convención del radicalismo:

Se está librando en el mundo una gran batalla que es, más que una guerra entre naciones, una guerra entre ideologías. Se está jugando la libertad. Se está jugando el valor de la individualidad humana. Se están jugando las conquistas de la civilización cristiana.

Como respuesta, una lluvia de proyectiles y sillas cayó sobre el orador, lanzada por los forjistas que desde las galerías gritaban «Neutralidad»; la Convención terminó en una batalla campal ⁴⁰⁵. Alvear debió ser protegido de la indignación juvenil por los envilecidos prohombres del partido.

Simultáneamente, y con el generoso patrocinio de las embajadas aliadas, se fundaba «Acción Argentina», destinada a propiciar la intervención argentina en la guerra imperialista. Sus fundadores eran Federico Pinedo, Alejandro Ceballos, Julio A. Noble, Victoria Ocampo, Nicolás Repetto, Alvear, Bernardo Houssay y el séquito multisecular de personajillos ligados al «servicio civil del imperio». Era la continuación del Frente Popular, ensayado en 1936 y el antecedente inmediato de la Unión Democrática.

El elenco oligárquico, como impulsado por un resorte, apareció en escena, unido codo con codo. Esta siniestra Unión sagrada auguraba algo muy sombrío para los argentinos. Con ingentes recursos, «Acción Argentina» levantó tribunas, habilitó oradores rentados, algunos de ellos «izquierdistas», editó publicaciones y se planteó la tarea de educar el espíritu público para la ruptura con Alemania.

Arrastró bajo esa bandera a esa vasta clientela urbana trastornada por la universidad cosmopolita, o los editoriales de *La Prensa*, admiradora de los toros ingleses y las novelas francesas, de la «flema» británica y de la democracia tejana. Esa masa flotante de los sectores medios —«medio pelo incluido»— pedía la ruptura, como en 1914, ebria de servilismo.

La presión mundial fue formidable y los patriotas escasos. Hasta archinacionalistas de ribetes fascistas, seguidores de Uriburu en el 30, se hacían «rupturistas», o sea «aliadófilos».

En sus «memorias», el Dr. Juan E. Carulla, nacionalista encarnizado (aunque en la Primera Guerra Mundial había acudido como voluntario a defender a Francia) relata la impresión que le produjo la caída de París en 1940:

Rebajé de peso, envejecí de golpe y hasta mis facciones cambiaron.

El 14 de junio, días más tarde de caer París ante las tropas de Hitler, encontró casualmente a otro nacionalista, Alfonso de Laferrère:

–Vino a mi encuentro cabizbajo y angustiado; él, tan acicalado por lo común, llevaba ese día barba larga y descuidado atuendo. Me murmuró tristemente:

‘–París se ha rendido...’

‘–Es verdad...’ –le respondí.

–Y no hablamos más. La emoción nos ahogaba a entrambos⁴⁰⁶.

Cabe imaginar cuáles serían los sentimientos de los «demócratas» o cipayos a secas, si éste era el estado de espíritu de algunos «nacionalistas».

La Argentina victoriana, con sus Palacios y Alveares, sus magistrados seniles y sus estériles académicos, ofrecía a los imperios la sangre de su juventud. Un semanario titulado *Argentina Libre*, financiado por las embajadas inglesa y francesa, argumentaba las razones de la ruptura con Alemania e Italia con un ardor tan desinteresado que muy pronto fue conocido como *Argentina Libra*.

Grandes poetas y escritores, sin embargo, resistían en soledad el terror ideológico: Ernesto Sábato, Luis Franco, Oliverio Girondo, los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, Raúl Scalabrini Ortiz, Manuel Gálvez y, desde Chile, Manuel Ugarte, entre otros, proclamaron su rechazo a la guerra de las potencias y la neutralidad argentina.

Forja y la FUA ante la guerra

Los jóvenes radicales de FORJA luchaban en tales momentos por salvar la tradición yrigoyenista:

Ante la crisis de Europa, conflicto de imperialismos, organizados los unos bajo apariencias demoliberales y los otros bajo rótulos totalitarios, la Argentina, sometida por su enfeudamiento a condición de colonia inglesa y de las plutocracias internacionales, debe activar la formación de su conciencia emancipadora y la organización de las fuerzas que la liberarán de toda dominación extranjera...

*Que cualquiera sea nuestra solidaridad con los pueblos arrastrados a la guerra por la mentira o la fuerza, tal solidaridad no amengua la conciencia de que más dolorosa que la actual tragedia de Europa es la agonía de los pueblos coloniales o sometidos, condenados a muerte lenta por la explotación imperialista, conciencia que nos impone como primer deber la lucha por la redención de nuestros propios pueblos*⁴⁰⁷.

El diario *Crítica*, en las manos rápidas de Natalio Botana, actuaba en el radicalismo alvearista por medio del yerno de su propietario, el diputado por la «China» (hija de Botana) Raúl Damonte Taborda. Acusaba a FORJA con un gran título a toda página:

*Elementos del nazismo trataron de impedir las declaraciones contra los países totalitarios*⁴⁰⁸.

La Federación Universitaria Argentina, rompiendo con su tradición de verbalismo izquierdista y cipayo protocolizado desde 1930, asume una posición nacional frente a la guerra. ¿Qué ha ocurrido? La firma del pacto nazi soviético ha aislado a los stalinistas de sus aliados liberales e izquierdistas de la Universidad, donde compartían el poder de FUA. En el desconcierto que producen los grandes acontecimientos europeos, los estudiantes vinculados a FORJA, con el apoyo del stalinismo, logran conquistar durante unos pocos meses la dirección de FUA. Este hecho permite que dicha organización estudiantil, que había seguido como una sombra a la decadencia de la Reforma y la colonización del país, plantee enérgicamente por una sola vez su condena del conflicto militar imperialista:

*La Convención Nacional de Estudiantes resuelve: repudiar la presente guerra imperialista y toda tentativa de extender a costa de los neutrales el frente de batalla... que la responsabilidad debe caer sobre quienes la provocaron: los diversos imperialismos en pugna... propiciar la realización de un Congreso Americano de Estudiantes Universitarios para que el genio de lo autóctono reafirme la voluntad unitaria del continente de lograr la realización de su propio destino, liberándose de todo tutelaje político y económico, vigente y futuro*⁴⁰⁹.

El ataque de Hitler a la URSS en 1941, que incluye en el acto a Stalin en el «frente de las democracias» y refuerza la presión imperialista sobre la Argentina, dejará sin base a la posición nacional de FUA. Se plegará bien pronto a su tradicional posición cipaya. Los estudiantes comunistas vuelven a la «democracia».

Otro hombre de FORJA, Raúl Scalabrini Ortiz, realizaba la proeza de fundar un diario: *Reconquista*. Sólo vivió cuarenta días. En su último editorial escribía:

Sobre la República Argentina se cierne una amenaza fatal: la intervención en el conflicto europeo. Basta analizar, aunque sea rápidamente, las ventajas que la Gran Bretaña obtendría con nuestra participación en la guerra a su lado, para convencerse de que la diplomacia, diestra como ninguna en la conjunción de compromisos, está trabajando fervorosamente para que nuestra intervención sea efectiva como antes...

Para ir a la guerra es indispensable que el gobierno sea excepcionalmente fuerte. El radicalismo puede dar a nuestro gobierno esa fuerza que le falta. Nosotros, que somos sus víctimas, damos nuestro homenaje de admiración a la astucia de la diplomacia británica. Con magnífica pulcritud nos ofrece un canje. La normalización democrática del país a cambio de la ayuda en la guerra de Europa⁴¹⁰.

El sentimiento de impotencia y de fracaso era tan profundo entre los argentinos de esos años, que Scalabrini Ortiz reflejaba esa decepción en las últimas palabras de la edición final de su diario:

En el momento de extinguirse por propia determinación, «Reconquista» quiere recordar dos grandes nombres que también optaron por aniquilarse antes de que el lodo llegara al nivel en que el espíritu se mancha: Lisandro de la Torre y Leopoldo Lugones. Es una lástima que un diario no tenga sangre, porque la sangre enaltece donde toca. Ellos nos enseñaron a morir y los invocamos en este momento en que «Reconquista» ha dejado de ser⁴¹¹.

Como frecuentados por un desesperado nihilismo, los hombres de FORJA, para rechazar la idea de la participación argentina en la guerra imperialista, lanzaban la consigna: «Los argentinos queremos morir aquí». ¡Se hablaba de morir y no de vivir!

La pequeña burguesía nacionalista, atrapada en el mortal juego de pinzas de los colosos, sentía revolotear la muerte en su torno. La cipayería se sentía triunfante y dominaba las calles. Jamás se había escuchado hablar tanto de la «democracia» y nunca el país se había sentido al mismo tiempo tan burlado y humillado.

Sorbiendo lentamente su legítimo «scotch», el embajador de Inglaterra reflexionaba sobre la grandeza del imperio.

La izquierda nacional

Pero no toda la «izquierda» había capitulado ante el bando aliado o se inclinaba reverente ante el pacto nazi soviético. Un puñado de jóvenes salvaba en esos días negros el honor del pensamiento revolucionario. Ciertamente, eran muy pocos. Media docena en Córdoba, otros tantos en Santa Fe, Tucumán, La Plata y Capital Federal habían levantado la bandera del socialismo revolucionario, declarado la guerra a los poderes imperialistas tanto como a la oligarquía nativa. Nadaban contra la corriente en la hora de la reacción más profunda. Reunían centavo tras centavo para publicar sus manifiestos y sus periódicos. La idea central era la siguiente: ni Londres, ni Moscú, ni Berlín. Se publicaron en aquellos años *Inicial*, *Lucha Obrera*, *Octubre*, *Frente Obrero*.

En el periódico *Inicial*, el título de la edición del 1º de junio de 1941 era:

*¡Contra todos los imperialismos! ¡Fuera la Argentina de la guerra!*⁴¹².

Resulta aleccionador observar que tales militantes, opuestos al ingreso argentino a la guerra «por la democracia», reñida por las potencias coloniales contra sus rivales fascistas (Alemania e Italia también aspiraban a gozar de la explotación de las colonias) eran designados como nazis o «provocadores» por los sectores de izquierda o la coalición demoliberal de radicales, conservadores, socialistas y comunistas.

No menos elocuente resulta el hecho de que tales partidos del sistema oligárquico del puerto hayan permanecido fieles a sí mismos: eran partidarios de entrar en guerra para defender en Europa a la Inglaterra imperialista. Cuarenta años más tarde se opondrían con todas sus fuerzas a la guerra de las Malvinas contra Inglaterra en nombre del «pacifismo».

La razón para desertar de la lucha nacional contra los ingleses en 1982 era la misma que los impulsaba en 1940-45 a exigir intervenir en la guerra mundial junto a los británicos: la defensa de la «democracia». Pero para estos partidos y clases acipayadas nunca era buena la ocasión para defender a la Patria, sea para rechazar su intervención en una guerra ajena, sea para luchar en una guerra propia.

Tal hipocresía social es una constante histórica y retrata el carácter semicolonial de la Argentina portuaria.

Aquellos militantes antes aludidos fueron los precursores de la «izquierda nacional» y del «socialismo criollo». Algunos procedían del movimiento obrero, otros eran estudiantes. Entre los más destacados recordaremos a Mateo Fossa, Angel Perelman, Víctor Gosis, Aurelio Narvaja, Adolfo Perelman, Hugo Sylvester, Carlos Díaz, Enrique Rivera, Esteban Rey, Reynaldo Frigerio.

Cómo los ingleses no pagaron su deuda externa con la Argentina

En nombre de la «libertad y la democracia», Inglaterra y Francia entraban en guerra con Alemania, que procuraba un «nuevo orden». La «pax germánica por mil años», proclamada por Hitler se proponía disfrutar de la explotación de las colonias hasta ese momento reservadas a sus rivales anglo franco europeos. Tal era el significado del sangriento dilema iniciado el 1° de septiembre de 1939.

En su colonia directa, la inmensa India, el virrey inglés envió a la cárcel a los principales dirigentes del Congreso Panhindú, movimiento político del nacionalismo indio, entre ellos al Pandit Nehru, cuyo magnífico libro *Redescubrimiento de la India* es un vasto fresco de las ventajas de la civilización británica.

En lo que concernía a su semicolonia de la Argentina, no había virreyes extranjeros, sino funcionarios cipayos locales, a las órdenes de la oligarquía terrateniente. La primera medida del gobierno británico fue celebrar un acuerdo entre el Banco de Inglaterra y el Banco Central de la República Argentina. Ambos bancos habían sido fundados por ingleses, y este último era dirigido por Raúl Prebisch, devoto de la grandeza imperial y de sus intereses.

El propósito de Gran Bretaña, en un acuerdo cuyos detalles fueron mantenidos en secreto, era asegurarse la provisión de alimentos argentinos durante todo el curso de la guerra sin efectuar pago alguno, fuera en dólares u oro.

A este efecto se abrió una cuenta especial en el Banco de Inglaterra, donde el importe de los envíos argentinos se asentaría en libras esterlinas para pagar solamente las exportaciones británicas, cuando éstas pudieran efectuarse. De esta manera se encadenaba la Argentina al futuro comercio del imperio. Los saldos en libras esterlinas a favor de la Argentina no rendirían interés alguno. En cambio, las deudas argentinas en Inglaterra, pagaban interés.

Dice un autor:

En la práctica el acuerdo entre los bancos hizo que la Argentina proporcionara un crédito limitado a Gran Bretaña al cero por ciento de interés^{s412bis}.

Desde el ángulo del gobierno argentino, presidido por el Dr. Roberto Ortiz, este acuerdo buscaba garantizar, a los grandes criadores de ganado, un mercado estable. El interés nacional estaba ausente de tales cálculos, pues se consideraba completamente natural que los ingleses fueran siempre los más fuertes en las negociaciones, supieran más de las cosas del mundo y brillaran como perfectos caballeros. Como Inglaterra había librado de gravámenes la importación de los cueros, el lino y el maíz argentinos, cortésmente el gobierno argentino otorgó una rebaja del 50% en los aranceles que gravaban la importación de «whisky» escocés. De suerte que el arreglo resultaba así satisfactorio para todos.

Al concluir la guerra en 1945, Gran Bretaña había perdido la supremacía financiera del mundo. Eran acreedores suyos la India, Egipto, Irlanda y la Argentina. Pero Inglaterra estaba muy lejos de perder su poder, uno de cuyos pilares era la inteligencia política, adquirida a lo largo de siglos de dominación mundial. Por esa causa, se desembarazó a un alto costo para los argentinos de los ferrocarriles en la Argentina, desvalorizó la libra y volatilizó su deuda externa en 1945-1948, arrancando un último jirón de carne a su ingrato dominio del Plata antes de retirarse para siempre.

La economía argentina ante la guerra mundial

Como la crisis había impuesto el dirigismo en Europa y Estados Unidos, los controles de cambios y otras medidas «estatistas» fueron imitados por la oligar-

quía. Se trataba de preservar el antiguo «status» adaptado a las nuevas circunstancias de la guerra mundial.

Tal política de control de las divisas había determinado el desenvolvimiento de una industria liviana relativamente importante. Pero la sujeción de la oligarquía y su aparato estatal a Gran Bretaña no se había alterado en lo más mínimo. Desde el Banco Central, Prebisch rehusaba adquirir en el exterior los equipos industriales y las materias primas imprescindibles que aconsejaba la inminencia de la guerra mundial. Tres meses después del estallido del conflicto europeo, la Oficina de Control de Cambios informaba al público que se otorgarían divisas para importar aquellos productos necesarios para el pago de las exportaciones argentinas, pero advertía que se trataba de comprar «a quien nos compra». Dicha oficina explicaba que había que inspirarse en las estipulaciones del tratado Roca Runciman, como modelo del régimen comercial que se adoptaría durante la guerra.

Todo pedido de cambio otro país para la introducción de mercaderías que en alguna forma puedan ser adquiridas en Gran Bretaña, será rechazado.

El mundo crujía en sus mismos cimientos. Sólo permanecía inmutable el deshonor de la oligarquía argentina.

Pero todo fue inútil. En su devastadora furia la guerra completó la obra de la crisis de 1930. La estructura del comercio mundial saltó en pedazos y la industria argentina comenzó a reemplazar desordenadamente a los productos de la industria británica.

Los fulminantes éxitos militares de Hitler por lo demás, hundieron en hondas cavilaciones a los abogados de vieja raigambre anglófila. La propia oligarquía oteó el horizonte con inquietud. Su antiguo intérprete en el gobierno de Justo, el Dr. Federico Pinedo, era designado por el vicepresidente Castillo, Ministro de Hacienda.

El personaje ofrecerá en el cargo y bajo la extrema presión de la guerra, interesantes facetas. El «nacionalismo» de Castillo, con semejante designación, dejaba bastante que desear. Sin embargo, no habrá que olvidar que Castillo era al fin y al cabo un hombre del viejo Partido Conservador sometido a las presiones de orden local de sus amigos. Pero su «neutralismo» en materia de política externa no vaciló un solo momento.

Por otra parte, como lo descubrió Summer Welles,

los argentinos de todos los credos políticos tendían a identificar neutralidad con prosperidad económica.

La neutralidad de Castillo obedecía asimismo a una aspiración nacional legítima: todo el pueblo argentino repudiaba la guerra y detestaba, en particular, al bando aliado, que era el de sus explotadores directos. Naturalmente, vastos sectores de la clase media urbana, integrados al sistema exportador, eran aliadófilos. Constituían, bulliciosamente, la «Argentina visible».

Para el Ministro de Hacienda Pinedo, organizador del Sexto Dominio en el gobierno del general Justo, el estado económico de la Argentina ofrecía características complejas y soluciones alternativas. La situación militar de los aliados no era brillante. Gran Bretaña dependía, cada día más, de los abastecimientos militares de la neutral Norteamérica y debía pagarlos según el sistema de «pague y lleve» con sus inversiones extranjeras.

Como los ingleses no podían vendernos sus productos industriales, según el intercambio tradicional, la industria argentina debió crecer, aunque sin equipos ni materias primas suficientes. Todo lo que Inglaterra no podía vender, Argentina debió comprarlo en los Estados Unidos. Pero al no disponer de las libras inglesas, el déficit con Estados Unidos crecía al mismo tiempo que aumentaba la deuda inglesa hacia la Argentina. Cuando la posición de la Argentina con las monedas libres mejoró, no pudo emplear esos medios de cambio para importar de Estados Unidos, porque este país ya había entrado en la guerra y restringía sus exportaciones no bélicas. En este cuadro, el desarrollo industrial se imponía como un dilema de hierro. Pinedo comprendió que, por lo menos temporalmente, para evitar graves conflictos sociales, el gobierno debía adoptar medidas protectoras.

La vida económica del país, dijo en el Senado, gira alrededor de su comercio exterior que es el eje fundamental. No estamos en condiciones de reemplazar ese mecanismo ahora, pero podemos ir creando junto a él ciertas herramientas auxiliares que permitirían la circulación de la riqueza y un cierto grado de actividad económica⁴¹³.

La situación europea era confusa. El peligro de que el bloqueo marítimo afectase gravemente las exportaciones argentinas y sobreviniera una catástrofe interna, induce a Pinedo a concebir un plan de emergencia:

Es un hecho sabido que desde antes de la pasada depresión mundial, las exportaciones argentinas, medidas por su volumen físico, han permanecido en un nivel prácticamente estacionario.

Nuestro país no ha tenido... la alternativa de dedicarse preferentemente a la exportación de cantidades cada vez mayores de productos agrarios, importando en cambio artículos manufacturados...

Por el momento, el país no tiene esa opción en su política económica y no sabría decirse en este instante con alguna seguridad de acierto si la tendrá o no después de la guerra... Mientras llegue ese momento, el país necesita recurrir decididamente a su industria para suplir en lo que sea posible lo que no puede importar o pagar y evitar el grave mal de la desocupación⁴⁴.

El notorio librecambista se vuelve proteccionista bajo el vendaval. Al mismo tiempo, mira hacia Estados Unidos. La perspectiva de un hundimiento definitivo del Imperio Británico hace cavilar a las oligarquías anglófilas.

Pinedo proyecta «nacionalizar» los ferrocarriles

El Plan de Reactivación Económica elaborado por Pinedo y su «trust de cerebros» del Ministerio de Hacienda, incluía un misterioso artículo 10, que despierta las sospechas de los senadores conservadores, radicales y socialistas. Intercalado habilidosamente en el confuso articulado del plan, ese artículo 10 facultaba al Poder Ejecutivo a «nacionalizar» los ferrocarriles británicos. El senador radical Eguiguren interpela en la Cámara a Pinedo⁴⁵. Este se entera de que Eguiguren se proponía denunciar en el Senado la existencia de un plan que, como abogado de los ferrocarriles, había elaborado el actual ministro de Hacienda tiempo atrás y que ahora se proponía imponer al país.

Para despojar de efecto a la inminente denuncia, Pinedo hace publicar en el diario *La Prensa* el texto completo del proyecto de nacionalización, que el romántico órgano titula del siguiente modo:

Un plan de nacionalización de los ferrocarriles particulares.

seguido del siguiente subtítulo:

Proyecto preparado por encargo de las empresas, en el cual se propone la organización de una entidad formada por aquellas y el Estado, dentro de una práctica que acentúa la coordinación de transportes. Garantía de la Nación⁴¹⁶.

El diario mencionado prologa el texto del proyecto con la siguiente nota:

Con el deseo de contribuir al conocimiento del asunto publicamos a continuación un plan sobre organización de una entidad ferroviaria en la que entraría a formar parte el Estado e integrarían unas cuantas de las empresas particulares existentes en la República. El Plan que publicamos fue preparado hace aproximadamente año y medio por un estudio jurídico de la Capital Federal, a cuyo director le encomendaron tal trabajo las empresas interesadas en la operación⁴¹⁷.

¿En qué consistía la «nacionalización?» Se trataba de formar con los ferrocarriles Central Argentino, Oeste, Pacífico y Sud una llamada «Corporación de Ferrocarriles Argentinos», aunque el abogado Pinedo sugería la conveniencia de extender el plan a las demás compañías ferroviarias», esto es, de absorber en la nueva entidad a los Ferrocarriles del Estado. Como quitando importancia al asunto, el proyecto apreciaba al capital ferroviario en 230.593.975 libras esterlinas, cifra monstruosa, «aguada» más allá de toda vergüenza y destinada a disminuir la importancia de los dividendos girados a Londres.

Con tales capitales ficticios, las empresas siempre daban pérdida. A cambio de la renuncia del Estado a «las rebajas extraordinarias de que hoy goza» y a la renovación de las concesiones a favor de la Corporación, el Estado argentino recibiría sin desembolso alguno una participación directa y creciente en las utilidades, además del control de la Corporación en un 50% a los 30 años y del 100% a los 60 años, o sea en el año 2000.

En resumen, los ingleses legalizaban su inmenso capital adulterado, gozaban de la garantía del Estado para los dividendos, se reservaban el manejo mayoritario de la empresa y concedían graciosamente al Estado el derecho de nombrar un personaje «nativo» como presidente de la «Corporación Argentina». Era una maniobra maestra, planeada por un abogado experto y ejecutada por un inescrupuloso ministro, que eran, casualmente, la misma persona.

El mismo día que *La Prensa*, con la inocencia que la caracteriza, preparaba la «opinión pública» con la publicación del proyecto, el ministro Pinedo asistía a la sesión del Senado y decía lo siguiente:

Se ha publicado en los diarios un plan referente a reorganización ferroviaria que yo he dado a muchas personas, a todo el que me lo ha pedido, y haciendo presente que ese plan había sido elaborado por mí en mi carácter de abogado de todas las empresas de ferrocarriles del país que me habían consultado sobre esa materia cuando estuve en Londres y después en el país. El trabajo es muy importante y se me pagaron por él, como correspondía, honorarios muy importantes: 10.000 libras esterlinas⁴¹⁸.

Con un cinismo que desarmaba al ministro Pinedo pedía a continuación al Senado una resolución expresa de que no había dudas sobre su honorabilidad y de que el alto Cuerpo no creía

que yo soy capaz de querer hacer sancionar como ministro una ley relacionada con un asunto que he auspiciado o iniciado como abogado⁴¹⁹.

Añadía que, al aceptar la cartera ministerial

he hecho presente al Señor Vicepresidente que era hasta ese momento abogado o asesor de todas las grandes empresas que hay en el país. Era asesor de las más grandes compañías navieras, de las dos más grandes casas financieras del país, de la más importante compañía exportadora, de los ferrocarriles, de las más poderosas compañías de transporte urbano⁴²⁰.

La mayoría conservadora, que objetó, sin embargo, el artículo 10, dio un tibio apoyo al ministro. Pinedo renunció poco después. Pues el escandaloso artículo 10 no facultaba únicamente al Poder Ejecutivo para afirmar hasta el próximo milenio el poder ferroviario británico, sino que se proponía un objetivo más audaz todavía: para que el Estado tuviese derecho al 30% de las acciones de la nueva

«Corporación Argentina», esas acciones simbólicas serían canjeadas por mercaderías argentinas, en otras palabras, y dada la magnitud del capital fraudulento reconocido a las compañías, la Argentina proveería en el curso de la guerra mundial de carne y trigo a Gran Bretaña a cambio de papeles sin otro valor que el derivado de respaldar la estafa británica. La palabra «estafa» no alcanza para encerrar en su significado usual una burla a la Nación tan monstruosa como la concebida por el ex socialista Pinedo.

Los «cabecitas negras» se acercan a Buenos Aires

Mientras los turbios caballeros del viejo régimen debatían tales asuntos en las Cámaras o en la Casa de Gobierno, un proceso irresistible se gestaba en las profundidades de la sociedad argentina. Centenares de miles de jóvenes de las provincias se acercaban a la Capital Federal para ingresar en las nuevas fábricas que se abrían como resultado de la guerra mundial. La clase obrera alcanzaba un grado de concentración jamás conocido antes y se «argentinizaba». Desde 1914 a 1939 el promedio anual de la inmigración se había reducido a 39.000 personas.

Se está pasando a ser un país de nativos sin más extranjeros que un puñado de ancianos,

escribía Alejandro Bunge en 1940⁴²¹.

Más allá de todos los teóricos, el país se industrializaba.

Seguir creyendo en el crecimiento y el porvenir de nuestras exportaciones y en la necesidad progresiva que de nuestros productos tienen las grandes potencias industriales, cuando desde 1914 nuestra población rural no crece, la superficie cultivada casi no se extiende, el volumen físico de las exportaciones no aumenta y baja su valor.

constituía un verdadero anacronismo⁴²². Las crisis financieras y militares del imperialismo operan como fuerzas motrices de la industrialización.

En Castillo se insinuaban ya los cambios que introduciría el nacionalismo militar, brotado como «un rayo en un cielo sereno», en la mañana del 4 de junio de 1943. Fundó la flota mercante argentina incautándose de los barcos extranjeros bloqueados en los puertos argentinos a consecuencia de la guerra. Esta fue su medida económica más importante.

El gobierno de Castillo confiscó 16 barcos italianos, 4 daneses y 3 alemanes entre septiembre de 1941 y septiembre de 1942. En 1943 hizo lo propio con tres barcos franceses y un rumano. Así se creó la base de la Flota Mercante Argentina, uno de los pilares del nacionalismo económico posterior⁴²³.

Entre las rutinarias medidas gubernamentales pasó en silencio una de las grandes designaciones del Dr. Castillo, que asumiría con el tiempo una importancia decisiva: el 16 de octubre de 1941 el Presidente nombra al coronel Manuel Savio primer director de Fabricaciones Militares.

La Argentina se ponía en acción hacia la producción de acero y las Fuerzas Armadas se introducían resueltamente en el complejo mundo de la ciencia y la tecnología, puesto que el empresario capitalista nacional carecía de fuerza para hacerlo y a los terratenientes rentistas fabricar acero se les antojaba una locura. En el petróleo, el acero y luego la ciencia nuclear argentina debe buscarse la explicación del frecuente «antimilitarismo» de las potencias imperialistas. Savio da su nombre a toda una época. Continuaba así la acción de los ingenieros militares en el Río de la Plata iniciada en los tiempos del rey de España y planteada en términos de vida o muerte por Fray Luis Beltrán como ingeniero maestro de las campañas sanmartinianas por la independencia de América Latina⁴²⁴.

El Dr. Castillo expuso sus puntos de vista sobre la situación interna y externa del país en una entrevista con algunos neutralistas que reproduce Ibarguren en sus Memorias:

No se puede negar que la situación se hace cada día más crítica con la presión norteamericana que hora tras hora aumenta su fuerza... Ellos codician el apoyo argentino, no tanto por la misma ruptura, sino porque nuestro país podría ser la base de aprovisionamiento de guerra más importante y el mejor centro de operaciones para los Estados Unidos en guerra contra Europa.

Creo que nos van a seguir aplicando el torniquete; vamos a tener que luchar cada día con más dificultades.

Este asunto me apasiona y es mi convicción que el nudo de este problema consiste en una cuestión de dignidad nacional. Los demás países americanos han perdido hasta la libertad de contratar y han dejado de ser países libres.

Para hacer cualquier transacción tienen que consultar a los Estados Unidos y a Inglaterra. Somos actualmente el único país libre de América del Sur. Yo seguiré firme en mi posición; y únicamente cuando vea la boca de los cañones yanquis en el puerto, después de haber sido hundida nuestra escuadra y nuestros barquichuelos, recién diré que no nos queda nada que hacer. Pero... no creo en eso⁴²⁵.

Con el Dr. Castillo comenzaba confusamente una política nacional de transición promovida por las excepcionales oportunidades que la guerra de los colosos imperialistas ofrecía a un país semicolonial.

Castillo y las relaciones con Estados Unidos

El 22 de junio de 1941 Hitler lanza un ataque inesperado contra la URSS e invade el territorio soviético. Stalin queda alelado por la «traición» de su gran amigo. Churchill envía en el acto un mensaje de apoyo al gobierno de Moscú. La guerra deja de ser europea.

El bando rupturista se ve engrosado con la participación del stalinismo, de la «izquierda independiente» y en general de toda la cipayería pro soviética. ¡El país unánime! Al conjuro de la invasión nazi, brotan por todas partes «Juntas de la Victoria», presididas por damas aristocráticas, que abandonan el «bridge» por la política y abruman a la República con sus mensajes y efigies. El frente rupturista se robustece con el inesperado y devastador ataque japonés a la gran base naval de Pearl Harbour en el territorio norteamericano, el 7 de diciembre de 1941.

Estados Unidos entra en la contienda y realiza tenaces esfuerzos para arrastrar tras suyo a los 20 estados de América Latina.

El ataque contra Pearl Harbour hizo terminar la neutralidad del hemisferio occidental en la Segunda Guerra

Mundial. La posibilidad de que la comunidad latinoamericana pudiera permanecer neutral, con la beligerancia de los Estados Unidos, nunca existió realmente, pues los gobiernos de Cuba, Panamá, la República Dominicana, Haití, Nicaragua, Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica declararon la guerra al Eje pocos días después de que los Estados Unidos entraron en el conflicto,

escribe un autor norteamericano^{425bis}.

Pero el problema principal de la política exterior de Estados Unidos en América Latina era la posición neutralista de la Argentina. Castillo se mantuvo firme. La reunión de cancilleres de Río de Janeiro, celebrada en enero de 1942, demostró los ásperos choques entre la diplomacia argentina y la yanqui. El canciller argentino, acusado de «nazi» por la prensa argentina oligárquica y la prensa imperialista, bajo estrictas órdenes de Castillo, rehusó comprometer al país en una ruptura inmediata con las potencias del Eje. Al mismo tiempo, Ruiz Guiñazú negociaba secretamente con los diplomáticos en Río para

*obtener del gobierno de los Estados Unidos facilidades y apoyo para el establecimiento de la industria pesada en nuestro país*⁴²⁶.

Como puede verse, Castillo no representaba en ese momento a la «oligarquía argentina», en su sentido terrateniente clásico, sino más bien a los ideólogos del Ejército, que habrían de proclamar esa aspiración abiertamente, ya desde el gobierno.

Como siempre había ocurrido, el imperialismo no quería conceder nada; sólo aceptaba la sumisión. Por lo demás, la vieja clientela política probritánica, nucleada en los partidos e instituciones tradicionales, se pronunciaba espectacularmente en Buenos Aires por la ruptura, lo que hacía pensar a los yanquis en Río que Castillo carecía de apoyo interior.

*Varios funcionarios del Departamento de Estado de los Estados Unidos quedaron impresionados ante demostraciones masivas en favor de los aliados realizadas en Buenos Aires y por declaraciones que instaban a la ruptura de relaciones con el Eje formuladas por líderes de los partidos de la oposición en la Argentina*⁴²⁷.

Los propios norteamericanos no ignoraban la importancia de los factores económicos en la decisión de los estados latinoamericanos más débiles de romper relaciones con el Eje. Pero la Argentina, secularmente vinculada a la economía europea, poco tenía que ganar en el cambio del amo. El viejo Cordell Hull, un puritano de mollera dura, hipnotizado por el Destino Manifiesto, y que ignoraba la geografía económica tanto como la historia mundial, instruía a Summer Welles en Río para presionar a los argentinos:

*Deben aceptar esta situación o irse por donde vinieron y, en este último caso, se debe tener confianza en que la abrumadora opinión pública de la Argentina suministrará el correctivo*⁴²⁸.

Un penetrante estadista, como se ve. Welles respondió a Ruiz Guiñazú que mientras la Argentina no diera pasos efectivos para romper con el Eje,

era tiempo perdido conversar sobre el asunto;

El «asunto» era la industria pesada⁴²⁹. Al mismo tiempo, se negaba a la Argentina toda forma de ayuda militar o de equipos bélicos. Una comisión argentina de adquisición de armamentos que viajaba a Estados Unidos obtenía una rotunda negativa⁴³⁰.

La Argentina, desligada por las fórmulas ambiguas de Río, de todo compromiso taxativo para romper con el Eje, quedaba desde ese momento al margen de la ley de Préstamo y Arriendo y de la asistencia financiera que Estados Unidos ofreció a los gobiernos títeres sudamericanos⁴³¹. Ruiz Guiñazú calificaba despreciativamente a la política norteamericana de «diplomacia del préstamo»⁴³². Comenzaba la política de «aislamiento» continental de la Argentina, que alcanzaría durante el gobierno militar su máximo punto crítico. El gobierno de Castillo era acusado constantemente de permitir las actividades de agentes y espías del Eje. Por su parte, estas acusaciones procedían de informes confidenciales proporcionados al gobierno argentino por espías norteamericanos que actuaban con plena libertad en el país⁴³³.

La presión por el ingreso argentino en la guerra

La Cámara de Diputados de la Nación, poblada de oscuros personajes, diputados cadistas o fraudulentos, conservadores o radicales, designaba una Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas, que buscaba nazis en todas partes y se adhería a la política de terrorismo ideológico de los Estados Unidos. Su Presidente era el impávido Raúl Damonte Taborda, yerno del propietario de *Crítica*.

Entretanto fallecía el presidente Ortiz y las esperanzas de elecciones «democráticas» para facilitar al radicalismo el acceso al poder y a Estados Unidos e Inglaterra nuestro ingreso a la guerra, desaparecían con el mandatario. En marzo de 1942 moría Alvear y el radicalismo perdía votos en la elecciones a diputados realizadas en ese mes. La crisis del radicalismo era un hecho tan notorio como las convulsionadas sesiones de su Comité Nacional y su Convención, concluidas frecuentemente en medio de grandes escándalos y disparos de armas de fuego⁴³⁴.

La Convención radical estaba

repleta de una barra netamente diferenciada, que se distinguía respectivamente con vivas a Alvear o a Yrigoyen. Gritos de: ¡Abajo los cadistas! y ¡Viva la neutralidad! eran contestados por grupos antagónicos con acusaciones de nazismo o comunismo.

Todo estaba en ruinas. Poco antes de morir, Alvear dice a un íntimo:

*A éstos que están lucrando a mis espaldas los voy a meter en garrapaticida y los voy a dejar patas arriba*⁴³⁵.

El clamor por la entrada argentina en la guerra imperialista dominaba las miserias de la política interna y adquiría cada vez más un carácter intimidatorio. Los comunistas eran los campeones de esta noble causa. Aconsejaban limpiar de nazis la Argentina, o sea de «neutralistas», con los mismos métodos empleados por Stalin en la URSS contra los revolucionarios de la vieja guardia. Ofrecían a los argentinos el pedagógico ejemplo.

Estas medidas tendientes a asegurar mejor la defensa de sus fronteras fueron tomadas por el gobierno de la URSS después de haber asegurado también el frente interno contra la acción de los traidores de la patria, saboteadores y espías, trotskystas, zinovievistas, bujarinistas y guardias blancos, ligados directamente a Hess, a la Gestapo y a los servicios de espionaje de otras potencias imperialistas⁴³⁶.

No perdían tiempo. Revoloteaban sobre el radicalismo alvearista agonizante. Aliados al «unionismo» porteño en manos de los caudillejos parroquiales devotos de Alvear, los comunistas intervenían con sus barras vociferantes en los actos y asambleas internas del radicalismo. Enmudecían a gritos a los yrigoyenistas. Se había gestado una curiosa asociación entre el estudiante radical «progresista», tíbicamente «izquierdista» y los estudiantes comunistas. Esta mutua atracción se fundaba en el cipayismo común, así como en las próximas décadas reposaría sobre un compartido antiperonismo.

En la Convención radical de 1942 se aprobó la formación de una Unión Democrática, con la oposición del sabattinista Galatoire. El stalinismo comentaba:

Esta decisión, aunque incompleta, despertó un gran entusiasmo en el pueblo y facilitó la labor de nuestro partido en el sentido de promover una gran agitación desde abajo, con el fin de impulsar el movimiento unitario y de organizarlo. Cientos de delegaciones obreras, estudiantiles, de mujeres, de jóvenes, de los barrios de la Capital y del interior del país, desfilaron por la Casa Radical para expresar sus puntos de vista unitarios⁴³⁷.

La posición británica en cuanto a la neutralidad no difería en lo esencial de la actitud norteamericana. Así lo prueban las Memorias del embajador inglés en la Argentina durante esa época:

Los tres elementos que desde el principio hasta el final dominaron la situación en la Argentina durante mi estadía como embajador fueron: primero, neutralidad argentina y la constante presión de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, para lograr que ésta se rompiera; segundo, la complicada

*relación triangular entre la Argentina, Estados Unidos y Gran Bretaña... La prensa norteamericana (y, siguiendo su ejemplo, la prensa británica que prácticamente contaba con un único representante en Buenos Aires) emprendió una campaña despiadada primero contra el régimen conservador y luego contra el régimen militar, acusándolos por turno de ser partidarios activos de los alemanes y de los nazis*⁴³⁸.

Sir David Kelly no omite referirse luego al misterioso triángulo de los mencionados países. Inglaterra dependía durante la guerra de la ayuda norteamericana. Los Estados Unidos pretendían aprovechar esa situación para sustituir a los ingleses en su influencia en la cuenca rioplatense. A su vez, los argentinos, por medio de Castillo y del Ejército, que subrogaba a una burguesía nacional insignificante y cobarde, aspiraban a utilizar las divergencias anglo yanquis para fortalecer la posición económica del país y ampararse en su papel de proveedor de carne a Inglaterra para no ingresar en el conflicto. La presión norteamericana, en este caso, era mucho más enérgica, como cabe presumir, que la inglesa, de donde no podría inferirse que la neutralidad argentina fuese «probritánica», del mismo modo que Perón, más tarde, no sería un «agente inglés», como algunos nacionalistas –Julio Irazusta entre otros– sostendrán luego.

En sus *Memorias* de guerra, Churchill recordará que en las instrucciones que le enviara a lord Halifax en Washington, para las negociaciones británicas con Roosevelt, le ordenaba que cediera «en todo, menos en lo que concierne a los países productores de carne de vaca y carnero». El embajador británico, por lo demás, en la incesante actividad política que devoraba sus días, proporcionaba argumentos y textos para la elaboración de editoriales de *La Prensa* y *La Nación*, según confiesa en su libro ya citado⁴³⁹.

Federico Pinedo hablaba en la Cámara Británica de Comercio, glorificando la acción del imperio en guerra:

No es ignorancia, ni tontería, ni frivolidad hablar de los beneficios recibidos si se alude a lo que desde hace más de un siglo han hecho los hijos de Inglaterra a favor de nuestra Patria, aunque más no sea en el terreno material trayendo hasta aquí sus barcos con hombres y productos de todas las procedencias, cambiando sus mercaderías por las nuestras, en cantidades

*inigualadas por ningún otro país y enviándonos sus capitales por miles de millones al conjuro de todo lo cual surgió una nación en el antiguo desierto y despertaron a la vida moderna las somnolientas poblaciones coloniales*⁴⁴⁰.

Agentes británicos, radicales cadistas, stalinistas apátridas, diplomáticos del imperio, hipócritas amaestrados de la judicatura, las «fuerzas vivas» o la universidad colonial, desteñidos socialistas, intelectuales dóciles y profesionales del fraude dominaban con su estrépito venal a la Argentina de 1942. La democracia inglesa y las homilías de Roosevelt, la verba desafiante de Churchill en los Comunes y el genio militar de Stalin, los tres compases de la Quinta Sinfonía y la V de la victoria, constituían la simbología de la República Oligárquica que marchaba hacia su ocaso⁴⁴¹.

La agonía del régimen

Algo extraño ocurre en julio de 1942. Casi 70.000 obreros metalúrgicos salen a la lucha, declarando una huelga general que sume en la perplejidad a la dirección comunista del Sindicato Metalúrgico, entidad raquítica que propagaba incansablemente la teoría de no hacer huelga para no «perjudicar a la causa de los ejércitos que luchaban por la libertad del mundo». Este punto de vista predominaba en el reducido movimiento obrero de la época, desde los metalúrgicos hasta los obreros de los frigoríficos expoliados por los trusts «democráticos» de la carne. Pero esa huelga tenía un especial significado. La guerra había conmovido la estructura de los precios internos. Por primera vez en muchos años, la carestía de la vida y la incorporación de centenares de miles de nuevos proletarios a la producción industrial, había puesto en movimiento a grandes sectores de la clase trabajadora.

Frente Obrero, el único periódico socialista revolucionario que luchaba contra la guerra, señalaba que se trataba de «las primeras manifestaciones del despertar proletario». Añadía dicho periódico:

Para nosotros, estas huelgas tienen todo el sentido de una escaramuza inicial en la grandiosa lucha que el proletariado mundial –despertado a la acción revolucionaria por la guerra– habrá de

sostener dentro de muy poco tiempo. Esta caracterización provocará, sin duda, compasivas e irónicas sonrisas de los practicones sindicales y de toda especie de cretino ilustrado; pero eso no nos importa...

Estamos, sin embargo, en las primeras manifestaciones de esta gigantesca lucha. En el transcurso de ese largo camino el proletariado argentino se desembarazará de sus actuales líderes stalinistas y socialistas y forjará en la acción los nuevos cuadros dirigentes, que darán expresión consciente al oscuro deseo de lucha de las masas y que la organizarán para cumplimiento exitoso de su misión histórica⁴⁴².

A los politicastros tradicionales, nada les decía el movimiento huelguístico. Todo el interés se concentraba en la sucesión presidencial. El doctor Castillo, que se creía liberado, con el apoyo del Ejército, del aparato partidario conservador, se disponía a dar la «media palabra» para indicar a su heredero. Con descamada ironía respondió a un periodista que lo interrogaba sobre si las decisiones del gabinete habían contado con la unanimidad de sus miembros: «Sí, con la unanimidad de uno». Pero aunque sus preferencias se dirigían a un candidato neutralista, el Partido Conservador logró imponerle un candidato de orientación completamente diferente. Don Robustiano Patrón Costas, el magnate azucarero, notoriamente rupturista, se abre paso en las negociaciones reservadas entabladas entre el Presidente y los círculos áulicos del conservadorismo fraudulento. Las sutiles maniobras del general Justo, que aspiraba nuevamente al poder, introducían un factor inquietante en el cuadro de la sucesión.

El personaje, que no habría hecho mal papel en alguna intriga florentina, había ofrecido su espada virgen al Brasil, que entraba en la guerra. Pretendía asegurarse así la protección de Estados Unidos a su candidatura. Al mismo tiempo, prologaba con un estudio mortecino y adulador las «Obras Completas de Mitre» para reanimar la memoria de la oligarquía. En el prólogo decía:

Mitre debe ser en la historia argentina el hombre que haya sido acompañado por más honda y más perdurable popularidad... Era un premio merecido, no sólo por todo lo que significaba su nombre, sino por todo lo que luchó, con sacrificio de su tranquilidad y de su vida, por la causa del pueblo, por la democracia, en su sentido más noble y más verdadero⁴⁴³.

Justo, apologista de Mitre, resultaba muy natural... Pero que el artífice del fraude electoral declarara su amor a la democracia parecía desafiar la paciencia del lector.

Al morir Alvear, Justo tendía sus líneas para unir en un solo partido a los antiguos antipersonalistas que lo apoyaron en su gobierno, con los descoloridos radicales que restaban del alvearismo huérfano. Renovaba sus contactos con los militares «democráticos» del Ejército y con las «fuerzas vivas» que conservaban su gratitud intacta. Con un sector del Ejército, el apoyo oligárquico, el capital extranjero y la fusión del radicalismo, a Justo se le abrían posibilidades serias de enfrentar a una candidatura puramente conservadora. Un derrame cerebral puso término a su ambición en enero de 1943. Desaparecerían así de la escena las dos figuras más funestas de la Década Infame: Justo y Alvear, la medalla y la conrmedalla del sistema moribundo.

Al desvanecerse la amenaza de la candidatura «extrapartidista» del general Justo, el descalabrado radicalismo alvearista sobreviviente se puso en movimiento para organizar una «Unión Democrática Argentina», según se la llamó. Se trataba de llegar a un entendimiento general de los partidos cipayos –socialistas y demócratas progresistas en particular– para elegir una fórmula presidencial mixta. Los radicales sabattinistas de Córdoba, y otros intransigentes de la Capital, se opusieron inútilmente a la Unión Democrática.

Por abrumadora mayoría quedó establecido que el radicalismo elegiría el primer término de la fórmula y que se dejaría a los partidos asociados la elección del segundo. El Partido Comunista, cuya ilegalidad en cierto modo era de pura fórmula, tenía un papel protagónico en las negociaciones. Postulaba un candidato demócrata progresista, Luciano Molinas singularmente. El historiador radical Félix Luna escribe:

Es de notar que aunque el Partido Comunista no estaba reconocido y actuaba más o menos clandestinamente, había participado en todas las tratativas de unidad, y sus adictos copaban permanentemente la Casa Radical, como habría de ocurrir también en 1945⁴⁴⁴.

Por lo demás, la descomposición interna del radicalismo ya no reconocía límites. Los capitanejos parroquiales de la Capital y los grandes personajes de renombre como el historiador Ravnignani –llamado «Ravnignani» por los yrigoyenistas– formaban una trenza de hierro que ahogaba al partido con pa-

drones falsificados, fraude interno y digitaciones. Ya no había jóvenes en el radicalismo de 1943. Mientras el gobierno y la oposición parecían fuerzas simétricas y complementarias, hijas de la misma decadencia, estallaban sobre el país sucesivas explosiones de toda suerte de escándalos. Las tierras del Palomar, cuya venta dolosa involucra a numerosos diputados de varios sectores, epiloga con el procesamiento judicial de algunos de ellos y el suicidio de otro, suerte trágica de un hombre de talento aniquilado por una época.

Se descubría un oscuro asunto de homosexualidad entre los cadetes del Colegio Militar, a los que se vinculaban algunos civiles, entre ellos algún funcionario de la Sección Especial. Para coronar la Década Infame, la opinión pública se informa, en fin, de que la Lotería Nacional estaba en manos de una camarilla de delincuentes que a través de los «niños cantores» predecía con precisión técnica aunque no matemática, los números premiados. El barro y el pus llegaban al cuello de la semicolonias, cuando el Dr. Castillo, entre su candidato neutralista Guillermo Rothe, Ministro de Justicia, y Patrón Costas, el rupturista, debe aceptar a este último.

Los conservadores, por su parte, reproducían en su partido las mismas lacras de la oposición y ya no estaban en condiciones de invocar su «pasado patricio».

Si en otra época, decía «La Víspera» en el Club del Progreso se injuriaba al pueblo argentino llamándolo 'gaucho', un cuarto de siglo después, en el Círculo de Armas, se injuriaba al pueblo argentino llamándolo 'gringo', por boca de ilustres herederos cada uno de los cuales estaba a sueldo de un gerente inglés. Como la influencia política de la oligarquía ya entraba en declinación, pues el pueblo argentino había encontrado su bandera y su caudillo, las protestas asumían un tono de amargura patriótica.

Graves caballeros que habían vivido vendiendo el patrimonio nacional, declaraban solemnemente que el pueblo había sido corrompido por la demagogia, y ante cada nueva desventura electoral, concentraban su opinión en una frase lapidaria: ¡Qué país de mierda ... ! A pesar de la entrega al extranjero y aun la misma anglofilia, si bien pecaminosa, ya era tradicional, y de la mentalidad y la sastrería importadas, conservaban pujos patrióticos (el culto de una patria quimérica,

*poblada de seres ideales, que se dejasen gobernar por ellos sin resistencia) y sus apellidos evocaban a veces olor de rodeos al amanecer y ruido de espadas. Pues bien, eso ha muerto*⁴⁴⁵.

¿Había muerto, como lo quería el periodista de FORJA? Según se lea, se verá, pues aguardaba un nuevo cuarto de siglo en el umbral de la historia argentina.

En su desesperación, ciertos dirigentes alvearistas sondearon al ministro de Guerra de Castillo, el general Pedro Pablo Ramírez, un oficial larguirucho de cerebro insignificante insinuándole la posibilidad de encabezar una fórmula presidencial. Castillo conoció en el acto las secretas tratativas y exigió a Ramírez un desmentido, que apareció en los diarios el día 3 de junio. Robustiano Patrón Costas, el candidato ventruado y cerril del cañaverál, preparaba su ingreso solemne a la gran política; ya estaba redactado un decreto del Poder Ejecutivo, autorizando un aumento de 5 centavos por kilo de azúcar para que el país costeara los gastos de la campaña presidencial de Robustiano.

La Cámara Británica de Comercio anunciaba la realización de un almuerzo para el 10 de junio, cuyo invitado de honor era el señor del Tabacal, consagrándolo así con la liturgia clásica de los presidentes argentinos.

El 4 de junio se había convocado a la Convención del Partido Conservador para proclamar el nombre de Patrón Costas a la presidencia de la República. Pero el sepulturero golpeaba a la puerta. La convención no llegaría a reunirse nunca. Sus miembros presenciaron atónitos el paso regular de las tropas por las calles de Buenos Aires. El día era frío y colmado de presagios. Estamos en 1943. La historia se ha puesto en marcha.

Diez años después de la muerte de Yrigoyen, la revolución de los coroneles restablecería su continuidad histórica. Los intereses nacionales encontrarían un defensor en el Ejército. En sus filas se engendraría un nuevo caudillo.

Notas

- ¹ Pedro Fernández, *Los Alvear*, Emecé, 1980.
- ² *Ibíd.*
- ³ Michel Decaudin, *Les Temps Modernes*, XXe, Siécle français, p. 88, Editions Seghers, París, 1964.
- ⁴ Frederick Lewis Allen, *Apenas ayer*, p. 109, ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964.
- ⁵ Ramos Oliveira, *Historia Social política de Alemania (1800 1950)*, p. 152, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1952.
- ⁶ *Ibíd.*
- ⁷ *Ibíd.* «En mayo de 1921 presentaron los aliados la cuenta definitiva. Pidieron en concepto de reparaciones 132.000 millones de marcos oro. Eso equivalía a más de 6.000 millones de libras esterlinas, y Mr. Keynes calculaba que lo más que Alemania podría pagar serían 2.000 millones... El pueblo alemán pasa hambre, no sólo porque las potencias victoriosas han prolongado el bloqueo después del armisticio, sino porque además se han llevado el ganado, los medios de transporte y cuanto han querido apropiarse en concepto de indemnización y compensación por los daños sufridos» *ob. cit.*, 156.
- ⁸ Tarle, *Historia de Europa*, p. 540, Ed. Futuro, Buenos Aires, 1960. En este documentado libro puede consultarse el texto del Tratado de Versalles.
- ⁹ Maurice Crouzet, *La época contemporánea*, pág. 16, Ed. Destino, p. 45.
- ¹⁰ Jaques Crokaert, *Histoire de L'Empire Britannique*, p. 823, Flammarion Editeur, París, 1947.
- ¹¹ Tarle, *ob. cit.*, p. 538.
- ¹² *Ibíd.*
- ¹³ *Ibíd.*
- ¹⁴ Edouard Dolleans, *Historia del Movimiento Obrero*, p. 53y Tomo III, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1961.
- ¹⁵ Enrique Zuleta Alvarez, *Introducción a Maurras*, p. 63, Ed. Huemul, Buenos Aires, 1965.
- ¹⁶ Stefan Zweig, *El Mundo de Ayer*, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1953.
- ¹⁷ Félix Luna, *Alvear*, p. 60, Ed. Libros Argentinos, Buenos Aires, 1958.
- ¹⁸ *Ibíd.*
- ¹⁹ *Ibíd.*
- ²⁰ *Diario de Sesiones* de la Cámara de Diputados de la Nación, Tomo V, p. 245, 1922, Sesiones extraordinarias.
- ²¹ Fernández Lalanne, *ob. cit.*
- ²² *Ibíd.*
- ²³ Luna, *ob. cit.*, p. 69.
- ²⁴ *Ibíd.*
- ²⁵ García Giménez, *Historia de medio siglo*, pág. 65, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964.
- ²⁶ Federico Pinedo, *En Tiempos de la República*, pág. 64, Ed. Mundo Forense, Tomo 1, 1945.
- ²⁷ *Ibíd.*
- ²⁸ *Ibíd.*

- ²⁹ *Ibíd.*
- ³⁰ Elías Casteinuovo, *Manuscrito inédito*.
- ³¹ Ricardo Güiraldes, *C arta a Valery Larbaud*, p. 116, *Revista Sur*, N° 1, Año I, Verano de 1931.
- ³² Martín Fierro, N° 1, Año 1, febrero de 1924, Buenos Aires.
- ³³ *Ibíd.*, N°3, abril 15 de 1924.
- ³⁴ *Ibíd.* N° 1.
- ³⁵ Homero Manzi, *Poema inédito*, julio de 1928.
- ³⁶ Raúl Prebisch, *Anotaciones sobre la crisis ganadera*, p. 21, Buenos Aires, 1923.
- ³⁷ *Ibíd.*
- ³⁸ *Ibíd.*
- ³⁹ *Ibíd.*
- ⁴⁰ Rodolfo Puiggrós, *Libre empresa o nacionalización en la industria de la carne*, Ed. Argumentos, 1957.
- ⁴¹ *Ibíd.*
- ⁴² *Diario de Sesiones* de la Cámara de Diputados de la Nación, Tomo VII, p. 612, 20 de abril de 1923.
- ⁴³ *Ibíd.*
- ⁴⁴ Federico Pinedo, *Siglo y medio de economía argentina*, p. 72, Ed. Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, México, 1961.
- ⁴⁵ Raúl A. Molina, *Presidencia de Marcelo T. de Alvear*, p. 312, Tomo II, Historia Argentina Contemporánea, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1963.
- ⁴⁶ *Ibíd.* El doctor Molina reemplazaba en la cartera al doctor Herrera Vegas, que había aumentado los aforos por razones fiscales, lo que implicó una defensa de la industria en peligro. Molina se proponía cambiar esa política.
- ⁴⁷ *Ibíd.*
- ⁴⁸ *Ibíd.*
- ⁴⁹ *Ibíd.*
- ⁵⁰ *Ibíd.*
- ⁵¹ Juan A. Oca Balda, *El último libertador*, p. 191, Buenos Aires, 1942.
- ⁵² Alejandro E. Bunge, *Las industrias del norte*, p. 42, Volumen I, Buenos Aires, 1922. Agrega Bunge: «Todos sabemos que el 95% del vino de Burdeos que se consume hoy en la Argentina, viene de Mendoza; hemos vendido también vino para Francia. Hoy, debido a patrióticos esfuerzos, principian a desaparecer las etiquetas extranjeras de los productos argentinos... El prototipo de cosmopolita es el hombre culto argentino, el que se considera superior, el 'chic', el que ha viajado por toda Europa y ha aprendido hasta el modo de caminar de los europeos».
- ⁵³ Alejandro E. Bunge, en *Revista de Economía Argentina*, p. 6, N° 100, octubre de 1926.
- ⁵⁴ Alejandro E. Bunge, *La economía argentina*, Volumen 1, p. 190, Ed. Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires, 1928.
- ⁵⁵ Daniel Guérin, *Fascisme et grand capital*, p. 74, Ed. François Maspero, París, 1965.
- ⁵⁶ *Ibíd.*
- ⁵⁷ *Ibíd.*
- ⁵⁸ Matías G. Sánchez Sorondo, *Historia de 6 años*, p. 466, Agencia General de Librería, Buenos Aires, 1923.

⁵⁹ Leopoldo Lugones, *Antología*, Prosa, p. 320, Ed. Centurión, Buenos Aires, 1949.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 363.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 368.

⁶² *Ibíd.*, p. 370.

⁶³ *Ibíd.*

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 372.

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 374.

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 376.

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 458.

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 460.

⁶⁹ J. Plumyene y R. Lasierra, *Les fascismes françaises*, 1923 63, p. 25, Ed. Aux Editions du Seuil, Paris, 1963.

⁷⁰ Carulla, *ob. cit.*, p. 167.

⁷¹ Juan B. Justo, *La realización del socialismo*, p. 304, Ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1947.

⁷² *Ibíd.*

⁷³ *Ibíd.*, p. 330.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 383.

⁷⁵ *Ibíd.* Esta aversión profunda a las razas de color, Justo la extendía al criollo del país, y, en general, a todo trabajador rural no vinculado a alguna chacra. «Lucha de clases retrógrada, sin ideales de progreso y por esto mismo destinada a fracasar, las montoneras argentinas fueron dominadas por los mismos jefes que las dirigían una vez que se hubieron hecho estancieros ellos también, propietarios de grandes extensiones de tierra y de muchas cabezas de ganado» (*ob. cit.*, p. 390). Muchos «izquierdistas» y «ultraizquierdistas» actuales se reconocerían en Juan B. Justo si se tomaran el cuidado de leerlo.

⁷⁶ Lisandro de la Torre, *Obras completas*, Tomo I, p. 212, segunda Ed., Buenos Aires, Ed. Hemisferio, 1952.

⁷⁷ Joaquín Coca, *El contubernio*, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 27.

⁷⁹ *Ibíd.*

⁸⁰ Santillán, *ob.cit.*, p. 281.

⁸¹ «Del gobierno, cualquiera que fuese, queríamos lo menos posible, y cuando se quiso implantar el sistema de jubilaciones y pensiones durante la presidencia de Alvear, la F.O.R.A. se opuso con energía y recurrió a una huelga general contra ese supuesto beneficio, que hemos juzgado como un mero recurso de carácter fiscal, no como un favor a los trabajadores, a quienes se privaba así de su derecho a tornar en sus propias manos los problemas de la previsión», Santillán, en *Revista de Historia*, p. 126, N° 3, Buenos Aires, 1958.

⁸² Ver *La Bella Epoca*, del Autor, *La Patagonia trágica* de José María Borrero, y *La Patagonia Rebelde* de Osvaldo Bayer.

⁸³ Molina, *ob. cit.*, p. 284.

⁸⁴ Del Mazo, *Estudiantes y gobierno universitario*, p. 82, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1946.

⁸⁵ Del Mazo, *El Radicalismo*, *ob. cit.*, p. 41.

⁸⁶ Molina, *ob. cit.*, p. 292.

⁸⁷ Del Mazo, *ob. cit.*, p. 63.

⁸⁸ Molina, *ob. cit.*, p. 295.

⁸⁹ *Ibíd.*

⁹⁰ *Ibíd.*

⁹¹ *Ibíd.*

⁹² Juan V. Orona, *Una logia poco conocida y la revolución del 6 de septiembre*, p. 73, *Revista de Historia*, N° 3, Buenos Aires, 1958.

⁹³ *Ibíd.*

⁹⁴ *Ibíd.*

⁹⁵ *Ibíd.*

⁹⁶ *Ibíd.*

⁹⁷ Molina, *ob. cit.*, p. 300.

⁹⁸ *Ibíd.*

⁹⁹ *Ibíd.*

¹⁰⁰ *Ibíd.*

¹⁰¹ Gálvez, *ob. cit.*, p. 313.

¹⁰² Molina. *ob. cit.*, p. 339.

¹⁰³ Coca, *ob. cit.*, p. 57.

¹⁰⁴ *Ibíd.*

¹⁰⁵ Silvano Santander, *Yrigoyen*, p. 119, Ed. La Fragua S.R.L., Buenos Aires, 1965.

¹⁰⁶ *Ibíd.*

¹⁰⁷ Raúl A. Molina, *Presidencia de Marcelo T. de Alvear*, pág. 340, Tomo II, *Historia Argentina Contemporánea*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1963.

¹⁰⁸ V. Luna, *ob. cit.*

¹⁰⁹ Gálvez, *ob. cit.*, p. 322.

¹¹⁰ *Ibíd.*

¹¹¹ Luna, *Yrigoyen*, p. 451.

¹¹² Del Mazo, *ob. cit.*, p. 105.

¹¹³ Esto no quiere decir que en el radicalismo no existiesen núcleos sociales ligados a la industria naciente, gérmenes de una burguesía industrial. Pero no determinaban la política general del gobierno.

¹¹⁴ Reynaldo Pastor, *La verdad conservadora*, p. 142, Ed. Club Nicolás Avellaneda, Buenos Aires, 1961.

¹¹⁵ Del Mazo, *ob. cit.*, p. 142.

¹¹⁶ *Ibíd.*

¹¹⁷ *Ibíd.*

¹¹⁸ *Ibíd.*

¹¹⁹ *Ibíd.*

¹²⁰ *Diario de Sesiones* de la Cámara de Diputados de la Nación, Tomo IV, p. 447, sesión del 12 de diciembre de 1929.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 452.

¹²² *Ibíd.*, p. 452.

¹²³ *Ibíd.*, p. 461.

¹²⁴ *Ibíd.*, p.466.

¹²⁵ Emilio Vandervelde, *Algunas semanas en la Argentina*, Buenos Aires, 1929.

¹²⁶ *Ibíd.*, p. 461.

¹²⁷ *Ibíd.*, p. 454.

¹²⁸ *Ibíd.*, p. 44 1.

¹²⁹ Gálvez, *ob. cit.*, p. 329.

¹³⁰ El «galeno monterizo» era el doctor Meabe, médico personal del presidente. Como atendía a Yrigoyen de una afección a la vejiga los delicados maurrasianos de *La Fronda* llamaban al médico «Dr. Meabene».

¹³¹ *La Fronda*, sábado 6 de abril de 1929. El pasquín oligárquico, que leía con delectación el público de todos los partidos, llamaba habitualmente al doctor Honorio Pueyrredón, «Asnorio Pueyrredón»; al doctor Pizzaro, interventor en San Juan, «La chancha africana»; al doctor Diego Luis Molinari, «Plumero de Techo». Yrigoyen era aludido indistintamente como el «Peludo», el «Megaterio», el «Cacique», el «Mestizo», el «Pardejón», el «Fenómeno», el «César Pardo».

¹³² Yrigoyen en Mar del Plata era visto así por *La Fronda*: «Como todo veraneante de ocasión se trae como recuerdo de su estada varias docenas de espejitos, con un retrato al dorso, lanzado a la venta por un fotógrafo tiburón. Su clientela femenina está de parabienes pues son las destinatarias de tan valiosa chuchería. Si no les puede dar un empleo, las arreglará con un espejito». Magno y magnánimo, como siempre, el Peludo no se olvida de sus viudas ni de sus guerreras del Parque Hotel; preferimos al señor Yrigoyen en el Micheo, con su pochito, su catre y sus perros sarnosos» (2 de abril de 1929).

¹³³ Puiggrós, *ob. cit.*, p. 100.

¹³⁴ *Ibíd.*

¹³⁵ Gastón Gori, *El pan nuestro*, p. 116, Ed. Galatea Nueva Visión, Buenos Aires, 1958.

¹³⁶ Al día siguiente los escribientes de la hoja conservadora se referían a la juventud de Elpidio González en Córdoba: «Otras veces se internaba en algún rancherío del suburbio. Gozaba de gran predicamento. Unas chinas gordas y velludas le salían al paso y le ofrecían un amor barato que aceptaba después de palparse los bolsillos y pedir una rebaja (porque tenía pocos níqueles). Su barba hirsuta y erizada dábele cierta importancia que derretía a las chinas pues les recordaba sus primeras aventuras en las casas ricas de la ciudad. ¿Y lo de la Rosa Moyano? Bueno, así se llamaba la dueña del mejor peringundín cordobés de aquellas épocas. Allí acudía, tarde y noche, en compañía de otros amigos 'divertidos'. Las orgías solían terminar en algazaras escandalosas. La policía intervenía y los bochincheros eran recluidos en calabozos hasta que se refrescaban. Al día siguiente los diarios opositores de Buenos Aires destacaban 'el nuevo atropello cometido en la persona del señor Elpidio González, prestigioso dirigente radical'. El señor Yrigoyen hacía entonces nuevas suscripciones y la conspiración continuaba» (24 de abril de 1929).

¹³⁷ V. *La Bella Epoca*, del autor.

¹³⁸ 27 de abril de 1929.

¹³⁹ Pastor, *ob. cit.*, p. 111.

¹⁴⁰ *Diario de Sesiones* de la Cántara de Diputados, Tomo cit., p. 497.

¹⁴¹ *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, p. 70, nota 112, redactado por la Comisión del Comité Central del Partido Comunista, Ed. Anteo, Buenos Aires, 1947.

¹⁴² Carlos Sánchez Viamonte, *El último caudillo*, Ed. Devenir, Buenos Aires, segunda edición, 1956. ¡Amarga ironía! Los editores de la segunda edición de esta obra informan al lector que puede reconocerse «en el pensamiento que inspira este libro la genuina expresión de aquella generación de la Reforma Universitaria de 1918». Esto se escribe en 1956, cuando la dictadura «democrática» del general Aramburu y el almirante Rojas fusilaba a militares y obreros peronistas.

Y en efecto, la putrefacción de los «reformistas» universitarios de la clase media ha sido tan profunda que no solamente Sanchez Viamonte dirige su libelo contra Yrigoyen, el Presidente que apoyó la Reforma y aseguró su triunfo, sino que los «fubistas» sostendrían todas las

contrarrevoluciones antipopulares producidas luego: la del 30 contra Yrigoyen y la del 55 contra Perón. En cada una de ellas, al día siguiente del triunfo reaccionario la oligarquía premiaba a los «reformistas» y a sus «Maestros de la Juventud» con una «Universidad Autónoma» en un país sometido.

¹⁴³ *Ibíd.*, p. 22. Al caer el general Perón en 1955, el jefe de la sedición militar general Lonardi, también hablaría que ha terminado «una época de mal gusto».

¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 53.

¹⁴⁵ *Ibíd.*, p. 39.

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p. 9.

¹⁴⁷ Carulla, *ob. cit.*, p. 178.

¹⁴⁸ Martín Aldao, *En el París que fue*, 128 y ss. (*Fragmentos de un diario*, 1928 1931), Buenos Aires, 1945.

¹⁴⁹ Allen, *ob. cit.*, p. 375.

¹⁵⁰ *Ibíd.*, p. 370.

¹⁵¹ *Ibíd.*, p. 384.

¹⁵² *Ibíd.*, p. 385.

¹⁵³ Charles A. y Mary R. Beard, *Historia de la civilización de los Estados Unidos de Norteamérica*, Tomo IV p. 403, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1946.

¹⁵⁴ *Ibíd.*

¹⁵⁵ Vázquez Prada, *ob. cit.*, Tomo II, p. 404.

¹⁵⁶ Jesús Prados Arrarte, *El control de cambios*, p. 28; Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1944.

¹⁵⁷ Virgil Salera, *Exchange control and the Argentine Market*, p. 41, New York, 1941, en Prados Arrarte, p. 42.

¹⁵⁸ La Prensa, 28 de febrero de 1929.

¹⁵⁹ Memorial elevado al presidente Yrigoyen, 20 de febrero de 1929, Unión Industrial Argentina, 4 páginas.

¹⁶⁰ Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, p. 307, Ed. Reconquista, Buenos Aires, 1940.

¹⁶¹ *Diario de Sesiones* de la Cámara de Diputados, Tomo IV p. 633.

¹⁶² *Ibíd.*, p. 634.

¹⁶³ Ricardo M. Ortiz, *El aspecto económico social de la crisis de 1930*, p. 71, Revista de Historia, N° 3, Buenos Aires, 1958.

¹⁶⁴ *Ibíd.* El «socialista» Leopoldo Portnoy examina la caída de Yrigoyen desde el punto de vista de la «ciencia económica». Helo aquí en toda su sabiduría: «La crisis económica mundial, al repercutir en la Argentina, mostró en 1930, la incapacidad de sus gobernantes para encontrar soluciones que permitiesen superar los fenómenos críticos que se estaban produciendo. No se trató solamente de ineficiencia administrativa, sino muy especialmente de la carencia de preparación para enfrentar en forma adecuada los nuevos problemas que afectaban el desarrollo económico del país, lo que derivó en un golpe político militar que sustituyó a las autoridades constitucionales, en setiembre de 1930»; Leopoldo Portnoy, *Análisis crítico de la economía argentina*, p. 144, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1961. En virtud de la falta de «preparación» del gobierno yrigoyenista, los doctos se alarmaron y por esta razón Urriburu instauró la dictadura oligárquica, integrada por hombres de verdadera «preparación». Este «socialismo» sirve para toda faena. Esto se explica al considerar que el autor citado, ante la falta de «preparación» económica del gobierno de Perón, contribuyó a su derrocamiento con la Revolución Libertadora, que lo premió con el cargo de subsecretario en el Ministerio de Economía del doctor Blanco. ¡Entonces la ciencia brilló en plenitud!

¹⁶⁵ Del Mazo, *ob. cit.*, p. 139.

¹⁶⁶ *Ibíd.*

¹⁶⁷ *Ibíd.*

¹⁶⁸ V. Roberto F. Giusti, *La sublevación civil y militar de 1930*, p. 136, Revista de Historia, N° 3, Buenos Aires, 1958.

¹⁶⁹ Jorge Abelardo Ramos, *La lucha por un partido revolucionario*, p. 84, Ed. Pampa y Cielo, Buenos Aires, 1964.

¹⁷⁰ Aldao, *ob. cit.*, p. 173. El incomparable cronista escribe: «Con el antecedente de que la caída de la peseta ‘tumbó’ a Primo de Rivera, los augures vaticinan que la caída del peso ‘tumbará’ al Peludo». Nuevas dificultades para seguir viviendo en París: «depreciación de la moneda, ‘desalquileres’, impuestos acrecidos y encarecimiento de la vida en París. Ya muchos argentinos hablan de liar el petate». «Jueves 26 de Junio. Alarma, en la colonia, por la continua depreciación del peso nacional. Hay quienes proyectan trasladarse a Bélgica, donde la baratura de la vida compensaría el quebranto de la moneda; otros, más juiciosos, hablan de repatriarse» (p. 182).

¹⁷¹ José María Sarobe, *Memorias sobre la Revolución del 6 de septiembre de 1930*, p. 18, Ed. Gure, Buenos Aires, 1957.

¹⁷² Isidro J. Odena, en *Tres revoluciones*, p. 37, Ed. Emilio Perrot, Buenos Aires, 1959.

¹⁷³ *Ob. cit.*, p. 44.

¹⁷⁴ Natalio Botana puso a disposición de los conspiradores los camiones de *Crítica*, los revendedores y personal a sus ordenes, así como la imprenta del siniestro diario amarillo para publicar los volantes y manifiestos de la revolución. V. Sarobe, *ob. cit.*, p. 141.

¹⁷⁵ *La Fronda*, 28 de junio de 1929.

¹⁷⁶ *Ibíd.*, 10 de mayo de 1929.

¹⁷⁷ V. *ob. cit.*, p. 172.

¹⁷⁸ *Ibíd.*, p. 174.

¹⁷⁹ *Ibíd.*

¹⁸⁰ Manuel Gálvez, *En el mundo de los seres ficticios*, p. 149, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1961.

¹⁸¹ *Ibíd.*

¹⁸² Carulla, *ob. cit.*, p. 182 y ss.

¹⁸³ *Ibíd.*

¹⁸⁴ *Ibíd.*

¹⁸⁵ *Ibíd.*

¹⁸⁶ Lugones, *ob. cit.*, p. 439.

¹⁸⁷ *Ibíd.* Singular nacionalista, así juzgaba Lugones a los ferrocarriles estatales y extranjeros: «Comparados con los ferrocarriles de la Nación, los particulares mueven por empleado, muchos más pasajeros, sus salarios son un 25% más altos; y su costo un 8% menor. La explotación particular es, pues, más útil al obrero, al capitalista, al pasajero y al cargador. Las otras dos grandes industrias de Estado: el petróleo y la comunicación postal y telegráfica, confirman la regla. En el primer caso, las empresas particulares extraen, por empleado, el 37% más que la oficial, exenta de impuestos, sin embargo. En el segundo, la incompetencia, el favoritismo y el exceso de personal, cuestan millones de consuetudinario déficit. Todo ello a causa del obrerismo, que sin calcular jamás costos y rendimiento, viene a constituir una dilapidación sistemática. Para consumarla, incluyendo en la operación a las empresas particulares, el Estado impone el salario mínimo y la jornada de ocho horas... Así, la política se ha vuelto una empresa de soborno mediante el pillaje sistemático del país, ofrecido a la turba electoral, cuyo apetito despiertan los corruptores. Efectivamente, el socialismo es una minoría

insignificante y las mujeres no han pedido acá nunca derechos políticos. Mientras tanto, la libertad de contratar y la libertad de trabajo han concluido en el país». (p. 446).

¹⁸⁸ V. Ibarguren, *ob. cit.*, p. 383, y Carulla, *ob. cit.*, P. 188.

¹⁸⁹ Roberto Etchepareborda, *Presidencia de Hipólito Yrigoyen*, p. 373, Tomo II, *Historia Argentina Contemporánea*. Academia Nacional de la Historia, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1963.

¹⁹⁰ *Ibíd.*

¹⁹¹ *Ibíd.*

¹⁹² Francisco Ratto, *Testimonio*, p. 111, en *Revista de Historia*, N° 3, Buenos Aires, 1958.

¹⁹³ *Ibíd.*

¹⁹⁴ Gálvez, *ob. cit.*, p. 342.

¹⁹⁵ Carulla, *ob. cit.*, p. 181.

¹⁹⁶ Sarobe, *ob. cit.*, p. 56 y ss.

¹⁹⁷ El texto íntegro de este documento, redactado por el capitán Perón, figura en el Apéndice de la obra de Sarobe, p.281.

¹⁹⁸ *Ibíd.*, p. 286.

¹⁹⁹ *Ibíd.*

²⁰⁰ *Ibíd.*

²⁰¹ *Ibíd.*

²⁰² Diego Abad de Santillán, *El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de setiembre de 1930*, p. 126 y ss., *Revista de Historia*, Buenos Aires, 1958.

²⁰³ *Ibíd.*

²⁰⁴ La Reforma Universitaria. Ed. Por F.U.B.A. , ob cit. P. 121

²⁰⁵ Luna, *ob. cit.*, p. 455.

²⁰⁶ Palacios, *ob. cit.*, p. 9.

²⁰⁷ Carulla, *ob. cit.*, p. 199.

²⁰⁸ V. Sarobe, *ob. cit.*, p. 43.

²⁰⁹ V. Sarobe, *ob. cit.*, p. 167.

²¹⁰ *La Nación*, 7 de setiembre de 1930.

²¹¹ *La Prensa*, 7 de setiembre de 1930.

²¹² Nicolás Repetto, *Mi paso por la política (De Uriburu a Perón)*, p. 11, Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1957.

²¹³ Del Mazo, *ob. cit.*, p. 160.

²¹⁴ *Ibíd.*

²¹⁵ *Ibíd.*

²¹⁶ *Ibíd.*

²¹⁷ J. Beresford, Crawques, *533 días de Historia Argentina*, p. 222, Imprenta Mercatali, Buenos Aires, 1932.

²¹⁸ *Ibíd.*

²¹⁹ *Ibíd.*

²²⁰ V. Carta de su ex ministro, Enrique Uriburu, en *La Nación*, 7 de abril de 1932, y Lisandro de la Torre, *Obras Completas*, Tomo IV, p. 27 1.

²²¹ Beresford Crawques, *ob. cit.*, p. 296.

²²² Luna, *ob. cit.*, p. 489.

²²³ El partido abstemio continuaba: «Los directores de ese partido han vivido en las instituciones para prostituir las; han invocado la Constitución para violarla, han proclamado el imperio de la ley para consumir toda Clase de ilegalidades; han exaltado la honradez para ocultar sus delitos; han proclamado el propósito de revisión social, para empeorar todo lo malo y destruir todo lo bueno que recibieran de gobiernos anteriores. Trazaron con énfasis una línea divisoria entre el pasado del 'Régimen' y el futuro de la 'Causa', para simular transformaciones y señalar mentidas diferencias. Administraron el país con los presupuestos de vieja contextura, empeorados por la necesidad de servir la insaciable voracidad de sus secuaces; agravaron las condiciones materiales del pueblo, empeorando el régimen impositivo tradicional que descarga todo su peso sobre la clase trabajadora y productora; arrasaron con menosprecio del Congreso, autonomías, normas, leyes; dilapidaron la renta pública; traficaron con las posiciones del gobierno; sus ministros fueron procesados en el Parlamento hasta por delitos comunes; destruyeron con la corrupción por el dinero, las prebendas y el favoritismo, la moral y el estímulo eficiente en la administración civil y militar...»

²²⁴ Gálvez, *ob. cit.*, p. 360.

²²⁵ V. *Los que mandan*, José Luis de Imaz, Ed. Eudeba, 1972; Peter H. Smith, *Carne y política en la Argentina*, Ed. Paidós, 1968, y *Radicalismo argentino*, Peter G. Snow, Ed. F. de Aguirre, 1972.

²²⁶ V. Tres revoluciones, *ob. cit.*, p. 32.

²²⁷ Beresford Crawques, *ob. cit.*, p. 195.

²²⁸ Luna, *ob. cit.*, p. 491.

²²⁹ *Ibíd.*

²³⁰ *Ibíd.*

²³¹ Santillán, *ob. cit.*, p. 131.

²³² *Ibíd.*

²³³ Oddone, *Gremialismo proletario argentino*, *ob. cit.*

²³⁴ Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti, *Universidad y Estudiantes*, p. 11, Ed. Depalma, Buenos Aires, 1962.

²³⁵ *La Reforma Univesitana*, *ob. cit.*, p. 122.

²³⁶ *Ibíd.* El Partido Socialista tampoco ocultaba su decepción: «Pero si el Partido Socialista no participó en la conspiración y el pronunciamiento, comprendió su fatalidad. Y una vez acaecido, trató de no obstaculizar su obra, siempre que se sujetara a lo que públicamente proclamó ser su propósito: volver el país al cauce de la ley y al imperio de la Constitución, lo que desgraciadamente no sucedió: Dickmann, *ob. cit.*, p. 28.

^{236bis} Gálvez, *ob. cit.*, p. 367. Desde Martín García, Yrigoyen había lanzado una sola consigna al radicalismo: «¡Concurran!». A su dentista González le dice: «Uriburu caerá aunque tarde algo. Sólo podrá durar lo que un sapo en tierra seca». Del Mazo, *ob. cit.*, p. 201.

²³⁷ Justo movió sus hilos en la oficialidad y dos representantes del Ejército y la Armada le plantearon a Uriburu la renuncia de Sánchez Sorondo. V. De la Torre, *Obras Completas*, Tomo V, p. 117.

²³⁸ Al cambiar la esgrima por la pluma, escribía: «Las elecciones de Buenos Aires enseñan una vez más que el sistema vigente no tiene cura. Aplíquelo quien lo aplique, el resultado es que entrega la suerte de la Nación al instinto de sus turbas inorgánicas... Ultimamente, en boca del populacho más soez, se ha oído el grito revelador: ¡Ya verán cuando lleguen las elecciones! Es la contrarrevolución, o mejor dicho el desquite de la anarquía que los políticos desatarán sobre el país». Esto sería, para el poeta cortesano, la «vuelta al jolgorio burocrático, la predilección por la plebe delincuente y equívoca, el obrerismo confiscatorio», Lugones, *ob. cit.*, p. 465 y ss.

²³⁹ De la Torre, *ob. cit.*, Tomo I, p. 234.

²⁴⁰ *Ibíd.*

²⁴¹ Aldao, *ob. cit.*, p. 201.

²⁴² De la Torre, *ob. cit.*, Tomo I, p. 22.

²⁴³ *Ibíd.*

²⁴⁴ Luna, *ob. cit.*, p. 108.

²⁴⁵ Teniente Coronel Atilio Cattáneo, *Plan 1932, El concurrencismo y la revolución*, p. 274. Ed. Proceso, Buenos Aires, 1959. Dice Cattáneo: «Alvear aprovechó el temperamento rebelde del partido para defender la teoría de que no podía vetarse, ni desconocerse, un mandato partidario, Si Alvear hubiera aceptado la imposición de Uriburu de que el candidato radical a presidente fuese otra persona, como el doctor Gallo, por ejemplo, el partido hubiera llegado en aquel entonces (1932) al gobierno, aunque se hubiese dividido luego entre ‘gubernistas’ e ‘yrigoyenistas’, pero no ocurrió así: el partido hizo causa común con Alvear y luchó para que se respetara el nombre del candidato elegido por el partido» (p. 275).

²⁴⁶ Pinedo, *ob. cit.*, p. 116. ¡La «pampa gringa» y el norte criollo!

²⁴⁷ Coca, *ob. cit.*, p. 77.

²⁴⁸ *Ibíd.*, p. 78 y ss.

²⁴⁹ Dickmann, *ob. cit.*, p. 286.

²⁵⁰ De la Torre, *ob. cit.*, Tomo V, p. 119.

²⁵¹ *Ibíd.*

²⁵² Beresford Crawques, *ob. cit.*, p. 533.

²⁵³ *Memoria del Jockey Club*, Buenos Aires, 1931.

²⁵⁴ Mussolini, *Mensaggi e proclami*, Milán, 1929.

²⁵⁵ V. Cattáneo, *ob. cit.*, Apéndice.

²⁵⁶ En el período inicial de la revolución de setiembre, Sánchez Sorondo en perfecto acuerdo con Uriburu, concibió la creación de un partido político destinado a nuclear las fuerzas del uriburismo. Así se fundó el Partido Nacional donde participaron Carulla y otros nacionalistas de «la primera hora». Se abrieron 20 comités en la Capital y habilitaron empleos, recursos y otros métodos para prestar al gobierno una base política. Derrotada la política de Uriburu, el Presidente del partido oficialista nacionalista «no sin íntimo desgarramiento, me vi obligado a cerrar las puertas del Partido Nacional, haciendo entrega de todo aquéllo susceptible de ser manumitido, al Partido Demócrata Nacional, de reciente formación», Carulla, *ob. cit.*, p. 214. El partido que recibió los muebles y útiles era el viejo Partido Conservador con nuevo nombre.

²⁵⁷ Ernesto Palacio, *Catilina*, p. 8, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1945.

^{257 bis} V. Herbert Spencer, *El hombre contra el Estado*, p. 43, Ed. Yerba Buena, Buenos Aires, 1945.

²⁵⁸ Crokaert, *ob. cit.*, p. 528.

²⁵⁹ J. M. Ferguson, *Historia de la economía*, p. 244, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1958. «Operando con los instrumentos habituales de la teoría convencional, permaneciendo muy adentro de los linderos de la ‘economía pura’, refrenándose fielmente de considerar el proceso socioeconómico como un todo, el análisis keynesiano llegó hasta los límites mismos de la teorización económica burguesa e hizo explotar toda su estructura... A pesar de contribuir grandemente al entendimiento de la mecánica de la economía capitalista, la ‘Nueva Economía’ fue incapaz de elevarse hasta una comprensión teórica plena de la crisis general del capitalismo, y no pasó de ser el esfuerzo supremo por parte del pensamiento económico burgués, para descubrir una manera de salvar al sistema capitalista pese a sus síntomas manifiestos de decadencia y desintegración»: Paul Barán, *La economía política del crecimiento*, p. 24, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

²⁶⁰ Mandel, *ob. cit.*, Tomo II, p. 418.

²⁶¹ Crokaert, *ob. cit.*, p. 529.

²⁶² William Ashworth, *Breve historia de la economía internacional, 1850 1950*, p. 215, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1958. La crisis «implicó una baja desastrosa de las rentas de los países productores de materias primas y, por ende, una reducción igualmente catastrófica en sus respectivos presupuestos y niveles de empleo»; Clairmonte, *ob. cit.*, p. 231.

²⁶³ *Ibíd.*

²⁶⁴ *Ibíd.*, p. 226.

²⁶⁵ Prados Arrarte, *ob. cit.*, p. 49.

²⁶⁶ *Ibíd.*, p. 75.

²⁶⁷ Alberto Hueyo, *La Argentina en la depresión mundial*, p. 281 (1932 1933), Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1938.

²⁶⁸ *Ibíd.*, p. 301.

²⁶⁹ Con su gracia inimitable escribe Jauretche sobre el tema en *Filo, contrafilo y punta*, pág. 60, al referirse a la tesis de Fano (y de Hueyo): «Para este genio rural el aumento de población de 7 a 20 millones, es una merma, y no porque hayan mermado los animales sino porque los cristianos han aumentado desproporcionadamente. La situación lógica sería organizar una economía en función de los cristianos. Para el doctor Fano lo que hay que hacer es organizar una economía en función de los animales, pues la relación es ésa, 4 a 1. Como los Estados Unidos es el país ideal para el señor Fano y los suyos, tengo que suponer que para sus 200 millones de habitantes les corresponde una población vacuna de 800 millones. Es cierto que los Estados Unidos, cuya relación habitante vacuno es 0,50, han encontrado la solución en el desarrollo capitalista lo mismo que Inglaterra, pero el señor Fano sólo es occidental cuando se trata de Inglaterra y Estados Unidos y para aquí sólo tiene soluciones similares a las que aconsejaría a los orientales, es decir a los chinos: liquidar los excedentes de cristianos, budistas o taoístas según el caso, para evitar la merma de la ganadería gracias a la merma de los hombres».

²⁷⁰ Alejandro E. Bunge, *La Argemina, país de emigración*, p. 5, *Revista de Economía Argentina*, Tomo XXXII, enero, 1934.

²⁷¹ Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, p. 194, Ed. Reconquista, Buenos Aires, 1940.

²⁷² «La colonia argentina en París ha quedado reducida a su mínima expresión a causa de la crisis. Los repatriados se cuentan por miles»: Aldao, *ob. cit.*, p. 280.

²⁷³ Hueyo, *ob. cit.*, p. 70.

²⁷⁴ Luis Roque Gondra, *Historia económica de la República Argentina*, p. 442 y ss., Ed. Sudamericana, Bs. As., 1943.

²⁷⁵ *Ibíd.*

²⁷⁶ *Ibíd.*

²⁷⁷ *Ibíd.*

²⁷⁸ Hueyo, *ob. cit.*, p. 68.

²⁷⁹ *Ibíd.*

²⁸⁰ Y añadía: «La discriminación contra la industria nacional en materia de cambios era más bien de carácter fluctuante. No se la aplicaba sistemáticamente, sino que cuando se carecía de las suficientes divisas como para satisfacer íntegramente la demanda, existía la gran probabilidad de que se postergasen las solicitudes de los industriales para poder así satisfacer las necesidades de los importadores de productos manufacturados. Por el contrario, la discriminación contra la industria nacional en materia aduanera era de carácter más permanente y preconcebido»: Félix Weil, en Walter Beveraggi Allende,

El servicio del capital extranjero y el control de cambios (la experiencia argentina de 1900 a 1943), p. 214, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

²⁸¹ Cfr. Alejandro E. Bunge, *Una Nueva Argentina*, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1940.

²⁸² Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930 46)*, p. 48, Ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1964.

²⁸³ *Ibíd.*

²⁸⁴ Cit. por Boglich, *ob. cit.*, p. 219.

²⁸⁵ Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari, *Política exterior argentina*, p. 14, Ed. Huemul, Buenos Aires, 1964.

²⁸⁶ *Ob. cit.*, p. 12, Ed. Tor, Buenos Aires, 1934.

²⁸⁷ *Ibíd.*

²⁸⁸ Puiggrós, *ob. cit.*, p. 107.

²⁸⁹ Irazusta, *ob. cit.*, p. 23.

²⁹⁰ *Ibíd.*

²⁹¹ José V. Liceaga, *Las carnes en la economía argentina*, p. 126, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1952. El Vicepresidente de la Argentina dijo en el triste banquete: «Inglaterra, como la llamamos familiarmente, ha sido nuestra primera amiga, que ‘nos tendió la mano hasta asegurar nuestra independencia’, cuando todo se conjuraba en nuestra contra, y que nos prestó la ayuda de sus capitales ‘cuando’ en los pasos iniciales de nuestra adolescencia ‘apenas éramos dignos de su confianza’», V. Irazusta, *ob. cit.*, p. 30.

²⁹² Irazusta, *ob. cit.*, p. 51.

²⁹³ De la Torre, *ob. cit.*, Tomo II, p. 29.

^{293bis} Conil Paz, *ob. cit.*, p. 23. Además de las obras citadas, para el problema de las carnes y el papel de los invernadores y frigoríficos extranjeros pueden consultarse: Horacio V. Pereda, *La ganadería argentina es una sola*, Buenos Aires, 1939, y Nemesio de Olariaga, *El ruralismo argentino*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1943.

²⁹⁴ *Ibíd.*

²⁹⁵ Puiggrós, *ob. cit.*, p. 112.

²⁹⁶ *Ibíd.*, p. 116.

²⁹⁷ Liceaga, *ob. cit.*, p. 126.

²⁹⁸ *Ibíd.*

²⁹⁹ Irazusta, *ob. cit.*, p. 85.

³⁰⁰ Conil Paz, *ob. cit.*, p. 26.

³⁰¹ *Diario de Sesiones* de la Cámara de Diputados, 18 de julio de 1933, *cit.*, por Ciria, *ob. cit.*, p. 186.

³⁰² Irazusta, *ob. cit.*, p. 6.

³⁰³ Fritz Sternberg, *¿Capitalismo o socialismo?*, p. 320, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

³⁰⁴ *Ibíd.*

³⁰⁵ Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, p. 188.

³⁰⁶ Friedlaender y Oser, *ob. cit.*, p. 552.

³⁰⁷ Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, p. 197.

³⁰⁸ V. Sánchez Hayes, *ob. cit.*, p. 362.

³⁰⁹ Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, p. 197.

- ³¹⁰ *Ibíd.*
- ³¹¹ Roberto Arlt, *Nuevas aguafuertes porteñas*, p. 83, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1960.
- ³¹² José Portogalo, p. 44, Ed. Imán, Buenos Aires, 1935.
- ³¹³ Enrique González Tuñón, *Camas desde un peso*, p. 30, Ed. Deucalión, Buenos Aires, 1956.
- ³¹⁴ Carlos de la Púa, *La crencha engrasada*, p. 10, Ed. Artigas, Buenos Aires.
- ³¹⁵ Ramón Doll, *Policía intelectual*, p. 85 y 86, Ed. Tor, Buenos Aires, 1933.
- ³¹⁶ *Ob. cit.*, p. 90.
- ³¹⁷ *Sur*, N° 1, Verano de 1931, p. 11, Buenos Aires.
- ³¹⁸ *Ibíd.*
- ³¹⁹ Ver la historia de su campo y sus arrendatarios en *Los Profetas del Odio*, de Arturo Jauretche, Ed. Peña Lillo. Leer su *¿Qué es esto?*, rebozando injurias contra Eva Perón y el pueblo argentino. Su ataque a José Hernández y Martín Fierro fue analizado en *Crisis y resurrección* de la literatura Argentina, Ed. Coyoacán, 1961, Bs. As.
- ³²⁰ Ramón Doll, *Acerca de una política nacional*, p. 39, Ed. Difusión, Buenos Aires, 1939.
- ³²¹ *Ibíd.*
- ³²² Repetto, *ob. cit.*, p. 49.
- ³²³ Cit. en Frondizi, *Petróleo y Política*, p. 286.
- ³²⁴ Algunos viejos periodistas recordaban la respetuosa presión que debió ejercer el Jefe de Redacción de *La Prensa*, Rodolfo Luque, ante el propietario y Director del diario, Ezequiel Paz, para atenuar la ferocidad de la noticia fúnebre. ¡Libertad de prensa!
- ³²⁵ Revista *Actualidad*, p. 12, 1° de agosto de 1933, Buenos Aires. El desconocimiento de los comunistas de la realidad nacional no variaba con el correr del tiempo. Treinta años más tarde, Benito Marianetti decía lo siguiente: «Se trata de idealizar al primer gobierno de Yrigoyen y exagerar los errores comunistas, pero la verdad es que si bien hubo falsas apreciaciones izquierdistas de parte del movimiento comunista, también es cierto que si bajo el primer gobierno de Yrigoyen hubo algunas concesiones a los trabajadores bajo la presión de los mismos, también hubo brutales represiones que los comunistas jamás podrían haber silenciado». La noble prosa está en correspondencia con este pensamiento profundo. «Bajo la presión». ¿Qué significa? Los gobiernos oligárquicos también sufrieron la «presión» de los trabajadores, pero no respondieron del mismo modo que Yrigoyen. V. *Argentina, Realidad y Perspectiva*, p. 349, Ed. Platina, Buenos Aires, 1964.
- ³²⁶ Ricardo Caballero, *Yrigoyen, Aspectos ignorados de una vida*, p. 20, Rosario, 1957.
- ³²⁷ Cattáneo, *ob. cit.*, P. 211.
- ³²⁸ Del Mazo, *ob. cit.*, p. 150.
- ³²⁹ Arturo M. Jauretche, *El Paso de los Libres*, Ed. La Boina Blanca, Buenos Aires, 1934. Prólogo de Jorge Luis Borges. Hay una 2da. Ed., Coyoacán, Buenos Aires, 1960, con Prólogos de J. L. Borges y J. A. Ramos.
- ³³⁰ Cit. por Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, p. 144.
- ³³¹ V. *ob. cit.*, p. 121 y ss., Ed. Centro Antiperduélico Argentino, Buenos Aires, 1953.
- ³³² V. Arturo Jauretche: *El Plan Prebisch. Retorno al Coloniaje*, Bs. As., 1956.
- ³³³ Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, 153.
- ³³⁴ *Ibíd.*
- ³³⁵ *Ibíd.*
- ³³⁶ *La Nación*, 24 de abril de 1935.
- ³³⁷ José Luis Torres, V. *La Década Infame*, Ed. de Formación Patria, Buenos Aires, 1945 y *La Oligarquía Maléfica*.

³³⁸ Félix Weil, *El problema de la economía dirigida, en Cursos y Conferencias*, N° 9, p. 943, Año IV, Buenos Aires, 1935.

³³⁹ Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, p. 171.

³⁴⁰ La primera guerra imperialista, al cerrar la importación de carbón inglés, originó un gran impulso de la explotación petrolífera. En 1915 la utilidad de la Dirección de Petróleo llega a los \$ 204.403 m/n. Un año más tarde se llega a los \$ 2.272.139 m/n. En 1917 a los \$ 5 millones. La rentabilidad de la producción petrolera se mide por el hecho de que el gobierno argentino sólo invirtió como capital para el ente estatal la suma de \$ 8.655.240 m/n.

³⁴¹ V. *Del Patriciado a la oligarquía*, del autor, p. 216.

³⁴² Conil Paz, *ob. cit.*, p. 50.

³⁴³ *Ibíd.* Los autores de esta obra son norteamericanos de vocación, curiosos argentinos, que enfocan la política exterior del país desde el ángulo del Departamento de Estado.

³⁴⁴ *Ibíd.*

³⁴⁵ *Ibíd.*

³⁴⁶ *Ibíd.*

³⁴⁷ *Ibíd.*

³⁴⁸ *Ibíd.*

³⁴⁹ *Ibíd.*

³⁵⁰ H. García Ledesma, *Lisandro de la Torre y la pampa gringa*, p. 65, Ed. Indoamérica, Buenos Aires, 1954.

³⁵¹ Lisandro de la Torre, *Cartas íntimas*, p. 45.

³⁵² De la Torre, *Obras Completas*, Tomo II, p. 92.

³⁵³ «El presidente Roosevelt es un exponente inconfundible y glorioso de la democracia triunfante», decía en el Senado, Tomo I, p. 285.

Quando Clemenceau conoció a De la Torre, en 1910, habría dicho: «Voilà l' homme qui doivent suivre les argentins», V. Amaral, *ob. cit.*, p. 32.

³⁵⁴ *Cartas íntimas*, p. 133.

³⁵⁵ *Cartas íntimas*, p. 44.

³⁵⁶ G. Ledesma, *ob. cit.*, p. 10.

³⁵⁷ De la Torre, *Obras Completas*; Tomo II, p. 483.

³⁵⁸ *Cartas íntimas*, p. 172. En su carta de despedida a sus amigos.

³⁵⁹ Jorge Abelardo Ramos, *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, *ob. cit.*, p. 55.

³⁶⁰ Félix Luna, *Yrigoyen*, Ed. Raigal, p. 145.

³⁶¹ Del Mazo Gabriel, *El Radicalismo*, Tomo II, p. 264.

³⁶² *Cuadernos de FORJA, A los Pueblos de la República y de América*, Buenos Aires, p. 44, año II, Nros. 10, 11, 12, noviembre de 1939.

³⁶³ *FORJA al pueblo de la República*, Manifiesto del 2 de septiembre de 1935.

³⁶⁴ En Arturo Jauretche, *FORJA y la Década Infame*, con un apéndice documental, Buenos Aires, Ed. Coyoacán, 1962, pueden leerse los documentos y manifiestos más significativos producidos por dicho movimiento hasta 1945, en que se disolvió para ingresar la mayoría de sus miembros al peronismo.

³⁶⁵ Entre 1914 y 1939, el número de obreros industriales pasaban de unos 383.000 a cerca de 700.000. La energía eléctrica disponible pasó de 680.000 HP a 2.700.000 HP; el valor de producción industrial de 1.800 millones de pesos a más de 5.000 millones de pesos. V. Adolfo Dorfman, *Evolución industrial argentina*, p. 171, Buenos Aires, Ed. Losada, 1942,

³⁶⁶ V. *Dialéctica*, Buenos Aires, marzo de 1936, año 1, N° 1, p. 1 y julio de 1936, año 1, N° 5, p. 272.

³⁶⁷ *Informe de la Comisión Investigadora de los Servicios Públicos de Electricidad de la Ciudad de Buenos Aires*, Superiores Decretos 6.910 y 6.961 del 6 y el 28 de agosto de 1943, respectivamente, p. 115, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1959. Reeditado por Eudeba, 1973.

³⁶⁸ *Ibíd.*

³⁶⁹ *Ibíd.*, p. 116.

³⁷⁰ *Ibíd.*, p. 119.

³⁷¹ *Ibíd.*, p. 120.

³⁷² *Ibíd.*

³⁷³ *Ibíd.*, p. 12 1.

³⁷⁴ *Ibíd.*, p. 124.

³⁷⁵ *Ibíd.*, p. 125.

³⁷⁶ *Ibíd.*, p. 127.

³⁷⁷ Luna, *ob. cit.*, p. 212.

³⁷⁸ Informe, *cit.*, p. 127.

³⁷⁹ Un albañil percibía en esa época unos 130 pesos y un diputado nacional 1.500 pesos.

³⁸⁰ *Ibíd.*, p. 216.

³⁸¹ Informe, *ob. cit.*, p. 131

³⁸² *Ibíd.*

³⁸³ *Ibíd.*, p. 132.

³⁸⁴ Emilio Ravignani fue un laborioso historiador. Pero el clima corrompido de la época lo alcanzó y los periódicos nacionalistas aludían invariablemente al legislador radical como el «Doctor Rapignani».

³⁸⁵ *Ibíd.*, p. 152.

³⁸⁶ Recuerde el lector que se trata de pesos valor 1939.

³⁸⁷ El doctor Roberto Ortiz, que había sido ministro de Alvear, era abogado de los ferrocarriles británicos; en 1934 se desempeñaba como abogado de Otto Bemberg y Cia. Al mismo tiempo era letrado de la Unión Telefónica (capital norteamericano).

³⁸⁸ Luna, Alvear, pag. 167.

³⁸⁹ El «Mafalda» fue un célebre transatlántico italiano que se hundió con todos sus pasajeros en el mar, con su impasible capitán en el puente de mando.

³⁹⁰ Puiggrós, *Historia crítica, etc.*, *ob. cit.*, p. 460.

³⁹¹ *Ibíd.*

³⁹² Atilio Cattáneo, *Plan 1932*, p. 246.

³⁹³ Helvio Botana, *Memorias*, Ed. Peña Lillo, Bs. As.

³⁹⁴ Luis Víctor Somni, *La unión del pueblo contra el fascismo*, informe presentado al IX Congreso del Partido Comunista Argentino, enero de 1938, sin pie de imprenta.

³⁹⁵ *Ibíd.*

³⁹⁶ 1 Esbozo de Historia del Partido Comunista, *ob. cit.*, p. 29.

³⁹⁷ V. Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1964, p. 79.

³⁹⁸ V. George Orwel, *Homenaje a Cataluña*, Buenos Aires.

- ³⁹⁹ Alusión a la Unión Telefónica y en general al capital extranjero.
- ⁴⁰⁰ Lo escribió el poeta Santiago Ganduglia.
- ⁴⁰¹ Nueva Política, N° 2, P. 25, julio de 1940, Buenos Aires.
- ⁴⁰² *Ibíd.*, p. 25.
- ⁴⁰³ Ernesto Giúdice, Imperialismo inglés y liberación nacional, Buenos Aires, Ed. Problemas, 1940, p. 10.
- ⁴⁰⁴ Nicolás Repetto, Mi paso por la política (De Uriburu a Perón), p. 218, Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1957.
- ⁴⁰⁵ Crítica, domingo 11 de mayo de 1941.
- ⁴⁰⁶ Juan Carulla, Al filo del medio siglo, Buenos Aires, 1950.
- ⁴⁰⁷ El deber argentino ante la guerra, declaración de la Junta Directiva de FORJA, volante sin fecha. Archivo de FORJA en poder de Darío Alessandro.
- ⁴⁰⁸ Crítica, 11 de mayo de 1941.
- ⁴⁰⁹ Volante de la Federación Universitaria Argentina, Buenos Aires, 1940. Presidía en ese momento la FUA, Francisco Capelli, militante de FORJA, que será años después dirigente peronista. Su secretario general era Mario Pascale, también forjista. Este documento~ como otros representativos del pensamiento político de FORJA, fue recogido en el volumen Forja y la Década Infame, de Arturo Jauretche, Buenos Aires, Ed. Coyoacán, 1961. La declaración neutralista de FUA no fue publicada por ningún diario.
- ⁴¹⁰ Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, p. 289.
- ⁴¹¹ *Ibíd.*, P. 291.
- ⁴¹² Inicial, Buenos Aires, 1° de junio de 1941, N° 18, año 111.
- ^{412 bis} V. Pedro R. Skupch, Desarrollo Económico, No 47, p. 447, octubre diciembre de 1972, y J. Fodor y A. O'Connell, ídem, N° 49, p. 3, abril junio de 1973.
- ⁴¹³ V. Diario de Sesiones del Senado de la Nación, 17 y 18 de diciembre de 1940.
- ⁴¹⁴ *Ibíd.*
- ⁴¹⁵ Ver su discurso sobre «solidaridad americana», en una conferencia de Acción Argentina del 26 de junio de 1942, publicada en La Argentina en la vorágine, Buenos Aires, Ed. Mundo Forense, 1943, p. 5 8 y ss.
- ⁴¹⁶ La Prensa, 17 de diciembre de 1940.
- ⁴¹⁷ *Ibíd.*
- ¹¹⁸ La Prensa, 18 de diciembre de 1940.
- ⁴¹⁹ *Ibíd.*
- ⁴²⁰ *Ibíd.*
- ⁴²¹ Alejandro E. Bunge, Una Nueva Argentina, p. 148, Buenos Aires, Ed. Kraft, 1940. El mismo autor aludía a los fenómenos de la orientación monstruosa de la riqueza económica, ganadera e industrial, alrededor del puerto de Buenos Aires: «Un tercio del territorio de la República, abarcado dentro de un arco de círculo de 780 kilómetros de radio con centro en la Capital, comprendía 8 décimas de la capacidad económica, en Revista de Economía Argentina, p. 71, Tomo XXXVIII, Buenos Aires, Marzo de 1939.
- ⁴²² Bunge, Una Nueva Argentina, p. 22.
- ⁴²³ V. Teichert, p. 319.
- ⁴²⁴ V. Los ingenieros militares y sus precursores en el desarrollo argentino, por Alberto S. J. de Paula, María Haydée Martín y Ramón Gutiérrez, Ed. Fabricaciones Militares, Buenos Aires, 1980, y Obras del General Manuel N. Savio, Ed. SOMISA, Bs. As., 1973.

⁴²⁵ «Mi gran aspiración, decía Castillo, aparte de mantener la posición internacional del país, es la de iniciar antes de la expiración de mi mandato la explotación minera en gran escala y el fomento de las industrias extractivas. En el mundo moderno, las industrias son las bases de la liberación económica y de la autonomía nacional. Los países exclusivamente ganaderos y agrícolas están destinados a la servidumbre; eso es ya cosa del pasado. Necesitamos carbón, hierro, cobre, metales diversos, etc... Tenemos un ejército excelente, y sin embargo no nos sirve, porque debió ser contemporáneo a su formación y desarrollo el acrecentamiento de las industrias militares. Ahora dependemos del material que se nos quiera enviar desde el extranjero, lo cual es difícil, pues los países productores están en guerra. Por eso les digo en broma, a veces, a algunos flojos que se asustan de las consecuencias de mi actitud internacional, que cuando se nos acabe la munición pelearemos a trompadas. Cuando me argumentan que los yanquis nos pueden tomar la Patagonia, les contesto que los sacaríamos como a ratas» V. Ibarguren, *ob. cit.*, p. 495.

^{425 bis} Smith, Capítulo III.

⁴²⁶ Conil Paz y Ferrari, p. 107.

⁴²⁷ Smith. *Ob. cit.*

⁴²⁸ *Ibíd.*

⁴²⁹ Conil Paz y Ferrari, *ob. cit.*, p. 108.

⁴³⁰ *Ibíd.*

⁴³¹ *Ibíd.*

⁴³² *Ibíd.*

⁴³³ Coronel Juan Perón, Libro Azul y Blanco, Buenos Aires, 1946, p. 37 y ss.

⁴³⁴ Luna, *ob. cit.*, p. 279.

⁴³⁵ *Ob. cit.*, p. 284.

⁴³⁶ Por la libertad y la independencia de la patria, p. 25, Buenos Aires, Ed. Problemas, 1941, publicado por el CC. del Partido Comunista.

⁴³⁷ Esbozo de Historia del Partido Comunista, *ob. cit.*, P. 105.

⁴³⁸ Sir David Kelly, El poder detrás del trono, P. 16, Buenos Aires, Ed. Coyoacán, 1962.

⁴³⁹ *Ibíd.*, p. 23. Es bien conocido el «rupturismo» de estos diarios y su secular identificación con las potencias occidentales.

⁴⁴⁰ Pinedo, *ob. cit.*, p. 33.

⁴⁴¹ Las radios de Montevideo iniciaban sus programas «democráticos» a favor de la guerra con los «tres golpes del destino» de Beethoven.

⁴⁴² Frente Obrero, Buenos Aires, N° 36, Año IV, julio 1942

⁴⁴³ General Agustín P. Justo, Estudio Preliminar a las Obras Completas de Mitre, Buenos Aires, Ed. Coni, 1940.

⁴⁴⁴ Luna, *ob. cit.*, p. 315.

⁴⁴⁵ La Víspera, 24 de marzo de 1945, El conservadorismo de 1943 estaba más putrefacto que el radicalismo: «El advenimiento del radicalismo le dio un golpe de muerte a la política de los apellidos, del que no pudo recuperarse ni siquiera con la inyección setembrina. Condenados desde entonces a gobernar con el fraude electoral, los viejos oligarcas debieron recurrir a los ‘gangsters’ locales y a sus cuadrillas de maleantes manipuladores de urnas, con lo cual se les entregaban incondicionalmente... Porque la verdad es que los nombres cumbres del conservadorismo actual distan mucho de ser patricios. Ahí están don Alberto Barceló, Uberto Vignart, don Groppo y los Frescos, Míguez y Solanos, etc., etc., con olor a mostrador, cuando no a algo menos ‘sancto’, y si hay olor a rodeos será de vacas ajenas».

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

No hay conciencia nacional sin conciencia histórica. Y la Argentina, como país del Tercer Mundo, ha figurado siempre entre los «países sin historia», simples expresiones geográficas diestramente manipuladas por los grandes Estados astros. A dicho eurocentrismo, oponemos una mirada crítica hacia nosotros, previa a examinar el gran teatro del mundo como argentinos.

Para el período comprendido por los años 1922 y 1943, tema de la presente obra, recomendamos la lectura de los siguientes libros:

Yrigoyen, Manuel Gálvez.

Una Nueva Argentina, Alejandro Bunge.

El porvenir de América Latina, Manuel Ugarte.

Política Británica en el Río de la Plata,

Raúl Scalabrini Ortiz.

Historia crítica de los partidos políticos argentinos, Rodolfo Puiggrós.

La Argentina y el Imperialismo Británico, Rodolfo y Julio Irazusta.

Sabattini y la decadencia del yrigoyenismo, Roberto Ferrero.

Filo, contrafilo y punta, Arturo Jauretche.

El medio pelo en la sociedad argentina, Arturo Jauretche.

Los Profetas del Odio, Arturo Jauretche.

Política y economía, Arturo Jauretche.

Imperialismo y cultura, J. J. Hernández Arregui.

La década infame, José Luis Torres.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

1922: LOS AÑOS LOCOS	13
Au revoir, París	15
Un breve discurso en el Salón de los Espejos	17
Caos en la sociedad alemana	20
Surcando un mar de aceite	22
Los días de Don Marcelo	27
Literatura preciosista y literatura proletaria: entre Boedo y Florida	29
Las chinitas de Güiraldes	31
De la crisis al Nirvana	35
“Debemos ser colonia inglesa”	37
El país deudor	40
La hora de la espada	43
Nacionalismo argentino y marquesas italianas	48
Juan B. Justo y “La carga del hombre blanco”	50
Diputados de “arriba” y diputados de “abajo”	53
La F.O.R.A. y el Movimiento Obrero	54
El radicalismo antipersonalista	56
Los caudillos de los “oasis ricos”	58
Maniobras contra Yrigoyen	62
Se funda una logia militar antiyrigoyenista	63
El contubernio quiere intervenir la provincia de Buenos Aires	65
El “Plebiscito” de los 800.000 votos	70

CAPÍTULO II

1928: EL REGRESO DEL CAUDILLO	73
Patriarcalismo y “moralismo” oligárquico	74
Yrigoyen y los anglo-yanquis	77
El convenio con Gran Bretaña	78
La oposición contra los ferrocarriles del Estado	80
La oligarquía organiza la conspiración	83
Los estilistas de <i>La Fronda</i>	86
La “izquierda” contra Yrigoyen	90
La colonia argentina en París	93
Del emperio azul al Viernes negro	94
Capitales argentinos especulan en Nueva York	97
Pinedo no advierte la crisis	99
La gran depresión y el gobierno radical	101
La quiebra del radicalismo histórico	104

CAPÍTULO III

1930: LA RESTAURACIÓN OLIGÁRQUICA	109
---	-----

La conspiración en marcha	110
“Analfabeto de padre y madre”	113
A la búsqueda de un salvador	114
Un austero general	116
Por un “yrigoyenismo sin Yrigoyen”	120
Nacionalismo y oligarquía	123
El joven capitán Juan Perón	124
Anarquistas, universitarios y patriotas	126
La gloriosa jornada y sus héroes	129
Oprobio sobre el vencido	132
Alvear e Yrigoyen	135
Los negociados del uriburismo	136
La amarga sorpresa del 5 de abril	140
La poscripción del radicalismo	144
Yrigoyen concurrencista y Alvear abstencionista	145
La alianza democrática-socialista	147
Los “contubernistas de izquierda”	149
El triunfo del general Justo	151
La decepción del nacionalismo setembrino	152
Los hijos de los senadores	154
Una carta a Uriburu	155

CAPÍTULO IV

1932: LA DÉCADA INFAME	159
Occidente abandona el librecambio	161
El dirigismo oligárquico	163
La crisis del emporio triguero	166
La oligarquía frente a la industria nacional	168
De la inmigración extranjera a la migración interior	170
La conferencia de Ottawa y el pacto Roca-Runciman	171
La “argentofilia” de un caballero británico	172
Magnitud de la inversión británica	173
La Argentina y los antagonismos internos del imperio	174
Al gran pueblo argentino, salud	177
Un argentino complaciente	179
Las cláusulas leoninas del convenio	181
Los socialistas y el Estado	184
Efectos de la crisis en Inglaterra y en la Argentina	186
El nivel de vida en el Imperio y en la Argentina: diferencias	187
Buenos Aires: año treinta	189
Hambrientos y exquisitos en la literatura de la crisis	193
De Groussac a Borges	196
Miseria del culto a la forma	196
La tiranía de los curiales	199

CAPÍTULO V

1935: EL SEXTO DOMINIO	205
Banco Central y monopolio de transportes	209

La discriminación anti-yanqui	214
La diplomacia triangular	216
Lisandro de la Torre y el antiimperialismo de los ganaderos menores ...	220
El privilegio bonaerense	222
La democracia progresista y el Frente Popular	223
El perfil histórico del latortismo	224
Los emigrados interiores	227
La semicolonía en su apogeo	228
El alvearismo, "Oposición de Su Majestad"	230
Los "Jóvenes turcos" de FORJA	232
Victoria y derrota de FORJA	235
Sabattini y la pampa gringa	236
El crecimiento de la industria y la parálisis sindical	237
Stalinismo y desarraigo	239
La CADE soborna al Parlamento	240
Alvear al servicio de la CADE	243
Valor de un Diputado Nacional: \$100.000	245
¿Cómo se hace un presidente?	250
El candidato oficial	252
El fraude aplasta al radicalismo	254
El general Justo: un retrato	255

CAPÍTULO VI

1938: LA DECADENCIA DEL VIEJO ORDEN	259
George Canning en Buenos Aires	262
¿Antifascismo o antiimperialismo?	265
Estalla la Segunda Guerra Mundial	267
Neutralismo y rupturismo	270
FORJA y la FUA ante la guerra	275
La izquierda nacional	278
Cómo los ingleses no pagaron su deuda externa con la Argentina	279
La economía argentina ante la guerra mundial	280
Pinedo proyecta "nacionalizar" los ferrocarriles	283
Los "cabecitas negras" se acercan a Buenos Aires	286
Castillo y las relaciones con Estados Unidos	288
La presión por el ingreso argentino en la guerra	291
La agonía del régimen	294
NOTAS	299
BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA	317

